

UN CHERO DE RIO

DE LA ACADEMICO

DE LA ARGAMASILLA,

A QUIEN SE ENCARGÓ LA TRADUCION
de los versos citados al fin del Tomo primero (reser-
vando para ymbre de su Familia la caja de plomo
en que estaban) los ofrece al Lector
con la siguiente

OCTAVA.

Todas quantas la caja atesoraba
Rancias, lyricas, varias Poesias,
Adivinando al Gotico, que daba
Dobles en cada letra algaravias;
Dniendo, en vez de lo que les faltaba,
Oscas palabras, necedades mias,
Ofrezco al Lector pio, no al tyrano,
Reducidas à Idioma Castellano.

EL MOSCARDON ACADEMICO CELEBRE DE LA
Argamasilla, al Borricon de Sancho Panza.

DECIMAS.

BURRO, que eres en primor,
por lo sufrido, y valiente,
el Afno mas eminente
del Escudero mejor,
consuelo halle tu dolor
en tu amo desconsolado,
pues à los dos has dexado
tanto follon atrevido,
si à uno cansado, y molido,
à otro molido, y cansado,

GRAVE merecia pena,
por callar tu nombre, y gloria,
el gran Autor de la Historia
Cide Hamete Berengena;
pues aunque en lo Rucio ordena
distinguirte, no bastò,
quando mas no señaló
el nombre, del que discurro;
fue el mas eminente Burro,
que al mayor Afno sirvió.

EL PLANIDOR

EX-PRESIDENTE

DE LA ACADEMIA

DE LA ARGAMASILLA,
EN LA MUERTE DEL HERCULES
de la Mancha.

CANCION.

AQUEL Manchego Alcides,
que Andantes exerció Cavallerias;
amparador de huerfanas doncellas;
aquel, que en varias lides
malgastò noches tantas, como dias,
y tantas ganò glorias, como bellas
refulgentes estrellas
adornan el hermoso Firmamento,
yà al cruel, yà al violento
golpe de parca fiera,
convertido se mira en calavera.

Mortal, repara atento

de quan poco sirvieron las hazañas,

rendir-Lecnes, rebanar Gigantes

mira en el monumento

aquel, que en aventuras tan estrañas

fue nata, eipuma, y flor de los Andantes;

y observa, que el que antes

audaz miraste, para-nobles fines,

desbaratar follones, mandrines;

à rigores del hado,

por fin, en lo que todos ha parado.

EL PORFIADO

ERVDITISSIMO SOCIO

DE LA ARGAMASILLESCA ACADEMIA,

previene à Sancho lo que debe practicar en la

grave pérdida de su señor.

ENDECHAS.

SANCHO, pues duro golpe
de hecho follon previno
perdiellos en tu amo
de aquel Reyno in spē todo el dominio.

Plañe, y yllora à maromas,
pues es poco hilo à hilo,
para tamaña cuita,
golpe de comunal, y alro conflicto.

Mellá las toscas barbas,
y mustio, y amarrido,

haz con cien bofetadas
afrenta del pimiento à tus carrillos.

Maguilla à cabezadas
esse del sello hospicio,
esse de tus refranes

inagotable, singular archivo.

Dàte en las pollas tanto
cruel azote impio,
como era necesario,

para desencantar aquel prodigio.

Executalo luego,

pues así avrás cumplido,
por fin de tus andanzas,

con tu lealtad, tu amor, y concisismo.

EL... SECRETARIO DE LA ACADEMIA
 dà el parabien à Teresa Panza en la conversion
 de su marido.

DE LA ACADEMIA DE LAS LENGUAS

YA se acabò, Teresa, la locura,
 que arrastrò à Panza, tu querido esposo
 yà gozaràs el fruto cariñoso
 del Matrimonio, que bendixo el Cura.
 El parabien te doy, pues te asegura,
 saltando Don Quixote, tu reposo,
 que Sancho solamente querrà ansioso
 en tu gobierno el gusto, y la ventura.
 Si vuelves à parir, como hiciste antes,
 tus hijos, que han tales empleos, ob
 digan con devocion todos los dias en el
 Librenos el Señor de Amos Andantes,
 no nos dexee caer en verguenças,
 y no permita. Amen. Cavallerias.

FEE DE ERRATAS DE LOS DOS TOMOS.

HE visto los dos Tomos Primera, y Segunda Parte de la Historia
 de *Don Quixote de la Mancha*, su Autor Miguel de Cervantes
 Saavedra, y està fielmente impresa, y corresponde con su original, à
 que me remito.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera,
 Corrector General por su Mag.

SUPPLA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla los
 dos Tomos Primera, y Segunda Parte de la Historia de *Don Qui-
 xote de la Mancha*, su Autor Miguel de Cervantes Saavedra, à seis ma-
 ravedis cada uno, como mas largamente consta de su original, à que
 me remito.

POR comision del señor Doctor Gutierrez de Cetina, Vicario General de esta Villa de Madrid, Corte de su Magestad, he visto este Libro de la Segunda Parte del ingenioso Cavallero *Don Quixote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallé en él cosa indigna de un Christiano zeloso, ni que disuene de la y decencia debida à un buen exemplo, ni virtudes Morales; antes mucha erudicion, y aprovechamiento, assi en la continencia de su bien seguido assumpio, para extirpar los vanos, y mentirosos Libros de Cavallerias, cuyo contagio avia cundido mas de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje Castellano, no adulterado con enfadosa, y estudiada afectacion, (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos) y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehension christiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad, que pretende curar, sien lo dulce, y sabroso de sus medicinas, gustosamente lavrà bebido (quando menos lo imagine) sin empacho, ni hico alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallarà (que es lo mas dificil de conseguirse) gustoso, y reprehendido. Ha havido muchos, que por no aver sabido templar, ni mezclar à proposito lo util con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar à Digenes en lo Philosopho, y Docto, atrevida (por no decir licenciata, y desalumbreadamente) se pretenden imitar en lo Cínico, entregandose à maldicientes, inventando casos, que no passaron, para hacer capaz al vicio, que tocan de su alpera reprehension; y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados; con que vienen à quedar, si no reprehentores, à lo menos Maestros de él; hacenfe ediosos à los bien entendidos; con el Pueblo pierden el credito, (si alguno tuvieron) para admitir sus escritos, y los vicios, que arrojada, è imprudentemente quisieron corregir, en muy peor estado, que antes, que no todas las postemas à un mismo tiempo estan dispuestas para admitir las recetas, è cauterios; antes algunos mucho mejor reciben las blandas, y suaves medicinas, con cuya aplicacion el tentado, y docto Medico consigue el fin de resolverlas: termino, que muchas veces es mejor, que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han tenido de los escritos de Miguel de Cervantes, assi nuestra Nacion, como las estrañas; pues como à milagro desean ver al Autor de Libros, que con general aplauso, assi por su decoro, y decencia, como por la suavidad, y

blandusa de sus discursos han recibido España, Francia, Italia, Alemania, y Flandes. Certifico con verdad, que en 25. de Febrero de este año de 1615. aviendo ido el Ilustrissimo Señor Don Bernardo de Sandoval y Roxas, Cardenal, Arzobispo de Toledo, mi señor, à pagar la visita, que à su Ilustrissima hizo el Embaxador de Francia, que vino à tratar cosas tocantes à los casamientos de sus Principes, y los de España, muchos Cavalleros Franceses, de los que vinieron acompañando à el Embaxador, tan cortesés, como entendidos, y amigos de buenas letras, se llegaron à mi, y à otros Capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber que libros de ingenio andaban mas validos; y tocando acaso en este, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de *Miguél de Cervantes*, quando se comenzaron à hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que assi en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se tenian sus obras, la *Galatea*, que alguno de ellos tiene casi en la memoria la Primera Parte de esta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofreci llevarlos à que viessen el Autor de ellas, que estimaron con mil demonstraciones de vivos deseos. Preguntaronme muy por menor su edad, su profesion, calidad, y cantidad. Hallème obligado à decir, que era viejo, Soldado, Hidalgo, y pobre. A que uno respondió estas formales palabras: Pues à tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del Erario publico? Acudiò otro de aquellos Cavalleros, con este pensamiento, y con mucha agudeza, y dixo: Si necesidad le ha de obligar à escribir, plega à Dios, que nunca tenga abundancia, para que con sus Obras, siendo el pobre, haga rico à todo el mundo. Bien creo, que està para Censura un poco larga; alguno dirà, que toca los limites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que digo deshace en el Critico la sospecha, y en mi el cuidado; además, que el día de oy no se lisonjea à quien no tiene con que cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa, y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid à 27. de Febrero de 1615.

El Lic. Marquez Torres.

PRO

PROLOGO AL LECTOR.

VALAME Dios, y con quanta gana debes de estar esperando: aora, Lector illustre, (ò qualquier Plebeyo) este Prologo, creyendo hallar en el venganzas, riñas, y vituperios del Autor del segundo Don Quixote, digo de aquel, que dicen, que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona; pues en verdad, que no te he de dár este contento, que puesto que los agravios despiertan la colera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú, que lo diera del asno, del mentecato, y del atrevido; pero no me passa por el pensamiento, castigule su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo aya. Lo que no he podido dexar de sentir, es, que me note de viejo, y de manco, como si huviera sido en mi mano aver detenido el tiempo, que no passallo por mí, ò si mi manquedad huviera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion, que vieron los siglos passados, los presentes, ni esperan ver los venideros; si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira; son estimadas, à lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron, que el Soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si aora me propusieran, y facilitaran un imposible, quisiera antes averme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano aora de mis heridas, sin averme hallado en ella; las que el Soldado muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son, que guian à los demás al cielo de la honra, y al desear la justa alabanza. Y háse de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el qual suele mejorar se con los años. He sentido tambien, que me llame embidiioso, y que como à ignorante me describa, que cosa sea la embidia, que en realidad de verdad, de dos que ay, yo no conozco sino à la santa, à la noble, y bien intencionada; y siendo esto así, como
lo

lo es, no tengo yo de perseguir à ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio; y si él lo dixo por quien parece que lo dixo, engañose de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion continua, y virtuosa; pero en efecto le agradezco à este señor Autor el decir, que mis Novelas son mas satyras, que exemplares; pero que son buenas, y no lo pudietan ser si no tuvieran de todo. Parece, que me dices, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mi modestia, sabiendo, que no se ha de añadir afficcion al afligido, y que la que debe de tener este señor, sin duda es grande, pues no oña parecer à campo abierto, y al Cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su Patria, como si huviera hecho alguna traycion de lesa Magestad: si por ventura llegares à conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado, que bien sè lo que son tentaciones del demonio; y que una de las mayores es ponerle à un hombre en el entendimiento, que puede componer, è imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros, quanta fama; y para confirmacion de esto quiero, que con ta buen donayre, y gracia le cuentes este cuento.

Avia en Sevilla un loco, que diò en el mas gracioso disparate, y tema, que diò loco en el mundo, y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle, ò en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte, que soplandole le ponía redondo como una pelota; y en teniendolo de esta fuerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo à los circunstantes: (que siempre eran muchos) Pensaràn vuestras mercedes aora, que es poco trabajo hinchar un perro: pensarà vuestra merced aora, que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le quadrare, dirásle, Lector amigo, este, que tambien es de loco, y de perro.

Avia en Cordova otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de marmol, ò un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponía junto, y à plomo dexaba caer sobre él el peso; amohinabase el perro, y dando la-

dri-

dridos, y ahullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros en que descargò la carga, fue uno un perro de un Bonetero, à quien queria mucho su dueño; baxò el canto, diòle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viòlo, y sintiòlo su amo, asíò de una vara de medir, y saliò al loco, y no le dexò hueffo fano; y cada palo que le daba, decía: Perro, ladrón, à mi podenco? No viste cruél, que era podenco mi perro? Y repitiendole el nombre de podenco muchas veces, embiò al loco hecho un alheña. Escarmentò el loco, y retiròse, y en mas de un mes no saliò à la Plaza; al cabo de el qual tiempo bolviò con su invencion, y con mas carga. Llegabase donde estava el perro, y mirandole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse à descargar la piedra, decía: Este es podenco, guarda. En efecto, todos quantos perros topaba, aunque fueren halanos, ò gozquez, decía, que eran podencos; y así no soltò mas el canto: quizá de esta suerte le podrá acontecer à este Historiador, que no se atreverà à soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros, que las peñas. Dile tambien, que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me dà un ardite, que acomodandome al Entremès famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el Veinte y quatro mi señor, y Christo con todos. Viva el gran Conde de Lemos, (cuya christiandad, y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie) y vivame la suma caridad de el Ilustrissimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Roxas, y si quiera no aya Imprentas en el mundo, y si quiera se impriman contra mi mas libros, que tienen letras las coplas de Mingo Rebulgo. Estos dos Principes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro genero de aplauso, por sola su bondad, han tomado à su cargo el hacerme merced, y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso, y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me huviera puesto en su cumbre. La honra puedela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar à la nobleza, pero no obscurecerla de el todo; pero como la virtud dà alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes, y resquicios de la estrechez,
viene

viene à ser estimada de los altos, y noble de espiritus, y
por consiguiente favorecida; y no le digamos isay ni yo
quiero decirte mas à ti, sino advertirte, que te consideres,
que esta Segunda Parte de Don Quixote, que te ofrezco,
es cortada del mismo Artifice, y del mismo paño, que
la Primera; y que en ella te doy à Don Quixote, dilata-
do, y finalmente muerto, y sepultado, porque ninguno
se atreva à levantarle nuevos testimonios, pues bastan los
passados, y basta tambien, que un hombre honrado aya
dado noticias de estas discretas locuras, sin querer de
nuevo entrarle en ellas, que la abundancia de las cosas,
aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la caren-
cia (aun de las malas) se estima en algo. Olvidabase-
me el decirte, que esperes el *Perfiles*, que ya estoy acada-
bando, y la Segunda Parte de la *Galatea*. VALE.

éste, todos quantos poros topan
lano, o gozará, que con beca
lolo más el ceno, que si esta fuer
ar à este librito, que no te a
pica de la lengua en libro, que
mas hues, que las que. Dite tam
nax que me trae, que me ha de
tu libro, no te me de un arde, que
fuerza, finge de lo fandang, te
vive el Voto, y de un mator, y
Vive el gran Conde de Lora, (cuya
beldad bien conocida, contra todo
cora fortuna, me tiene en pie) y
dad de el ilustrísimo de Toledo
dual y foz, y si para no era
do, y si para no era foz, que
tante letra, la copia de ningo
epic, sin que los foz de adu
de aplano, por los foz de adu
é, hacime mard, y fivocarme, en
por mar dholo, y mar rico, que
mino ordinario me ha de mard
ta puebla tener el pord, que no
puede mudar à la puebla, pero
todo; pero como la vida de algun
los por los inconvenientes, y
vive

VIDA,



VIDA , Y HECHOS
 DEL INGENIOSO HIDALGO
 DON QUIXOTE
 DE LA MANCHA.

P A R T E S E G V N D A .

L I B R O Q U I N T O .

C A P I T V L O P R I M E R O .

DE LO QUE EL CURA , Y EL BARBERO
*passaron con Don Quixote acerca de su
 enfermedad.*



Uenta Cide Hame-
 te Benengeli , en
 la segunda Parte
 de esta Historia, y
 tercera salida de
 D. Quixote, que el
 Cura, y el Barbero

se estuvieron casi un mes sin verle,
 por no renovarle, y traerle à la me-
 moria las cosas passadas; pero no por
 esto dexaron de visitar à su sobrina,
 y à su ama, encargandolas tuviessen
 cuenta con regalarle, dandole à com-
 er cosas confortativas, y apropia-

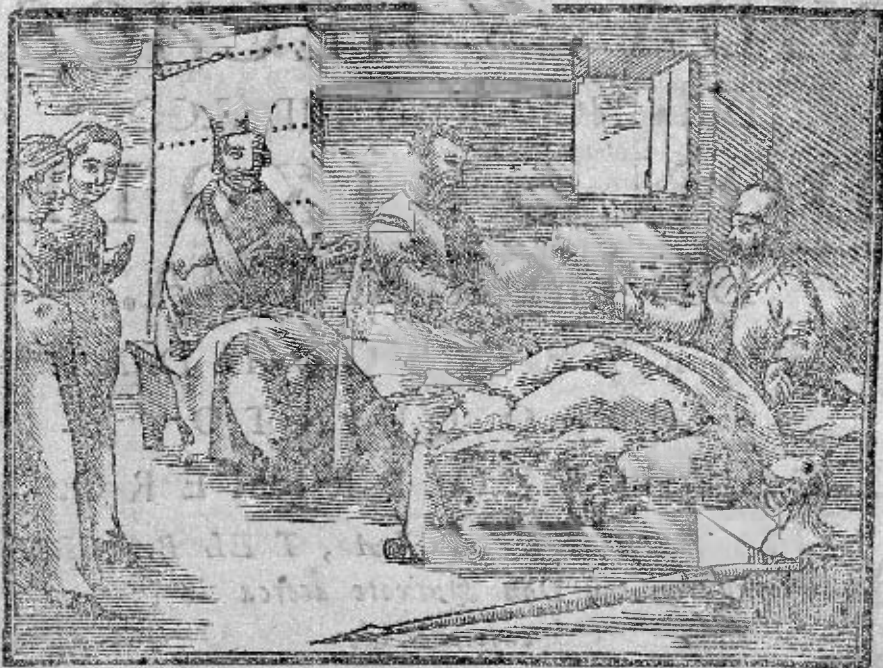
Part. II.

das para el corazon, y el cerebro, de
 donde procedia (segun buen dis-
 curso) toda su mala ventura : las
 quales dixeron , que assi lo hacian,
 y lo harian con la voluntad, y cui-
 dado posible , porque echaban de
 ver, que su señor , por momentos,
 iba dando muestras de estar en su
 entero juicio; de lo qual recibieron
 los dos gran contento , por pare-
 ceries, que avian acertado en aver-
 le traído encantado en el carro de
 los bueyes , como se contò en la
 primera Parte de esta tan grande;

A. como

como puntual Historia, en su ultimo capitulo) y assi determinaron de visitarle, y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible, que la tuviese, y acor-

daron de no tocarle en ningun punto de la Andante Cavallería, por no ponerse à peligro de descubrir los de la herida, que tan tiernos estaban.



Visitaronle en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestido de una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado Toledano; y estaba tan seco, y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron de él muy bien recibidos: preguntaronle por su salud, y él dió cuenta de sí, y de ella con mucho juicio, y con muy elegantes palabras: y en el discurso de su plática vinieron à tratar en esto, que llaman razon de Estado, y modos de Gobierno, enmendando este

abuso, y condenando aquel, reformando una costumbre, y desterrando otra, haciendose cada uno de los tres un nuevo Legislador, un Licurgo moderno, ò un Solón flamante; y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los examinadores creyeron indubitablemente, que estaba del todo bueno, y en su entero

tero juicio. Hallandose presentes à la platica la sobrina, y ama, y no se hartaban de dar gracias à Dios de ver à su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de Cavallerias, quitò hacer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera; y así de lance en lance vino à contar algunas nuevas, que avian venido de la Corte; y entre otras dixo: Que se tenia por cierto, que el Turco baxaba con una poderosa Armada, y que no se sabia su delignio, ni adonde aría de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año mos toca arma, estava puesta en zella toda la Christiandad, y su Magestad avia hecho proveer las Costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejarale yo, que usara de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora debe de estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abyfmo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya aría dado en el mismo pensamiento que

el Cura) preguntò à Don Quixote: qual era la advertencia de la prevencion, que decia era bien se hiciese, quizá podria ser tal, que se pudiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes, que se suelen dar à los Príncipes? El mio, señor Rapador (dixo Don Quixote) no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicò el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia, que todos los mas arbitrios, que se dan à su Magestad, ò son imposibles, ò disparatados, ò en gran daño del Rey, ò del Reyno. Pues al mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno. Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le diese yo aora, y amaneciése mañana en los oídos de los señores Consejeros, y se llevase otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra, para aqui, y para delante de Dios, de no decir lo que vuestra merced dixere, à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del Cura, que en el prefacio avisò al Rey del ladron que le avia robado las cien doblas, y la su mula la andariega. No sé de historias, dixo Don Quixote; pero sé, que es bueno esse juramento, en fe de que sé, que es hombre de

bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. Y à vuestra merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo à esta sazón Don Quixote: Ay mas fino mandar su Magestad por publico pregon, que se junten en la Corte para un dia señalado todos los Cavalleros Andantes, que vayan por España, que aunque no viniessen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastasse à destruir toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva deshacer un solo Cavallero Andante un Exercito de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ò fueran hechos de alfenique? Si no, diganme, quantas historias están llenas de estas maravillas? Avia, en hora mala para mi, que no quiero decir para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno de estos oy viviera, y con el Turco se afrontara, à fee que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su Pueblo, y deparará alguno, que si no tan bravo como los passados Andantes Cavalleros, à lo menos no les será inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas.

Ay, dixo à este punto la sobrina, que me maten, si no quiere mi señor bolver à ser Cavallero Andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallero Andante he de morir, y baxe, ò suba el Turco quando él quisiere, y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta sazón dixo el Barbero: Suplico à vuestras mercedes, que se me de licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aqui como de molde, me dà gana de contarle. Dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demás le prestaron atencion, y él comenzó de esta manera:

En la Casa de los Locos de Sevilla estaba un hombre, à quien sus parientes avian puesto allí por falta de juicio: era graduado en Canones por Olluna; pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos) no dexara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió à entender, que estaba cuerdo, y en su entero juicio; y con esta imaginacion escribió al Arzobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandasse sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios avia yá cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí, y à pesar de la verdad, querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos villetes con-

certados, y discretos, mandò à un Capellan suyo se informasse del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escrivia, y que assimismo hablasse con el loco, y que si le parecielle que tenia juicio, le sacasse, y pusiesse en libertad. Hizolo assi el Capellan; y el Retor le dixo, que aquel hombre àun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo dispartaba con tantas necedades, que en muchas, y en grandes igualaban à sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablandole. Quiso hacerla el Capellan, y poniendole con el loco, habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamás el loco dixo razon torcida, ni dispartada; antes habló tan asentadamente, que el Capellan fue forzado a creer, que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos, que sus parientes le hacian, porque dixesse, que àun estaba loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario, que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos, ponian dolo, y dudaban de la merced, que Nuestro Señor le avia hecho, en bolverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos, y desalmados à sus parientes, y à él tan discreto, que el Capellan se determinò à llevarsele consigo a

Part. II.

que el Arzobispo le viesse, y tocasse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fee, el buen Capellan pidió al Retor, mandasse dár los vestidos con que allí avia entrado el Licenciado. Boviò à decir el Retor, que mirasse lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado àun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexasse de llevarle. Obedeciò el Retor, viendo ser orden del Arzobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como él se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellan, que por caridad le diessè licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos: el Capellan dixo, que él le queria acompañar, y ver los locos, que en la casa avia: subieron en efecto, y con ellos algunos, que se hullaron presentes; y llegando el Licenciado à una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sossegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy à mi casa, que yà Dios ha sido servido, por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juicio; yà estoy sano, y cuerdo, que acerca del Poder de Dios ninguna cosa es imposible; tenga grande esperanza, y confianza en él, que pues à mi me ha buolto à mi primer estado, tambien le bolverà à él, si en él confia: yo tendré cuidado de em-

A. 34

biar-

biarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vacios, y los cerebros llenos de ayre: esfuercese, esfuercese, que el decaecimiento en los infertunios, apoca la salud, y acarria la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchò otro loco, que estava en otra jaula, frontero de la de el furioso; y levantandose de una estera vieja donde estava echado, y desnudo en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el que se iba sano, y cuerdo? El Licenciado respondiò: Yo soy, hermano, el que me voy, que yà no tengo necesidad de estar mas aqui, por lo que doy infinitas gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, Licenciado, no os engañe el diablo, (replicò el loco) sollégad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la buelta. Yo sè que estoy bueno, (replicò el Licenciado) y no avrà para que tornar à andar estaciones. Vos bueno? (dixo el loco) Agora bien, ello dirà, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado, que oy comete Sevilla en sacaros de esta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de el por todos los siglos de los siglos. Amen. No sabes tù, Licenciado, lo men-

guado, que lo podrè hacer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar à este ignorante Pueblo, y es, con no llover en el, ni en todo su distrito, y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tù libre? Tù sano? Tù cuerdo? Y yo loco? Y yo enfermo? Y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco esturieron los circunstantes muy atentos, pero nuestro Licenciado, bolviendose à nuestro Capellan, y asiendole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso del loco, que esto ha dicho, que si el es Jupiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloverè todas las veces que se me antojare, y fuere menester, porque està en mi mano. A lo que respondiò el Capellan: Con todo esto, señor Neptuno, no terà bien enojar al señor Jupiter, vuestra merced se quede en casa, que otro dia, quando aya mas comidad, y mas espacio, bolveremos por vuestra merced. Riòse el Rector, y los presentes, por cuya risa se medio corrió el Capellan: desnudaron al Licenciado, quedòle en casa, y acabòse el cuento. Pues este es el cuento, señor Barbero, (dixo Don Quixote) que por

por venir aqui como de moide , no podia dexar de contarle. Ha señor Rapista, señor Rapista, y quan ciego es aqúe , que no ve por tela de cedazo ; y es posible que vuestra merced no sabe , que las comparaciones que se hacen de ingenio à ingenio , de valor à valor , de hermosura à hermosura , y de linage à linage , son siempre odiosas , y mal recibidas ? Yo , señor Barbero , no soy Neptuno, el Dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo ; solo me fatigo por dar à entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo, donde campeaba la orden de la andante Cavalleria ; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien , como el que gozaron las edades , donde los Andantes Cavalleros tomaron à su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defenía de los Reynos , el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos , y pupilos, el castigo de los soberbios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros, que agora se usan, antes les cruzan los damascos , los brocados , y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Yà no ay Cavallero que duerma en los campos sujeto al rigor del Cielo, armado de todas armas , desde los pies à la cabeza: yà no ay quien, sin sacar los pies de los estrivos , arremado à su lanza, solo procure descabezar (como dicen) el sueño, como lo hacian los Cavalleros An-

dantes : yà no ay ninguno , que falliendo de este bosque , entre en aquella montaña, y de allí pise una esteril, y desierta playa del mar, las mas veces proceloso , y alterado, y hallando en ella , y en su orilla un pequeño baxel sin remos, vela, mastil, ni jarcia alguna , con intrépido corazon se arroje en él , entregandose à las implacables olas del mar profundo , que yà le suben al Cielo , y yà le baxan al abyssimo , y él puesto el pecho à la incontrastable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcò, y faltando en tierra remota , y no conocida , le suceden cosas dignas de estar escritas , no en pergamino, sino en bronces. Mas agora yà triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo , el vicio de la virtud , la arrogancia de la valentia, y la theorica de la practica de las armas , que solo vinieron, y resplandecieron en las edades del oro , y en los Andantes Cavalleros. Si no, diganme, quien mas honesto, y mas valiente , que el famoso Amadis de Gaula ? Quien mas discreto , que Palmerin de Inglaterra ? Quien mas acomodado , y manual , que Tirante el Blanco ? Quien mas galán, que Lisuarte de Grecia ? Quien mas acuchillado , ni acuchillador, que Don Belianis ? Quien mas intrépido , que Perion de Gaula ? O quien mas acometedor de peligros, que Felix Marte de Hircania ? O quien mas sincero , que Esplandian ? Quien mas atrojado,

que Don Geriongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sebrino? Quien mas atrevido, que Reynaldos? Quien mas invencible, que Roldàn? Y quien mas gallardo, y mas cortès, que Rugero? de quien descienden oy los Duques de Ferrara. (segun Turpin en su Cosinografia) Todos estos Cavalleros, y otros muchos, que pudiera decir, señor Cura, fueron Cavalleros Andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. De estos, ò tales como estos, quisiera yo, que fueran los de mi arbitrio, que à serlo, su Magestad se hallàra bien servido, y ahorràra de mucho gasto, y el Turco se quedàra pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellan de ella; y si Jupiter, como ha dicho el Barbero, no lloviera, aqui estoy yo, que lloverè, quando se me antojare. Digo esto, porque sepa el señor Vacìa, que le entiendo. En verdad, señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixè por tanto, y así me ayude Dios, como fue buena mi intencion, y que no debe vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme, ò no, respondiò Don Quixote, yo me lo sè. A esto dixo el Cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisiera quedar con un escrupulo, que me roe, y escarba la conciencia, nacido de lo que aqui el señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondiò Don Quixote, tiene licencia

el señor Cura, y así puede decir su escrupulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con esse beneplacito, respondiò el Cura, digo, que mi escrupulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la caterba de Cavalleros Andantes, que vuestra merced, señor Don Quixote, ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es ficcion, fàbula, mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ò por mejor decir medio dormidos. Esse es otro error, respondiò Don Quixote, en que han caido muchos, que no creen, que aya ayido tales Cavalleros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes, y ocasiones, he procurado sacar à luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intento, y otras sì, sustentandola sobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos vi à Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre bianda, y rigorosa, corto de razones, tardo en ayrarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado à Amadis, pudiera, à mi parecer, pintar, y descrivir todos quantos Cavalleros Andantes andan en las Historias de el Orbe, que por la aprehension que tengo, de que fueron como sus his-

torias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores, y estaturas. Que tan grande le parece à vuestra merced, mi señor Don Quixote, preguntò el Barbero, debía de ser el Gigante Morgante? En esto de Gigantes, respondiò Don Quixote, ay diferentes opiniones si los ha avido, ò no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un àtomo en la verdad, nos muestra, que los hubo, contandonos la historia de aquel Filisteazo de Goliath, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes, como grandes torres, que la Geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre, que tamaño tuviéssse Morgante, aunque imagino, que no debió de ser muy alto; y mueveme à ser de este parecer, hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado, y pues hallaba casa donde cupiessse, claro està, que no era desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura; el qual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntò, que sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Montalván, y de Don Roldán, y de los demás doce

Pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros Andantes? De Reynaldos, respondiò Don Quixote, me atrevo à decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores, y algo saltados, puntoso, y colerico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldán, ò Rotolando, ò Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbizaheño, belloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Si no fue Roldán mas gentil hombre, que vuestra merced ha dicho, replicò el Cura, no fue maravilla, que la señora Angelica la bella le desdenasse, y dexasse por la gala, brio, y donayre, que debía tener el Morillo Barbipniente, à quien ella se entregò, y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldán. Esta Angelica, respondiò Don Quixote, señor Cura, fue una doncella distraida, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexò el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura: despreciò mil señores, mil valientes, mil discretos, y contentòse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre, que el que le pudo dar de agradecido la amistad, que guardò à su amigo el gran Cantor de su belleza, el famoso Ariosto,

por no atreverse, ò por no querer cantar lo que à esta señora le succedió despues de su ruin entrego,

que no debieron ser cosas demasadamente honestas, la dexò, donde dixo:

*Y como del Catay recibió el Cetro,
Quizà otro cantará con mejor plectro.*

Y sin dula, que esto fue como profecia, que los Poetas tambien se llaman Vates, que quiere dâcir Adivinos. Vêse esta verdad clara, porque despues acà un famoso Poeta Andaluz llorò, y cantò sus lagrimas; y otro famoso, y unico Poeta Castellano cantò su hermosura.

Diagme, señor Don Quixote, dixo à esta fazon el Barbero, no ha avido algun Poeta, que aya hecho alguna satyra à esta señora Angelica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondiò Don Quixote, que si Sacripante, ò Roldàn fueran Poetas, que yà la hubieran jabonado à la doncella; porque es propio, y natural de los Poetas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ò no fingidas, en efecto de aquellas à quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con satyras, y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que traxo rebuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura; y en esto oyeron, que el ama, y la sobrina, que yà avian dexado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAP. II. *De la notable pendencia, que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros successos graciosos.*

Cuenta la historia, que las voces, que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las daban, diciendo à Sancho Panza, que pugnaba por entrar à ver à Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: Què quiere este mostrenco en esta casa? Idos à la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae, y sonfaca a mi señor, y le lleva por ellos andurriales. A lo que Sancho Respondiò: Ama de Satanàs, el sonfacado, el distraido, y el llevado por ellos andurriales, soy yo, que no tu amo; èl me llevò por ellos mundos, y vosotros os engañais en la mitad del justo precio; èl me sacò de mi casa con engaños, prometiendome una Infula, que hasta agora la espero. Malas Infulas te ahoguen, respondiò la sobrina, Sancho maldito; y que son Infulas? es alguna cosa de comer, golosoazo, comilon, que tu eres? No es de comer, replicò Sancho, sino de gobernar, y regir mejor, que quatro Ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con

todo esto, dixo el ama, no entrareis acá, saco de maldades, y costal de malicias; id à gobernar vuestra casa, y à labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender Infulas, ni infulos. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descosille, y desbuchalle algun monton de maliciosas necedades, y tocalle en puntos, que no le estarian bien à su credito, le llamó, y hizo à las dos, que callássen, y le dexássen entrar. Entró Sancho; y el Cura, y el Barbero se despedieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quan puesto estava en sus variados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal Andantes Cavallerias; y así dixo el Cura al Barbero: Vos vereis, Compadre, como quando menos lo pensamos, nuestro hidalgo sale otra vez à bolar la ribera. No pongo yo duda en esto, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del Cavallero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la Infula, que creo, que no se lo sacarán del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estemos à la mira, veremos en lo que para esta maquina de disparates de tal Cavallero, y de tal escudero, que parece que los forjaron à los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor, sin las necedades del criado,

no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgára mucho saber qué tratarán aora los dos. Yo aseguro, respondió el Cura, que la tobrina, ó el ama nos los cuentan despues, que no son de condicion, que dexarán de escucharlo. En tanto Don Quixote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dixo: Mucho me pesa, Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo fui el que te saqué de tus castillas, sabiendo, que yo no me quedé en mis casas; juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos; una misma fortuna, y una misma suerte ha corrido por los dos. Si à ti te mantearon una vez, à mi me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Esto estava puesto en razon, respondió Sancho, segun vuestra merced dice: mas anexas son à los Cavalleros Andantes las desgracias, que à sus escuderos. Engañañte, Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello *quando caput dolet, &c.* No entiendo otra lengua, que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo, y señor, soy tu cabeza, y tu mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon, el mal que à mi me toca, ó tocara, à ti te ha de doler, y à mi el tuyo. Así aña de ser, dixo Sancho; pero quando à mi me mancaban, como à miembro, se estava mi cabeza detrás de las bardas, mirandome bolar por los ayres,

res, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados à dolerse del mal de la cabeza, avia de estar obligada ella à dolerse de ellos. Querrás tu decir aora Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolía yo quando à ti te mantenaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo piemes, pues mas dolor tenía yo entonces en mi espíritu, que tu en tu cuerpo; pero dexemos esto à parte por aora, que tiempo avrà donde lo ponderemos, y pongámos en su punto. Y dime, Sancho amigo, que es lo que dicen de mi por esse Lugar? En qué opinion me tiene el vulgo? En qué los Hidalgos? Y en qué los Cavalleros? Què dicen de mi valentia? Què de mis hazañas? Y què de mi cortesia? Què se platica de el asumpto, que he tomado, de resuscitar, y bolver al mundo la yà olvidada Orden Cavalleresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca de esto ha llegado à tus oidos; y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vassallos leales es decir la verdad à sus señores, en su sèr, y figura propia, sin que la adulacion le acreciente, ò otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si à los oidos de los Príncipes llegasse la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro, que la nuestra, que entiendo, que de las que aora se usan es la dorada. Sirvate este

advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Esto harè yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion, que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere, que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me enojare, respondió Don Quixote; bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodio alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es, que el vulgo tiene à vuestra merced por grandissimo loco, y à mi por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen, que no conteniendose vuestra merced en los limites de la hidalguia, se ha puesto Don, y se ha arremetido à Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás, y otro adelante. Dicen los Cavalleros, que no querrian, que los Hidalgos se opusiesen à ellos, especialmente aquellos Hidalgos escuderiles, que dan humo à los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Esto, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamàs remendado; roto bien podrá ser, y roto, mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, à la valentia, cortesia, hazañas, y asumpto de vuestra merced, ay di-

fo-

ferentes opiniones ; unos dicen, loco, pero gracioso ; otros valiente, pero desgraciado ; otros cortés, pero impertinente ; y por aquí van discurrendo en tantas cosas, que ni à vuestra merced, ni à mi nos dexan huecso sano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que està la virtud en eminente grado es perseguida. Pocos, ò ninguno de los famosos varones, que passaron, dexò de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosissimo, prudentissimo, y valentissimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, à quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen de el, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules, el de los muchos trabajos, se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura, que fue mas que demasadamente rixoso : y de su hermano, que fue lloròn. Así, que, ò Sancho ! entre tantas calumnias de buenos, bien pueden passar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Aì està el toque, cuerpo de mi padre, replicò Sancho. Pues ay mas, preguntò Don Quixote ? Aùn la cola falta por detollar, dixo Sancho, lo de hasta aqui son tortas, y pan pintado : mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay acerca de las calumnias, que le ponen, yo le traerè aqui luego al momento quien se

las diga todas, sin que les falte una migaja : que anoche llegó el hijo de Bartholomè Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho Bachiller, y yendole yo à dar la bienvenida, me dixo, que andaba yà en libros la Historia de vuestra merced, con nombre de Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha ; y dice, que me mientan à mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y à la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas, que passamos nosotros à solas, que me hice cruces de espantado, como las pudo saber el Historiador, que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que debe de ser algun sabio encantador el Autor de nuestra Historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues (segun dice el Bachiller Sancho Carrasco, que así se llamaba el que dicho tengo) que el Autor de la Historia se llama Cide Hamete Berengena. Esse nombre es de Moro, respondió Don Quixote. Así serà, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir, que los Moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de esse Cide, que en Arabigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicò Sancho, mas si V.m.d. gusta, que yo le haga venir aqui, irè por el en bolandas. Haràme mucho placer, amigo, dixo

Don

Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comerè bocado, que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por èl, respondió Sancho; y dexando à su señor, se fue à buscar al Bachillèr, con el qual bolvió de alli à poco espacio, y entre los tres passaron un graciosissimo colloquio.

CAP. III. Del ridiculo razonamiento, que passò entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachillèr Sanfon Carrasco.

Pensativo ademàs quedò Don Quixote, esperando al Bachillèr Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo, puestas en el libro como avia dicho Sancho, y no podia persuadirse à que tal Historia huviesse, pues àùn no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos, que avia muerto; y yà querian que anduviesse en estampa sus altas Cavallerias; con todo ello imaginò, que algun sabio, ò yà amigo, ò enemigo, por arte de encantamiento, las avrà dado à la estampa; si amigo, para engrandecerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero Andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se huviesse escrito, puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escrivieron; y quando fue la verdad, que la tal Historia huviesse, siendo de Cava-

llero Andante, por fuerza avia de ser grandiloquia, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consolò algun tanto; pero desconsolòle pensar, que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios, y quimeristas. Temiàse no huviesse tratado sus amores con alguna indecencia, que redundasse en menoscabo, y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que huviesse declarado su fidelidad, y el decoro que siempre la avia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y Doncellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos; y asì, embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibió con mucha cortesía. Era el Bachillèr, aunque se llamaba Sanfon, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y quatro años, carivdondo, de nariz chata, y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa, y amigo de donayres, y de burlas, como lo mostrò en viendo à Don Quixote, poniendose delante de èl de rodillas, diciendole: Demè vuestra grandeza las manos, señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de San Pedro, que vísto, aunque

no tengo otras Ordenes , que las quatro primeras , que es vuestra merced uno de los mas famosos Cavalleros Andantes ; que ha avido , ni avrà en toda la redondéz de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la Historia de vuestras grandezas dexò escrita ; y re-bien aya el curioso , que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arábigo en nuestro vulgar Castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote , y dixo : De està manera, verdad es , que ay Historia mia , y que fue Moro , y sabio el que la compuso. Es tan verdad , señor, dixo Sancho , que tengo para mi, que el dia de oy estàn impreslos mas de doce mil libros de la tal historia ; sino digalo Portugal , Barcelona , y Valencia , donde se han impreslo , y aun ay fama , que se està imprimiendo en Amberes , y à mi se me trasluce , que no ha de aver Nacion , ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dixo à esta sazón Don Quixote, que mas debe de dár contento a un hombre virtuoso , y eminente , es verse vi-viendo andar con buen nombre por las lenguas de las gentes , impreslo , y en estampa. Dixe con buen nombre , porque siendolo al contrario , ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama , y si por buen nombre và , dixo el Bachiller , solo vuestra merced lleva la palma à todos los Cavalleros Andantes ; porque el Moro en su lengua , y el Christiano en la suya,

tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced , el animo grande en acometer los peligros , la paciencia en las adversidades , y el sufrimiento, así en las desgracias , como en las heridas ; la honestidad , y continencia en los amores tan platonicos de vuestra merced , y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca (dixo à este punto Sancho Panza) he oido llamar con Doña à mi señora Dulcinea , sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y yà en esto anda errada la Historia. No es objecion de importancia està , respondiò Carrasco. No por cierto , respondiò Don Quixote ; pero digame vuestra merced, señor Bachiller , que hazañas mias son las que mas se ponderan en està Historia ? En esto , respondiò el Bachiller , ay diferentes opiniones, como ay diferentes gustos ; unos se atiende à la aventura de los Molinos de Viento , que à vuestra merced le parecieron Briarcos , y Gigantes ; otros à la de los Batanes ; este à la descripcion de los dos Exercitos , que despues parecieron ser dos manadas de carneros ; aquel encarece la del muerto , que llevaban à enterrar à Segovia ; uno dice , que à todos se aventaja la de la libertad de los Galeotes ; otro, que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos , con la pendencia del valeroso Vizcaino. Digame, señor Bachiller , dixo à esta sazón Sancho , entra à la aventura de los Yangueses , quando à nuestro

buena

buen Rocinante se le antojò pedir cotufas en el golfo? No se le quedò nada, respondiò Sancho, al sabio en el tintero, todo lo dice, y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas, que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondiò Sancho, en el ayre sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de Cavallerias, las quales nunca pueden estar llenas de prosperos sucesos. Con todo esto, respondiò el Bachillèr, dicen algunos, que han leído la historia, que se holgàran se les huviera olvidado à los Autores de ella algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quixote. Aí entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones, que ni mudan, ni alteran la verdad de la historia, no ay para que escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee, que no fue tan piadoso Eneàs, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises, como le describe Homero. Así es, replicò Sancho; pero uno es escribir como Poeta, y otro como Historiador. El Poeta puede contar, ò cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser; y el Historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir, ni

quitar à la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda à decir verdades, esse señor Moro, dixo Sancho, à buen seguro, que entre los palos de mi señor se hallien los míos, porque nunca à su merced le tomaron la medida de sus espaldas, que no me la tomassen à mí de todo el cuerpo; pero no ay de que maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondiò Don Quixote, à fee, que no os falta memoria quando vos quereis tenerla. Quando yo quisièsse olvidarme de los garrotazos, que me han dado, dixo Sancho, no lo consentiràn los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachillèr, à quien suplico paise adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy uno de los principales personajes de ella. Personage, que no personages, Sancho amigo, dixo Sancho. Otro reprochador de voquibles tenemos, dixo Sancho; pues andense à esto, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la di Dios, Sancho, respondiò el Bachillèr, si no sois vos la segunda persona de la historia; y que ay tal, que precia mas oïros hablar à vos, que al mas pintado de toda ella; puesto, que tambien ay quien diga, que anduvistes demasadamente de crèdulo en creer, que podia ser verdad el

gobierno de aquella Infula , ofrecida por el señor Don Quixote , que está presente. Aun ay Sol en las bardas , dixo Don Quixote , y mientras mas fuere entrando en edad Sancho , con la experiencia , que dan los años , estará mas idoneo , y mas habil para ser Governador, que no estará aora. Por Dios, señor, dixo Sancho , la Isla que yo no governallè con los años que tengo, no la gobernarè con los años de Matufalèn ; el daño està, en que la dicha Infula se entretiene no sè donde , y no en faltarme à mi el caletre para gobernarla. Encomendadlo à Dios, Sancho , dixo Don Quixote , que todo se harà bien , y quizá mejor de lo que vos pensais , que no se mueve la hoja en el arbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad , dixo Sancho, que si Dios quiere, no le faltaràn à Sancho mil Infulas , que gobernar , quanto mas una. Governadores he visto por ài , dixo Sancho , que à mi parecer no llegan à la suela de mi zapato , y con todo esto los llaman Señoria , y se sirven con plata. Estos no son Governadores de Infulas , replicò Sancho, sino de otros Gobiernos mas manuales, que los que gobiernan Infulas, que por lo menos han de saber Gramatica. Con la Grama bien me ayendria yo , dixo Sancho ; pero con la tica ni me tiro , ni me pago, porque no la entiendo ; pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios , que me eche à las partes donde mas de mi se sirva, digo, señor Bachillèr Sancho Car-

Part. II.

rafco, que infinitamente me ha dado gusto , y alegría , que el Autor de la historia aya hablado de mi de manera , que no enfadan las cosas, que de mi se cuentan , que à fee de buen Escudero, que si de mi huviera dicho cosas , que no fueran muy de Christiano viejo, como soy, que nos avian de oir los sordos. Esto no fuera hacer milagros , respondió Sancho. Milagros , ò no milagros , dixo Sancho , cada uno mire como habla , ò como escribe de las personas, y no ponga à troche moche lo primero , que le viene al magin. Una de las tachas , que ponen à la tal historia, dixo el Bachillèr , es, que su Autor puso en ella una Novela , intitulada : El Curioso Impertinente , no por mala , ni por mal razonada , sino por no ser de aquel lugar , ni tiene que ver con la historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostar , replicò Sancho, que ha mezclado el hi de perros , berzas con capachos. Aora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el Autor de mi historia , sino algun ignorante hablador , que à tiento , y sin algun discurso se puso à escribiria , salga lo que saliere , como hacia Orbaneja el Pintor de Ubeda , al qual preguntandole , que pintaba ? Respondiò : Lo que saliere : tal vez pintaba un Gallo de tal suerte , y tan mal parecido , que era menester, que con letras Goticas escriviesse junto à el : Este es Gallo ; y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de commentto para

B

en-

entenderla. Eso no, respondió San-
son, porque es tan clara, que no
ay cosa, que dificultar en ella: los
niños la manosean, los mozos la
leen, los hombres la entienden, y
los viejos la celebran; y finalmen-
te, es tan trillada, tan leída, y
tan sabida de todo genero de gen-
tes, que apenas han visto algun
rocin flaco, quando dicen: Allí và
Rocinante; y los que mas se han
ciado à su letura, son los pages.
No ay antecamaras de señor, don-
de no se halle un Don Quixote;
unos le toman, si otros le dexan;
estos le embisten, y aquellos le pi-
den. Finalmente, la tal historia es
del mas gustoso, y menos perjudi-
cial entretenimiento, que hasta aora
se aya visto, porque en toda ella
no se descubre, ni por semejas, una
palabra deshonestá, ni un pensa-
miento menos que Catholico. A
escribir de otra fuerte, dixo Don
Quixote, no fuera escribir verda-
des, sino mentiras; y los Historia-
dores, que de mentiras se valen,
avian de ser quemados, como los
que hacen moneda falsa; y no sè
yo què le movió al Autor à valer-
se de Novelas, y cuentos agenos,
aviendo tanto que escribir en los
mios: sin duda se debió de atener
al refràn de paja, y de heno, &c.
Pues en verdad, que en solo mani-
festar mis pensamientos, mis suspi-
ros, mis lagrimas, mis buenos dese-
os, y mis acometimientos, pu-
diera hacer un volumen mayor, ò
tan grande, que el que pueden ha-
cer todas las obras del Tostado. En

efecto, lo que yo alcanzo, señor
Bachillèr, es, que para componer
historias, y libros, de qualquier
fuerte que sean, es menester un
gran juicio, y un maduro entendi-
miento: decir gracias, y escribir
donayres, es de grandes ingenios.
La mas discreta figura de la Come-
dia es la del bobo, porque no lo
ha de ser el que quiere dar à enten-
der, que es simple. La historia es
como cosa sagrada, porque ha de
ser verdadera; y donde està la ver-
dad, està Dios en quanto à verdad;
pero no obstante esto, ay algunos,
que así componen, y arrojan li-
bros de sí, como si fuesen buñue-
los. No ay libro tan malo, dixo el
Bachillèr, que no tenga algo bue-
no. No ay duda en esto, replicò
Don Quixote; pero muchas veces
acontece, que los que tenían me-
ritamente grangeada, y alcanzada
gran fama por sus escritos, en dan-
dolos à la estampa la perdieron del
todo, ò la menoscabaron en algo.
La causa de esto es, dixo San-
son, que como las obras impressas se
miran de espacio, facilmente se
ven sus faltas; y tanto mas se es-
cudriñan, quanto es mayor la fa-
ma del que las compuso. Los hom-
bres famosos por sus ingenios, los
grandes Poetas, los ilustres His-
toriadores, siempre, ò las mas ve-
ces son embidiados de aquellos,
que tienen por gusto, y por parti-
cular entretenimiento juzgar los es-
critos agenos, sin aver dado algunos
propios à la luz del mundo. Esto no
es de maravillar, dixo Don Qui-

xote, porque muchos Theologos ay, que no son buenos para el Pulpito, y son bonifsimos para conocer las faltas, ò sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor Don Quixote, dixo Carrasco; pero quisiera, que los tales cenfuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse à los atomos del sol clarifimo de la obra de que murmuran, que *si aliquando bonos dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dàr la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podria ser, que lo que à ellos les parece mal, fuessen lunares, que à las veces acrecientan la hermosura de el rostro que los tiene; y así digo, que es grandifimo el riesgo à que se pone el que imprime un libro, siendo de toda impossibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente à todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, à pocos avrà contentado. Antes es al revés, que como de *Stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de tal historia, y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues se le olvida de contar quien fue el ladrón, que hurtò el rucio à Sancho, que allí no se declara; y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron; y de allí à poco le vemos à cavallo sobre el mismo jumento, sin aver parecido. Tambien dicen, que se le olvidò poner lo que Sancho hi-

zo de aquellos cien escudos, que hallò en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y ay muchos que desean saber, què hizo de ellos, ò en què los gastò, que es uno de los puntos substanciales, que faltan en la obra. Sancho respondió: Yo, señor Sanfon, no estoy acá para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estomago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrà en la espina de Santa Lucia: en casa lo tengo, mi vislo me aguarda, en acabando de comer darè la vuelta, y satisfarè à vuestra merced, y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fue à su casa. Don Quixote pidió, y rogò al Bachillèr se quedasse à hacer penitencia con él. Tuvo el Bachillèr el combite, quedòse, añadiòse al ordinario un par de pichones; tratòse en la mesa de Cavallerías, siguiòle el humor Carrasco, acabòse el banquete, durmieron la fiesta, bolviò Sancho, y renovòse la platica passada.

CAP. IV. *Donde Sancho Panza satisface al Bachillèr Sanfon Carrasco de sus dudas, y preguntass con otros successos dignos de saberse, y de contar se.*

BOlviò Sancho à casa de Don Quixote, y bolviendo al pasado razonamiento, respondió à lo

que el señor Sancho dixo, que se deseaba saber, quien, ò como, ò quando se me hurtò el jumento? Respondiendo, digo, que la noche misma, que huyendo de la Santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morcna, despues de la aventura sin ventura de los Galeotes, y la del difunto, que llevaban à Segovia, mi señor, y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor, artimado à su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos, y cansados de las passadas refriegas; nos pusimos à dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma; especialmente yo dormì con tan pesado sueño, que quien quiera que fue, tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre quatro estacas, que puso à los quatro lados de la albarda; de manera, que me dexò à cavallo sobre ellas, y me sacò debaxo de mi al rucio, sin que yo lo sintiese. Esto es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucediò à Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca, con esta misma invencion le sacò el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladrón, llamado Brunelo. Amaneciò, profuguiò Sancho, y apenas me huve estremecido, quando faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída; mirè por el jumento, y no le vi; acudieronme las lagrimas à los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el Autor de nuestra historia, puede hacer cuenta, que no puso cosa buena.

Al cabo de no se quantos dias, viniendo con la señora Princesa Micomicona, concè mi año, y que venia sobre el, en habito de Gitano, aquel Ginès de Pallamonte, aquel embustero, y grandissimo maleador, que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No està en esto el yerro, replicò Sancho, sino en que antes de aver parecido el jumento, dice el Autor, que iba à cavallo Sancho en el mismo rucio. A esto, dixo Sancho; no se que responder, sino que el Historiador se engañò, ò ya sería descuido del Impresor. Así es sin duda, dixo Sancho; pero que se hicieron los cien escudos? Deshicieronse? Respondiò Sancho: Yo los gastè en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras, que he andado sirviendo à mi señor Don Quixote, que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento à mi casa, negra ventura me esperaba; y si ay mas que saber de mi, aqui estoy, que responderè al mismo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si traxe, ò no traxe, si gastè, ò no gastè, que si los palos que me dieron en estos viages se huvieran de pagar à dinero; aunque no se tallaran mas que à quatro maravedis cada uno, con otros cien escudos no avia para pagarme la mitad; y cada uno metra la mano en su pecho, y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada

cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dixo Carrasco, de acusar al Autor de la historia, que si otra vez le imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está. Ay otra cosa que enmendar en esta leyenda, señor Bachiller? preguntò Don Quixote. Si debe de aver, respondió èl; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. Y por ventura, dixo Don Quixote, promete el Autor segunda Parte? Si promete, respondió Sanson; pero dice, que no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda, si saldrá, ò no; y así por esto, como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas, se duda, que no ha de aver segunda Parte; aunque algunos, que son mas Joviales, que Saturninos, dicen: Vengan mas quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con esto nos contentamos. Y à què se atiene el Autor? A què, respondió Sanson: En hallando, que halle la historia, que èl va buscando con extraordinarias diligencias, la darà luego à la estampa, llevado mas del interés, que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interés mira el Autor? Maravilla será que acierte, porque no hara sino

Part. II.

harbar, harbar, como Sastre en visperas de Pasqua, y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda èsse señor Moro à lo que es, à mirar lo que hace, que yo, y mi señor le daremos tanto ripio à la mano, en materia de aventuras, y de sucesos diferentes, que pueda componer, no solo segunda Parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas; pues tengamos el pie al herrar, y verà del que coqueamos. Lo que yo se decir, es, que si mi señor tomasse mi consejo, ya aviamos de estar en estas campañas deshaciendo agravios, y enderezando tuerzos, como es uso, y costumbre de los buenos Andantes Cavalleros. No avia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegaron à sus oídos relinchos de Rocinante, los quales relinchos tomò Don Quixote por felicissimo aguero, y determinò de hacer de alli à tres, ò quatro dias otra salida, y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo, por què parte comenzaria su jornada? El qual le respondió, que era su parecer, que fuesse al Reyno de Aragon, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli à pocos dias se avian de hacer unas solemnissimas justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, que seria ganarla sobre todos los de el mundo. Alabòle ser honradissi-

B;

ma,

ma, y valentísima su determinacion; y advirtiòle, que anduvièse mas atentado en acometer los peligros, à causa, que su vida no era fuya, sino de todos aquellos que le avian menester para que los amparasse, y socorrièse en sus desventuras. De esto es lo que yo reniego, señor Sanson, dixo à este punto Sancho, que así acomete mi señor à cien hombres armados, como un muchacho goloso à media docena de vadeas. Cuerpo de el mundo, señor Bachillèr, si, que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, sino ha de ser todo Santiago, y cierra España; y mas, que yo he oido decir, y creo, que à mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde, y de temerario està el medio de la valentia; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para què, ni que acometa quando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo, aviso à mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion, que el se lo ha de batallar todo, y que yo no he estàr obligado à otra cosa, que à mirar por su persona, en lo que tocàre à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le baylarè el agua delante; pero pensar, que tengo de poner mano à la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha, y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal escudero, que jamás sirviò à

Cavallero Andante; y si mi señor Don Quixote, obligado de mis muchos, y buenos servicios, quisiere darme alguna Infula de las muchas, que su merced dice que se ha de topar por ài, recibirè mucha merced en ello; y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en noto de otro, sino de Dios; y mas, que tan bien, y aun quizá mejor me sabrà el pan desgovernado, que siendo Governador: y sè yo por ventura, si en estos gobiernos me tiene aparejado el diablo alguna zancadilla, donde tropiece, y cayga, y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir; pero si con todo esto, de buenas à buenas, sin mucha sollicitud, y sin mucho riesgo, me deparasse el Cielo alguna Infula, ò otra cosa semejante, no foy tan necio, que la desechasse, que tambien se dice: Quando te dieren la baquilla, corre con la foguilla; y quando viene el bien, metelo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, aveis hablado como un Cathedratico; pero con todo esto, confiad en Dios, y en el señor Don Quixote, que os ha de dár un Reyno, no que una Infula. Tanto es lo de mas, como lo de menos, respondiò Sancho; aunque sè decir al señor Carrasco, que no echàra mi señor el Reyno que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y governar Infulas; y esto yà otras veces lo he dicho à mi señor.

Mirad Sancho, dixo Sanfon, que los officios mudan las costumbres, y podría ser, que viendoo Governador, no conocieffedes à la madre que os parió. Ello allà se ha de entender, respondiò Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de enjuandia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos à mi condicion, que sabrà ular de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirà, quando el gobierno venga, que yà me parece que le traygo entre los ojos. Dicho esto, rogò al Bachiller, que si era Poeta, le hiciessè merced de componerle unos versos, que trataffen de la despedida que pensaba hacer de la señora Dulcinèa del Toboso; y que advertiessè, que en el principio de cada verso avia de poner una letra de su nombre; de manera, que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyessè *Dulcinèa del Toboso*. El Bachiller respondiò, que puesto que èl no era de los famosos Poetas, que avia en España, que decian que no eran fino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, à causa, que las letras, que contenian el nombre, eran diez y siete; y que si hacia quatro Castellanas de à quatro versos, sobraba una letra; y si de à cinco, à quien llaman decimas, ò redondillas, faltaban tres letras;

pero con todo esto procuraria embecer una letra lo mejor que pudiese; de manera, que en las quatro Castellanas se incluyessè el nombre de Dulcinèa del Toboso. Ha de ser assi en todo caso, dixo Don Quixote, que si allí no và el nombre patente, y de manifesto, no ay muger, que crea, que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida seria de allí à ocho dias: encargò Don Quixote al Bachiller la turieffè secreta, especialmente al Cura, y al Maesse Nicolàs, y à su sobrina, y al ama, porque no estorvassen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando à Don Quixote, que de todos sus buenos, ò malos sucesos le avisassè, aviendo comodidad; y assi se despidieron, y Sancho fue à poner en orden lo necesario para su jornada.

CAP. V. *De la discreta, y graciosa platica, que passò entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.*

Legando à escribir el Traductor de esta historia este quinto capitulo, dice, que le tiene por apocrifo, porque en èl habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible, que èl las supieffè; pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo

que à su oficio debia ; y assi profi-
guò , diciendo :

Llegò Sancho à su casa tan re-
gocijado , y alegre , que su muger
conociò su alegria à tiro de ba-
llestá , tanto , que la obligò à pre-
guntarle : Què traéis , Sancho ami-
go , que tan alegre venís ? A lo que
él respondiò : Muger mia , si Dios
quisiera , bien me holgàra yo de no
estàr tan contento como nuestro.
No os entiendo , marido , repli-
cò ella , y no sè què quereis decir
en esto , de que os holgarades , si
Dios quisiera , de no estàr conten-
to , que aunque muger tonta , no
sè yo quien recibe gusto de no te-
nerle. Mirad , Teresa , respondiò
Sancho , yo estoy alegre , porque
tengo determinado de bolver à ser-
vir à mi amo Don Quixote , el
qual quiere la vez tercera salir à
buscar las aventuras , y yo buel-
vo à salir con él , porque lo quie-
re assi mi necesidad , junto con
la esperanza que me alegra de pen-
sar si podrè hallar otros cien escu-
dos , como los yà gastados , pues-
to que me entristece el averme de
apartar de ti , y de mis hijos ; y si
Dios quisiera darme de comer à
pie enjuto , y en mi casa , sin traer-
me por vericuetos , y encrucija-
das , pues lo podia hacer à poca
costa , y no mas de quererlo , claro
està , que mi alegria fuera mas fir-
me , y va'edera , pues la que tengo
và mezclada con la tristeza de de-
xarte ; assi , que dixè bien , que
holgàra , si Dios quisiera , de no
estàr tan contento. Mirad , San-

cho , replicò Teresa , despues que
os hicisteis miembro de Cavallero
Andante , hablais de tan rodeada
manera , que no ay quien os entien-
da. Basta que me entienda Dios ,
muger , respondiò Sancho , que él
es el entendedor de todas las co-
sas , y quedete esto aqui ; y adver-
tid , hermana , que os conviene te-
ner cuenta estos tres dias con el ru-
cio , de manera , que estè para ar-
mas tomar , dobladle los picafios ,
requerid la albarda , y las demàs
jarcias , porque no vamos à bo-
das , sino à rodcar el mundo , y à
tener dares , y tomares con Gi-
gantes , con Endriagos , y con Ves-
tiglos , y à oír silves , rugidos , bra-
midos , y baladros ; y aun todo
esto fuera flores de cantuoso , si no
tuvieramos que entender con Yan-
gueses , y con Moros encantados.
Bien creo yo , marido , replicò Te-
resa , que los Escuderos Andantes
no comen el pan de valde , y assi
quedarè rogando à nuestro Señor
os saque presto de tan mala ventu-
ra. Yo os digo muger , respondiò
Sancho , que si no pensasse antes de
mucho tiempo verme Governador
de una Infula , aqui me caerìa
muerto. Ello no , marido mio , di-
xo Teresa , viva la gallina , aun-
que sea con su pepita ; vivid vos , y
llevese el diablo quantos gobier-
nos ay en el mundo ; sin gobierno
salisteis del vientre de vuestra ma-
dre , sin gobierno aveis vivido has-
ta acra , y sin gobierno os ireis ,
ò os llevaràn à la sepultura quan-
do Dios fuere servido. Como ellos
ay

ay en el mundo, que viven sin go-
vierno, y no por esso dexan de vi-
vir, y de ser contados en el nume-
ro de las gentes. La mejor salsa de
el mundo es la hambre, y como
esta no falta à los pobres, siempre
comen con gusto. Pero mirad, San-
cho, si por ventura os viedes en
algun gobierno, no os olvidéis de
mi, y de vuestros hijos; advertid,
que Sanchico tiene ya quinze años
cabales, y es razon, que vaya à la
Escuela, si es que su tio el Abad
le ha de dexar hecho de la Iglesia.
Mirad tambien, que Mari-Sancha,
vuestra hija, no se morirà si la ca-
samos, que me vâ dando barrun-
tos, que desea tanto tener marido,
como vos deseais veros con go-
vierno. Y en fin, en fin, mejor pa-
rece la hija mal casada, que bien
abarraganada. A buena fee, res-
pondiò Sancho, que si Dios me lle-
ga à tener algo de gobierno, que
la tengo de casar, muger mia, à
Mari-Sancha tan altamente, que
no la alcancen sino con llamarla
Señoria. Eisso no, Sancho, respon-
diò Teresa, casadla con su igual,
que es lo mas acertado; que si de
los zuecos la sacais à chapines, y
de saya parda de catorceno à ver-
dugado, y faboyanas de seda, y
de una Marica, y de un tû à una
Doña tal, y Señoria, no se ha de
hallar la muchacha, y à cada passo
ha de caer en mil faltas, descubrien-
do la hilaza de su tela basta, y gros-
fera. Calla, boba, dixo Sancho, que
todo serà usarlo dos, ò tres años,
que despues le vendrà el señorio,

y la gravedad como de molde; y
quando no, que importa? Sease
ella señoria, y venga lo que vinie-
re. Medios, Sancho, con vuestro
estado, respondiò Teresa, no os
querais alzar à mayores, y adver-
tid al refràn, que dice: Al hijo de
tu vecino limpiate las narices, y
mete le en tu casa. Por cierto, que
seria gentil cosa casar à nuestra
Maria con un Condazo, ò con un
Cavallerote, que quando se le an-
tojasse la pufielle como nueva, lla-
mandola de villana, hija del estri-
pa terrones, y de la pela ruecas:
no en mis dias, marido, para esso
por cierto he criado yo à mi hija:
traed vos dineros, Sancho, y el ca-
sarla dexadlo à mi cargo, que aÿ
està Lope Tocho, el hijo de Juan
Tocho, mozo rollizo, y sano, y
que le conocemos, y se, que no
mira de mal ojo à la muchacha,
y con este, que es nuestro igual,
estará bien casada, y le tendre-
mos siempre à nuestros ojos, y
seremos todos unos, padres, y hi-
jos, nietos, y yernos, andarà la
paz, y la bendicion de Dios entre
todos nosotros: y no caírmela vos
aora en essas Cortes, y en esses Pa-
lacios grandes, adonde ni à ella la
entiendan, ni ella se entienda. Ven
agà, bestia, y muger de Barra-
bàs, replicò Sancho, por que quie-
res tû aora, sin que, ni para que,
estorvarme, que no case à mi hi-
ja con quien me dè nietos, que
se llamen Señoria? Mira, Tere-
sa, siempre he oïdo decir à mis
mayores, que el que no sabe go-

zar de la ventura, quando le viene, que no se debe quejar si se le passia. Y no serà bien, que aora, que està llamando à nuestra puerta, te la cerremos: dexèmonos llevar de este viento favorable, que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixo el Traductor de esta Historia, que tenia por apocrifo este Capitulo.) No te parece, animalia, proliguò Sancho, que serà bien dár con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos taque el pie del lodo, y casasse à Maria-Sancha con quien yo quisiere, y veràs como te llaman à ti Doña Teresa Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas, y arameles, à pesar, y despecho de las hidalgas del Pueblo? No sino estaos siempre en un sèr, sin crecer, ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tu mas me digas. Veis quanto decís, marido? respondiò Teresa, pues con todo esto temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisieredes, aora la hagais Duquesa, ò Princesa; pero seos decir, que no serà ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puede aver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arriqueves de dones, ni donas. Cascajo se llamó mi

padre, y à mi, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Panza, que à buena razon me avian de llamar Teresa Cascajo; pero allà van leyes do quieren Reyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar; y no quiero dár que decir à los que me vieren andar vestida à lo Condesil, ò à lo de Governadora, que luego diràn: Mirad, que entonada và la pazpuerca, ayer no se hartaba de estirar de un poco de estopa, y iba à Mitisa cubierta la cabeza con la falda de la fuya, en lugar de manto, y yà oy và con verdugo, con broches, y con entono, como si no la conociessemos. Si Dios me guarda mis siete, ò mis cinco sentidos, ò los que tengo? no pienso dár ocasion de verme en tal apricto. Vos, hermano, idos à ser govicino, ò infulo, y entonaos à vuestro gusto, que mi hija, ni yo, por el figlo de mi padre, que no nos hemos de mudar un passo de nuestra Aldèa: La muger honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quixote à vuestras venturas, y dexadnos à nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas, y yo no sè por cierto, quien le puso à el Don, que no tuvieren sus padres, ni sus abuelos. Aora digo, replicò Sancho, que tienes algun familiar en esse cuerpo. Valgate Dios la muger, y que de cosas ha

ha ensartado unas en otras, sin tener pies, ni cabeza! Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes, y el tono, con lo que yo digo? Vèn acá, mentecata, è ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vàs huyendo de la dicha) si yo dixera, que mi hija se arrojàra de una torre abaxo, ò que se fuera por estos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir, y cerrar de ojos te la chantó un Don, y una Señoria acuestas, y te la faco de los rastros, y te la pongo en toldo, y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en su linage las almohadas de Marruecos, por qué no has de consentir, y querer lo que yo quiero? Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refrán que dice: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el mormurar, el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los ay por estas calles à montones, como enjambre de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que aora quiero decirte, quizá no lo ayrrás oido en todos los dias de tu vida; y yo aora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir, son sentencias del Padre Predicador, que la Quaresma passa-

da predicò en este Pueblo; el qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes, que los ojos estàn mirando, se presentan, estàn, y afsisten en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia, que las cosas passadas. (Todas estas razones, que aqui vè diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el Traductor, que tiene por apocrifo este Capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual prosiguiò diciendo:) De donde nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerza nos mueve, y combida à que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos representa alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia, aora sea de pobreza, ò de linage, como yà passò, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este, à quien la fortuna facò del borrador de su baxeza, que por estas mismas razones la dexò el padre à la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal; y cortès con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos, que por su antigüedad son nobles, tèn por cierto, Teresa, que no ayrrà quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los embidiosos, de quien ninguna prospera fortuna està segura. Yo no os entiendo, marido, replicò Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreis mas la

cabeza con vuestras harengas, y rethoricas; y si estais rebuelto en hacer lo que decís. Resuelto has de decir, muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongais à disputar, marido, coningo, respondió Teresa, yo hablo como Dios es fervido, y no me meto en mas dibujos; y digo, que si estais porfiando en tener govierno, que lleveis con vos à vuestro hijo Sancho, para que vos desde aora le enseñeis à tener govierno, que bien es, que los hijos hereden, y aprendan los officios de sus padres. En teniendo govierno, dixo Sancho, embiarè por el por la posta, y te embiarè dineros, que no me faltaràn, pues nunca falta quien se los preste à los Governadores, quando no los tienen; y vistele de modo, que dissimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dineros, dixo Teresa, que yo os lo vestirè como un palmito. En efecto, quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que yo la vièssè Condesa, respondió Téresa, esse harè cuenta que la entierro; pero otra vez os digo, que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos mugeres, de estar obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros: Y en esto comenzò à llorar tan de veras, como si yà viera muerta, y enterrada à Sanhica. Sancho la consolò, diciendola: Que yà que la huviesse de hacer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiesse. Con esto se acabò su plati-

ca, y Sancho bolviò à ver à D. Quixote, para dàr orden à su partida.

CAP. VI. *De lo que passò à D. Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los mas importantes Capítulos de toda la Historia.*

EN tanto que Sancho Panza, y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida platica, no estaban ociosas la sobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil señales iban coligando, que su tio, y señor queria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su (para ellas) mal andante Cavalleria. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones, que con el passaron, le dixo el ama: En verdad, señor mio, que si V. md. no afirma el pie llano, y se està quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscando essas, que dicen que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz, y en grita à Dios, y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quixote: Ama, lo que Dios responderà à tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sé, que si yo fuera Rey, me escusara de responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada

da día le dan, que uno de los mayores trabajos, que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados à escuchar à todos, y à responder à todos; y así no querría yo, que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dixo el ama: Diganos, señor, en la Corte de tu Magestad no ay Cavalleros? Si, respondió Don Quixote, y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandza de los Principes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no sería V. md. replicò ella, uno de los que à pie quedo sirviessen à su Rey, y señor, estandose en la Corte? Mira, amiga, respondió Don Quixote, no todos los Cavalleros pueden ser Cortesanos, ni todos los Cortesanos pueden, ni deben ser Cavalleros Andantes, de todos ha de aver en el mundo; y aunque todos seamos Cavalleros, và mucha diferencia de los unos à los otros; porque los Cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un Mapa sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed; pero nosotros los Cavalleros Andantes verdaderos, al Sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del Cielo, de noche, y de día, à pie, y à cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser; y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías,

ni en las leyes de los desafíos; si lleva, ò no lleva mas corta la lanza, ò la espada; si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto; si se ha de partir, y hacer tajadas el Sol, ò no con otras ceremonias de este jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona à persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Cavallero Andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabezas no solo tocan, sino pasan las nubes, y que à cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan arboles de gruesos, y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo, que un heino de vidro, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrépido corazon los ha de acometer, y embestir, y si fuere posible, vencerlos, y desvaratarlos en un pequeño instante, aunque viniessen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen, que son mas duras que si fueren de diamantes; y en lugar de espadas, traessen cuchillos tajantes de Damasquino acero, ò porras ferradas con puntas assimismo de acero, como yo las he visto mas de doce veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que ay de unos Cavalleros à otros; y sería razon, que no huviese Principe, que no estimasse en mas esta segunda, ò por mejor decir, primera especie de Cavalleros

Andantes, que segun leemos en sus Historias, tal ha avido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de un Reyno, sino de muchos. Ha señor mio, dixo à esta sazón la sobrina, advierta V.m.d. que todo esto que dice de los Cavalleros Andantes, es fabula, y mentira, y sus Historias, yà que no las quemassen, merecian, que à cada una se le echasse un sambenito, ò alguna señal, en que fuesse conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que avia de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonarà por todo el mundo. Como què, es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva à poner lengua, y à censurar las Historias de los Cavalleros Andantes? Què dixera el señor Amadis si tal oyera? Pero à buen seguro, que el te perdonara, porque fue el mas cortès, y humilde Cavallero de su tiempo, y el mas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera aver oïdo, que no te fuera bien de ello, que no todos son cortèses, ni bien mirados; algunos ay follones, y descomedidos. Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen Cavalleros; pero no todos pueden estàr al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay,

que rebientan por parecer Cavalleros; y Cavalleros altos ay, que parece que aposta mueren por parecer hombres baxos: aquellos se levantan, ò con la ambicion, ò con la virtud; estos se abaxan, ò con la floxedad, ò con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros, tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Valgame Dios! dixo la sobrina, que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuesse menester en una necesidad, podria subir en un pulpito, è irse à predicar por estas calles; y que con todo esto dè en una ceguera tan grande, y en una sandèz tan conocida, que se dà à entender, que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es Cavallero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los Hidalgos, no lo son los pobres! Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondiò Don Quixote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages, que te admiraràn; pero por no mezclar lo Divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas, à quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que ay en el mundo, que son estos: Unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando hasta llegar à una suma grandeza: Otros, que tuvieron principios gran-

grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que comenzaron: Otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaren en punta, como pyramide, aviendo disminuido, y aniquilado su principio, hasta parar en no nada, como lo es la punta de la pyramide, que respecto de su basa, ò asiento, no es nada: Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio; y así tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron à la grandeza, que agora conservan, te sirva de exemplo la Casa Otomana, que de un humilde, y baxo Pastor, que la diò principio, està en la cumbre, que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, seràn exemplo muchos Principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella, sin aumentar, ni disminuirla, conteniendose en los limites de sus Estados pacificamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos; porque todos los Faraones, y Tolomèos de Egipto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar esse nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Africanos, Persas, Griegos, y Barbaros, todos estos linages, y Señorios han acabado en punta, y en no nada, así ellos, como los

que les dieron principio, pues no serà posible hallar agora ninguno de sus descendientes; y si le hallásemos, sería en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que inferais, bobas mias, que es grande la confusion que ay entre los linages; y que solos aquellos parecen grandes, y ilustres, que lo muestran en la virtud, en la riqueza, y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas, y liberalidades, porque el grande, que fuere vicioso, será vicioso grande; y el rico no liberal, será un avaro mendigo: que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortès, comedido, y oficioso, no sobervio, no arrogante, no murmurador; y sobre todo, caritativo, que con dos maravedis, que con animo alegre dà al pobre, se mostrarà tan liberal, como el que à campana herida dà limosna, y no ayrà quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexè de juzgarle, y tenerle por de buena casta; y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuo-

fos no puedea dexar de ser alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres à llegar à ser ricos, y honrados; el uno es de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas, que letras, y naci, segun me incino à las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte; y así, que casi me es forzofo seguir por su camino, y por el tengo de ir, à pesar de todo el mundo, y será en valde cansaros en persuadirme à que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi vo-

luntad desea; pues con saber, como sè, los innumerables trabajos, que son anexos à la Andante Cavalleria, sè tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sè, que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho, y espacioso; y sè, que sus fines, y paraderos son diferentes; porque el del vicio dilatado, y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud angosto, y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sè, como dice el gran Poeta Castellano nuestro, que:

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de alli declina.*

Ay desdichada de mi! dixo la sobrina, que tambien mi señor es Poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostarè, que si quisiera ser Albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondiò Don Quixote, que si estos pensamientos Cavallerescos no me llevassen tràs sè todos los sentidos, que no avria cosa que yo no hiciesse, ni curiosidad que no saliesse de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando quien llamaba? Respondiò Sancho Panza, que èl era; y apenas le hubo conocido el ama, quando corriò à esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abriòle la sobrina, sa-

liò à recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote, y encerraronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CAP. VII. De lo que passò Don Quixote con su Escudero, con otros successos famosissimos.

A Penas viò el ama, que Sancho Panza se encerraba con su señor, quando diò en la cuenta de sus tratos, y imaginando, que de aquella consulta avia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja, y pesadumbre, se fue à buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciendole, que por ser bien ha-

ha-

hablado , y amigo fresco de su se-
ñor , le podría persuadir à que dex-
xasse tan desvariado proposito.
Hallòle paseandose por el patio de
su casa ; y viendole , se dexò caer
ante sus pies , trasudando , y con-
gojosa. Quando la viò Sanson Car-
rasco con muestras tan doloridas,
y sobrefaltadas, la dixo: Què es es-
to, señora ama? Què la ha aconte-
cido , que parece , que se la quiere
arrancar el alma? No es nada , se-
ñor Sanson mio , sino que mi amo
se sale , salese sin duda. Y por don-
de se sale , señora? preguntò San-
son. Hasele roto alguna parte de
su cuerpo? No se sale , respondiò
ella , sino por la puerta de su locu-
ra ; quiero decir , señor Bachillèr
de mi anima , que quiere salir otra
vez , que con esta serà la tercera , à
buscar por este mundo lo que él
llama venturas , que yo no puedo
entender como les dà este nombre.
La vez primera nos le bolvieron
atravesado sobre un jumento, mo-
lido à palos. La segunda vino en
un carro de bueyes , merido, y en-
cerrado en una jaula , adonde él se
daba à entender , que estaba en-
cantado , y venia tal el triste , que
no le conociera la madre que le
pariò , flaco , anarillo , los ojos
hundidos en los ultimos caraman-
chones del cerebro , que para aver-
le de bolver algun tanto en sí , gaf-
rè mas de seiscientos huevos, como
lo sabe Dios , y todo el mundo , y
mis gallinas , que no me dexaràn
mentir. Esto creo yo muy bien, res-
pondiò el Bachillèr , que ellas son

Part. II.

tan buenas , tan gordas, y tan bien
criadas , que no diràn una cosa por
otra , si reventassen. En efecto , se-
ñora mia , no ay otra cosa , ni ha
sucedido otro desmán alguno , si-
no el que se teme , que quiere ha-
cer el señor Don Quixote? No se-
ñor , respondiò ella. Pues no ten-
ga pena , respondiò el Bachillèr, si-
no vayase en hora buena à su casa,
y tengame aderezado de almorzar
alguna cosa caliente , y de camino
vaya rezando la oracion de Santa
Polonia , si es que la sabe , que yo
irè luego allà , y verà maravillas.
Cuitada de mi , replicò el ama , la
oracion de Santa Polonia dice
vuestra merced que rece? estò fuera
si mi amo lo huviera de las muelas;
pero no lo hà sino de los cascos. Yo
sè lo que digo , señora ama , vaya-
se , y no se ponga à disputar con-
migo , pues sabe que soy Bachillèr
por Salamanca , que no ay mas que
bachillèar , respondiò Carrasco. Y
con esto se fue el ama , y el Bachi-
llèr fue luego à buscar al Cura, para
comunicar con él lo que se dirà à
su tiempo.

En el que estuyeron encerra-
dos Don Quixote , y Sancho , pas-
faron las razones , que con mucha
puntualidad ; y verdadera relacion
cuenta la historia. Dixo Sancho à
su amo : Señor , yà yo tengo reluci-
da à mi muger à que me dexé ir
con vuestra merced adonde quisie-
re llevarme. Reducida has de de-
cir , Sancho , dixo Don Quixote,
que no relucida. Una , ù dos veces,
respondiò Sancho , si mal no me

acuerdo, he suplicado à vuestra merced, que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos; y que quando no los entienda, diga: Sancho, ò diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fociil. No te entiendo, Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sè què quiere decir soy tan fociil. Tan fociil quiere decir, respondiò Sancho, foy tan afsi. Menos te entiendo aora, replicò Don Quixote. Pues si no me puede entender, respondiò Sancho, no sè como lo diga, no sè mas, y Dios sea conmigo. Yà, yà caygo, respondiò Don Quixote, en ello. Tu quieres decir, que eres tan docil, blando, y mansero, que tomaràs lo que yo te dixere, y passaràs por lo que te enseñare. Apostarè yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me calò, y me entendiò, fino que quiso turbarme, por oirme decir otras docientas patochadas. Podrà ser, replicò Don Quixote; y en efecto, què dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma, que dos te darè; y yo digo, que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondiò Don Quixote. Decid, Sancho amigo, passad adelante, que hablais oy de perlas. Es el caso, replicò Sancho, que como vuestra

merced mejor sabe, todos estamos sujetos à la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tan presto se vâ el cordero, como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle: porque la muerte es sorda, y quando llega à llamar à las puertas de nuestra vida, siempre vâ de priesa, y no la haràn detener, ni ruegos, ni fuerzas, ni Cetros, ni Mitras, segun es publica voz, y fama; y segun nos lo dicen por ellos pulpitos. Todo esso es verdad, dixo Don Quixote; pero no sè donde vâs à parar. Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero yo estàr à mercedes, que lleguen tarde, mal, ò nunca: con lo mio me ayude Dios. En fin, quiero saber que gano poco, ò mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, que si sucediese (lo qual, ni lo creo, ni lo espero) que vuestra merced me diese la Insula, que me tiene prometida, no foy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por las cabos, que no querrè, que se aprecie lo que montare la renta de la tal Insula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondiò Don Quixote, à las voces tan buena suele ser una

gata, como una rata. Ya entiendo, dixo Sancho; y apostarè, que avia de decir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuestra merced lo ha entendido. Y tan entendido, respondiò Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus pensamientos, y sè al blanco que tiras con las innumerables factas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si huviera hallado en algunas de las Historias de los Cavalleros Andantes, exemplo, que me descubriè, y mostrasse por algun pequeño requicio, que es lo que solian ganar cada mes, ò cada año; pero yo he leído todas, ò las mas de sus Historias, y no me acuerdo aver leído, que ningun Cavallero Andante aya señalado conocido salario à su Escudero; solo sè, que todos servian à merced, y que quando menos se lo pensaban, si à sus señores les avia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una Insula, ò con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con Título, y Señoria. Si con estas esperanzas, y aditamentos, vos, Sancho, gustais de bolver à servirme, sea en buen hora, que pensar, que yo he de sacar de sus terminos, y quicios la antigua usanza de la Cavalleria Andante, es pensar en lo escusado. Así que, Sancho mio, bolveos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intencion, y si ella gustare, y vos gustaredes de estàr à merced conmigo, *benè quidem*; y si no, tan amigos como de antes,

que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza, que ruin posesion, y buena quexa, que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros à entender, que tambien sè yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente, quiero decir, y os digo, que si no quereis venir à merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que à mi no me faltarán Escuderos mas obedientes, mas sollicitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyò la firme resolucion de su amo, se le nublò el Cielo, y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creído, que su señor no se iria sin el por todos los haberes del mundo; y así, estando suspenso, y pensativo, entrò Sanson Carrasco, y la sobrina, desconfos de oír con que razones persuadia à su señor, que no tornasse à buscar las aventuras. Llego Sanson, focarron famoso, y abrazandole como la vez primera, con voz levantada le dixo: O flor de la Andante Cavalleria! O luz resplandeciente de las armas! O honor, y espejo de la Nacion Española! Plegue à Dios todo Poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona, ò personas que pusieren impedimento, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen. Y bolviendose al ama, la

dixo : Bien puede la señora ama no rezar mas la oracion à Santa Polonia , que yo sè que es determinacion precisa de las Esferas , que el señor Don Quixote vuelva à executar sus altos , y nuevos pensamientos ; y yo encargaria mi conciencia si no intimasse , y persuadiesse à este Cavallero , que no tenga mas tiempo encogida , y detenida la fuerza de su valeroso brazo , y la bondad de su animo valentissimo ; porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos , el amparo de los huérfanos , la honra de las doncellas , el favor de las viudas , y el arrimo de las casadas , y otras cosas de este jaéz , que tocan , atañen , dependen , y son Anexas à la Orden de la Cavalleria Andante. Ea , señor Don Quixote mio , hermoso , y bravo , antes oy que mañana , se ponga vuestra merced , y su grandeza en camino ; y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion , aqui estoy yo para suplirla con mi persona , y hacienda ; y si fuere necesidad servir à tu magnificencia de Escudero , lo tendré à felicissima ventura. A esta fazon dixo Don Quixote , bolviendose à Sancho : No te dixes yo , Sancho , que me avian de sobrar Escuderos ? Mira quien se ofrece à ferlo sino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco , perpetuo Trastulo , y regocijador de los patios de las Escuelas Salamanticenses , fano de persona , agil de sus miembros , callado , sufridor , assi del calor , como de el frio , assi de la hambre , como de

la sed , con todas aquellas partes que se requieren para ser Escudero de un Cavallero Andante ; pero no permita el Cielo , que por seguir mi gusto defzarate , y quiebre la columna de las letras , y el vaso de las ciencias , y tronque la palma eminente de las buenas , y liberales Artes. Quedese el muelo Sanson en su patria , y honrandola , honre juntamente las canas de sus ancianos padres , que yo con qualquier Escudero estarè contento , yà que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno , respondiò Sancho enternecido , y llenos de lagrimas los ojos , y profiguiò : No se dirà por mi , señor mio , el pan comido , y la compania deshecha ; si , que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida , que yà sabe todo el mundo , y especialmente mi Pueblo , quien fueron los Panzis , de quien yo desciendo ; y mas , que tengo conocido , y calado , por muchas buenas obras , y por mas buenas palabras , el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced ; y si me he puesto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario , ha sido por complacer à mi muger , la qual quando toma la mano à persuadir una cosa , no ay mazo , que tanto apriete los aros de una cuba , como ella aprieta à que se haga lo que quiere ; pero en efecto , el hombre ha de ser hombre , y la muger muger ; y pues yo soy hombre donde quiera , que no lo puedo negar , tambien lo quiero ser

en mi casa , pése à quien pesare : y así no ay mas que hacer , sino que V. md. ordene su Testamento con su codicilo , en modo que no se pueda reboïcar , y pongamonos luego en camino , porque no padezca el alma del señor Sanson , que dice , que su conciencia le lita , que persuada à vuestra merced à salir vez tercera por esse mundo , y yo de nuevo me ofrezco à servir à V. md. fiel , y legalmente , tan bien , y mejor , que quantos Escuderos han servido à Cavalleros Andantes en los passados , y presentes tiempos. Admirado quedò el Bachillèr de oir el termino , y modo de hablar de Sancho Panza , que puesto que avia leído la primera historia de su señor , nunca creyò , que era tan gracioso como alli le pintan ; pero oyendole decir aora testamento , y codicilo , que no se pueda reboïcar , en lugar de testamento , y codicilo , que no se pueda revocar , creyò todo lo que de él avia leído , y confirmòlo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos ; y dixo entre sí , que tales dos locos , como amo , y mozo , no se avrian visto en el mundo. Finalmente , Don Quixote , y Sancho se abrazaron , y quedaron amigos ; y con parecer , y beneplacito del gran Carrasco , (que por entonces era su oraculo) se ordenò , que de alli à tres días fuèsse su partida , en los quales avria lugar de aderezar lo necesario para el viage , y de buscar una celada de caïaxe , que en todas maneras , dixo

Don Quixote , que la avia de llevar. Ofreciòsela Sanson , porque sabia no se la negaria un amigo suyo , que la tenia , puesto que estaba mas obscura por el orin , y el moïho , que clara , y limpia por el terfo azero. Las maldiciones que las dos , ama , y sobrina , echaron al Bachillèr , no tuvieron cuento , metaron sus cabellos , arañaron sus rostros , y al modo de las endechaderas , que se ufaban , lamentaban la partida , como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle à que otra vez saliesse , fue hacer lo que adelante cuenta la historia , todo por consejo del Cura , y Barbero , con quien él antes lo avia comunicado. En resolución , en aquellos tres días Don Quixote , y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles ; y aviendo aplacado Sancho à su muger , y Don Quixote à su sobrina , y à su ama , al anocheçer , sin que nadie los viesse , sino el Bachillèr , que quiso acompañarles media legua del Lugar , se pusieron en camino de el Toboso , Don Quixote sobre su buen Rocinante , y Sancho sobre su antiguo rucio , proveidas las alforjas de cosas tocantes à la bocolica , y la bolsa de dineros , que le diò Don Quixote para lo que se ofreciesse. Abrazòle Sanson , y suplicòle le avisasse de su buena , ò mala suerte , para alegrarse con esta , ò entristecerse con aquella , como las leyes de su amistad pedian ; prometiòselo Don Quixote ;

diò Sanfon la buelta à su Lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.

CAP. VIII. *Donde se cuenta lo que le sucedió à Don Quixote yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso.*

BENDITO sea el Poderoso Alà, dice Hamete Benengeli al comienzo de este octavo Capitulo; bendito sea Alà, repite tres veces; y dice, que dà estas bendiciones, por ver que tiene yà en campaña à Don Quixote, y à Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas, y donayres de Don Quixote, y su Escudero: persuádeles, que se les olviden las pasadas Cavallerías de el ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que estàn por venir, que desde aora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como èl promete; y así profigue diciendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanfon, quando comenzó à relinchar Rocinante, y à suspirar el rucio, que de entrambos, Cavallero, y Escudero, fue tenido à buena señal, y por felicísimo aguero, aunque, si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros, y rebuznos del rucio, que

los relinchos del rocin; de donde coligió Sancho, que su ventura avia de sobrepujar, y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no se si en Astrologia judiciaria, que èl se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir, que quando tropezaba, ò caía, se holgàra no aver salido de casa, porque del tropezar, ò caer no se sacaba otra cosa, sino el zapato roto, ò las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dixo Don Quixote: Sancho amigo, la noche se nos và entrando à mas andar, y con mas obscuridad de la que aviamos menester, para alcanzar con el día à ver al Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga: allí tomarè la bendicion, y buena licencia de la fin par Dulcinea; con la qual licencia, pienso, y tengo por cierto de acabar, y dar felice cima à toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa de esta vida hace mas valientes à los Cavalleros Andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondiò Sancho; pero tengo por dificultoso, que vuestra merced pueda ablandarla, ni verse con ella en parte, à lo menos, que pueda recibir su bendicion, si yà no se la ocha desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera quando la llevè la carta, donde iban las nuevas de las sandeces, y locuras, que vuestra merced quedaba haciendo en el cora-
zon

zon de Sierra Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ò por donde viste aquella jamás lastantemente alabada gentileza, y hermosura? No debian de ser sino garcías, ò corredores, ò lonjas, ò como las llaman, de ricos, y Reales Palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero à mi bardas me parecieron, sino que soy falto de memoria. Con todo esso vamos allà, Sancho, replicò Don Quixote, que como yo la vea, ello se me dà que sea por bardas, que por ventanas, ò por resquicios, ò verjas de jardines, que qualquiera rayo, que del sol de su belleza llegue à mis ojos, alumbrará mi entendimiento, y fortalecerà mi corazon de modo, que quede unico, y sin igual en su discrecion, y en la valentia. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que quando yo vi esse sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiesse echar de sí rayos algunos; y debió de ser, que como su merced estaba ahechando aquel trigo, que dixè, el mucho polvo que sacaba, se le puso como nube ante el rostro, y se le escureció. Que todavìa dàs, Sancho, dixo Don Quixote, en decir, en pensar, en creer, y en porfiar, que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo esse un menester, y exercicio, que vâ desviado de todo lo que hacen, y deben hacer las personas principales, que estàn constituidas, y guardadas para otros

exercicios, y entretenimientos, que muestran à tiro de bailesta su principalidad? Mal se te acuerdan à ti, Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta, donde nos pinta las labores que hacian allà en sus moradas de cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron à labar en el prado verde aquellas ricas telas, que alli el ingenioso Poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo, y perlas, con trenzas texidas. Y de esta manera debia de ser el de mi señora quando tu la viste, sino que la embidia, que algun mal encantador debe de tener à mis cosas, todas las que me han de dàr gusto trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen; y asì temo, que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su Autor algun sabio mi enemigo, avrà puesto unas cosas por otras; mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiendose à contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. O embidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé què de deleyte consigo; pero el de la embidia no trae sino disgustos, rencores, y rabias. Esso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso que en essa leyenda, ò historia, que nos dixo el Bachillèr Carrasco, que de nosotros avia visto, debe de andar mi

honra à coche acà cinchado , y como dicen , al estricote aquí , y allí , barriendo las calles. Pues à fee de bueno , que no he dicho yo mal de ningun encantador , ni tengo tantos bienes , que pueda ser embidiado ; bien es verdad , que soy algo malicioso , y que tengo mis ciertos asomios de bellaco ; pero todo lo cubre , y tapa la gran capa de la limpieza mia , siempre natural , y nunca artificiosa ; y quando otra cosa no tuviese , fino el creer , como siempre creo , firme , y verdaderamente en Dios , y en todo aquello , que tiene , y cree la Santa Madre Iglesia Catholica Romana , y el ser enemigo mortal , como lo soy , de los Judios , debian los Historiadores tener misericordia de mí , y tratarme bien en sus escritos ; pero digan lo que quisieren , que desnudo naci , desnudo me hallo , ni pierdo , ni gano , aunque por verme puesto en libros , y andar por este mundo de mano en mano , no se me dà un higo , que digan de mí todo lo que quisieren. Esto me parece , Sancho , dixo Don Quixote , à lo que sucediò à un famoso Poeta de estos tiempos , el qual ayiendo hecho una maliciosa satyra contra todas las Damas Cortesanas , no puso , ni nombrò en ella à una dama , que se podia dudar si lo era , ò no ; la qual viendo que no estaba en la lista de las Damas , se quexò al Poeta , diciendole , que què avia visto en ella para no ponerla en el numero de las otras ; y que alargasse la satyra , y

la pusiessè en el ensanche , fino , que mirasse para lo que avia nacido. Hizolo afsi el Poeta , y pufola qual no digan dueñas , y ella quedò satisfecha , por verse con fama , aunque infame. Tambien viene con esto lo que se cuenta de aquel Pastor , que puso fuego , y abrasò el Templo famoso de Diana , contado por una de las siete maravillas del mundo , solo porque quedasse vivo su nombre en los siglos venideros ; y aunque se mandò , que nadie nombrasse , ni hiciessè por palabra , ò por escrito mencion de su nombre , porque no consiguiessè el fin de su deseo , todavia le supo , que se llamaba Erostrato. Tambien alude à esto lo que sucediò al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso Templo de la Rotunda , que en la antiguedad se llamò el Templo de todos los Dioses , y aora , con mejor vocacion , se llama de todos los Santos , y es el edificio , que mas entero ha quedado de los que alzò la Gentilidad en Roma , y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad , y magnificencia de sus Fundadores : èl es de hechura de una media naranja , grandissimo en estremo , y està muy claro , sin entrarle otra luz , que la que le concede una ventana , ò por mejor decir , claraboya redonda , que està en su cima ; desde la qual , mirando el Emperador el edificio , estaba con èl , y à su lado un Cavallero Romano , declarandole los primores , y futi-

lezas de aquella gran maquina, y memorable arquitectura, y aviendo quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil veces, Sacra Magestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Magestad, y arrojar me de aquella claraboya abaxo, por dexar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no aver puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aqui adelante no os pondré yo en ocasion, que bolvais à hacer prueba de vuestra lealtad; y assi os mando, que jamás me habéis, ni esteis donde yo estuviere. Y träs estas palabras le hizo una gran merced: Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. Quien piensas tú, que arrojó à Horacio del Puente abaxo, armado de todas armas, en la profundidad del Tiber? Quien abrasó el brazo, y la mano à Muncio? Quien impelió à Curcio à enlazar se en la profunda sýma ardiente, que apareció en la mitad de Roma? Quien contra todos los agueros, que en contra se le avian mostrado, hizo passar al Rubicon à Cesar? Y con exemplos mas modernos: Quien barrenó los Navios, y dexó en seco, y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes, y diferentes hazañas, son, fueron, y serán obras de la fama, que los mortales desean, como premios, y parte de la inmortalidad, que sus

famosos hechos merecen, puesto que los Christianos Catholicos, y Andantes Cavalleros, mas avemos de atender à la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las Regiones etereas, y celestes, que à la vanidad de la fama, que en este presente, y acabable siglo se alcanza, la qual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene fin señalado: Assi, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del limite, que nos tiene puesto la Religion Christiana, que profesamos. Hemos de matar en los Gigantes à la Sobervia; à la Embidia, en la generosidad, y buen pecho; à la Ira, en el reposado continente, y quietud del animo; à la Gula, y al Sueño, en el poco comer que comemos, y en mucho velar que velamos; à la Luxuria, y Lascivia, en la lealtad que guardamos à las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; à la Pereza, con andar por todas las partes de el mundo, buscando las ocasiones, que nos puedan hacer, y hagan, sobre Christianos, famosos Cavalleros. Vés aqui, Sancho, los medios por donde se alcanzan los estremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama. Todo lo que V. md. hasta aqui me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo esso querría, que V. md. me sorbiessé una duda, que aora en este punto me ha venido à la memoria. Absolvieñe quierdes decir, Sancho, dixo

Don Quixote, di en buen hora, que yo responderè lo que supiere. Digame, señor, prosiguiò Sancho, estos Julios, ò Agostòs, y todos estos Cavalleros hazañosos, que ha dicho, que yà son muertos, donde estan aora? Los Gentiles, respondiò Don Quixote, sin duda estàn en el Infierno; los Christianos, si fueron buenos Christianos, ò estàn en el Purgatorio, ò en el Cielo. Està bien, dixo Sancho; pero sepamos aora: Estas sepulturas, donde estàn los cuerpos de estos señorazos, tienen delante de sí lamparas de plata, ò estàn adornadas las paredes de sus Capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas, y de ojos de cera; y si de esto no, de què estàn adornadas? A lo que respondiò Don Quixote: Los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte sumptuosos Templos; las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusieron sobre una pyramide de piedra de desmesurada grandeza, à quien oy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirviò de sepultura un Castillo tan grande como una buena Alda, à quien llamaron Moles Adriani, que aora es el Castillo de Sanct-Àngel en Roma. La Reyna Artemisa sepultò à su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna de estas sepulturas, ni otras muchas, que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales, que mos-

trañen ser Santos los que en ellas estaban sepultados. A esto voy, replicò Sancho; y digame aora, qual es mas, resucitar à un muerto, ò matar à un Gigante? La respueſta està en la mano, respondiò D. Quixote, mas es resucitar à un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho: luego la fama del que resucita muertos, dà vista à los ciegos, endereza los cojos, y dà salud à los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lamparas, y estàn llenas sus Capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus Reliquias, mejor fama serà para este, y para el otro figlo, que la que dexaron, y dexaren quantos Emperadores Gentiles, y Cavalleros Andantes ha avido en el mundo? Tambien confiesò esta verdad, respondiò Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman a esto, respondiò Sancho, tienen los Cuerpos, y las Reliquias de los Santos, que con aprobacion, y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su christiana fama? Los Cuerpos de los Santos, ò sus Reliquias, llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan, y enriquezen con ellos sus Oratorios, y sus mas preciados Altares. Què quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho: dixo Don Quixote. Quierò decir, dixo Sancho, que nos demos à ser Santos, y al-

alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos. Advierta, señor, que ayer, ò antes de ayer, que segun hà poco se puede decir de esta manera, canonizaron, ò beatificaron dos Fray'scitos Descalzòs, cuyas cadenas de hierro con que ceñian, y atormentaban sus cuerpos, se tiene aora à gran ventura el beñarias, y tocarlas, y estàn en mas veneracion, que esta, segun dixè, la espada de Roldàn en la Armeria del Rey nuestro Señor (que Dios guarde.) Así, que señor mio, mas vale ser humilde Fraylecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y Andante Cavallero: mas alcanzan con Dios dos decenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den à Gigantes, ora à Vestiglos, ò Endriagos. Todo esto es así, respondió Don Quixote; pero no todos podemos ser Frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al Cielo: Religion es la Cavalleria, Cavalleros Santos ay en la Gloria. Si, respondió Sancho; pero yo he oido decir, que ay mas Frayles en el Cielo, que Cavalleros Andantes. Esto es, respondió Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los Andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote; pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el día siguiente, sin acontecerles cosa, que de contar fuesse, de que no poco le pesò à

Don Quixote. En fin, otro día al anochecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinèa, ni en su vida la avia visto, como no la avia visto su señor; de modo, que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho, que avia de hacer quando su dueño le embiasse al Toboso. Finalmente, ordenò Don Quixote entrar en la Ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban, y llegando el determinado punto, entraron en la Ciudad, donde les sucediò cosas, que à cosas llegan.

CAP. IX. Donde se cuenta lo que en él se verá.

MEdia noche era por filo, poco mas, ò menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el Monte, y entraron en el Toboso. Estaba el Pueblo en un sossegado silencio, porque todos sus vecinos dormian, y reposaban à pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el Lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quixote, y turbaban el corazón de Sancho: de quando en quando

do rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche. Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal agüero; pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho, hijo, guia al Palacio de Dulcinea, quizá podrá ser, que la hallemos despierta. A qué Palacio tengo de guiar, cuerpo del Sol, respondió Sancho, que en el que yo ví à su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entonces, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su Alcazar, solazandose à solas con sus doncellas, como es uso, y costumbre de las altas Señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, yà que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinea, es hora esta, por ventura de hallar la puerta abierta? Y será bien, que demos aldabazos para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda la gente? Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran à qualquiera hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el Alcazar, replicò Don Quixote, que entonces yo te dirè, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que, o yo veo poco, o que aquel bulto grande, y sombra, que desde aqui se descubre, la debe de hacer el Palacio de Dulcinea. Pues guia vuestra merced, res-

pondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y así lo creerè yo, como creer, que es aora de dia. Guiò Don Quixote, y aviendo andado como doscientos passos, diò con el bulto que hacia la sombra, y viò una gran torre, y luego conociò, que el tal edificio no era Alcazar, sino la Iglesia principal del Pueblo, y dixo: Con la Iglesia hemos dado, Sancho. Yà lo veo, respondió Sancho, y plegue à Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los Cementerios à tales horas; y mas aviendo yo dicho à V. md. si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adonde has tú hallado, que los Alcazares, y Palacios Reales están edificadas en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso, quizá se usa aqui en el Toboso edificar en callejuelas los Palacios, y edificios grandes; y así suplico à V. md. me dexé buscar por estas calles, o callejuelas, que se me ofrecen podría ser, que en algun rincón topasse con esse Alcazar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos, y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la foga tràs el Caldero. Yo me reportarè, respondió Sancho; pero con qué paciencia podrè llevar, que quie-

quiera vuestra merced, que de sola una vez, que vi la casa de nuestra ama, la aya de saber siempre, y hallarla à media noche, no hallandola vuestra merced, que la debe de aver visto millares de veces? Tú me haràs desesperar, Sancho, dixo Don Quixote: Ven acá, herege, no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto à la fin par Dulcinea, ni jamás atravesè los umbrales de su Palacio, y que solo estoy enamorado de oídas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y discreta? Aora lo oygo, respondiò Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eñò no puede ser, replicò Don Quixote, que por lo menos yà me has dicho tú, que la viste ahechando trigo, quando me traxiste la respuesta de la carta, que la embiè contigo. No se atenga à eñò, señor, respondiò Sancho; porque le hago saber, que tambien fue de oídas la vista, y la respuesta que le traxe: porque así se yo quien es la señora Dulcinea, como dàr un puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondiò Don Quixote, tiempos ay de burlar, y tiempos donde caen, y parecen mal las burias. No porque yo diga, que ni he visto, ni hablado à la señora de mi alma, has tú de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revès, como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieron que venia à pañar por donde ellos estaban uno con dos mulas, que por

el ruido que hacia el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron, que debia de ser Labrador, que avria madrugado antes del dia à ir à su labranza; y así fue la verdad, Venia el Labrador cantando aquel Romance, que dicen: *Malala buvisteis, Franceses, en essa de Roncesvalles.* Que me maten, Sancho, dixo Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantando esse villano? Si oygo, respondiò Sancho; pero què hace à nuestro proposito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien, ò mal en nuestro negocio. Llegò en esto el Labrador, à quien Don Quixote preguntò: Sabreisme decir, bien amigo, que buena ventura os dà Dios, donde son por aquí los Palacios de la fin par Princesa Doña Dulcinea de el Toboso? Señor, respondiò el mozo, yo soy forastero, y hà pocos dias que estoy en este Pueblo, sirviendo à un Labrador rico en la labranza del campo: en essa casa frontera viven el Cura, y el Sacristàn del Lugar, entrambos, ò qualquier de ellos sabrà dàr à vuestra merced razon de essa señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos de el Toboso; aunque para mi tengo, que en todo el no vive Princesa alguna, muchas señoras si principales, que cada una en su casa puede ser Princesa. Pues entre essas, dixo Don Quixote, debe de

estar,

estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y à Dios, que yà viene el Alva; y dando à sus mulas, no atendió à mas preguntas. Sancho, que vió suspenso à su señor, y assaz mal contento, le dixo: Señor, yà se viene à mas andar el día, y no será acertado dexar, que nos halle el Sol en la calle; mejor será, que nos salgamos fuera de la Ciudad, y que V.m.d. se embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolverè de dia, y no dexaré ostugo en todo este Lugar, donde no busque la Casa, Alcazar, ò Palacio de mi señora, y assaz sería de desdichado, si no le hallasse, y hallandole, hablarè con su merced, y le dirè donde, y como queda vuestra merced esperando, que le dè orden, y traza para verla, sin menoscabo de su honra, y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que aora me has dado, le apetezco, y recibo de boníssima gana: Ven, dixo, y vamos à buscar donde me embosque, que tū bolveràs, como dices, à buscar, à ver, y hablar à mi señora, de cuya discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por facarle à su Amo de el Pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinèa le avia llevado à Sierra Morena; y assi diò priesa à la salida, que fue luego: y à dos millas del Lugar hallaron una floresta, ò bosque, donde Don Qui-

xote se emboscò, en tanto que Sancho bolvia à la Ciudad à hablar à Dulcinèa; en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

CAP. X. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinèa; y de otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos.*

Legando el Autor de esta grande historia à contar lo que en este Capitulo cuenta, dice, que quifiera passarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creido; porque las locuras de D. Quixote llegaron aqui al termino, y raya de las mayores, que pueden imaginarse, y aun passaron dos tiros de ballesta mas allà de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo, y recelo, las escribiò de la misma manera que el las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un atomo de la verdad, sin darle nada por las objeciones, que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeyte sobre el agua; y assi, prosiguiendo su historia, dice, que assi como Don Quixote se emboscò en la floresta, encinar, ò selva junto al gran Toboso, mandò à Sancho bolver à la Ciudad, y que no bolvièse à su presencia sin aver primero hablado de su parte à su señora, pidiendola fuesse servida de dexarle ver de su cautivo Ca-

vallero , y se dignasse de echarle su bendicion , para que pudiesse esperar por ella felicissimos sucesos de todos sus acontecimientos , y dificultosas empresas. Encargòse Sancho de hacerlo afsi , como se lo mandaba , y de traerle tan buena respuesta , como le traxo la vez primera. Anda , hijo , replicò Don Quixote , y no te turbes quando te vieres ante la luz del sol de hermosura , que vàs à buscar. Dichoso tù sobre todos los Escuderos del mundo ; tèn memoria , y no te pase de ella , como te recibe , si muda las colores al tiempo que la estuvieres dando mi embaxada ; si se desallosiega , y turba oyendo mi nombre ; si no cabe en la almohada ; si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad ; y si està en pie ; mirala si se pone aora sobre el uno , aora sobre el otro pie ; si te repite la respuesta que te diere , dos , ò tres veces ; si la muda de blanda en aspera , de aceda en amorosa ; si levanta la mano al cabello para componerle , aunque no està desordenado. Finalmente , hijo , mirá todas sus acciones , y movimientos ; porque si tù me los relatares como ellos fueren , sacarè yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon , acerca de lo que al fecho de mis amores toca : que has de saber , Sancho , si no lo sabes , que entre los amantes , las acciones , y movimientos exteriores que muestran quando de sus amores se tratan , son certissimos correos , que traen las nuevas de lo que allà en lo interior de el alma

passa. Vè , amigo , y guiete otra mejor ventura que la mia , y buelvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo , y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo irè , y bolverè presto , dixo Sancho , y ensanche vuestra merced , señor mio , esse corazoncillo , que le debe de tener aora no mayor que una avellana ; y considere , que se suele decir , que buen corazon quebranta mala aventura , y que donde no ay tocinos , no ay estacas ; y tambien se dice , donde no piensa , falta la liebre. Digolo , porque si esta noche no hallamos los Palacios , ò Alcazares de mi señora , aora que es de dia los pienso hallar quando menos los piense ; y hallados , dexeme à mi con ella. Por cierto , Sancho , dixo Don Quixote , que siempre traes tus refranes tan à pelo de lo que tratamos , quanto me dà Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho , bolviò Sancho las espaldas , y vareò su rucio , y Don Quixote se quedò à cavallo , descansando sobre los estriuos , y sobre el arrimo de su lanza , lleno de tristes , y confusas imaginaciones , donde le dexarèmos , yendonos con Sancho Panza , que no menos confuso , y pensativo se apartò de su señor , que el quedaba ; y tanto , que apenas huvo salido del bosque , quando bolviendo la cabeza , y viendo que Don Quixote no parecia , se apeò del jumento , y sentandose al pie de un arbol , comenzò à hablar consigo mismo , y à decirse : Sepamos aora , Sancho hermano , adonde

và vueſtra merced? Vã à buſcar algun jumento, que ſe le aya perdido? No por cierto. Pues què vã à buſcar? Voy à buſcar, como quien no dice nada, à una Princeſa, y en ella al Sol de la hermoſura, y à todo el Cielo junto. Y adonde penſais hallar eſſo que decis, Sancho? Adonde? En la gran Ciudad de el Tobofo. Y bien, y de parte de quien la vais à buſcar? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que desfãce los tuertos, y dà de comer al que hà ſed, y de beber al que hà hambre. Todo eſſo eſtà muy bien. Y ſabeis ſu caſa, Sancho? Mi amo dice, que han de ſer unos Reales Palacios, ò unos ſobervios Alcazares. Y aveisla viſto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi amo la avemos viſto jamás. Y pareceos, que fuera acertado, y bien hecho, que ſi los del Tobofo ſupieſſen, que eſtais vos aqui con intencion de ir à ſonſaçarles ſus Princeſas, y à deſaſoſlegarles ſus Damas, vinielſen, y os molielſen las coſtillas à puros palos, y no os dexaſſen hueſſo ſano? En verdad que tendrían mucha razon, quando no conſideraſſen que ſoy mandado, y que meſſagero ſois, amigo; no mereceis culpa non. No os fieis en eſſo, Sancho, porque la gente Manchega es tan colerica como honrada, y no conſiente coſquillas de nadie. Vive Dios, que ſi os huelen, que os mando mala ventura. Oſte puto, allã darã rayo, no ſino andeme yo buſcando tres pies al gato, por el guſto ageno: y mas, que

aſi ſerã buſcar à Dulcinea por el Tobofo, como à Marica por Rabena, ò al Bachillèr en Salamanca. El diablo, el diablo me ha metido à mi en eſto, que otro no. Eſte ſoliloquio paſò conſigo Sancho, y lo que ſacò de el fue, que bolviò à decirſe: Aora bien, todas las coſas tienen remedio, ſino la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de paſſar todos, mal que nos peſe, al acabar la vida. Eſte mi amo, por mil ſeñales he viſto, que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues ſoy mas mentecato que el, pues le ſigo, y le ſirvo, ſi es verdadero el refràn, que dice: *Dime con quien andas, decirte he quien eres.* Y el otro: *De no con quien naces, ſino con quien paces.* Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura, que las mas veces toma unas coſas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como le pareciò quando dixo, que los Molinos de viento eran Gigantes, y las Mulas de los Religioſos Dromedarios, y las manadas de Carneros Exercitos de enemigos, y otras muchas coſas à eſte tono, no ſerã muy difícil hacerle creer, que una Labradora, la primera que me topare por aqui, es la ſeñora Dulcinea; y quando el no lo crea, jurarè yo; y ſi el jurare, tornarè yo à jurar; y ſi porfiare, porfiarè yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia ſiempre ſobre el hito, venga lo que viniere, quizá con eſta porfia acabarè con el, que no me ombie otra vez à ſemejantes meſſagerias, viendo quã mal

mal recado le traygo de ellas, ò quizì pensarà, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que èl dice que le quieren mal, la avrà mudado la figura por hacerle mal, y daño. Con esto que pensò Sancho Panza, quedò sotlegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniendose allí hasta la tarde, por dár lugar à que Don Quixote pensasse, que se avia tenido para ir, y bolver del Toboso, sucedidole todo tan bien, que quando se levantò para subir en el rucio, viò, que del Toboso, àzia donde èl estava, venian tres Labradoras sobre tres pollinos, ò pollinas, que el Autor no lo declara, aunque mas se puede creer, que eran borricas, por ser ordinaria cavalleria de las Aldeanas; pero como no vâ mucho en esto, no ay para què detenernos en averiguarlo. En resolucion, afsi como Sancho viò à las Labradoras, à passo tirado bolveriò à buscar à su señor Don Quixote, y hallòle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo: Què ay, Sancho amigo? Podrè señalar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor serà, respondiò Sancho, que vuestra merced le señale con almagra, como rotulos de Cathedras, porque le echan bien de ver los que le vieren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondiò Sancho, que no tiene mas que hacer vuestra merced, sino picar à Rocinante y

Part. II.

salir à lo raso à ver la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene à ver à vuestra merced. Santo Dios! què es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote: Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. Què sacaria yo de engañar à vuestra merced, respondiò Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra ama, vestida, y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas, y ella, todas son una asquia de oro, todas mayores de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, viene à cavallo sobre tres Canancas remendadas, que no ay mas que ver. Hacaneas querràs decir, Sancho. Poca diferencia ay, respondiò Sancho, de Canancas à Hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras, que se puedan desear, especialmente la Princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos. Vamos Sancho, hijo, respondiò Don Quixote, y en albricias de estas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si presto no te contenta, te mando las crias, que este año me dieron las tres ye-

gnas mias, que tu sabes que quedan para parir en el prado Concejil de nuestro Pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura, no está muy cierto. Yá en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca à las tres Aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió fino à las tres Labradoras, turbóse todo, y preguntó à Sancho si las avia dexado fuera de la Ciudad. Còmo fuera de la Ciudad, respondió, por ventura tiene vuestra merced los ojos en el colodriello, que no ve; que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo Sol à medio día? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino es à tres Labradoras sobre tres borricos. Aora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; y es posible, que tres Hacaneas, ò como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezean à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pelee estas barbas, si tal fuéssé verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad, que son borricos, ò borricas, como yo soy Don Quixote, y tu Sancho Panza; à lo menos à mi tales me parecen. Calle, señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, sino despavile estos ojos, y venga à hacer reverencia à la señora de sus pensamientos, que yá llega cerca, y diciendo

esto, se adelantó à recibir à las tres Aldeanas; y apeandose de el rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres Labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo Cavallero vuestro, que allí está hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulsos de verse ante vuestra magnifica presencir. Yo soy Sancho Panza su Escudero, y él es el asfendereado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la Triste Figura. A esta sazón yá se avia puesto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y miraba con ojos desencajados, y vista turbada à la que Sancho llamaba Reyna, y Señora; y como no descubria en ella sino una moza Aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda, y chata, estaba suspenso, y admirado, sin osar despegar sus labios. Las Labradoras estaban asimismo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban passar adelante à su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada, y mohina, dixo: Apartense en hora tal del camino, y dexenmos passar, que vamos de prisa. A lo que respondió Sancho: O Princesa, y señora universal del Toboso! còmo vuestro magnifico corazon no se enternece viendo arrodillado

ante

ante vuestra sublimada presencia à la columna, y sustento de la Andante Cavalleria? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: Mas jo, que te estrego, burra de mi suegro; mirad con que se vienen los señoritos aora à hacer burla de las Aldeanas, como si aqui no supiessemos echar pulias como ellos; vayan su camino, y dexenmos hacer el queso, y ferles hà sano. Levantate, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que yà veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir à algun contento à esta anima mezquina, que tengo en las carnes. Y tũ (ò estremo del valor, que puede desearse, término de la humana gentileza, unico remedio de este afligido corazon que te adora, yà que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes, y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de una Labradora pobre; si yà tambien el mio no lo ha cambiado en el de algun Vestigio, para hacerle aborrecible à tus ojos) no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echando de ver en esta sumission, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora. Toma que, mi aguelo, respondió la Aldeana; amigueta soy yo de oír resquebrajos: Apartense, y dexenmos ir, y agradecerfelo hemos. Apartòse Sancho, y dexòla ir, contentissimo de

aver salido bien de su enredo. Apenas se viò libre la Aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando picando à su hacanea con un aguijon, que en un palo traia, diò à correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario; comenzò à dar corcobos, de manera, que diò con la señora Dulcinea en tierra; lo qual visto por Don Quixote, acudiò à levantarla, y Sancho à componer, y cinchar la albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quixote levantar à su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantandose del suelo, le quitò de aquel trabajo; porque haciendose algun tanto atrás, tomò una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, diò con su cuerpo, mas ligero que un halcon, sobre la albarda, y quedò ahorrajada, como si fuera hombre; y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotàn, y que puede enseñar à subir à la ginetta al mas diestro Cordovès, ò Mexicano: el arzon trasero de la silla passò de un salto; y sin espuelas hace correr la hacanea, como una cabra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento; y así era la verdad, porque en viendose à cavallo Dulcinea, todas picaron tras ella, y dispararon à correr, sin bolver la ca-

beza atrás por espacio del mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista, y quando vió que no parecían, bolviendose à Sancho, le dixo: Sancho, que te parece quan mal quisto soy de encantadores, y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen; pues me han querido privar del contento, que pudiera darme ver en su ser à mi señora Dulcinea? En efecto, yo nací para exemplo de desdichados, y para ser blanco, y terrero donde tomen la mira, y aliesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traydores de aver buuelto, y transformado à mi Dulcinea, sino que la transformaron, y bolvieron en una figura tan baxa, y tan fea, como la de aquella Aldana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor; por andar siempre entre ambares, y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que quando llegué à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dices) que à mi me pareció borrica, me dió un olor de ajos erudidos, que me encalabrindó, y atósigó el alma. O canalla (gritó à esta razon Sancho) ó encantadores aziajos, y mal intencionados, y quien os viera à todos enfartados por las agallas, como sardinas en leche! Mucho sabeis, mucho pedeis, y mucho mas hacéis. Bastaros debiera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi señora Dulci-

nea en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de bucy bermejo; y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas; sin que le tocárades en el olor, que por el siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca vi yo su fealdad, sino su hermosura; à la qual subia de punto, y quilates un lunar que tenia sobre el lado derecho, à manera de vigote, con siete, ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A esse lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo se decir à vuestra merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta, y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas, y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que me pareció à mi albarda, que tu aderezaste, era silla rafa, ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla à la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y

que

que nõ viesse yo todo ello, Sancho? dixo Don Quixote; aora torno à decir, y dirè mil veces, que soy el mas desdichado de todos los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la rifa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones, que entre los dos passaron, boivieron à subir

en sus bestias, y figuieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar à tiempo, que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allà llegasen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas, merecen ser escritas, y leidas, como se verá adelante.

CAP. XI. De la estraña aventura, que le sucediò al valeroso Don Quixote con el carro, ò carreta de las Cortes de la Muerte.



Pensativo ademàs iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla, que le havian hecho los Encantadores, boiviendole à su seõora Dulcinea en

Part. II.

mala figura de la Aldeana; y no imaginaba què remedio tendria para boiverla à su sèr primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sè, que sin sentirlo soltò

D.3

las

las riendas à Rocinante, el qual fingiendo la libertad que se le daba, à cada passo se detenía à pacer la verde yerva de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le bolvió Sancho Panza, diciendole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se buelven bestias. Vuestra merced se reporte, y buelva en sí, y coja las riendas à Rocinante, y avive, y despierte, y muestre aquella gallardia, que conviene que tengan los Cavalleros Andantes. Què diablo es esto? Què defcaecimiento es este? Estamos aquí, ò en Francia? Mas que se lleve Satanàs à quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero Andante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote, con voz no muy desmayada, calla, digo, y no me digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia, y desventura yo solo tengo la culpa; de la embidia que me tienen los malos, ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho; quien la vido, y la vè aora, qual es el corazon que no llora? Eisso puedes tu decir bien, Sancho, replicò Don quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se estendió à turbarte la vista, ni à encubrirte su belleza; contra mi solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza

de su veneno; mas con todo esto he caido, Sancho amigo, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dixiste, que tenia los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo, que de dama; y à lo que yo creo, los de Dulcinea deben de ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les sirven de cejas; y estas perlas quitálas de los ojos, y passálas à los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbò à mi su hermosura, como à vuestra merced su falsedad; pero encomendemoslo todo à Dios, que èl es sabidor de todas las cosas, que han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa, que estè sin mezcla de maldad, embuste, y bellaqueria. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar, què medio se ha de tener quando vuestra merced venza à algun Gigante, ò otro Cavallero, y le mande, que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: adonde la ha de hallar este pobre Gigante, ò este pobre, y miserable Cavallero vencido? Parece-me, que los veo andar por el Toboso, hechos unos bausanes, buscando à mi señora Dulcinea; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conoceràn mas que

que à mi padre. Quizà, Sancho, respondió Don Quixote, no se entenderà el encantamiento à quitar en conocimiento de Dulcinea à los vencidos, y presentados Gigantes, y Cavalleros; y en uno, ò dos de los primeros que yo venza, y le embie, harèmos la experiencia si la ven, ò no, mandandoles, que buelvan à darme relacion de lo que acerca de esto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicò Sancho, que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con esse artificio vendrièmos en conocimiento de lo que deseamos; y si es, que elia à solo vuestra merced se encubre, la desgracia, mas terà de vuestra merced, que fuya; pero como la señora Dulcinea tenga salud, y contento, nosotros por acá nos avendrièmos, y lo passarièmos lo mejor que pudieremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las fuyas, que èl es el mejor Medico de estas, y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote à Sancho Panza, pero estorvòsele una carreta, que salió al través del camino, cargada de los mas diversos, y estraños personages, y figuras, que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas, y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo, ni zarzo. La primera figura que se ofreció à los ojos de Don Quixote, fue la de la misma muerte, con rostro humano; junto à ella

venia un Angel con unas grandes, y pintadas alas. Al un lado estaba un Emperador con una corona, al parecer, de oro en la cabeza. A los pies de la muerte estaba el Dios, que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax, y saetas. Venia tambien un Cavallero, armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores; con estas venian otras personas de diferentes trages, y rostros: todo lo qual visto de improvisò, en alguna manera alborotò à Don Quixote, y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegrò Don Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva, y peligrosa aventura; y con este pensamiento, y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta, y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, ò diablo, ò lo que eres, no tardes en decirme quien eres, à do vàs, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Aqueron, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la Compañia de Angulo el malo; hemos hecho en un Lugar, que està detrás de aquella loma, esta mañana, que es la Octava del Corpus, el Auto de las Cortes de la Muerte, y hemosle de hacer esta tarde en aquel Lugar, que desde aqui se pa-

rece; y por està tan cerca, y escu-
 far el trabajo de desnudarnos, y
 bolvernos à vestir, nos vamos ves-
 tidos con los mismos vestidos que
 representamos. Aquel mancebo và
 de Muerte, el otro de Angel. Aque-
 lla muger, que es la del Autor,
 và de Reyna, el otro de Soldado,
 aquel de Emperador, y yo de
 demonio, y soy una de las prin-
 cipales figuras del Auto, porque
 hago en esta Compañia los prime-
 ros papeles. Si otra cosa vuestra
 merced desea saber de nosotros,
 preguntemelo, que yo le sabrè res-
 pponder con toda puntualidad, que
 como soy demonio, todo se me al-
 canza. Por la fee de Cavallero An-
 dante, respondió Don Quixote,
 que así como và este carro, ima-
 ginè, que alguna grande aventura
 se me ofrecia; y agora digo, que es
 menester tocar las apariencias con
 la mano, para dâr lugar al desen-
 gaño. Andad con Dios, buena gen-
 te, y haced vuestra fiesta, y mirad
 si mandais algo, en que pueda seros
 de provecho, que lo harè con buen
 animo, y buen talante, porque des-
 de muchacho fui aficionado à la
 caratula, y en mi mocedad se me
 iban los ojos tràs la farandula. Es-
 tando en estas platicas, quiso la
 suerte, que llegasse uno de la Com-
 pañia, que venia vestido de mogi-
 ganga, con muchos cascabeles, y
 en la punta de un palo traia tres
 vegigas de baca hinchadas, el qual
 moarracho, llegandose à Don Qui-
 xote, comenzò à esgrimir el palo,
 y à sacudir el suelo con las vegi-

gas, y à dâr grandes saltos, Tomán-
 do los cascabeles; cuya mala vision
 así alborotò à Rocinante, que fin-
 ser poderoso à detenerle Don Qui-
 xote, tomando el freno entre los
 dientes, diò à correr por el campo
 con mas ligereza, que jamàs pro-
 metieron los huesos de su anatomi-
 a. Sancho, que considerò el pe-
 ligro en que iba su amo, de ser
 derribado, saltò del rucio, y à to-
 da prieta fue à verle; pero quan-
 do à él llegò, yà estava en tierra, y
 junto à el Rocinante, que con su
 amo vino al suelo: ordinario fin,
 y paradero de las lozanas de Ro-
 cinante, y de sus atrevimientos;
 mas apenas hubo dexado su cava-
 lleria Sancho, por acudir à Don
 Quixote, quando el demonio bay-
 lador de las vegigas saltò sobre el
 rucio, y sacudiendole con ellas, el
 miedo, y ruido, mas que el dolor
 de los golpes, le hizo volar por
 la campaña àzia el Lugar donde
 iban à hacer la fiesta. Miraba San-
 cho la carrera de su rucio, y la cai-
 da de su amo, y no sabia à qual de
 las dos necessidades acudiria pri-
 mero; pero en efecto, como buen
 Escudero, y como buen Criado,
 pudo mas con él el amor de su due-
 ño, que el cariño de su jumento,
 puesto, que cada vez que veia le-
 vantarse las vegigas en el ayre, y
 caer sobre las ancas de su rucio,
 eran para él tragos, y sustos de
 muerte; y antes quisiera, que
 aquellos golpes se los dieran à él
 en las niñas de los ojos, que en el
 mas minimo pelo de la cola de su
 asno.

afno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estaba Don Quixote; harto mas maltratado de lo que él quisiera; y ayudandole à subir sobre Rocinante, le dixo: Señor, el diablo te ha llevado al rucio. ¿Què diablo? preguntò Don Quixote. El de las végigas, respondió Sancho. Pues yo te cobrará, replicò Don Quixote, si bien se encerrasse con él en los mas hõidos, y obscuros calabozos del infierno. Sigüeme, Sancho; que la carreta va de espacio, y con las mulas de ella satisfarè la pérdida del rucio. No ay para que hacer esta diligencia, señor, respondió Sancho, vuestra merced temple su colera, que, segun me parece, ya el diablo ha dexado el rucio; y buelue à la querencia; y assi era la verdad, porque aviendo caído el diablo con el rucio, por imitar à Don Quixote, y à Rocinante, el diablo se fue à pie al Pueblo, y el jumento se bolvió à su amo. Con todo esto, dixo D. Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea al mismo Emperador. Quitesele à vuestra merced esto de la imaginacion, replicò Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farfantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres, y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estianan, y

mas siendo de aquellos de las Compañias Reales, y de titulo, que todos, ò los mas, en sus trages, y compostura parecen unos Principes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farfante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano; y diciendo esto, bolvió à la carreta, que ya estaba bien cerca del Pueblo, y iba dando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre, y regocijada, que os quiero dar à entender como se han de tratar los jumentos, y alimantias, que sirven de cavalleria à los Escuderos de los Cavalleros Andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion de el que las decia, en un instante saltò la muerte de la carreta, y tràs ella el Emperador, el diablo carretero, y el Angel, sin quedarle la Reyna, ni el Dios Cupido, y todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir à Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote, que los viò puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademàn de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rocinante, y puso à peniar, de què modo los acometeria, con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Assaz de locura sería

seria intentar tal empresa. Considera vuestra merced, señor mio, que para sopa de arroyo, y rente bonete, no ay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse, y encerrarse en una campana de bronce, y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad, que valentia, acometer un hombre solo à un exercito donde està la muerte, y pelear en persona Emperadores, y à quien ayudan los buenos, y los malos Angeles; y si esta consideracion no le mueve à estarlo quedo, muevate saber de cierto, que entre todos los que alli estan, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero Andante. Ahora si, dixo Don Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede, y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A ti, Sancho, toca, si quieres, tomar la venganza del agravio, que à tu rucio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudarè con voces, y advertimientos saludables. No ay para que, se-

ñor, respondiò Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios, quanto mas, que yo acabarè con mi aino, que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacificamente los dias, que los Cielos me dieren de vida. Pues esta es tu determinacion, replicò Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y bolvamos à buscar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo, esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas, y muy milagrosas. Bolvió las riendas luego, Sancho fue à tomar su rucio; la muerte, con todo su esquadron volante, bolvieron à su carrera, y prosiguieron su viage. Y este felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo, que Sancho Panza diò à su amo, al qual el dia siguiente le sucediò otra con un enamorado, y Andante Cavallero, de no menos suspension que la pasada.



CAP. XII. De la estraña aventura, que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos.



LA noche, que siguió al día del reencuentro de la muerte, la pasaron Don Quixote, y su Escudero debaxo de unos altos, y sombreros arboles, aviendo, à persuasión de Sancho, comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dixo Sancho à su señor: Señor, que tonto huviera andado yo, si huviera escogido en albricias los despojos en la primera aventura, que vuestra merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale paxaro en mano, que buytre volando. Todavía, respondió Don Quixote, si tú, Sancho, me de-

xaras accmeter, como yo queria, te huvieran cabido en despojos, por lo menos, la Corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo te las quitara al redopelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los Cetros, y Coronas de los Emperadores ferfantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel, ò hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado, que los atavios de la Comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes, como lo es la misma Comedia; con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniendo la en tu gracia, y por el mis-

mo configuiente à los que las representan, y à los que las componen; porque todos son instrumentos de hacer un gran bien à la Republica, poniendonos un espejo à cada passo delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que avemos de ser, como la Comedia, y los Comediantes. Sino, dime, no has visto tù representar alguna Comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero; este el Mercader, aquel el Soldado; otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la Comedia, y desnudandose de los vestidos de ella, quedan todos los Recitantes iguales? Si he visto, respondiò Sancho. Pues lo mismo, dixo D. Quixote, acontece en la Comedia, y en el trato de este mundo; donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontifices; y finalmente, todas quantas figuras se pueden introducir en una Comedia; pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la muerte las ropas, que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la ay oido muchas, y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular officio, y en acabandose el juego, todas se

mezolan, juntan, y biraxan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo menos simple, y mas discreto. Si, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondiò Sancho, que las tierras que de fuyo son estériles, y secas, estercolandolas, y cultivandolas, vienen à dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuestra merced ha sido estiercol, que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido; la cultivacion, el tiempo que hà que le sirvo, y comunico, y con esto espero de dar frutos de mi, que sean de bendicion, tales, que no desdigan, ni deslicen de los fenderos de la buena crianza, que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Riòse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y pareciòle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de quando en quando hablaba de manera, que le admiraba, puesto que todas, ò las mas veces, que Sancho queria hablar de oposicion, y à lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba mas elegante, y memorioso, era en traer refranes, viniessen, ò no viniessen à pelo de lo que trataba, como se avrà visto, y se avrà notado en el discurso de esta historia. En estas, y en otras platicas se les pasó gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntad de de-

xar caer las compuertas de los ojos, como él decía, quando queria dormir, y desaliñando el rucio, le dió pasto abundoso, y libre. No quitó la silla à Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviessen en campaña, ò no durmiessen debaxo de techado, no desaliñasse à Rocinante, antigua usanza, establecida, y guardada de los Andantes Cavalleros, quitarle el freno, y colgarle del arzon de la silla; pero quitar la silla al cavallo, guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad de él, y de Rocinante fue tan unica, y tan trabada, que ay fama, por tradicion de padres à hijos, que el Autor de esta verdadera historia hizo particulares capitulos de ella; mas que por guardar la decencia, y decoro, que à tan heroyca historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida de este su presupuesto, y escribe, que así como las dos bestias se juntaban, acudian à rascarse el uno al otro, y que despues de cansados, y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, & que le sobra de la otra parte mas de media vara) y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, à lo menos todo el tiempo que les dexaban, ò no les compelia la hambre à buscar sustento. Digo, que dicen, que dexò el Autor escrito, que los avia comparado en la amistad à la que tuvieron Niso, y Eurialo, y Pila-

des, y Orestes; y si esto es así, se podia echar de ver (para universal admiracion) quan firme debió de ser la amistad de estos dos pacificos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos à los otros. Por esto se dixo: *No ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanzas.* Y el otro que cantó: *De amigo amigo la chinche,* &c. Y no le parezca à alguno, que anduvo el Autor algo fuera de camino en aver comparado la amistad de estos animales à la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigueñas el cristel, de los perros el bomito, y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente, Sancho se quedò dormido al pie de un alcoronoque, y Don Quixote dormitando al de una encina; pero poco espacio de tiempo avia pasado, quando le despertò un ruido, que sintió à sus espaldas, y levantandose con sobresalto, se puso à mirar, y à escuchar de donde el ruido procedia, y vió, que eran dos hombres à cavallo, y que el uno, dexandose derribar de la silla, dixo al otro: *Apeate, amigo, y quita los frenos à los cavallos, que à mi parecer, este sitio abunda de yervas para ellos, y del silencio, y soledad, que han menester mis amorosos pensamientos.*

El decir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue à un mismo tiempo, y al arrojarlo hicieron ruido las armas de que venia armado: manifiesta señal por donde conociò D. Quixote, que debia de ser Cavallero Andante; y llegandose à Sancho, que dormia, le trabò del brazo, y con no pequeño trabajo le bolviò en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dè buena, respondiò Sancho; y adonde està, señor mio, su merced de està señora aventura? Adonde, Sancho, replicò Don Quixote? Buelve los ojos, y mira, y veràs allí tendido un Andante Cavallero, que à lo que à mi se me trasluce, no debe de estàr demasadamente alegre, porque yo le vi arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho, y al caer le crugieron las armas. Pues en què halla vues-

tra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondiò Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aqui comienzan las aventuras; pero escucha, que à lo que parece, templando està un laud, ò vihuela, y segun escupe, y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fee que es asì, respondiò Sancho, y que debe de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los Andantes que no lo sea, dixo Don Quixote; y escuchemosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho à su amo, pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvò; y estando los dos atonitos, oyeron lo que cantò, que fue este

SONETO.

D Adme, señora, un termino, que siga,
 Conforme à vuestra voluntad cortado,
 Que serà de la mia asì estimado,
 Que por jamàs un punto de èl desfaga.
 Si gustais, que callando mi fatiga
 Muera, concadme yà por acabado;
 Si quereis, que os la cuente en desusado
 Modo, harè que el mesmo amor lo diga.
 A prueba de contrarios estoy hecho
 De blanda cera, y de diamante duro,
 Y à las leyes de amor el alma ajusto,
 Blando, qual es, ò fuerte ofrezco el pecho
 Entallado, imprimid lo que os dè gusto,
 Que de guardarlo enteramente juro.

Con

Con un ay, arrancado al parecer de lo intimo de su corazon, diò fin à su canto el Cavallero del bosque, y de alli à un poco, con voz doliente, y lastimada, dixo: O la mas hermosa, y la mas ingrata muger del Orbe, como què, serà posible, serenissima Caldea de Vandalia, que has de consentir, que se consume, y acabe en continuas peregrinaciones, y en asperos, y duros trabajos este tu cautivo Cavallero? No basta yà, que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo, todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? Ellò no, dixo à esta fazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunea tal he confesado, ni podia, ni debia confesar una cosa tan perjudicial à la belleza de mi señora: y este tal Cavallero, yà vès tù, Sancho, que desvaria; pero escuchemos, quizà se declarará mas. Si hará, replicò Sancho, que termino lleva de quejar se un mes arreo. Pero no fue así, porque avieado entreoido el Cavallero del bosque, que hablaban cerca de èl, sin passar mas adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora, y comedida: Quien yà allà? Què gente? Es por ventura de la del numero de los contentos, ò de la de el de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lleguese à mí, respondió el del bosque, y hará cuenta, que se llega à la misma tristeza, y à la affliccion misma.

Don Quixote, que se viò responder tan tierna, y comedidamente, se l'egò à èl, y Sancho, ni mas, ni menos. El Cavallero lamentador asió à Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aquí, señor Cavallero, que para entender que lo sois, y de los que profellan la Andante Cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, dõnde la soledad, y el sereno os hacen compañía, naturales lechos, y proprias estancias de los Cavalleros Andantes. A lo que respondió Don Quixote: Cavallero soy, y de la profesion que decís; y aunque en mi alma tienen su proprio asiento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por ellò se ha ahuyentado de ella la compasión que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantaste poco ha, cogí, que las vuestras son enamoradas; quiero decir, del amor que teneis à aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrasteis. Yà quando esto passaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra, en buena paz, y compañía, como si al romper del día, no se hurieran de romper las cabezas. Por ventura, señor Cavallero, preguntò el del bosque à Don Quixote, sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños, que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicò el del bosque, si no nos turbasse la razon, y el entendimiento los desdenes, que siendo

muchos, parecen venganzas. Nunca fui desdenado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. Es vuestro Escudero este? preguntò el de el bosque. Si es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo Escudero, replicò el del bosque, que se atreva à hablar donde habla su señor; à lo menos, ài està esse mio, que es tan grande como su padre, y no se probarà, que aya desplegado el labio donde yo hablo. Pues à fee, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y àun: quedese aqui, que es peor menearlo. El Escudero de el bosque ahiò por el brazo à Sancho, diciendole: Vamonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo quanto quisiéremos, y dexemos à estos señores, amos nuestros, que se den de las hastas, contando las historias de sus amores, que à buen seguro, que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buen hora, dixo Sancho, y yo le dirè à vuestra merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes Escuderos. Con esto se apartaron los dos Escuderos, entre los quales pasó un tan gracioso coloquio, como fue grave el que pasó entre

los señores,

CAP. XIII. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio, que pasó entre los dos Escuderos.*

Divididos estaban Cavalleros, y Escuderos; estos contando sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice, que apartandose un poco de ellos, el del bosque dixo à Sancho: Trabajo la vida es la que passamos, y vivimos, señor mio, estos que somos Escuderos de Cavalleros Andantes; en verdad, que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones, que echò Dios à nuestros primeros Padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el pelo de nuestros cuerpos; porque quien mas calor, y mas frio, que los miserables Escuderos de la Andante Cavalleria? Y àun menos mal, si comieramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez ay, que se nos passa un dia, à dos sin desayunarnos; sino es del viento que sopla. Todo esto se puede llevar, y conllevar, dixo el del bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero Andante, à quien un Escudero sirve, por los menos, à pocos lances se verá premiado con un hermoso Gobierno de qual que Infula, ò Condados de buen parecer. Yo, replicò

San-

Sancho, yà he dicho à mi amo, que me contento con el Gobierno de alguna Infula, y èl es tan noble, y tan liberal, que me la ha prometido muchas, y diversas veces. Yo, dixo el del bosque, con un Canonicato quedàra satisfecho de mis servicios, y yà me le tiene mandado mi amo. Y què tal debe de ser, dixo Sancho, su amo de vuestra merced Cavallero à lo Eclesiastico, y podrà hacer ellas mercedes à sus buenos Escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procurasse ser Arzobispo; pero èl no quiso sino ser Emperador; y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener Beneficios por ella; porque le hago saber à vuestra merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad, que lo yerra vuestra merced, dixo el del bosque, à causa de que los Governos Insulanos no son todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos; y finalmente, el mas erguido, y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor terria, que los que professamos esta maldita servidumbre, nos retirassemos à nuestras casas, y allí nos entretuvièssimos en ejercicios mas suaves, como si dixèssimos, cazando,

ò pescando: que què Escudero ay tan pobre en el mundo, à quien le falte un rocín, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su Aldèa: A mi no me faltà nada de esto, respondiò Sancho; verdad es, que no tengo rocín, pero tengo un asno, que vale dos veces mas que el cavallo de mi amo. Mala Pasqua me dè Dios, y sea la primera, que viniere, si le trocàra por èl, aunque me diessen quatro fanegas de cebada encima. A burla tendrà vuestra merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento. Fues galgos no me avian de faltar, aviendolos sobrados en mi Pueblo; y mas, que entonces es la caza mas gustosa quando se hace à costa agena. Real, y verdaderamente, respondiò el del bosque, señor Escudero, que tengo determinado de dexar estas borracherias de estos Cavalleros, y retirarmè à mi Aldèa, y criar mis hijos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, à quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. Y què edad tiene esta señora, que se cria para Condesa? preguntò el del bosque. Quince años, dos mas, ò menos, respondiò Sancho; pero estan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son ellas, respondiò el del bosque, no solo para

fer Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. O hi de puta, puta, y què rexo debe de tener la bellaca! A lo que respondiò Sancho, algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere; y hablése mas comedidamente, que para averte criado vuestra merced entre Cavalleros Andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas estas palabras. O què mal te le entiende à vuestra merced, replicò el del bosque, de achaque de alabanza, señor Escudero! Còmo, y no sabe; que quando algun Cavallero dà una buena lanzada al toro en la plaza, ò quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ò hi de puta, puto, y què bien que lo ha hecho; y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanza notable: y renegad vos, señor, de los hijos, ò hijas, que no hacen obras, que merezcan se les den à sus padres loores semejantes. Si reniego, respondiò Sancho, y de este modo, y por esta misma razon podia echar V.m.d. à mis hijos, y à mi muger toda una puteria encima, porque todo quanto hacen, y dicen son estremos, dignos de semejantes alabanzas; y para bolverlos à ver, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo será, si me saca de este peligroso officio de Escudero, en el qual he incurrido segunda vez, cebado, y engañado de una bolsa con cien escudos, que me hallè un dia en el co-

razon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aqui, alli, acá no, sino acullà, un talego lleno de doblones, que me parece, que à cada passo le toco con la mano, y me abrazo con el, y lo llevo à mi casa, y hecho censos, fundo rentas, y vivo como un Prineipe; y el rato que en esto pienso, se me hacen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sè que tiene mas de loco, que de Cavallero. Por esto, respondiò el del bosque, dicen, que *la codicia rompe el saco*; y si vâ à tratar de ellos, no ay otro mayor en el mundo, que mi amo, porque es de aquellos que dicen: *Cuidados ajenos matan al asno*; pues porque cobre otro Cavallero el juicio que ha perdido, se hace el loco, y anda buicando lo que no sè si despues de hallado le ha de salir à los ocicos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo el del bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas asada señora, que en todo el Orbe pudo hallarse; pero cojea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes la gruñen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicò Sancho, que no tenga algun tropezon, ò barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mia à calderadas: mas acompañados, y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos, suele servir de ali-

alivio en ellos , con V.m.d. podrè consolarme , pues sirve à otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente , respondiò el del bosque , y mas vellaco que tonto, y que valiente. Eſto no es el mio, respondiò Sancho, digo, que no tiene nada de vellaco , antes tiene un alma como un cantarò; no sabe hacer mal à nadie , sino bien à todos , ni tiene malicia alguna, un niño le harà entender, que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como à las telas de mi corazon, y no me amaño à dexarle, por mas disparates que haga. Con todo eſto, hermano, y señor , dixo el de el bosque , si el ciego guía al ciego, ambos van à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compàs de pies, y bolvernòs à nuestras querencias , que los que buscan aventuras , no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho à menudo , al parecer, un cierto genero de saliva pegajosa , y algo seca ; lo qual visto , y notado por el caritativo bosqueſtil Escudero, dixo: Pareceme , que de lo que hemos hablado , se nos pegan al paladar las lenguas ; pero yo traygo un despegador pendiente del arzon de mi cavallo , que es tal como bueno ; y levantandose , bolviò desde alli à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara; y no es encarecimiento , porque era de un conejo albàr, tan grande, que Sancho al tocarla , entendìò ser de algun cabron , no que de cabrito ; lo qual visto por Sancho , di-

xo: Y esto trae vueſtra merced consigo, señor? Pues què se pensaba, respondiò el otro , soy yo por ventura algun Escudero de agua , y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi cavallo, que lleva consigo, quando và de camino un General. Comiò Sancho , sin hacerſe de rogar, y tragaba à escaras bocados de nudos de ſuelta , y dixo : Vueſtra merced si , que es Escudero fiel , y legal, moliente, y corriente , magnifico, y grande , como lo muestra este banquetè , que si no ha venido aqui por arte de encantamento, parecelo à lo menos ; y no como yo mezquino , y malaventurado , que solo traygo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello à un Gigante , à quien hacen compañoia quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas , y nueces ; mercedes à la estrechez de mi dueño , y à la opinion que tiene , y orden que guarda, de que los Cavalleros Andantes no se han de mantener , y ſuſtentar ſino con frutas secas, y con las yerbas del campo. Por mi ſee , hermano , replicò el del bosque , que yo no tengo hecho el eſtomago à tagarnaninas, ni à pirucanas, ni à raíces de los montes , alli se lo ayan con sus opiniones , y leyes cavallerescas nuestros amos , y coman lo que ellos mandaren , ſiambrecas traygo, y esta bota colgando del arzon de la ſilla, por si , ó por no ; y es tan de rota mia, y quierola tanto, que pocos ratos se paſan ſin que la dè mil besos , y mil abrazos ; y di-

ciendo esto, se la puso en las manos à Sancho, el qual empinandola, puesta à la boca, estuvo mirando las Estrellas un quarto de hora; y en acabando de beber, dexò caer la cabeza à un lado, y dando un gran suspiro, dixo: O hi de puta bellaco, y como es catholico. Veis ài, dixo el del bosque en oyendo el hi de puta de Sancho: como aveis alabado este vino llamandole hi de puta? Digo, respondiò Sancho, que consieso, que conozco, que no es deshonor llamar hijo de puta à nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero digame, señor, por el fig'lo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad Real? Bravo mojon, respondiò el del bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi con esso, dixo Sancho, no tomeis menos, sino que se me fuera à mi por alto dár alcance à su conocimiento. No será bueno, señor Escudero, que tenga yo instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dandome à oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor, la dura, y las bueltas que ha de dár, con todas las circunstancias al vino atañederas; pero no ay de que maravillarse, si tuve en mi linage, por parte de mi padre, los dos mas excelentes mojoneros, que en lucngos años conociò la Mancha; para prueba de lo qual les sucediò lo que agora dirè: Dieronles à los dos à probar el vino de una cuba, pidiendoles su parecer de el estado

calidad, bondad, ò malicia del vino; el uno lo probò con la punta de la lengua; el otro no hizo mas de llegarlo à las narices. El primero dixo, que aquel vino sabia à hierro. El segundo dixo, que mas sabia à cordovàn. El dueño dixo, que la cuba estava limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huviesse tomado sabor de hierro, ni de cordovàn. Con todo esso los dos famosos mojoneros se afirmaron en lo que avian dicho. Anduvo el tiempo, vendiòse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordovàn; porque vea V. md. si quien viene de esta raldè podrà dár su parecer en semejantes causas. Por esso digo, dixo el del bosque, que nos dexèmos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y bolvamonos à nuestras chozas, que alli nos hallarà Dios, si èl quiere. Hasta que mi amo llegue à Zaragoza le servirè, que despues todos nos entenderèmos. Finalmente, tanto hablaron, y tanto bebieron los dos buenos Escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y templarles la sed, que quitarla fuera imposible; y assi, asidos entrambos de la yà casi vacia bota, con los bocados à medio masticar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexarèmos por agora, por contar lo que al Cavallero del bosque passò con el de la Triste Figura.

CAP. XIV. *Donde se prosigue la
aventura del Cavallero del Bosque.*

Entre muchas razones que pasaron D. Quixote, y el Cavallero de la selva, dice la historia, que el del bosque dixo à D. Quixote. Finalmente, señor Cavallero, quiero que sepais, que mi destino, ò por mejor decir, mi eleccion, me traxo à enamorado de la sin par Casildea de Vandalia; llamola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado, y de la hermosura. Esta es la Casildea, pues, que voy contando, pagò mis buenos pensamientos, y comedidos deseos, con hacerme ocupar, como su Madrina à Hercules, en muchos, y diversos peligros, prometiendome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido estabonando mis trabajos, que no tienen cuento: no se yo qual ha de ser el ultimo que dê principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandò que fuese à desafiar à aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte, como hecha de bronce; y sin mudarse de un lugar, es la mas movible, y boitaria muger del mundo. Lleguè, vila, y vencila, y hicela estar queda, y à raya, porque en mas de un semana no soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien huvo, que me mandò fuele à tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa, mas para encomendarse à

Part. II.

ganapanes, que à Cavalleros. Otra vez me mandò, que me precipitasse, y sumiesse en la Sima de Cabra, peligro inaudito, y temeroso, y que le traxese particular relacion de lo que en aquella obscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pasè los toros de Guisando, despeñeme en la Sima, y saquè à luz lo escondido de su abyfmo; y mis esperanzas muertas, que muertas; y sus mandamientos, y desdenes, vivos, que vivos. En resolucion, ultimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confessar à todos los Andantes Cavalleros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del Orbe, en cuya demanda he andado yà la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido à contradecirme. Pero de lo que yo mas me precio, y ufano, es de aver vencido en singular batalla à aquel tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechòle confessar, que es mas hermosa mi Casildea, que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote que digo, los ha vencido à todos; y aviendole yo vencido à el, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido, y pasado à mi persona; y tanto es

E 3

ven-

vencedor es mas honrado , quanto mas el vencido es reputado, así, que yà corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del yà referido Don Quixote. Admirado quedò Don Quixote de oír al Cavallero del bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y yà tuvo el mentis en el pico de la lengua, pero reportòse lo mejor que pudo, por hacerle confessar por su propia boca su mentira ; y así, sossegadamente le dixo : De que V. md. señor Cavallero , aya vencido à los mas Cavalleros Andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada ; pero de que aya vencido à Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda ; podria ser que fuese otro que le pareciesse, aunque ay pocos que le parezcan. Còmo no? (replicò el del bosque) por el Cielo que nos cubre , que peleè con Don Quixote , y le vencì, y rendì ; y es un hombre alto de cuerpo , seco de rostro , estirado , y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguilena, y algo corva, de vigotes grandes, negros , y caídos. Campea debaxo del nombre del Cavallero de la Triste Figura, y trae por Escudero à un Labrador , llamado Sancho Panza , oprime el lomo , y rige el freno de un famoso cavallo, llamado Rocinante ; y finalmente , tiene por señora de su voluntad à una tal Dulcinea del Toboso , llamada un tiempo Aldonza Lorenzo , como la mia, que por llamarse Casilda, y ser del Andalucia , yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas se-

ñas no bastan para acreditar, mi verdad , aqui està mi espada , que la harà dár credito à la misma incredulidad. Sossegaos , señor Cavallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que decir os quiero. Aveis de saber, que esse Don Quixote, que decís , es el mayor amigo que en este mundo tengo , y tanto , que podrè decir , que le tengo en lugar de mi misma persona ; y que por las señas que de el me aveis dado, tan puntuales , y ciertas , no puedo pensar fino que sea el mismo que aveis vencido : por otra parte veo con los ojos , y toco con las manos , no ser posible ser el mismo , si yà no fuese , que como el tiene muchos enemigos Encantadores (especialmente uno, que de ordinario le persigue) no aya alguno de ellos tomado su figura para dexarse vencer , por defraudarle de la fama , que sus altas Cavallerias le tienen grangeada , y adquirida por todo lo descubier- to de la tierra ; y para confirmacion de esto , quiero tambien que sepais , que los tales Encantadores sus contrarios , no ha mas de dos dias que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso , en una Aldeana soez, y baxa , y de esta manera avrán transformado à D. Quixote ; y si todo esto no basta para enteraros en la verdad que digo , aqui està el mismo E. Quixote, que la sustentará con sus armas à pie , ò à cavallo, ù de qualquier fuerte que os agradare . y diciendo esto , se levantò

en pie', y se le empuñó la espada, esperando qué resolución tomaria el Cavallero del bosque, el qual con voz asimismo sossegada, respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas, el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser; mas porque no es bien, que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à obscuras, como los saltadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga de él todo lo que quisiere, con tal, que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento de essa condicion, y conveniencia, respondió Don Quixote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus Escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estaban quando les faltó el sueño. Despertaronlos, y mandaronlos, que tuviessen à punto los cavallos, porque en saliendo el Sol avian de hacer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla; à cuyas nuevas quedó Sancho atonito, y pasmado; temeroso de la salud de su amo, por las valentias que avia oido decir de el suyo al Escudero del bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos Escuderos à buscar su ganado, que ya todos tres cavallos, y el ruco se avian olido, y estaban todos juntos. En el camino dixo el del bosque à Sancho: Ha de saber,

hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, quando son padrinos de alguna pendencia, no estar se ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: digolo, porque está advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hacernos hastillas. Essa costumbre, señor Escudero, respondió Sancho, allà puede correr, y passar con los rufianes, y peleantes que dice; pero con los Escuderos de los Cavalleros Andantes, ni por pienso. A lo menos yo no he oido decir à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las Ordenanzas de la Andante Cavalleria; quanto mas, que yo quiero, que sea verdad, y ordenanza expressa el pelear los Escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta à los tales pacificos Escuderos, que yo aseguro, que no passé de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la guento por partida, y dividida en dos partes; además, que me impossibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para esto sé yo un buen remedio, dixo el del bosque, yo traygo aqui dos talegas de lienzo de un mismo tamaño, tomareis vos la una, y yo la otra, y reñiremos à talegazos con armas iguales. De essa manera fez

en buen hora , respondiò Sancho , porque antes servirà la tal pelca de despolvorearnos , que de herirnos. No ha de ser así , replicò el otro , porque se han de echar dentro de las talegas , porque no se las lleve el ayre , media docena de guijarros , lindos , y pelados , que pesen tantos los unos como los otros ; y de esta manera nos podremos atalegar , sin hacernos mal , ni daño. Mirad , cuerpo de mi padre , respondiò Sancho , que matas cebollinas , ò que copos de algodon cardado pone en las talegas , para no quedar molidos los cascos , y hechos alheña los huesos ; pero aunque se llenàran de capullos de seda , sepa , señor mio , que no he de pelear , peleen nuestros amos , y allà se lo ayen , y bebamos , y vivamos nosotros , que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas , sin que andemos buscando aperitos para que se acaben antes de llegar à su fazon , y termino , y que se caygan de maduras. Con todo , replicò el del bosque , hemos de pelear siquiera media hora. Eso no , respondiò Sancho , no serè yo tan descortès , ni tan desagradecido , que con quien he comido , y bebido , trabe question alguna , por minima que sea ; quanto mas , que estando sin colera , y sin enojo , quien diablos se ha de amañar à renir à secas ? Para esto , dixo el del bosque , yo darè un suficiente remedio , y es , que antes que comencemos la pelca , yo me llegarè bonitamente à vuestra merced , y le darè tres , ò quatro bofetadas , que de con

el à mis pies , con las qua'es le harè despertar la colera , aunque estè con mas sueño , que un liròn. Contra esse corte sè yo otro , respondiò Sancho , que no le vè en zaga : cogere yo un garrote , y antes que vuestra merced llegue à despertarme la colera , harè yo dormir à garrotazos de tal fuerte la fuya , que no despierte si no fuere en el otro mundo , en el qual se sabe , que no foy yo hombre , que me dexo manosear el rostro de nadie , y cada uno mire por el victore ; aunque lo mas acertado sería dexar dormir su colera à cada uno , que no sabe nadie el alma de nadie , y tal suele venir por lana , que buelve trasquilado , y Dios bendixo la paz , y maldixo las riñas ; porque si un gato acosado , encerrado , y apretado , se buelve en Leon , yo que foy hombre , Dios sabe en lo que podrè bolverme ; y así , desde aora intimo à vuestra merced , señor Escudero , que corra por su cuenta todo el mal , y daño , que de nuestra pendencia resultare. Està bien , replicò el del bosque , amanece à Dios , y mediarèmos en esto. Yà comenzaban à gorgear en los arboles mil suertes de pintados paxarillos , y en sus diversos , y alegres cantos , parecia que daban la norabuena , y saludaban à la fresca Aurora , que yà por las puertas , y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro , sacudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas , en cuyo suave licor , bañandose las yervas , parecia assimisimo , que
ellas

ellas brotaban , y llovian blanca , y menuda aljofar ; los sauces destilaban manà sabroso , reianse las fuentes , murmuraban los arroyos , alegrabanse las selvas , y enriquecianse los prados con su venida . Mas apenas diò lugar la claridad del dia para ver , y diferenciar las cosas , quando la primera , que se ofreciò à los ojos de Sancho Panza , fue la nariz del Escudero del bosque , que era tan grande , que casi le hacia sombra à todo el cuerpo . Cuentate en efecto , que era de demasiada grandeza , corbaba en la mitad , y toda llena de berrugas , de color amoratado , como de berengena ; baxabale dos dedos mas abaxo de la boca , cuya grandeza , color , berrugas , y encorbamiento assi le afeaban el rostro , que en viendole Sancho , comenzò à herir de pie , y de mano , como niño con alferecia , y propùso en su corazon de dexarse dâr docientas bofetadas , antes que despertar la coletora para reñir con aquel Vestiglo . Don Quixote mirò à su contendedor , y hallòle yà puesta , y calada la celada , de modo , que no le pudo ver el rostro ; pero notò , que era hombre membrudo , y no muy alto de cuerpo . Sobre las armas traia una sobrevesta , ò casaca , de una tela , al parecer , de oro finisimo , sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos , que le hacian en grandissima manera galàn , y vistoso . Volabale sobre la celada grande cantidad de plumas , verdes , amarillas , y blancas ; la lanza , que tenia arri-

mada à un arbol , era grandissima , y gruesa , y de un hierro acerado de mas de un palmo . Todo lo mirò , y todo lo notò Don Quixote , y juzgò de lo visto , y mirado , que el yà dicho Cavallero debia de ser de grandes fuerzas ; pero no por esso temiò , como Sancho Panza , antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los Espejos : Si la mucha gana de pelear , señor Cavallero , no os gasta la cortesia , por ella os pido , que alicis la visera un poco , porque yo vea , si la gallardia de vuestro rostro corresponde à la de vuestra disposicion . O vencido , ò vencedor , que salgais de esta emprella , señor Cavallero , respondiò el de los Espejos , os quedará tiempo , y espacio demasiada para verme ; y si aora no satisfago à vuestro deseo , es por parecerme , que hago notable agravio à la hermosa Calixidea de Vandalia en dilatar el tiempo , que tardare en alzarme la visera , sin haceros confessar lo que yà sabeis que pretendo . Pues en tanto que subimos à cavallo , dixo Don Quixote , bien podeis decirme , si soy yo aquel Don Quixote , que dixisteis aver vencido . A esso vos respondo , dixo el de los Espejos , que parecis , como se parece un huevo à otro , al mismo Cavallero que yo venci ; pero segun vos decis , que le persiguen Encantadores , no osaré afirmar si fois el contenido , ò no . E esso me basta à mi , respondiò Don Quixote , para que crea vuestro engaño : empero para sacaros de el de todo

todo punto, vengan nuestros cavalleros, que en menos tiempo, que el que tardaredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora, y mi brazo me valen, verè yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy el vencido Don Quixote, que pensais. Con esto, acortando razones, subieron à cavallo, y Don Quixote bolviò las riendas à Rocinante, para tomar lo que convenia del campo, para bolver à encontrar à su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se avia apartado Don Quixote veinte passos, quando se oyò llamar del de los Espejos; y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dixo: Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla, es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor. Yà la sè, respondiò Don Quixote, con tal, que lo que se le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas, que no salgan de los limites de la Cavalleria. Así se entienda, respondiò el de los Espejos. Ofreciòsele en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narices del Escudero, y no se admirò menos de verlas, que Sancho, tanto, que le juzgò por algun monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos, que no se usan en el mundo. Sancho, que viò partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo; temiendo, que con solo un panagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia su-

ya, quedando del golpe, ò del miedo tendido en el suelo, y fuèse tràs su amo, asido à una accion de Rocinante; y quando le pareciò que yà era tiempo que bolvièse, le dixo: Suplico à vuestra merced, señor mio, que antes que buelva à encontrarse, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podrè ver mas à mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro, que vuestra merced ha de hacer con este Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaminar, y subir en andamio, por ver sin peligro los toros. La verdad que diga; respondiò Sancho, las desafortadas narices de aquel Escudero me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estàr junto à él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que à no ser yo quien soy, tambien me asombràran; y así ven, ayudarte he à subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiesse en el alcornoque, tomò el de los Espejos de el campo lo que le pareciò necessario, y creyendo, que lo mismo avia hecho Don Quixote, sin esperar sòn de trompeta, ni otra señal, que le avisasse, bolviò las riendas à su cavallo, (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante) y à todo su correr (que era un mediano trote) iba à encontrar à su enemigo; pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paròse en la mitad de la carrera,

de

de lo que quedò el cavallo agrade-
cidíssimo, à causa de que yà no
podia moverse. Don Quixote, que
le pareció que yà su enemigo venia
bolando, arrimò reciamente las es-
puelas à las trashijadas hijadas de
Rocinante, y le hizo aguijar de
manera, que cuenta la historia, que
sola esta vez se conociò aver corri-
do algo, porque todas las demàs
siempre fueron trotes declarados; y
con esta no vista furia llegó donde
el de los Espejos estaba hincando à
su cavallo las espuelas hasta los bo-
tones, sin que le pudiesse mover un
solo dedo del lugar donde avia he-
cho estanco de su carrera. En esta
borrasca, y coyuntura hallò Don
Quixote à su contrario, embaraza-
do con su cavallo, y ocupado con
su lanza, que nunca, ò no acertò,
ò no tuvo lugar de ponerla en ris-
tre. Don Quixote, que no miraba
en estos inconvenientes, à salva ma-
no, y sin peligro alguno, encon-
trò al de los Espejos con tanta fuer-
za, que mal de su grado le hizo
venir al suelo por las ancas del ca-
vallo, dando tal caída, que sin mo-
ver pie, ni mano, diò señales de
que estaba muerto. Apenas le viò
caído Sancho, quando se deslizò
del alcorneque, y à toda priesa
vino donde su señor estaba, el qual
apeandose de Rocinante, fue sobre
el de los Espejos, y quitandole las
lazadas del yelmo, para ver si era
muerto, y para que le diese el ay-
re, si acaso estaba vivo, viò (quien
podrà decir lo que viò sin causar
admiracion, maravilla, y espanto

à los que le oyeren!) Viò, dice
la historia, el rostro mesmo, la
mesma figura, el mesmo aspecto,
la mesma fisonomia, la mesma efi-
gie, la perspectiva mesma del Ba-
chillèr Sancho Carrasco; y así co-
mo la viò, en altas voces dixo:
Acude, Sancho, y mira lo que has
de ver, y no lo has de creer, agui-
ja, hijo, y advierte lo que puede
la Magia, lo que pueden los he-
chiceros, y los encantadores. Lle-
gó Sancho, y como viò el rostro
del Bachillèr Carrasco, comenzò
à hacerse mil cruces, y santiguar-
se otras tantas. En todo esto no da-
ba muestras de estar vivo el derri-
bado Cavallero, y Sancho dixo à
Don Quixote: Soy de parecer, se-
ñor mio, que por sí, ò por no,
V.m.d. hínque, y meta la espada
por la boca à este que parece el Ba-
chillèr Sancho Carrasco, quizá ma-
tarà en èl alguno de sus enemigos
los Encantadores. No dices mal, di-
xo Don Quixote, porque de los
enemigos los menos, y sacando la
espada para poner en efecto el avi-
so, y consejo de Sancho, llegó el
Escudero del de los Espejos, yà
sin las narices, que tan feo le avian
hecho, y à grandes voces dixo:
Mire vuestra merced lo que hace,
señor Don Quixote, que esse que
tiene à los pies es el Bachillèr San-
cho Carrasco, su amigo, y yo soy
su Escudero; y viendole Sancho sin
aquella fealdad primera, le dixo:
Y las narices A lo que èl respon-
diò: Aquí las tengo en la faldri-
quera, y echando mano à la dere-
cha

cha sacò unas narices de pasta, y barniz, de mascara, de la manufactura que quedan delineadas; y mirandole mas, y mas Sancho, con voz admirativa, y grande, dixo: Santa Maria, y valemè! Este no es Tomè Cecial, mi vecino, y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el yà defnarigado Escudero: Tomè Cecial soy, compadre, y amigo Sancho Panza, y luego os dirè los areaduces, embustes, y enredos por donde soy aqui venido; y en tanto pedid, y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los Espejos, que à sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado Bachillèr Sanson Carrasco, nuestro compatriota. En esto bolviò en sí el de los Espejos, lo qual vistò por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sois, Cavallero, si no confessais, que la sin par Dulcinèa del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y demàs de esto aveis de prometer (si de esta contienda, y caída quedaredes con vida) de ir à la Ciudad del Toboso, y presentarnos en su profencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dexare en la vuestra, afsimismo aveis de bolver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirà de guía, que os trayga donde yo estuviere, y à decirme lo que con ella huvieredes pasado: condiciones, que conforme

à las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la Andante Cavalleria. Confesso, dixo el caido Cavallero, que vale mas el zapato desceofido, y fucio de la señora Dulcinèa del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildea de Vandalia; y prometo de ir, y bolver de su profencia à la vuestra, y daros entera, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confessar, y creer, añadiò Don Quixote, que aquel Cavallero, que vencisteis, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro, que se le parecia, como yo confieso, y creo, que vos, aunque parecis el Bachillèr Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aqui me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi colera, y para que use blandamente de la gloria de el vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento como vos lo crecis, juzgais, y sentis, respondió el derrengado Cavallero. Dexadme levantar os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que allaz mal trecho me tiene. Ayudòle à levantar Don Quixote, y Tomè Cecial su Escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le daban manifestas señales de que verdaderamente era el Tomè Cecial que decia; mas la aprehension, que en Sancho avia hecho lo que su amo dixo, de que los Encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los Espejos

en la de el Bachiller Carrasco, no le dexaba dar credito à la verdad, que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo, y mozo; y el de los Espejos, y su Escudero mohinos, y mal andantes, se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote, y Sancho bolvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los Espejos, y su narigante Escudero.

CAP. XV. *Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su Escudero.*

EN extremo contento, ufano, y vanaglorioso iba Don Quixote, por aver alcanzado victoria de tan valiente Cavallero, como el se imaginaba, que era el de los Espejos, de cuya cavalleresca palabra esperaba saber, si el encantamiento de su señora passaba adelante, pues era forzoso, que el tal vencido Cavallero bolviessè, so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huviesse sucedido; però uno pensaba Don Quixote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde vizmarle, como se ha dicho. Dice, pues, la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó à Don Quixote, que bolviessè à proseguir sus dexa-

das Cavallerías, fue por aver entrado primero en burco con el Cura, y el Barbero, sobre que medio se podria tomar para reducir à Don Quixote à que se escurriessè en su casa quieto, y sossegado, sin que le alborotassèn sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Sanson Carrasco, que dexassèn salir à Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliessè al camino como Cavallero Andante, y trabassè batalla con el, pues no faltaria sobre que, y le venciessè, teniendolo por cosa facil, y que fuessè pacto, y concierto, que el vencido quedassè à merced del vencedor; y así vencido Don Quixote, le avia de mandar el Bachiller Cavallero se bolviessè à su Pueblo, y casa, y no saliessè de ella en dos años, ó hasta tanto que por el le fuessè mandado otra cosa; lo qual era claro, que Don Quixote vencido, cumpliria indubitablemente, por no contravenir, y faltar à las leyes de la Cavalleria; podria ser, que en el tiempo de su reclusion se le olvidassèn sus vanidades, ó se diessè lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Aceptòlo Carrasco, y ofreciósele por Escudero Tomè Cecial, compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucios cascos. Armòse Sanson, como queda referido, y Tomè Cecial acomodòse sobre sus naturales narices las falsas, y de mascara y à dichas,

chas, porque no fuéle conocido de su compadre quando se viellen; y así figuieron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura de el carro de la Muerte; y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió à entender, que el Bachillér no era el Bachillér, el señor Bachillér quedara imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos donde pensó hallar paxaros. Tomè Cecial, que vió quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachillér: Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa, y se acomete una empresa; pero con dificultad las mas veces se sale de ella: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se vafano, y riendo, que vuestra merced queda molido, y triste. Sepamos ahora qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: La diferencia que ay entre ellos locos, es, que el que lo es por fuerza, lo será siempre; y el que lo es de grado lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomè Cecial, yo fui por mi voluntad loco, quando quise hacerme Escudéro de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverme à mi casa. Esto os cam-

ple, respondió Sanson; porque pensar, que yo tengo de bolver à la mia hasta aver molido à palos à D. Quixote, es pensar en lo escufado, y no me llevará à buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron à un Pueblo, don fue ventura hallar à un Algebrista, con quien se curò el Sanson desgraciado. Tomè Cecial se bolvió, y le dexò, y él quedò imaginando su venganzas y la historia buelve à hablar de él à su tiempo, por no dexar de regocijarse ahora con Don Quixote.

CAP. XVI. De lo que sucedió à D. Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha.

CON la alegría, contento, y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginandose por la pasada victoria, ser el Cavallero Andante mas valiente, que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas, y à felice fin conducidas quantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco los encantos, y à los Encantadores. No se acordaba de los innumerables palos, que en el discurso de sus Cavallerias le avian dado, ni de la pedrada, que le derribò la mitad de los dientes, ni del desagrdecimiento de los Galeotes, ni del atrevimiento, y lluvias de estacas de los Yan-

gueses. Finalmente , decia entre si, que si él hallàra arte, modo, ò manera como defencantar à su señora Dulcinea, no embidiarìa à la mayor ventura , que alcanzò , ò pudo alcanzar el mas venturoso Cavallero Andante de los passados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado , quando Sancho le dixo : No es bueno , señor , que aun todavia traygo entre los ojos las defasoradas narices, y mayores de marca de mi compadre Tomè Cecial? Y crees tù, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su Escudero Tomè Cecial tu compadre? No sè què me diga à esto, respondiò Sancho ; solo sè , que las señas que me diò de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dar otro , que él mismo ; y la cara , quitadas las narices , era la misma de Tomè Cecial , como yo se la he visto muchas veces en mi Pueblo , y pared en medio de mi misma casa , y el tono de la habla era todo uno. Estèmos à razon, Sancho, replicò Don Quixote: Ven acá, en què consideracion puede caber, que el Bachiller Sanson Carrasco vinièsse como Cavallero Andante, armado de armas ofensivas, y defensivas, à pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? Hele dado yo jamàs ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su ribal? O hace él profesion de las armas , para tener embidia à la fama, que yo por ellas he ganado? Pues què diremos, señor, respondiò Sancho , à esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea

el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su Escudero à Tomè Cecial mi compadre? Y si ello es encantamiento, como vuestra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos à quien se parecieran? Todo es artificio, y traza , respondiò Don Quixote , de los malignos Magos , que me persiguen ; los quales ante viendo, que yo avia de quedar vencedor en la contienda , se previnieron de que el Cavallero vencido mostrasse el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pufièsse entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brazo , y templasse la justa ira de mi corazon, y de esta manera quedasse con vida el que con embefecos , y falsias procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual , yà sabes , ò Sancho , por experiencia , que no te dexarà mentir, ni engañar, quan facil sea à los Encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso , pues no hà dos dias , que viste por tus mismos ojos la hermosura , y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza , y natural conformidad , y yo la vi en la fealdad , y baxeza de una zafia Labradora , con cataratas en los ojos , con mal olor en la boca ; y mas , que el perverso Encantador , que se atreviò à hacer una transformacion tan mala, no es mucho que aya hecho la de Sanson Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos ; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qual-

quie-

quiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo , respondió Sancho ; y como él sabía , que la transformación de Dulcinea avia sido traza, y embeleco fuyo , no le satisfacian las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar , por no decir alguna palabra , que descubriese su embuste. En estas razones estaban , quando los alcanzò un hombre , que detrás de ellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavan de paño fino verde , gironado de terciopelo leonado , con una montera del mismo terciopelo ; el aderezo de la yegua era de campo, y de la gineta asimismo de morado , y verde. Traia un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahali de verde , y oro , y los borceguies eran de la labor del tahali ; las espuelas no eran doradas , sino dadas con un barniz verde , tan tersas , y bruñidas , que por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor, que si fueran de oro puro. Quando llegó à ellos el caminante , los saludò cortesmente, y picando à la yegua, se passaba de largo ; pero Don Quixote le dixo: Señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad , respondió el de la yegua , que no me passara tan de largo, si no fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara esse cavallo. Bien puede , señor , respondió à

esta fazon Sancho, bien puede tener las riendas à su yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto , y bien mirado del mundo ; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna , y una vez que se desmandò à hacerla , la lastamos mi señor , y yo con las setenas. Digo otra vez , que puede V. md. detenerse, si quisiere , que aunque se la den entre dos platos , à buen seguro , que el cavallo no la arrotre. Detuvo la rienda el caminante , admirandose de la postura , y rostro de Don Quixote , el qual iba sin celada , que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda de el ruçio ; y si mucho miraba el de lo verde à Don Quixote , mucho mas miraba Don Quixote al de lo verde , pareciendole hombre de chapa : la edad mostraba ser de cinquenta años, las canas pocas , y el rostro aguileño , la vista entre alegre , y grave : finalmente , en el traje , y postura daba à entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgò de Don Quixote de la Mancha el de lo verde , fue , que semejante manera , ni parecer de hombre no le avia visto jamás. Admiròle la longura de su cavallo , la grandeza de su cuerpo , la flaqueza , y amarillèz de su rostro , sus armas, su ademàn , y compostura , figura , y retrato no visto por luengos tiempos acà en aquella tierra. Notò bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba, y leyòle en la suspension su deseo ;

seo ; y como era tan cortès , y tan amigo de dár gusto à todos , antes que le preguntasse nada , le salió al camino , diciendole : Esta figura , que V. md. en mí ha visto , por ser tan nueva , y tan fuera de las que comunmente se usan , no me maravillaria yo de que le huviesse maravillado ; pero dexará vuestra merced de estarlo , quando le diga , como le digo , que soy Cavallero de estos , que dicen las gentes , que à sus aventuras van. Sali de mi patria , empenè mi hacienda , dexè mi regalo , y entregueme en los brazos de la fortuna , que me llevasse donde mas fuesse servida : Quise resucitar la muerta Andante Cavallería , y hì muchos dias , que tropezando aquí , cayendo allí , despeñandome acá , y levantandome acullà , he cumplido gran parte de mi deseo , socorriendo viudas , amparando doncellas , y favoreciendo casadas , huérfanos , y pupilos , proprio , y natural officio de Cavalleros Andantes ; y así , por mis valerosas , muchas , y Christianas hazañas , he merecido andar yà en estampa en casi todas las mas Naciones del mundo : treinta mil volumenes se han impresso de mi historia , y lleva camino de imprimirse treinta mil veces millares , si el Cielo no lo remedia. Finalmente , por decirlo todo en breves palabras , ò en una sola , digo , que soy Don Quixote de la Mancha , por otro nombre llamado el Cavallero de la Triste Figura ; y puesto que las proprias alabanzas envile-

cen , esme forzoso decir yo tal vez las mias : y esto se entiende , quando no se halla presente quien las diga. Así , que señor Gentil-Hombre , ni este cavallo , esta lanza , ni escudo , ni Escudero , ni todas juntas estas armas , ni la amarillèz de mi rostro , ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante , aviendo yà sabido quien soy , y la profesion que hago. Callò en diciendo esto Don Quixote ; y el de lo verde , segun se tardaba en responderle , parecia que no acertaba à hacerlo ; pero de allí à buen espacio le dixo : Acertastes , señor Cavallero , à conocer , por mi suspension , mi deseo ; pero no , no aveis acertado à quitarme la maravilla , que en mí causa el averos visto ; que puesto , que como vos , señor , decís , que el saber yà quien sois me lo podria quitar , no ha sido así ; antes aora que lo sé , quedo mas suspenso , y maravillado. Como , y es posible , que ay oy Cavalleros Andantes en el mundo ? Y que ay historias impressas de verdaderas Cavallerias ? No me puedo persuadir , que aya oy en la tierra quien favorezca viudas , ampare doncellas , ni honre casadas , ni socorra huérfanos ; y no lo creyera , si en vuestra merced no lo huviera visto con mis ojos. Bendito sea el Cielo , que con està historia , que vuestra merced dice que està impressa de sus altas , y verdaderas Cavallerias , se avrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos Cavalleros Andantes , de

que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio, y descredito de las buenas historias. Ay mucho que decir, respondió D. Quixote, en razon de si son fingidas, ò no las historias de los Andantes Cavalleros. Pues ay quien dude, respondió el de lo verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote, y quedese esto aqui, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dár à entender à V. md. que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto, que no son verdaderas. De esta ultima razon de Don Quixote tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote debia de ser algun mentecato, y aguardaba, que con otras lo confirmasse; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogò le dixesse quien era, pues el le avia dado parte de su condicion, y de su vida. A lo que respondió el del verde gavan: Yo, señor Cavallero de la Triste Figura, soy un Hidalgo, natural de un Lugar donde iremos à comer oy, si Dios fuere servido; soy mas que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda; passò la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos; mis exercicios son el de la caza, y pesca; pero no mantengo, ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ò algun huron atrevido; tengo hasta seis docenas de libros, quales de romance, y quales de latin, de historia algunos, y de

devocion otros; los de Cavallerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas; ojeo mas los que son profanos, que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguaje, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que de estos ay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos, y amigos, y muchas veces los combido; son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento, que delante de mi se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oygo Missa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dár entrada en mi corazon à la hypocresia, y vanagloria: enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado; procuro poner en paz los que se que están desayenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos del Hidalgo; y pareciendole buena, y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojò de el rucio, y con gran priesa le fue à asir del estrivo derecho, y con devoto corazen, y casi lagrimas le besò los pies una, y muchas veces. Visto lo qual por el Hidalgo, le preguntò: Qué haceis, hermano? Qué besos son estos?

estos? Dexenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuestra merced el primer Santo à la gínera, que he visto en todos los dias de mi vida. No soy Santo, respondió el Hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Bolvió Sancho a cobrar la albarda, aviendo sacado à plaza la rifa de la profunda melancolia de su amo, y causado nueva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, que quantos hijos tenia? Y dixole, que una de las cosas en que ponian el fumo bien los antiguos Philosophos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el Hidalgo, tengo un hijo, que à no tenerle, quizá me juzgara por mas dichofo de lo que soy; y no porque èl sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera; serà de edad de diez y ocho años, los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas Latina, y Griega; y quando quise que passàsè à estudiar otras ciencias, hallèle tan embebido en la de la Poesia, (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, (que yo quisiera que estudiara) ni la de la Reyna de todas, la Theologia. Quisiera yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en el siglo donde

nuestros Reyes premian altamente las virtuofas, y buenas letras; porque letras sin virtud, son perlas en el muladar. Todo el dia se le passà en averiguar, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada: si Marcial anduvo deshonesto, ò no, en tal Epygrama: si se han de entender de una manera, ò otra tales, y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Juyenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no hace mucha cuenta; y con todo, el mal cariño, que muestra tener à la Poesia de romance, le tiene aora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa à quatro versos, que le han embiado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo qual respondió Don Quixote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ò buenos, ò malos que sean, como se quieren las almas, que nòs dàn vida: à los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los passos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas, y christianas costumbres, para que quando grandes sean vaculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles, que estudien esta, ò aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no serà dañoso; y quando no se ha de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso

roso el Estudiante, que le dió el Cielo padres, que se lo dexassen; y sería yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia à que mas le vieron inclinado; y aunque la de la Poesia es menos util, que deleytable, no es de aquellas, que suelen deshonorar à quien las posee. La Poesia, señor Hidalgo, à mi parecer es como una doncella tierna, y de poca edad, y en todo extremo hermosa, à quien tienen cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los Palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la bolverà en oro purissimo de inestimable precio; hala de tener, el que la tuviere, à raya, no dexandola correr en torpes satyras, ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en alguna manera, si yà no fuere en poemas heroycas, en lamentables tragedias, ò en Comedias alegres, y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer, ni estimar los tesoros, que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aqui vulgo solamente à la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor, ò Principe, puede, y debe entrar en numero de vulgo; y así,

el que con los requisitos, que he dicho, tratare, y tuviere à la Poesia, será famoso, y estimado su nombre en todas las Naciones Politicas del mundo. Y à lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima en mucho la Poesia de romance, doyme à entender, que no anda muy acertado en ello; y la razon es esta: El grande Homero no escrivio en Latin, porque era Griego; ni Virgilio no escrivio en Griego, porque era Latino. En resolucion, todos los Poetas antiguos escrivieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron à buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razon sería se estiendiese esta costumbre por todas las Naciones, y que no se desestimase el Poeta Alemàn, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcaino, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (à lo que yo, señor, imagino) no debe de estar mal con la Poesia de romance, sino con los Poetas, que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, despierten, y ayuden à su natural impulso, y aun en esto puede aver yerro; porque, segun es opinion verdadera, el Poeta nace: quieren decir, que de el vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta; y con aquella inclinacion, que le dió el Cielo, sin mas estudio, ni artificio, compone cosas, que hace verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis, &c.*

Tambien digo, que el natural Poeta, que se ayudare del arte, ferà mucho mejor, y se aventajarà al Poeta, que solo por saber el arte quiere serlo; la razon es, porque el arte no se aventaja à la naturaleza, sino perficionala; así, que mezcladas la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, sacaràn un perfectissimo Poeta. Sea, pues, la conclusion de mi platica, señor Hidalgo, que vuestra merced dexee caminar à su hijo por donde su estrella le llama, que siendo èl tan buen estudiante, como debe de ser, y aviendo yà subido felizmente èl primer escalon de las sciencias, que es el de las lenguas; con ellas por si mismo subirà à la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Cavallero de capa, y espada, y así le adornan, honran, y engrandecen, como las Mitras à los Obispos, ò como las Garnachas à los Peritos Jurisconsultos. Riña vuestra merced à su hijo, si hiciere satyras, que perjudiquen las honras agenas, y calliguele, y rompafelas; pero si hiciere Sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente èl lo hizo, alabele; porque licito es al Poeta escribir contra la embidia, y decir en sus versos mal de los embidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero ay Poetas, que à trueco de decir una malicia, se pondrán à peligro que los destierren à las Islas de Ponto. Si el Poeta fuere casto en sus costumbres, lo

Part. II.

ferà tambien en sus versos; la pluma es lengua del alma; quales fueren los conceptos, que en ella se engendraren, tales seràn los escritos; y quando los Reyes, y Principes ven la milagrosa ciencia de la Poesia en sugetos prudentes, virtuosos, y graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol, à quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas, y adornadas sus sienas. Admirado quedò el del verde gavàn del razonamiento de Don Quixote; y tanto, que fue perdiendo de la opinion, que con èl tenia de ser mentecato. Pero à la mitad de esta platica, Sancho, por no ser muy de su gusto, se avia desviado del camino à pedir un poco de leche à unos Pastores, que allí junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto yà bolya à renovar la platica el Hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion, y buen discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, viò, que por el camino por donde ellos iban, venia un carro lleno de Vanderas Reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, à grandes voces llamó à Sancho, que viniessè à darle la celada; el qual Sancho, oyendose llamar, dexò à los Pastores, y à toda priesa picò al rucio, y llegò donde su amo estaba, à quien sucediò una espantosa, y desatinada aventura.

F 3

CAP.

CAP. XVII. Donde se declara el ultimo punto, y extremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones.



Cuenta la historia, que quando Don Quixote daba voces à Sancho, que le traxesse el yelmo, estaba él comprando unos requesones, que los Pastores le vendian, y acoiado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer de ellos, ni en qué traerlos, y por no perderlos, que yá los tenía pagados, acordò de echarlos en la celada de su señor; y con este buen recado boirò à ver lo que le quería, el qual, en llegando, le dixo: Dame, amigo, esta celada, que yo sé poco de aventuras, ò lo que allí descubro es alguna, que me ha de neces-

sitar, y me necessita à tomar mis armas. El de el verde gavan, que esto oyò, tendiò la vista por todas partes, y no descubriò otra cosa, que un carro, que àzia ellos venia, con dos, ò tres vandéras pequeñas, que le dieron à entender, que el tal carro debia de traer moneda de su Magestad, y así se lo dixo à Don Quixote; pero el no le diò credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediese, avian de ser aventuras, y mas aventuras; y así respondió al Hidalgo: Hombre apercebido, me diò combatido; no sé pierde nada
en

en que yo me aperciba, que se por experiencia, que tengo enemigos visibles, è invisibles, y no se quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer; y bolviendose à Sancho, le pidió la celada, el qual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso darseia como estaba. Tomòla Don Quixote, y sin que echasse de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encaxò en la cabeza: y como los requesones se apretaron, y exprimieron, comenzò à correr el sudor por todo el rostro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibì tal susto, que dixo à Sancho: Què serà esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascós, ò se me derriten los sellós, ò que sudo de los pies à la cabeza; y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo, que es terrible la aventura, que aora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Callò Sancho, y diòle un paño, y diò con èl gracias à Dios de que su señor no huviese caído en el caso. Limpiòse Don Quixote, y quitòse la celada, por ver què cosa era la que à su parecer le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blandas dentro de la celada, las llegó à las narices, y en oliendolas, dixo: Por vida de mi señora Dulcinèa de el Toboso, que son requesones los que aqui me has puesto, traydor, vergante, y mal mirado Escudero. A lo que,

con gran flema, y dissimulacion respondiò Sancho: Si son requesones, demelos vuestra merced, que yo me los comere; pero comalos el diablo, que debì de ser el que à los puso. Yo avia de tener atrevimiento de enfuciar el yelmo de vuestra merced? Hallado le aveis el atrevido. A la fee, señor, à lo que Dios me dà à entender, tambien debo de tener Encantadores, que me persiguen, como à hechura, y miembro de vuestra merced, y avrán puesto à ella inmundicia para mover à colera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad, que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que avrà considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo Don Quixote, y todo lo miraba el Hidalgo; y de todo se admiraba, especialmente quando despues de averse limpiado Don Quixote cabeza, rostro, barbas, y celada, se la encaxò; y afirmandose bien en los estrivos, requiriendo la espada, y afiado la lanza, dixo: Aora venga lo que viniere, que aqui estoy con animo de tomarme con el mismo Satanàs en persona. Llegò en esto el carro de las vanderas, en el qual no venia otra gente, que el Carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Pusose Don Quixote delante,

y dixo : A donde vais , hermanos ?
 Què carro es este ? Què llevais en
 él ? Y què vanderas son aquestas ?
 A lo que respondió el Carretero :
 El carro es mio ; lo que và en él
 son dos bravos leones enjaulados ,
 que el General de Oràn embia à la
 Corte , presentados à su Magestad :
 las vanderas son del Rey nuestro
 Señor , en señal que aqui và cosa
 suya . Y son grandes los leones ?
 preguntò Don Quixote . Tan gran-
 des , respondió el hombre que iba
 à la puerta del carro , que no han
 pasado mayores , ni tan grandes
 de Africa à España jamás , y yo
 soy el Leonero , y he pasado otros ,
 pero como estos ninguno : son hem-
 bra , y macho , el macho và en esta
 jaula : primera , y la hembra en la
 de atrás ; y aora vàn hambrientos ,
 porque no han comido oy , y
 así vuestra merced se desvíe , que
 es menester llegar presto donde los
 demos de comer . A lo que dixo
 Don Quixote , sonriendose un pe-
 co : Leoncitos à mi ? A mi leoncitos ,
 y à tales horas ? Pues por Dios
 que han de ver estos señores , que
 açi los embian , si soy yo hombre
 que se espanta de leones . Apeaos ,
 buen hombre , y pues sois el Lec-
 nero , abrid estas jaulas , y echadme
 estas bestias fuera , que en mitad
 de esta campaña les darè à cono-
 cer quien es Don Quixote de la
 Mancha , à despecho , y pesar de los
 Encantadores , que à mi los embian .
 Tà , tà , dixo à esta sazón entre sí
 el Hidalgo , dado hà señal de quien
 es nuestro buen Cavallero , los re-

quesones sin duda le han ablandado
 los cascos , y madurado los sesos ,
 Llegòse en esto à el Sancho , y di-
 xole : Señor , por quien Dios es ,
 que vuestra merced haga de mane-
 ra , que mi señor Don Quixote no
 se tome con estos leones , que si se
 toma , aqui nos han de hacer peda-
 zos à todos . Pues tan loco es vues-
 tro amo , respondió el Hidalgo ,
 que temeis , y creis , que se ha de
 tomar con tan fieros animales ? No
 es loco , respondió Sancho , sino
 atrevido . Yo harè que no lo sea ,
 replicò el Hidalgo ; y llegandose
 à Don Quixote , que estaba dando
 priesa al Leonero , que abrièssè las
 jaulas , le dixo : Señor Cavallero ,
 los Cavalleros . Andantes han de
 acometer las aventuras , que pro-
 meten esperanza de salir bien de
 ellas , y no aquellas , que en todo
 la quitan ; porque la valentia , que
 se entra en la jurisdiccion de la re-
 meridad , mas tiene de locura ,
 que de fortaleza ; quanto mas , que
 estos leones no vienen contra vues-
 tra merced , ni lo sueñan ; vàn pre-
 sentados à su Magestad , y no fe-
 rà bien detenerlos , ni impedirlos
 su viage . Vayase vuestra merced ,
 señor Hidalgo , respondió Don
 Quixote , à entender con su perdi-
 gon manso , y con su huron atre-
 vido , y dexè à cada uno hacer su
 oficio ; este es el mio , y yo sè si
 vienen à mi , ò no estos señores
 leones ; y bolviendose al Leonero ,
 le dixo : Voto à tal , con vellido ,
 que si no abris luego luego las jau-
 las , que con esta lanza os he de co-
 fer

fer con el carro. El Carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: Señor mio, V.m.d. sea servido, por caridad, dexarme defuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desembaynen los leones, porque si me las matan, quedarè rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda fino este carro, y estas mulas. O hombre de poca fee, respondió Don Quixote, apeate, y defuncee, y haz lo que quisiere, que presto veràs que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeóse el Carretero, y defunció à gran prisa, y el Leonero dixo à grandes voces: Seanme testigos quantos aqui están, como contra mi voluntad, y forzado abro las jaulas, y suelto los leones; y de que protesto à este señor, que todo el mal, y daño que estas bestias hicieren, corra, y vaya por su cuenta, con mas mis salarios, y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy, que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el Hidalgo, que no hiciere locura semejante, que era tentar à Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que él sabia lo que hacia. Respondiòle el Hidalgo, que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Aora, señor, replicó Don Quixote, si V.m.d. no quiere ser oyente de esta, que, à su parecer, ha de ser tragedia, pique

la tordilla, y pongase en salvo. Oído lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empreña, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los Molinos de viento, y la tenebrosa de los Batanes; y finalmente, todas las hazañas que avia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aqui no ay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas, y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saeo por ella, que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo à lo menos, respondió Don Quixote, le harà parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate, Sancho, y dexame; y si aqui muriere, yà sabes nuestro antiguo concierto, acudiràs à Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no avia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del verde gavan oponerle, pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que yà se lo avia parecido de todo punto Don Quixote; el qual bolviendo à dar prisa al Leonero, y à reiterar las amenazas, dió ocasion al Hidalgo à que picasse la yegua, y Sancho al rucio, y el Carretero à sus mulas, procurando todos apartarse de el carro lo mas que pudiesen, antes que los leones se desembaynasassen. Lloraba Sancho

la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones, maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver à servirle; pero no por llorar, y lamentarse dexaba de aporrear al rucio, para que se alexase del carro. Viendo, pues, el Leonero, que và los que iban huyendo estaban bien desviados, tornò à requerir, y à intimar à Don Quixote lo que và le avia requerido, è intimado; el qual respondió, que lo oía, y que no se curase de mas intimaciones, y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese prisa. En el espacio que tardò el Leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si sería bien hacer la batalla antes à pie, que à cavallo; y en fin, se determinò de hacerla à pie, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones; por esto saltò del cavallo, arrojò la lanza, abrazò el escudo, y desembaynando la espada, passò ante passo, con maravilloso denuedo, y corazon valiente, se fue à poner delante del carro, encomendandose à Dios de todo corazon, y luego à su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este passo el Autor de esta verdadera historia, exclama, y dice: O fuerte, y sobre todo engarecimiento, animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo, y nuevo Don Manuel de Leon,

que fue gloria, y honra de los Españoles Cavalleros! Con que palabras contarè esta tan espantosa hazaña, ò con que razones la harè creible à los siglos venideros? ò que alabanzas avrà, que no te convengan, y quadren, aunque sean hyperboles sobre todos los hyperboles? Tù à pie, tù solo, tù intrépido, tù magnanimo, con sola una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente, y limpio acero, estàs aguardando, y atendiendo los dos mas fieros leones, que jamás criaron las Africanas selvas? Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexo aqui en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cesò la referida exclamacion del Autor, y passò adelante, anunciandò el hilo de la historia, diciendo:

Que visto el Leonero và puesto en postura à Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, to pena de caer en desgracia del indignado, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula, adonde estaba, como se ha dicho, el leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable, y fea catadura. Lo primero que hizo fue rebolverse en la jaula, donde venia echado, y tender la garra, y despreciarse todo: abrió luego la boca, y bofsezò muy de espacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacò fuera, se despolvoreò los ojos, y se lavò el

el rostro ; hecho esto , sacò la cabeza fuera de la jaula , y mirò à todas partes con los ojos hechos brasas , vista , y ademàn , para poner espanto à la misma temeridad. Soìo Don Quixote lo miraba atentamente , deseando , que saltasse yà del carro , y vinielle con èl à las manos , entre las quales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aqui llegò el estremo de su jamàs vista locura ; pero el generoso leon , mas comedido , que arrogante , no haciendo caso de niñerías , ni de bravatas , despues de aver mirado à una , y otra parte , como se ha dicho , bolviò las espaldas , y enseñò sus traseras partes à Don Quixote , y con gran flema , y remanso se bolviò à echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote , mandò al Leonero , que le diesse de palos , y le irritasse para echarle fuera. Eso no harè yo , respondiò el Leonero , porque si yo le instigo , el primero à quien harà pedazos serà à mi mismo. Vuestra merced , señor Cavallero , se contente con lo hecho , que es todo lo que puede decirse en genero de valentia , y no quiera tentar segunda aventura. El Leon tiene abierta la puerta , en su mano està el salir , ò no salir ; pero pues no ha salido hasta aora , no saldrà en todo el dia. La grandeza del corazon de vuestra merced yà està bien declarada ; ningun bravo peleante (segun à mi se me alcanza) està obligado à mas , que à desafiàr à su enemigo , y esperarle en campaña ;

y si el contrario no acude , en èl se queda la infamia , y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad , respondiò Don Quixote ; cierra , amigo , esta jaula , y dame por testimonio , en la mejor formà que pudieres , lo que aqui me has visto hacer. Conviene à saber , como tù abriste al leon , yo le esperè , èl no saliò , bolvile à esperar , bolviò à no salir , y bolviòse à acostar. No debo mas , y encantos à fuera , y Dios ayude à la razon , à la verdad , y à la verdadera Cavalleria ; y cierra , como he dicho , en tanto que hago señas à los huídos , y ausentes , para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el Leonero , y Don Quixote , poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se avia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones , comenzò à llamar à los que no dexaban de huir , ni de bolver la cabeza à cada passo , todos en tropa , y antecogidos del Hidalgo ; pero alcanzando Sancho à ver la señal del blanco paño , dixo : Que me maten , si mi señor no ha vencido à las fieras bestias , pues nos llama. Detuvieronse todos , y conocieron , que el que hacia las señas era Don Quixote ; y perdiendo alguna parte del miedo , poco à poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote , que los llamaba. Finalmente , bolvieron al carro , y en llegando , dixo Don Quixote al carretero : Bolved , hermano , à uncir vuestras mulas , y pro-

profeguid vuestro viage; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él, y para el Leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero qué se han hecho los leones, son muertos, ò vivos? Entonces el Leonero, menudamente, y por sus pausas, contò el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote, de cuya vista, el leon acobardado, no quiso, ni osò salir de la jaula, puesto que avia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por aver él dicho à aquel Cavallero, que era tentar à Dios, y irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria, que se irritasse, mal de su grado, y contra toda su voluntad avia permitido, que la puerta se cerrasse. Què te parece, Sancho, dixo D. Quixote, ay encantos, que valgan contra la verdadera valentia? Bien podrán los Encantadores quitarme la aventura; pero el esfuerzo, y el animo serà imposible. Diò los escudos Sancho, unció el carretero, besò las manos el Leonero à D. Quixote por la merced recibida, y prometiòle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la Corte se viesse. Pues si acaso su Magestad, dixo D. Quixote, preguntase quien la hizo, direisle, que el Cavallero de los Leones, que de aqui adelante quiero, que en este se trueque, cambie, buelva, y mude el que hasta aqui he te-

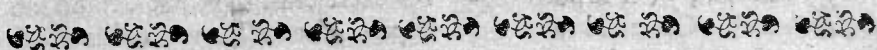
nido de Cavallero de la Trille Figura, y en esto sigo la antigua uianza de los Andantes Cavalleros, que se mudaban los nombres quando querian, ò quando les venia à cuento. Siguiò su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gavan, prosiguieron el fuyo. En todo este tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à mirar, y à notar los hechos, y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco, que tiraba à cuerdo. No avia aún llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la huviera leído, cesara la admiracion en que le ponian sus hechos, y sus palabras, pues yà supiera el genero de su locura; pero como no la sabia, yà le tenia por cuerdo, y yà por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que hacia, disparatado, temerario, y tonto, y decia entre sí: Què mas locura puede ser, que ponerse la celada llena de requesones, y darse à entender, que le ablandaban los cascos los Encantadores? Y què mayor temeridad, y disparate, que querer pelear por fuerza con leones? De estas imaginations, y de este soliloquio le sacò Don Quixote, diciendole: Quien duda, señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado, y loco? y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testi-

monio de otra cosa ; pues con todo esto quiero , que vuestra merced advierta , que no foy tan loco , ni tan menguado , como debo de averle parecido. Bien parece un gallardo Cavallero à los ojos de su Rey , en la mitad de una gran plaza , dár una lanzada con felice sucesso à un bravo Toro. Bien parece un Cavallero armado de resplandecientes armas , passar la tela en alegres justas delante de las Damas : y bien parecen todos aquellos Cavalleros , que en ejercicios Militares (ò que lo parezcan) entretienen , y alegran , y (si se puede decir) honran las Cortes de sus Principes ; pero sobre todos estos parece mejor un Cavallero Andante , que por los desiertos , por las soledades , por las encrucijadas , por las selvas , y por los montes anda buscando peligrosas aventuras , con intencion de darles dichosa , y bien afortunada cima , solo por alcanzar gloriosa fama , y duradera. Mejor parece , digo , un Cavallero Andante sonriendo à una viuda en algun despoblado , que un Cortesano Cavallero requebrando à una doncella en las Ciudades. Todos los Cavalleros tienen sus particulares ejercicios ; sirva à las Damas el Cortesano ; autorice la Corte de su Rey con libreas ; sustenten los Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa : concierte justas , mantenga Torneos , y muéstrase grande , liberal , y magnifico , y buen Cristiano sobre todo , y de esta mane-

ra cumplirà con sus precisas obligaciones. Pero el Andante Cavallero busque los rincones del mundo , entrese en los mas intrincados laberintos , acometa à cada passo lo imposible , resista en los parcos despoblados los ardientes rayos del Sol en la mitad del Verano , y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos , y de los yelos ; no le assombren Leones , ni le espanten Vestiglos , ni atemorizen Endriagos : que buscar estos , acometer aquellos , y vencerlos à todos , son sus principales , y verdaderos ejercicios. Yo , pues , como me cupo en fuerte ser uno del numero de la Andante Cavalleria , no puedo dexar de acometer todo aquello que à mi pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis ejercicios ; y assi , el acometer à los leones , que agora acometi , derechamente me tocaba , puesto , que conosci ser temeridad exorbitante ; porque bien se lo que es valentia , que es una virtud , que està puesta entre dos extremos viciosos , como son la cobardia , y la temeridad ; pero menos mal serà , que el que es valiente , toque , y suba al punto de temerario , que no que baxe , y toque en el punto de cobarde ; que assi como es mas facil venir el prodigo à ser liberal , que el avaro , assi es mas facil dár el temerario en verdadero valiente , que no el cobarde subir à la verdadera valentia ; y en esto de acometer aventuras , creamos vuestra merced , señor Don Diego , que antes se ha de

de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario, y atrevido, que no, el tal Cavallero es tímido, y cobarde. Digo, señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo, que si las Ordenanzas, y Leyes de la Cavalleria Andante se perdiessen, se hallarian en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito, y archivo; y de-

monos priesa, que se hace tarde, y lleguemos à mi Aldèa, y casa, donde descansarà vuestra merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espiritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento à gran favor, y merced, señor Don Diego, respondió Don Quixote, y picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde quando llegaron à la Aldèa, y à la casa de Don Diego, à quien Don Quixote llamaba el Cavallero del verde gavàn.



LIBRO SEXTO

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAP. XVIII. *De lo que sucedió à Don Quixote en el Castillo, ò Casa del Cavallero del verde gavàn, con otras cosas extravagantes.*

H Allò Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda, ancha, como de Aldèas; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueba en el portal, y muchas tinajas à la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y transformada Dulcinèa; y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dixo: O dulces prendas, por mi mal halla-

das, dulces, y alegres quando Dios queria! O Tobosèscas tinajas, que me aveis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyòle decir esto el Estudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con su madre avia salido à recibirle, y madre, y hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de Don Quixote, el qual apeandose de Rocinante, fue con mucha cortesia à pedirle las manos para besarfelas; y Don Diego dixo: Recibid, sehora, con vuestro solicito
agra-

agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, Andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Christina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con asaz de discretas, y comedidas razones: casi los mismos comedimientos pasó con el Estudiante, que en oyendole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto, y agudo. Aquí pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintandonos en ellas lo que contiene una casa de un Cavallero Labrador, y rico; pero el Traductor de esta historia le pareció pasar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el proposito principal de la historia, en la qual mas tiene su fuerza la verdad, que en las frias digresiones. Entraron à Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones, y en jubón de camuza, todo visfunto con la mugre de las armas; el cuello era valona à lo estudiantil, sin almidon, y sin randas; los borceguies eran datilados, y encerados los zapatos. Quitòse su buena espada, que pendía de un tahali de lobos marinos: (que es opinion, que muchos años fue enfermo de los riñones) cubriòse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo, con cinco calderos, ò seis de agua (que en la

cantidad de los calderos ay alguna diferencia) se labò la cabeza, y el rostro, y todavia se quedó el agua de color de suero: merced à la golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron à su amo. Con los referidos atavios, y con gentil donayre, y gallardia salió Don Quixote à otra sala, donde el Estudiante le estaba esperando para entretenerle, en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huesped, queria la señora Doña Christina mostrar, que sabia, y podia regalar à los que à su casa llegassen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir à su padre: Quien dirmos, señor, que es este Cavallero, que vuestra merced nos ha traído à casa? que el nombre, la figura, y el decir, que es Cavallero Andante, à mi, y à mi madre nos tiene suspensos. No sè lo que te diga, hijo, respondió Don Diego; solo te sabrè decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco de el mundo, y decir razones tan discretas, que borran, y deshacen sus hechos; hablale tù, y toma el pulso à lo que sabe; y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ò tonteria lo que mas puestò en razon estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco, que por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo à entretener à Don Quixote, como queda dicho; y
entre

entre otras piáticas, que los dos passaron, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: El señor Don Diego de Miranda, padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio, que V.m.d. tiene; y sobre todo, que es V.m.d. un gran Poeta. Poeta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo; pero grande, ni por pentamiento. Verdad es, que yo soy algun tanto aficionado à la Poesia, y à leer los buenos Poetas; pero no de manera, que se me pueda dàr el nombre de grande, que mi padre dice. No me parece mal esta humildad, respondió Don Quixote, porque no ay Poeta que no sea arrogante, y piense de sí, que es el mayor Poeta de el mundo. No ay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno avrà, que lo sea, y no lo piente. Pocos, respondió Don Quixote; pero digame vuestra merced, què versos son los que aora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre, que le traen algo inquieto, y pensativo? Y si es alguna glosía, à mi se me entiende algo de achaque de glosías, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ò la gran calidad de la persona; el segundo se lleva la mera justicia; y el tercero viene à ser segundo; y el primero à esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias, que se dan en las Universidades;

pero con todo esto, gran personaje es el hombre de primero. Hasta aora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podrè yo juzgar por loco; vamos adelante, y dixole: Pareceme, que vuestra merced ha cursado las Escuelas; què ciencias ha leído? La de la Cavalleria Andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la Poesia, y àun dos deditos mas. No sè què ciencia sea esta, replicò Don Lorenzo, que hasta aora no ha llegado à mi noticia. Es una ciencia, replicò Don Quixote, que encierra en sí todas, ò las mas ciencias del mundo, à causa, que el que la professa ha de ser Jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva, y comutativa, para dàr à cada uno lo que es suyo, y lo que le conviene. Ha de ser Theologo, para saber dàr razon de la Chrística Ley, que professa, clara, y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido. Ha de ser Medico, y principalmente Erbolario, para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos las yervas, que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el Cavallero Andante à cada trinquete buscando quien se las cure. Ha de ser Astrologo, para conocer por las Estrellas quantas horas son passadas de la noche, en què parte, y en què clima del mundo se halla. Ha de saber las Mathemáticas, porque à cada passo se le ofrecerà tener necesidad de ellas; y dexando aparte, que ha de estàr ador-

adornado de todas las Virtudes Theologales, y Cardinales, decendiendo à otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el Paxe Nicolàs, ò Nicolao. Ha de saber herrar un cavallo, aderezar la silla, y el freno; y bolviendo à lo de arriba, ha de guardar la Fè à Dios, y à su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en la obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos; y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes, y minimas partes se compone un buen Cavallero Andante, porque vea vuestra merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el Cavallero que la estudia, y la professa; y si se puede igualar à las mas estiradas, que en los Gignasios, y Escuelas se enseñan. Si esto es así (replicò Don Lorenzo) yo digo, que se aventaja esta ciencia à todas. Como si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es, que dudo, que aya avido, ni que los aya aora, Cavalleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que buelvo à decir aora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo està de parecer de que no ha avido Cavalleros Andantes; y por parecerme à mi, que si el Cielo milagrosamente no les dà à entender la verdad de que los huvo, y de que

los ay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia) no quiero detenerme agora de sacar à V.m.d. del error, que con los muchos tiene: lo que pienso hacer es, el rogar al Cielo le saque de èl; y le de à entender quan provechosos, y quan necesarios fueron al mundo los Cavalleros Andantes en los passados siglos, y quan utiles fueran en el presente, si se usàran; pero triunfan aora por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapadosenos hà nuestro huesped, dixo à esta sazón entre si Don Lorenzo; però con todo esto èl es loco bizarro, y yo sería mentecato floxo, si así no lo creyese. Aqui dieron fin à su platica, porque los llamaron à comer. Preguntò Don Diego à su hijo, què avia sacado en limpio del ingenio del huesped? A lo que èl respondió: No lo sacarán del borrador de su locura quantos Medicos, y buenos Escrivanos tiene el mundo, èl es un entreverado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronse à comer, y la comida fue tal como Don Diego avia dicho en el camino, que la solia dàr à sus comidades, limpia, abundante, y sabrosa; pero de lo que mas se contentò Don Quixote, fue del maravilloso silencio, que en toda la casa avia, que semejava un Monasterio de Cartujos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua à las manos, Don

Quixote pidió ahincadamente à Don Lorenzo, dixesse los versos de la justa literaria. A lo que él respondió, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan digan sus versos los niegan, y quando no se los piden los bomitan; yo diré mi glosa; de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo, y discreto, respondió Don Quixote, era de parecer, que no se avia de cansar nadie en glosar versos; y la razon, decia él, era, que jamás la glosa podia llegar al texto, y que muchas, ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion; y proposito de lo que pedía lo que se glosaba; y mas, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni dixo, ni diré, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que van atados los que glosan, como V. md. debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que de teo coger à vuestra merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quixote, lo que vuestra merced dice, ni quiere decir en esto del deslizarme. Yo me daré à entender, respondió Don Lorenzo, y por aora esté vuestra merced atento à los versos glosados, y à la glosa, que dicen de esta manera:

*Si mi fue tornasse à es;
Sin esperar mas será,
O viniessse el tiempo yá
De lo que será despues.*

G L O S S A.

AL fin; como todo passa, se passò el bien, que me diò fortuna un tiempo no escasa, y nunca me le bolvió, ni abundante; ni por tassa. Siglos hà yá que me vès, fortuna, puesto à tus pies, buelveme à ser venturoso, que será mi sèr dichoso
Si mi fue tornasse à es.
No quiero otro gusto, ò gloria, otra palma, ò vencimiento, otro triunfo, otra victoria, sino bolver al contento, que es pesar en mi memoria. Si tû me vuelves allà, fortuna, templado està todo el rigor de mi fuego, y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.
Cofas impossibles pido, pues bolver el tiempo à ser, despues que una vez ha sido, no ay en la tierra poder, que à tanto se aya estendido. Corre el tiempo, buela, y vâ ligero, y no bolverà; y erraria el que pidiessse, ò que el tiempo yá se fuessse,
O viniessse el tiempo yá.
Vivo una perplexa vida, yá esperando, yá temiendo, es muerte muy conocida,

y es mucho mejor muriendo,
buscar al dolor salida.

A mí me fuera interés
acabar, mas no lo es,
pues con discurso mejor
me dà la vida el temor

De lo que será despues.

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantò en pie Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los Cielos, donde mas altos estàn, mancebo generoso, que fois el mejor Poeta da el Orbe, y que merecís estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Athenas, si oy vivieran, y por las que oy

viven de Paris, Polonia, y Salamanca: plegue al Cielo, que los jueces, que os quitaren el premio primero, Febo los aslaetee, y las Musas jamàs atraviessen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si fois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. No es bueno, que dicen, que se holgò Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco? O fuerza de la adulacion, à quanto te estiendes, y quan dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditò Don Lorenzo, pues concediò con la demanda, y deseo de Don Quixote, diciendole este Soneto à la fabula, ò historia de Pyramo, y Tisbe:

SONETO.

EL muro rompe la doncella hermosa,
Que de Pyramo abrió el gallardo pecho;
Parte el amor de Chipre, y vá derecho
A ver la quiebra estrecha, y prodigiosa.
Habla el silencio alli, porque no essa
La voz entrar por tan estrecho estrecho,
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa,
Salìo el deseo de compàs, y el passò
De la imprudente virgen solícita,
Por su gusto, su muerte: ved què historia;
Que à entrambos en un punto (ò extraño caso!)
Los mata, los encubre, y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, aviendo oido el Soneto

à Don Lorenzo, que entre los infinitos Poetas consumidos que ay,

he visto un consumado Poeta, como lo es vuestra merced; señor mio, que así me lo dà à entender el artificio de este Soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para irse, diciendole, que le agradecía la merced, y buen tratamiento, que en su casa avia recibido; pero que por no parecer bien, que los Cavalleros Andantes se den muchas horas al ocio, y al regalo, se queria ir à cumplir con su officio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia, que àquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo, hasta que llegasse el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero avia de entrar en la cueba de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban; sabiendo, è inquirendo asimismo el nacimiento, y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron, que tomase de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniere, que le servirian con la voluntad posible, que à ello les obligaba el valor de su persona, y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste, y aziago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la

casa de Don Diego, y rehusaba de volver à la hambre, que se usa en las florestas; despoblados, y à la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenò, y colmò de lo mas necesario que le pareció. Y al despedirse, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: No sé si he dicho à vuestra merced otra vez, y lo he dicho, lo vuelvo à decir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos, y trabajos para llegar à la inaccesible cumbre del templo de la fama, nõ tiene que hacer otra cosa, sino dexar à una parte la senda de la Poesia algo estrecha, y tomar la estrechísima de la Andante Cavalleria, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabò D. Quixote de cerrar el processó de su locura, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar, y açoçar los soberbios: virtudes anexas à la profesion que yo professò; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querían consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle à vuestra merced, que siendo Poeta, podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el proprio, porque no ay padre, ni madre à quien sus hijos le parezcan feos; y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre, y hijo de las entremas-

tidas razones de Don Quixote, y à discretas, y yà disparatadas, y del tema, y tesòn que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin, y blanco de sus deseos. Reiteraronle los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la señora de el Castillo, Don Quixote, y Sancho, sobre Rocinante, y el rucio, se partieron.

CAP. XIX. *Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros, en verdad, graciosos sucesos.*

POCO trecho se avia alongado Don Quixote de el Lugar de Don Diego, quando encontró con dos como Clerigos, ò como Estudiantes, y con dos Labradores, que sobre quatro bestias asnales venian cavalleros; el uno de los Estudiantes traía, como en portamento, en un lienzo de bocaci verde, embuelto, al parecor, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra cosa, que dos espadas negras de esgrima nuevas, y con sus zapatillas. Los Labradores traían otras cosas, que daban indicio, y señal, que venian de alguna Villa grande, donde las avian comprado, y las llevaban à su Aldèa, y assi Estudiantes, como Labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos, que la vez primera veian à Don Quixote, y

Part. II.

morian por saber que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludòles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que el hacia, les ofreciò su compañía, y les pidiò detuviesen el passo, porque caminaban mas sus pollinas, que su cavallo; y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, su oficio, y profesion, que era de Cavallero Andante, que iba à buscar sus aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles, que se llamaba de nombre proprio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo, el Cavallero de los Leones. Todo esto para los Labradores era hablarles en Griego, ò en gerigonza; pero no para los Estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de el cerebro de Don Quixote; pero con todo esto le miraban con admiracion, y con respeto; y uno de ellos le dixo: Si vuestra merced, señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verà una de las mejores bodas, y mas ricas, que hasta el dia de oy se ayran celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntòle Don Quixote, si eran de algun Principe, que assi las ponderaba? No son, respondiò el Estudiante, sino de un Labrador, y una Labradora, el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa, que han visto los hombres:

G 3

El

El aparato con que se han de hacer es extraordinario, y nuevo, porque se han de celebrar en un prado, que està junto al Pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa; y el desposado se llama Camacho el rico; ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren decir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar, y cubrir todo el prado por arriba; de tal suerte, que el Sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar à visitar las verdes yervas, de que està cubierto el suelo. Tiene asimismo mahe-
 tidas danzas, así de espadas, como de cascabel menudo, que ay en su Pueblo quien los repique, y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas, que he dexado de referir, han de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino, que hará en ellas el des-
 pechado Basilio. Es este Basilio un Zagal, vecino del mismo Lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared, y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó
 ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Pyramo, y Tisbe; porque Basilio se enamorò de Quiteria desde sus tiernos, y primeros años; y ella fue correspondiendo à su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el Pueblo los amores de los dos niños, Basilio, y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordò el padre de Quiteria de estorvar à Basilio la ordinaria entrada, que en su casa tenia; y por quitarse de andar rezeloso, y lleno de sospechas, ordenò de casar à su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues si vâ à decir verdades, sin embidia, èl es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado, y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta mas que una cabra, y virla à los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar; y sobre todo, juega una espada como el mas pintado. Por esta sola gracia, dixo à esta fazon Don Quixote, merecia esse mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma Reyna Ginebra, si fuera oy viva, à pesar de Lanzarote, y de todos aquellos que estorvarlo quisieran. A mi muger con esso, dixo Sancho Panza, (que hasta entonces ayia ido callando, y escuchando),
 la

la qual no quiere, sino que cada uno case con su igual, ateniendole al refrán que dicen: *Cada oveja con su pareja*. Lo que quisiera yo, es, que esse buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con ella señora Quiteria, que buen figo ayán, y buen pelo (iba à decir al rebès) los que estorvan, que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se huviesen de casar, dixo Don Quixote, quitamte la eleccion, y jurisdiccion à los padres de casar sus hijos con quien, y quando debèn, y si à la voluntad de las hijas quedasse escoger los maridos, tal ayria, que escogiesse al orido de su padre, y tal al que no passar por la calle, à su parecer, bizarro, y entonado, aunque halle un desbaratado espadachin, que el amor, y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necessarios para escoger estado; y el del matrimonio esta muy à peligro de errarse, y es menester gran tanto, y particular favor de el Cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compania segura, y apacible con quien acompañarse. Pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compania le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propria muger no es mercaderia,

que una vez comprada, se buelve, ò se trueca, ò cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se buelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no puede desatarse. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorvára el deseo que tengo de saber, si le queda mas que decir al señor Licenciado, acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el Estudiante, Bachiller, ò Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me queda mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo, que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo, y triste, hablando entre si mismo; con que dà ciertas, y claras señales de que se le ha buuelto el juicio: come poco, y duerme poco; y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de quando en quando al Cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin, él dà tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos, que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, di-

no Sancho, que Dios que dà la llaga, dà la medicina; nadie sabe lo que està por venir; de aqui à mañana muchas horas ay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa, y yo he visto llover, y hacer sol, todo à un mismo punto; tal se acuesta sano por la noche, y no se puede mover à otro dia. Y diganme, por ventura, avrà quien se alabe, que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el si, y el no de la muger, no me atreviera yo à poner una punta de un alfiler, porque no cabria; denme à mi, que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad à Basilio, que yo le darè à el un buen faco de buena ventura, que el amor (segun yo he oido decir) mira con unos anteojos, que hacen parecer oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las lagañas perlas. Adonde vàs à parar, Sancho? que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas à ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, que sabes tù de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? O, pues si no me entienden, respondiò Sancho, no es maravilla, que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sè que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, señor mio, siempre es frival de mis dichos, y aun de mis hechos. Pital más de decir, dixo Don Quixote, que no frival; pre-

varicador del buen language, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondiò Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido, ò quito alguna letra à mis vocablos. Si, que, valgame Dios! no ay para que obligar al Sayaguès à que hable como el Toledano; y Toledanos puede aver, que no las corten en el ayre en esto de hablar polido. Assi es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las Tenerias, y en Zocodober, como los que se passean casi todo el dia por el Claustro de la Iglesia Mayor, y todos sòn Toledanos. El language puro, el proprio, el elegante, y claro; està en los discretos Cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda; dixè discretos, porque ay muchos que no lo son, y la discrecion es la Gramatica del buen language, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y picome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Si no os picaredes mas de saber mas menear las negras que llevars, que la lengua, dixo el otro Estudiante, vos llevaredes el primero en licencias, como llevasteis cosa. Mirad, Bachiller, respondiò el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion de el mundo, acerca del fral destreza de la espada, teniendola por vana. Para mi no es opinion, sino ver-

verdad asentada , replicò Corchuelo ; y si quereis que os lo muestre con la experiencia , espada traeis , comodidad ay , yo pulfos , y fuerzas tengo , que acompañadas de mi animo , que no es poco , os harán confesar , que yo no me engaño . Apeaos , y usad de vuestro compás de pies , de vuestros círculos , y vuestros angulos , y ciencias , que yo espero de hacer os ver estreliadas à medio dia con mi destreza moderna , y zafia ; en quien espero , despues de Dios , que està por nacer hombre , que me haga bolver las espaldas , y que no le ay en el mundo , à quien yo no le haga perder tierra . En esto de bolver , ò no las espaldas , no me meto , replicò el diestro , aunque podia ser , que en la parte donde la vez primera clavalledes el pie , alli os abriesen la sepultura ; quiero decir , que alli quedalledes muerto por la despreciada destreza . Aora se verà , respondiò Corchuelo ; y apeandose con gran presteza de su jumento , tirò con gran furia de una de las espadas , que llevaba el Licenciado en el suyo . No ha de ser así , dixo à este instante D. Quixote , que yo quiero ser el Maestro de esta esgrima , y el Juez de esta muchas veces no averiguada question ; y apeandose de Rocinante , y asiendo de su lanza , se puso en la mitad del camino , à tiempo que yà el Licenciado , con gentil donayre de cuerpo , y compás de pies , se iba contra Corchuelo , que contra el se vino lanzando (como decir se

fuele) fuego por los ojos . Los otros dos Labradores del acompañamiento , sin apearse de sus pollinas , sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia : Las cuchilladas , estocadas , altibaxos , rebefes , y mandobles , que tiraba Corchuelo , eran sin numero , mas espesas que higo , y mas menudas que granizo : arremetia como un leon irritado ; pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada de el Licenciado , que en mitad de su furia le detenia , y se la hacia besar , como si fuera reliquia , aunque no con tanta devocion , como las reliquias deben , y suelen besar . Finalmente , el Licenciado le contò à estocadas todos los botones de una media sotaniila que traia vestida , haciendole tiras los faldamentos , como colas de pulpo ; derribòle el sombrero dos veces , y cansòle de manera , que de despecho , colera , y rabia asió la espada por la empuñadura , y arrojòla por el ayre , con tanta fuerza , que uno de los Labradores asistentes , que era Escrivano , que fue por ella , diò despues por testimonio , que la alongò de si casi tres quartos de legua ; el qual testimonio sirve , y ha servido para que se conozca , y vea con toda verdad , como la fuerza es vencida del arte . Sentòse cansado Corchuelo ; y llegando à el Sancho , le dixo : Mia fee , señor Bachiller , si V. md. toma mi consejo , de aqui adelante no ha de desafiar à nadie à esgrimir , sino à luchar , ò à tirar la barra , pues

tiene edad, y fuerzas para ello, que de estos à quien llaman diestros, he oido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de aver caido de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lexos estaba; y levantandose, abrazò al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al Escrivano, que avia ido por la espada, por parecerle que tardaria mucho; y así determinaron seguir, por llegar temprano à la Aldèa de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demonstrativas, y con tantas figuras, y demonstraciones Mathematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido; pero antes que llegasen, les pareció à todos, que estaba delante de el Pueblo un Cielo, lleno de innumerables, y reíplandecientes Estrellas. Oyeron asimismo confusos, y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos, y sonajas; y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que à mano avian puesto à la entrada del Pueblo, estaban todos llenos de luminarias; à quien no ofendia el viento, que entonces no soplabá, sino tan manso, que no tenia

fuerza para mover las hojas de los arboles. Los Musicos eran los recogijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos baylando, otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría, y saltando el contento: otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones, y danzas que se avian de hacer en aquel Lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el Lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, así el Labrador, como el Bachiller; pero el diò por disculpa, bastantissima à su parecer, ser costumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y florestas, antes que en los poblados, aunque fuessen debaxo de dorados techos; y con esto se desviò un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele à la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el Castillo, ò Casa de Don Diego.

CAP. XX. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.*

A Penas la blanca Aurora avia dado lugar à que el luciente Febo, con el ardor de sus calien-

lientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugallè, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamó à su Escudero Sancho, que aun todavia roncabas; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertasse, le dixo: O tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener embidia, ni ser embidido, duermes con sossegado espíritu! Ni te persiguen Encantadores, ni sobresaltan encantamientos: duermes, digo otra vez, y lo dirè otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú, y tu pequeña, y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se estienden à mas, que à pensar en tu jumento, que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto: contrapeso, y carga, que puso la naturaleza, y la costumbre à los señores. Duermes el criado, y està velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes. La congoja de ver, que el Cielo se hace de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rocío, no affige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad, y hambre al que le sirvió en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondió

Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto, si Don Quixote, con el cuento de la danza, no le hiciera bolver en sí. Despertò, en fin, soñoliento, y perezoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte de esta enramada, si no me engaño, sale un tufo, y olor, haito mas de torreznos asfados, que de juncos, y tomillos: bodas, que por tales olores comienzan, para mi santiguada, que deben de ser abundantes, y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote; ven, iremos à ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera el pobre, y casarase con Quiteria. No ay mas sino no tener un quarto, y querer casarse por las nubes? A la fee, señor, yo soy de parecer, que el pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostarè un brazo, que puede Camacho embolver en reales à Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas, que le debe de aver dado, y le puede dàr Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ò sobre una gentil treta de espada, no dàn un quartillo de vino en la taberna: habilidades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi

vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio; y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo à esta fazon Don Quixote, que concluyas con tu harenga, que tengo para mi, que si te dexasse seguir en las que à cada passo comienzas, no te quedaria tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gastarias en hablar. Si vuestra merced tuviera buena memoria, replicò Sancho, debierase acordar de los capitulos de nuestro concierto, antes que esta ultima vez saliessemos de casa; uno de ellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quisiessse, con que no fuesse contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced; y hasta aora me parece que no he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió D. Quixote, del tal capitulo; y puesto que sea así, quiero que calles, y vengas, que yà los instrumentos, que anoche oimos, buelven à alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el fresco de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla à Rocinante, y la albarda al rucio, subieron los dos, y passo ante passo se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho, fue espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo; y en el fuego donde se avia

de asar, ardia un mediano monte de leña; y seis hollas, que al rededor de la hoguera estaban, no se avian hecho en la comun turquesa de las demás hollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embebian, y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos. Las liebres yà sin pellejos, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los arboles, para sepultarlas en las hollas, no tenian numero; los paxaros, y caza de diversos generos eran infinitos, colgados de los arboles, para que el ayre los enfriasse. Contò Sancho mas de sesenta zaques de mas de à dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos; así avia rimeros de pan blanquissimo, como los suele aver de montones de trigo en las heras. Los quesos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla; y dos calderas de azeyte, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de massa, que con dos valientes palas las sacaban fritas, y las zambullian en otra caldera de preparada miel, que alli junto estaba. Los cocineros, y cocineras passaban de cinquenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos, y pequeños lechones, que cosidos por encima, servian de darle sabor, y enternecerle. Las especias de diversas suertes no parecia averlas comprado

por

por libras, sino por arrobas; y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rustico, pero tan abundante, que podia sustentarse à un Exercito. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba: primero se cautivaron, y rindieron el deseo las hollas, de quien el tomara de bonissima ganà un mediano puchero: luego se aficionaron la voluntad los zaques, y ultimamente las frutas de satten, si es que se podian llamar sartenes las tan horrentas calderas; y así, sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó à uno de los sollicitos cocineros, y con corteses, y hambrientas razones le rogó le dexasse mojar un mendrugo de pan en una de aquellas hollas. Al lo que el cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad si ay por à un cucharon, espumad una gallina, y dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, peador de mi, y que melindroso, y para poco, debeis de ser, y diciendo esto, sacó de un caldero, y encaxandole en una de las medias tinajas, sacó en el tres gallinas, y dos ganíqs, y dixo à Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos,

dixo el cocinero, la cuchara, y todo, que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto, pues, que esto passaba à Sancho, estaba Don Quixote mirando, como por una parte de la enramada entraban hasta doce Labradores sobre doce hermosissimas yeguas, con ricos, y vistosos jaezes de campo, y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regocijo, y fiestas, los quales en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara, y grita, diciendo: Vivan Camacho, y Quiteria, el tan rico, como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre si: Bien parece que estos no han visto à mi Dulcinea de el Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran à la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De alli à poco comenzaron à entrar por diversas partes de la enramada muchas, y diferentes danzas, entre las quales venia una de espadas de hasta veinte y quatro Zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado, y blanquissimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligeró mancebo, preguntò uno de los de las yeguas, si se avia herido alguno de los danzantes. Por aora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vambos sanos; y luego co-

men-

ncazó à enredarse con los demás compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estaba hecho à ver semejantes danzas, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra, que entrò de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxaba de catorce, ni llegaba à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados, y parte sueltos; pero todos tan rubios, que con los de el Sol podian tener competencia; sobre los quales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madreperla compuestas: guiabalas un venerable viejo, y una anciana matrona, pero mas ligeros, y sueltos que sus años prometian. Haciales el són una gayta Zamorana; y ellas, llevando en los rostros, y en los ojos à la misma honestidad, y en los pies à la ligereza, se mostraban las mejores bailaroras del mundo. Tràs esto entrò otra danza de arteificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras; de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interès; aquel adornado de alas, arco, aljaba, y saetas; este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda. Las Ninfas, que al Amor seguian, traian à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. Poesia era el titulo de la primera; el de la segunda, Discrecion; el de la tercera,

Buen linage; el de la quarta, Valentia. Del modo mismo venian señaladas las que al Interès seguian: decia Liberalidad el titulo de la primera; Dativa el de la segunda; Tesoro el de la tercera; y el de la quarta, Posseesion pacifica. Delante de todos venia un Castiello de maderas, à quien tiraban quatro salvages, todos vestidos de yedra, y cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran à Sancho. En la frontera del Castiello, y en todas quatro partes de sus quadros traia escrito: *Castiello del buen recato*. Hacianles el són quatro diestros tañedores de tamboril, y flauta. Comenzaba la danza Cupido; y aviendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos, y flechaba el arco contra una doncella, que se ponía entre las almenas del Castiello, à la qual de esta suerte dixo:

*Yo soy el Dios poderoso,
En el ayre, y en la tierra,
Y en el ancho mar andoso,
Y en quanto el abysmo encierra.
En su baratro espantoso,
Nunca canoci, que es miello,
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo, y vedó.*

Acabò la copla, disparò una flecha por lo alto del Castiello, y retiròse à su puesto. Saliò luego el Interès, y hizo otras dos mudan-

zas ; callaron los tamborinos , y el dixo :

*Soy quien pueda mas que Amor,
Y el Amor el que me guia,
Soy de la estirpe mejor,
Que el Cielo en la tierra cria,
Mas conocida , y mayor.*

*Soy el interés , en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro,
Y qual soy te me consagro,
Por siempre jamás. Amen.*

Retiròse el Interès , y hizose adelante la Poesia , la qual despues de aver hecho sus mudanzas , como los demàs , puestos los ojos en la doncella del Castillo , dixo :

*En dulcissimos concertos
La dulcissima Poesia,
Altos , graves , y discretos,
Señora el alma te embia,
Embuelta entre mil sonetos.*

*Si acaso no te importuna
Mi porfia , tu fortuna,
De otros muchos embidiada,
Serà por mí levantada
Sobre el cerco de la Luna.*

Desviòse la Poesia , y de la parte del Interès saliò la Liberalidad , y despues de hechas sus mudanzas , dixo :

*Llaman liberalidad
Al dár , que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario , que arguye
Tibia , y floxa voluntad,*

*Mas yo por te engrandecer,
De es mas prodigo he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio hon-
T de pecho enamorado, (rado,
Que en el dár se echa de ver.*

De este modo salieron , y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras , y cada una hizo sus mudanzas , y dixo sus versos , algunos elegantes , y algunos ridiculos ; y solo tomò de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos , y luego se mezclaron todos , haciendo , y deshaciendo lazos con gentil donayre , y desembolturas ; y quando passaba el Amor por delante del Castillo , disparaba por alto sus flechas ; pero el Interès quebraba en el alcancias doradas. Finalmente , despues de aver baylado un buen espacio , el Interès sacò un bolsón , que le formaba el peliejo de un gran gato romano , que parecia estar lleno de dineros ; y arrojandole al Castillo , con el golpe se desencaxaron las tablas , y se cayeron , dexando à la doncella descubierta , y sin defensa alguna. Llegò el Interès con las figuras de su valia , y echandola una gran cadena de oro al cuello , mostraron prenderla , rendirla , y cautivarla ; lo qual visto por el Amor , y sus valedores , hicieron ademàn de quitarsela : y todas las demonstraciones que hacian , eran al sòn de los tamborinos , baylando , y danzando concertadamente. Pusieronlos en paz los salvages , los quales con mucha presteza bolvieron à armar ,
y.

y à encaxar las tablas del Castillo; y la doncella se encerrò en el como de nuevo, y con esto se acabò la danza, con gran contento de los que la miraban. Preguntò Don Quixote à una de las Ninfas, què quien la avia conpuestò, y ordenado? Respondiòle, que un Beneficiado de aquel Pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè, dixo Don Quixote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal Bachiller, ò Beneficiado, y que debe de tener mas de Satyrico, que de Visperas: bien ha encaxado en la danza las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote: Bien se parece, Sancho, que erès villano, y de aquellos que dicen: Viva quien vence. No sè de los que soy, respondiò Sancho; pero bien sè, que nunca de hollas de Basilio sacarè yo tan elegante espuma como es esta, que he sacado de las de Camacho; y enseñòle el caldero lleno de ganfos, y de gallinas, y afiendo de una, comenzò à çomer con mucho donayre, y gana, y dixo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como decia una agueta mia, que son, el tener, y no tener, aunque ella al del tener se atenia; y el dia de oy mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al haber,

que al saber: un asno cubierto de oro, parece mejor que un cavallo enalbardado. Así, que buetro à decir, que à Camacho me atengo, de cuyas hollas son abundantes espumas ganfos, gallinas, liebres, y conejos; y de las de Basilio seràn, si viene à mano, y aunque no venga fino al pie, agua chirte. Has acabado tu harenga, Sancho? dixo Don Quixote. Avrela acabado, respondiò Sancho, porque veo, que V. md. recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra avia contada para tres dias. Plegue à Dios Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al passo que llevamos, respondiò Sancho, antes que V. md. muera estarè yo mascando barro, y entonces podrà ser, que estè tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el dia del juicio. Aunque esto así suceda, ò Sancho! respondiò Don Quixote, nunca llegarà tu silencio à do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida; y mas, que està muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y así jamás pienso verte mudo, ni aun quando estès bebiendo, ò durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fee, señor, respondiò Sancho, que no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tan bien come cordero, como carnero; y à nuestro Cura he oido decir, que con igual

igual pie pisaba las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, que de melindre: no es nada asquerosa, de todo come, y à todo hace, y de toda fuerte de gentes, edades, y preeminencias hinche sus alforjas: no es segador, que duerme las siestas, que à todas horas siega, y corta, así la seca, como la verde yerva, y no parece que masea, sino que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, dà à entender, que està hidropica, y sedienta de beber solas las vidas de quantas viven, como quien se bebe un jarro de agua fría. No mas, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte, por tus rusticos terminos, es lo que pudiera decir un buen Predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, y discrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano, y irte por esse mundo, predicàras lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sè otras Theologias. Ni las has menester, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tù, que temes mas à un lagarto, que à èl, sabes tanto? Juzgue vuestra merced, señor, de sus Cavallerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temo-

res, y valentias ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino, y dexeme vuestra merced despavilar esta espuma, que lo demàs todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; y diciendo esto, comenzò de nuevo à dàr assalto à su caldero, con tan buenos alientos, que despertò los de Don Quixote; y sin duda le ayudàra, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAP. XXI. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.*

Quando estaban D. Quixote, y Sancho en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido, dabanlas, y causabanle los de las yeguas; que con larga carrera, y grita iban à recibir à los novios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones, venian acompañados del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los Lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho viò à la novia, dixo: A buena fee, que no viene vestida de Labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun divisò, que las patenas, que avia de traer, son ricos corales; y la palmilla verde de Cuenca, es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco;

voto à mi, que es de rafo; pues tomadme las manos, adornadas con fortijas de azabache: no medreyo, si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una quaxada, que cada uno debe de valer un ojo de la cara. O hi de puta, y què cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No fino ponedla tacha en el brio, y en el taille, y no la compareis à una palma, que se mueve cargada de racimos de dattiles, que lo mismo parecen los daxes, que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi ànima, que ella es una chupada moza, y que puede passar por los Bancos de Flandes. Riòse Don Quixote de las rusticas alabanzas de Sancho Panza: pareciòle, que fuera de su señora Dulcinèa de el Toboso, no avia visto muger mas hermosa jamàs. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche, que siempre passar las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas: ibanse acercando à un theatro, que à un lado de el prado estaba, adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hacer los desposorios, y de donde avian de mirar las danzas, y las invenciones. Y à la sazòn que llegaban al puesto oyeron à sus espaldas grandes voces, y una que decia: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada, como prefurosa; à cuyas voces, y palabras todos bolvieron la ca-

beza, y vieron, que las daba un hombre, vestido al parecer de un fayo negro, gyronado de carmesi à llamas: venia coronado (como se viò luego) con una corona de funesto cyprès; en las manos traia un baston grande: en llegando, mas cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en què avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida, en sazon semejante. Llegò, en fin, cansado, y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, el qual tenia al cabo una punta de acero, mudada la color, puesto los ojos en Quiteria, con voz tremenda, y ronca, estas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que professamos, que viviendo yo, tu no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorassen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro, que à tu honra convenia; pero tù, echando à las espaldas todas las obligaciones que debes à mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le sirve, no solo de buena fortuna, sino de bonitissima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los Cielos) yo por mis manos desharè el imposible,

ble, ò el inconveniente que puede estorvarsele, quitandome à mi de por medio. Viva, viva el rico Camacho; con la ingrata Quiteria, largos, y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio; cuya pobreza cortó las aias de su dicha, y le puso en la sepultura; y diciendo esto, asió del baston, que tenia hincado en el suelo, y quedandose la mitad de él en la tierra, mostrò, que servia de bayna à un mediano estoque, que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojò sobre él, y en un punto mostrò la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad de la azorada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, consolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rocinante, acudiò à favorecerle, y le tomò en sus brazos, y hallò, que aun no avia espirado: quisieronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fue de parecer, que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacarsele, y el espirar seria todo à un tiempo. Pero bolviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente, y desfmayada, dixo: Si quisieres, cruel Quiteria, darme en este ultimo, y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria, que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella al-

cancò el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiese à la salud del alma, antes que à los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa, y puesta en razon, y ademàs muy hacadera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo à la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera de el lado de su padre. Aquí no ha de aver mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso, sin saber què hacer, ni què decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiendole, que consintiese, que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perudiese, partiendo desesperado de esta vida, que le movieron, y aun forzaron à decir, que si Quiteria queria darsela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à

Quiteria, y unos con ruegos, otros con lagrimas, y otros con eficaces razones la persuadian, que dielè la mano al pobre Basilio; y ella, mas dura que un marmol, y mas fèrrea que una estatua, mostraba, que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra; ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinasse presto en lo que avia de hacer, porque tenia Basilio yà el alma en los dientes, y no daba lugar à esperar inresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste, à pesarosa, llegò donde Basilio estaba, yà los ojos bueitos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil, y no como Christiano. Llegò, en fin, Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Defençajò los ojos Basilio, y mirandola atentamente, la dixo: O Quiteria! que has venido à sèr de piadosa à tiempo, quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitar la vida, pues yà no tengo fuerzas para llevar la gloria que me dàs en escogermè por tuyo, ni para suspender el dolor, que tan apriesa me và cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es (ò fatal estrella mia!) que la mano que me pides, y quieres darmè, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino

que confieses, y digas, que sin hacer fuerza à tu voluntad me la entregas, y me la dàs como à tu legitimo esposo, pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba, de modo, que todos los presentes pensaban, que cada desmayo se avia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta, y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerza fuera bastante à torcer mi voluntad; y así, con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si es que me la dàs de tu libre alvedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondiò Basilio, no turbado, ni confuso, sino con el claro entendimiento, que el Cielo quiso darmè; y así me doy, y me entrego por tu esposa. Y yo por tu esposa, respondiò Quiteria, aora vivas largos años, aora te lleven de mis brazos à la sepultura. Para estàr tan herido este mancebo, dixo à este punto Sancho Panza, mucho habla; haganle, que se dexè de requiebros, y que atiendà à su alma, que à mi parecer, mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando, pues, afidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso los echò la bendicion, y pidió al Cielo dielè buen pòso
al

al alma del nuevo desposado; el qual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desemboltura se sacó el estoque, à quien servia de bayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, mas simples, que curiosos, en altas voces comenzaron à decir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicò: No milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atonito acudiò con ambas manos à tentar la herida, y hallò, que la cuchilla avia pasado, no por la carne, y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia preparada la sangre (segun despues se supo) de modo, que no se elasse. Finalmente, el Cura, y Camacho, con todos los mas circunstantes, se tuvieron por burlados, y escarnecidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla; antes oyendo decir, que aquel casamiento, por aver sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella le confirmaba de nuevo; de lo qual coligieron todos, que de consentimiento, y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso; de lo que quedò Camacho, y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza à las manos, y desembaynando muchas espadas, arremetieron à Basilio, en cuyo favor en un instante se desembayna-

ron casi otras tantas, y toman do la delantera à cavallo Don Quixote, con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, à quien jamàs pluguieron, ni solazaron semejantes fechorias, se acogió à las tinajas, donde avia sacado su agradable espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser tenido en respeto. Don Quixote à grandes voces decia: Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios, que el amor nos hace; y advertid, que el amor, y la guerra son una misma cosa; y así, como en la guerra es cosa licita, y acostumbrada usar de ardidés, y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas, y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes, y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonor de la cosa amada. Quitèria era de Basilio, y Basilio de Quitèria, por justa, y favorable disposicion de los Cielos; Camacho es rico, y podrá comprar su gusto quando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene mas de esta oreja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que à los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de passar por la punta de esta lanza; y en esto la blandeò tan fuerte, y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le cono-

cian ; y tan intensamente se fixò en la imaginacion de Camacho el dèdèn de Quiteria, que se le borrò de la memoria en un instante , y assi tuvieron lugar con èl las persuasiones del Cura , que era varon prudente , y bien intencionado , con las quales quedò Camacho , y los de su parcialidad pacificos , y sossegados ; en seña de lo qual bolvieron las espadas à sus lugares , culpando mas à la facilidad de Quiteria , que à la industria de Basilio ; haciendo discurso Camacho , que si Quiteria queria bien à Basilio , doncella , tan bien le quisiera casada , y que debia dàr gracias al Cielo , mas por averfela quitado , que por averfela dado. Consolado , pues , y pacifico Camacho , y los de su compania , todos los de la de Basilio se soslegaron ; y el rico Camacho , por mostrar que no sentia la burla , ni la estimaba en nada , quiso que las fiestas passassen adelante , como si realmente se desposara ; pero no quisieron asistir à

ellas Basilio , ni su esposa , ni sequaces ; y assi se fueron à la Aldèa de Basilio , que tambien los pobres virtuosos , y discretos tienen quien los siga , honre , y ampare , como los ricos tienen quien los lisonjee , y acompañe : Llevaronse consigo à Don Quixote , estimandole por hombre de valor , y de pelo en pecho. A solo Sancho se le obscureciò el alma , por verse impossibilitado de aguardar la esplendida comida , y fiestas de Camacho , que duraron hasta la noche ; y assi assendreado , y triste siguiò à su señaor , que con la quadrilla de Basilio iba ; y assi se dexò atrás las hollas de Egypto , aunque las llevaba en el alma , cuya casi consumida , y acabada espuma , que en el caldero llevaba , le representaba la gloria , y la abundancia del bien que perdia ; y assi acongojado , y pensativo , aunque sin hambre , sin apearse de el rucio , siguiò las huellas de Rocinante.



CAP. XXII. Donde se cuenta la grande aventura de la Cucha de Montefinos, que está en el corazon de la Mancha, a quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.



Grandes fueron, y muchos los regalos, que los desposados hicieron à Don Quixote, obligados de las muestras, que avia dado defendiendo su causa; y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refocilò tres dias à costa de los novios, de los quales se supo, que no fue traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo suceso, que se

avia visto; bien es verdad, que confesò, que avia dado parte de su pensamiento à algunos de sus amigos, para que al tiempo necessario favoreciesen su intencion, y abonasen su engaño. No se pueden, ni deben llamar engaños, dixo D. Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia; advirtiendole, que el mayor contrario, que el amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad, porque el amor todo es alegria, regocijo, y contento; y mas quando

el amante està en posesion de la cosa amada , contra quien son enemigos opuestos , y declarados la necesidad , y la pobreza ; y que todo esto decia con intencion de que se dexasse el señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe , que aunque le daban fama , no le daban dineros ; y que atendiessè à gran- gear hacienda por medios licitos , è industriosos , que nunca faltan à los prudentes , y aplicados ; el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa , que quando se la quitan , le quitan la honra , y se la matan. La muger hermosa , y honrada , cuyo marido es pobre , merece ser coronada con laureles , y palmas de vencimiento , y triunfo. La hermosura por si sola atrae las voluntades de quantos la miran , y conocen , y como à señuelo gustoso se le abasen las Aguilas Reales , y los paxaros altaneros ; pero si à la tal hermosura se le junta la necesidad , y estrechez , tambien la embisten los cuervos , los milanos , y las otras aves de rapiña ; y la que està à tantos encuentros firme , bien merece llamarse corona de su marido. Mirad , discreto Basilio , añadió Don Quixote , opinion fue de no sè que Sabio , que no avia en todo el mundo sino una sola muger buena ; y daba por consejo , que cada uno pensasse , y creyessè , que aquella sola buena era la suya , y assi viviria contento. Yo no soy casado , ni hasta agora me ha venido en pensa-

miento serlo , y con todo esto me atreviera à dar consejo al que me lo pidiesse , del modo que avia de buscar la muger con quien se quisiesse casar. Lo primero le aconsejaria , que mirasse mas à la fama , que à la hacienda ; porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena , sino con parecerlo ; que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las des- embolturas , y libertades publicas , que las maldades secretas. Si traes buena muger à tu casa , facil cosa seria conservarla , y aun mejorarla en aquella bondad ; pero si la traes mala , en trabajo te pondrà el enmendarla , que no es muy hacedero passar de un extremo à otro ; yo no digo , que sea imposible , pero tengolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho , y dixo entre si : Este mi amo , quando yo hablo cosas de meollo , y de substancia , suele decir , que podria yo tomar un pulpito en las manos , y irme por esse mundo adelante predicando lindizas ; y yo digo de el , que quando comienza à enhilar sentencias , y à dar consejos , no solo puede tomar pulpito en las manos , sino dos en cada dedo , y andarse por essas plazas à què quieres boca : valgate el diablo por Cavallero Andante , que tantas cosas sabes : yo pensaba en mi anima , que solo podia saber aquello , que tocaba à sus Cavallerias ; pero no ay cosa donde no pique , y dexè de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho , y entrecoyòle su señor , y
pre-

preguntòle: Qué murmuras, Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí, que quisiera aver oído lo que V. md. aquí ha dicho, antes que me casara, que quizá dixera yo aora: El buey suelto bien se lame. Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena: à lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí quando se le antoja, especialmente quando està zelosa, que entonces sufrala el mismo Satanàs. Finalmente, tres dias esfluvieron con los novios, donde fueron regalados, y servidos como cuerpo de Rey. Pidió Don Quixote al dicho Licenciado le diessé una guia, que le encaminasse à la Cueva de Montesinos, porque tenia grandísimo deseo de entrar en ella, y ver à ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas, que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daría à un primo suyo, famoso Estudiante, y muy aficionado à leer libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondría à la boca de la misma Cueva, y le enseñaría las Lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixole, que lle-

varia con el gustoso entretentimiento; à causa que era mozo, que sabía hacer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente, el primo viuo con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete, ò arpillera. Enfillò Sancho à Rocinante, aderezò al rucio, y proveyò sus alforjas, à las quales acompañaron las de el primo, asimismo bien proveídas; y encomendandose à Dios, y despidiendose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa Cueva de Montesinos. En el camino preguntò Don Quixote al primo, de qué genero, y calidad eran sus exercicios, su profesion, y estudios? A lo que el respondió, que su profesion era ser Humanista; sus exercicios, y estudios, componer libros para dar à la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretentimiento para la Republica: que el uno se intitula el de las Libreas, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quiesesen en tiempo de fiestas, y regocijos los Cavalleros Cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes à sus deseos, è intenciones; porque doy al zeloso, al desdenado, al olvidado, y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas, que pecadoras. Otro libro tengo tambien, à quien he de llamar Meta-

morfoseos, ò Ovidio Español, de invencion nueva, y rara; porque en él, imitando à Ovidio à lo burlesco, pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Magdalena, quien el Caño de Veinguerra de Cordova, quien los Toros de Guifando, la Sierra Morena, las Fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la de el Caño Dorado, y de la Priora; y esto con sus alegorias, metáforas, y translaciones, de modo, que alegan, suspenden, y enseñan à un mismo tiempo. Otro libro tengo, que se llama Suplemento de Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa que las cosas, que se dexò de decir Polidoro de gran substancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estílo. Olvidòsele à Virgilio de declararnos quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomò las unciones para curarse del morbo galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco Autores: porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro à todo el mundo. Sancho, que avia estado muy atento à la narracion del primo, le dixo: Digame, señor, así Dios le dè buena man derecha en la impresion de sus libros, fabriame decir, que si sabrà, pues todo lo sabe, quien fue el primero, que se rascò en la cabeza, que yo para

mi tengo, que debió de ser nuestro Padre Adán? Si sería, respondió el primo, porque Adán no ay duda fino que tuvo cabeza, y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo; alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame aora, quien fue el primer bolteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por aora, hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicò Sancho, no tome trabajo en esto, que aora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer bolteador del mundo fue Lucifer, quando le echaron, ò arrojaron de el Cielo, que vino bolteando hasta los abyssos. Tienes razon, amigo, dixo el primo; y dixo Don Quixote: Esta pregunta, y respuesta no es tuya, Sancho, à alguno la has oído decir. Calle, señor, replicò Sancho, que à buena fee, que si me doy à preguntar, y à responder, que no acabe de aqui à mañana. Si, que para preguntar necedades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que ay algunos que se cansan en saber, y averiguar cosas, que despues de sabidas, y averiguadas, no importan un ardite

al entendimiento , ni à la memoria. En estas , y otras gustosas plasticas se les pasó aquel dia ; y à la noche se albergaron en una pequeña Aldèa, adonde el primero dixo à Don Quixote , que desde alli à la Cueva de Montefinos no avia mas de dos leguas ; y que si llevaba determinado de entrar en ella , era menester proveerse de fogas para atarse , y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo , que aunque llegase al abyssmo avia de ver donde paraba ; y así , compraron casi cien brazas de foga , y otro dia à las dos de la tarde llegaron à la Cueva , cuya boca es espaciosa , y ancha , pero llena de cambroneiras , y cabrahigos , de zarzas , y malezas , tan espesas , y intrincadas , que de todo en todo la ciegan , y encubren. En viendola , se apearon el primo , Sancho , y Don Quixote , al qual los dos le ataron luego fortissimamente con las fogas ; y en tanto que le fajaban , y le ceñian , le dixo Sancho : Mire vuestra merced , señor mio , lo que hace , no se quiera sepultar en vida , ni se ponga donde parezca fraasco , que le ponen à enfriar en algun pozo , si , que à vuestra merced no le toca , ni tañe fer el escudriñador de esta , que debe de ser peor que mazmorra. Ata , y calla , respondió Don Quixote , que tal empresa como aquesta , Sancho amigo , para mi estaba guardada. Y entonces dixo la guìa : Suplico à vuestra merced , señor Don Quixote , que mire bien , y especule con cien ojos lo que ay

allà dentro , quizá avrà cosas , que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos està el pandero , que le sabrà bien tañer , respondió Sancho Panza. Dicho esto , y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fue sobre el arnés , sino sobre el jubon de armar) dixo Don Quixote : Inadvertidos hemos andado en no avernos proveido de algun esquilon pequeño , que fuera atado junto à mi en esta misma foga , con cuyo sonido se entendiera , que todavia baxaba , y estava vivo ; pero pues yà no es posible , à la mano de Dios , que me guie , y luego se hincò de rodillas , y hizo una oracion en voz baxa al Cielo , pidiendo à Dios le ayudasse , y le diessè buen suceso en aquella , al parecer , peligrosa , y nueva aventura ; y en voz alta dixo luego : O señora de mis acciones , y movimientos , y clarissima sin par Dulcinèa del Toboso ! si es posible que lleguen à tus oidos las plegarias , y rogaciones de este tu venturoso amante , por tu inaudita belleza te ruego las escuches , que no son otras , que rogarte no me niegues tu favor , y amparo aora , que tanto le he menester : Yo voy à despeñarme , à empozarme , y à hundirme en el abyssmo , que aqui se me representa , solo porque conozca el mundo , que si tù me favoreces , no avrà imposible à quien yo no acometa , y acabe ; y en diciendo esto , se acercò à la sima , viò no ser posible descolgarse , ni hacer lugar à la entrada , si no era

à fuerza de brazos, ò à cuchilladas; y así, poniendo mano à la espada, comenzò à derribar, y à cortar de aquellas malezas, que à la boca de la Cueva estaban; por cuyo ruido, y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priesa, que dieron con Don Quixote en el suelo; y si él fuera tan agorero, como Catholico Christiano, lo huviera à mala señal, y escusàra de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron marcielagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dandole fogá el primo, y Sancho, y le dexò calar al fondo de la caberna espantosa; y al entrar, echandole Sancho su bendición, y haciendo sobre él mil cruces, dixo: Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Cavalleros Andantes. Allà vàs, valentón del mundo, corazón de azero, y brazos de bronce. Dios te guie, otra vez, y te vuelva libre, sano, y sin cautela à la luz de esta vida, que dexas, por enterrarte en esta obscuridad, que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quixote dando voces, que le diessen fogá, y mas fogá, y ellos se la daban poco à poco; y quando las voces, que açanaladas por la Cueva salian, dexaron de oirse, yà ellos tenian descolgadas las cien brazas de fogá, y

fueron de parecer de bolver à subir à Don Quixote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo esto se detuvieron como media hora: al cabo del qual espacio volvieron à recoger la fogá con mucha facilidad, y sin peso alguno: señal, que les hizo imaginar, que Don Quixote se quedaba dentro; y creyendolo así Sancho, lloraba amargamente, y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando à su parecer à poco mas de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, à las diez vieron distintamente à Don Quixote, à quien diò voces Sancho, diciendole: Sea vuestra merced muy bien buelto, señor mio, que yà pensabamos, que se quedaba allà para casta; pero no respondia palabra Don Quixote, y facandole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertaba; pero tanto le volvieron, y rebolvieron, sacudieron, y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezandose, bien como si de algun grave, y profundo sueño despertara; y mirando à una, y otra parte, como espantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me aveis quitado de la mas fabrosa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto, aora acabo de conoger, que todos los contentos de esta vida pasan como sombra,

bra, y sueño, ò se marchitan como la flor del campo. O desdichado Montefinos! O mal ferido Durandarte! O fin ventura Belerma! O lloroso Guadiana, y vosotras fin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Escuchaban el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicaronle les diessè à entender lo que decia, y les dixessè lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamas? dixo Don Quixote; pues no le llameis asì, porque no lo merece, como luego vereis. Pidiò que le diessen algo de comer, que traia grandissima hambre. Tendieron la arpillera de el primo sobre la verde yerva, acudieron à la despenfa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compaña, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAP. XXIII. De las admirables cosas, que el extremado Don Quixote contó que avia visto en la profunda Cueva de Montefinos, cuya imposibilidad, y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

LAS quatro de la tarde serian, quando el Sol, entre nubes cubierto, con luz escasa, y tem-

plados rayos, diò lugar à Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contassè à sus dos carísimos oyentes lo que en la Cueva de Montefinos avia visto; y comenzò en el modo siguiente.

A obra de doce, ò catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, à la derecha mano, se hace una concabidad, y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas: entrasè una pequeña luz por unos resquicios, ò agujeros, que lexos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concabidad, y espacio vi yo à tiempo, quando yà iba cansado, y mohino de verme, pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella obscura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino; y asì determinè entrarme en ella, y descansar un poco: di voces, pidjendos, que no descolgassedes mas foga, hasta que yo os lo dixessè, pero no debisteis de oirme: sin recogiendo la foga, que embiabades, y haciendo de ella una rosca; ò rimeros, me sentè sobre el pensativo ademàs, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentassè; y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltò un sueño profundissimo, y quando menos lo pensaba, sin saber como, ni como no, despertè de el, y me hallè en la mitad de el mas bello, ameno, y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar

ginar la mas discreta imaginacion humana. Desparvilè los ojos, limpièmelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto: con todo esto me tentè la cabeza, y los pechos, por certificarme, si era yo mismo el que alli estaba, ò alguna fantasma vana, y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que entre mi hacia, me certificaron, que yo era alli entonces el que soy aqui aora. Ofreciòseme luego à la vista un real, y sumptuoso Palacio, ò Alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente, y claro cristal fabricados; del qual, abriendose dos grandes puertas, vi, que por ellas salia, y àzia mi se venia un venerable anciano, vestido con un capùz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñiale los ombros, y los pechos una beca de Colegial, de raso verde: cubriale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canisima le passaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un Rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los diezes asimismo como huevos medianos de abestrùz; y el continente, el passo, la gravedad, y la anchisima presencia, cada cosa de por si, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegòte à mi, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos hà, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados espe-

ramos verte, para que dès noticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda Cueva por donde has entrado, llamada la Cueva de Montefinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, señor carisimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente Alcazar solapa, de quien yo foy Alcayde, y Guarda Mayor perpetua, porque foy el mismo Montefinos, de quien la Cueva toma nombre. Apenas me dixo, que era Montefinos, quando le preguntè, si fue verdad lo que en el mundo de acà arriba se contaba, que el avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevadole à la señora Bellerma, como el se lo mandò al punto de su muerte? Respondiòme, que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lesna. Debia de ser, dixo à este punto Sancho, el tal puñal de Ramòn de Hozes el Sevillano. No sè, profigiò Don Quixote; pero no sería de esse puñalero, porque Ramòn de Hozes fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteciò esta desgracia, hà muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contexto de la historia. Así es, respondiò el primo, profiga V.m.d. señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo,

yo, respondió Don Quixote; y así digo, que el venerable Montefinos me metió en el cristalino Palacio, donde en una sala baxa, fresquíssima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de marmol con gran maestria fabricado, sobre el qual vi à un Cavallero tendido de largo à largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho, como los suele aver en otros sepulcros, sino de pura carne, y de puros huesos: tenía la mano derecha (que à mi parecer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon; y antes que preguntasse nada à Montefinos, viendome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo; tienele aquí encantado, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Francés encantador, que dicen que fue hijo del diablo: y lo que yo creo es, que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como, ò para que nos encantò, nadie lo sabe, y ello dirà, andando los tiempos, que no està muy lexos, segun imagino: lo que à mi me admira es, que sè tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis brazos; y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debía de pesar dos libras; porque segun los naturales, el que

tiene mayor corazon, es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño; pues siendo esto así, y que realmente murió este Cavallero, como aora se queixa, y suspira de quando en quando, como si estuviese vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dixo: O mi primo Montefinos! lo postrero que os rogaba, que quando yo fuere muerto, y mi anima arrancada, que lleveis mi corazon adonde Belerma estaba, sacandomele del pecho, yà con puñal, y à con daga. Oyendo lo qual el venerable Montefinos, se puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos, le dixo: Yà, señor Durandarte, caríssimo primo mio, yà hice lo que me mandastes en el aziago dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dexasse una minima parte en el pecho; yo le limpiè con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, aviendoo primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lagrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos, y limpiarme con ellas la sangre que tenían de averos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primer Lugar que topè, saliendo de Roncesvalles, echè un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliè mal, y fuè, si no fresco, à lo menos amojamado à la presencia de la señora Belerma, la qual, con vos, conmigo, con Guadiana vuestro Escudero, con la dueña

ña Ruidera, sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos, y amigos, nos tiene aqui encantados el sabio Merlin hà muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan Ruidera, sus hijas, y sobrinas, las quales llorando (por compasión que debió de tener Merlin de ellas) las convirtió en otras tantas Lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la Provincia de la Mancha las llaman las Lagunas de Ruidera; las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavalleros de una Orden Santíssima, que llaman de S. Juan Guadiana, vuestro Escudero, plañendo así mismo vuestra desgracia, fue convertido en un Rio, llamado de su mismo nombre, el qual, quando llegó à la superficie de la tierra, y vió el Sol del otro Cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dexaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el Sol, y las gentes le vean: vanle administrando de sus aguas las referidas Lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo, y grande en Portugal; pero con todo esto, por donde quiera que va, muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados, y de estima, sino burdos, y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y

esto que aora os digo (ò primo mio!) os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino, que no me dais credito, ò no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales, yà que no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed, que tenéis aqui en vuestra presencia, y abrid los ojos, y vereislo, aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas, que en los passados siglos, ha resucitado en los presentes la yà olvidada Andante Cavalleria, por cuyo medio, y favor podría ser, que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y quando así no sea, respondió el lastimado Durandarte, con voz desmayada, y baxa, quando así no sea (ò primo!) digo, paciencia, y barajar; y bolviendose de lado, tornó à su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados sollozos; bolvió la cabeza, y vió por las paredes de cristal, que por otra sala passaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo Turquesco; al cabo, y fin de las hileras venia una señora, que en la

gravedad lo pareció, alsimismo vestido de negro, con tocas blancas, tan tendidas, y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces, que el mayor de algunas de las otras. Era cegijunta, y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos, y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, à lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco, y amojamado. Dixome Montefinos, como toda aquella gente de la Procecion eran sirvientes de Durandarte, y de Belerma, que alli con sus dos señores estaban encantados; y que la ultima, que traía el corazon entre el lienzo, y en las manos, era la señora Belerma, la qual con sus doncellas, quatro dias en la semana hacian aquella Procecion, y cantaban, ò, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me avia parecido algo fea, ò no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias, que en aquel encantamiento passaba, como lo podia ver en sus grandes ojas, y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez, y sus ojas de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque hà muchos meses, y aun años, que no le tiene, ni alq-

Part. II.

ma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le repueva, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si ello no fuera, apenas la igualara en hermosura, donayre, y brio la gran Dulcinea de el Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixé yo entonces, señor Don Montefinos, cuente vuestra merced su historia como debe, que yà sabe, que toda comparacion es odiosa, y así no ay para que comparar à nadie con nadie; la fin par Dulcinea del Toboso es quien es; y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quedese aqui. A lo que él me respondió: Señor Don Quixote, perdóneme vuestra merced, que yo confieso, que anduve mal, y no dixé bien en decir, que apenas igualara la señora Dulcinea à la señora Belerma, pues me bastaba à mi aver entendido, por no sè que barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo Cielo. Con esta satisfaccion, que me dió el gran Montefinos, se quietò mi corazon del sobresalto, que recibí en oír, que à mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixó Sancho, de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió à coces todos los huesos, y le peló las

bag-

barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió Don Quixote, no me estaba à mi bien hacer esso, porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos, aunque no sean Cavalleros, y principalmente à los que lo son, y estàn encantados: yo sè bien, que no nos quedamos à deber nada en otras muchas demandas, y respuestas, que entre los dos passamos. A esta fazon dixo el primo: Yo no sè, señor Don Quixote, como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como hà que està allà baxo, aya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. Quanto hà que baxè? preguntò Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Esso no puede ser, replicò Don Quixote, porque allà me anocheçió, y amaneciò, y tornò à anocheçer, y à amanecer tres veces, de modo, que à mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas, y escondidas à la vista vuestra. Verdad debè de decir mi señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizà lo que à nosotros nos parece un hora, debe de parecer allà tres dias con sus noches. Así serà, respondió Don Quixote. Y ha confido vuestra merced en todo este tiempo, señor mio? preguntò el primo. No me he desayunado de bocado, respondió Don Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. Y los encantados comen? dixo

el primo. No comèn, respondió Don Quixote, ni tienen esccrementos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duermen, por ventura, los encantados, señor? preguntò Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote, à lo menos en estos tres dias, que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aqui encaxa bien el refràn, dixo Sancho, de *dime con quien andas, decirte he quien eres*: Andese vuestra merced con encantados, ayunos, y vigilantes: mirad si es mucho, que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere: pero perdoneme vuestra merced, señor mio, si le digo, que de todo quanto aqui ha dicho, lleveme Dios, que iba à decir el diablo, si le creo cosa alguna. Còmo no, dixo el primo, pues avia de mentir el señor Don Quixote? que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, è imaginar tantò millon de mentiras. Yo no creo, que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, que crees? le preguntò Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ò aquellos Encantadores, que encantaron à toda la chufma, que vuestra merced dice que ha visto, y comunicado allà abaxo, se encaxaron en el magin, ò à la memoria toda essa maquina, que nos ha contado, y todo aquello, que por contar le queda. Todo esso pudiera ser, Sancho, replicò Don Quixote; pero no es así, porque lo que

que he contado lo vi por mis propios ojos, y lo toquè con mis mismas manos; pero què diràs quando te diga yo aora, como entre otras infinitas cosas, y maravillas, que me mostrò Montefinos, las quales, despacio, y à sus tiempos te las irè contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas de este lugar: me mostrò tres Labradoras, que por aquellos amenisimos campos iban saltando, y brincando como cabras; y apenas las huve visto, quando conocì ser la una sin par Dulcinèa del Toboso, y las otras dos aquellas mismas Labradoras, que venian con ella, que hablamos à la salida del Toboso. Preguntè à Montefinos si las conocia, respondiòme, que no, pero que el imaginaba, que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días avia, que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillallè de esto, porque alli estaban otras muchas señoras de los passados, y presentes siglos, encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia el à la Reyna Ginebra, y su dueña Quintañona, escanciando el vino à Lanzarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Panza oyò decir esto à su amo, pensò perder el juicio, ò morirle de risa, que como el sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinèa, de quien el avia sido el encantador, y el levantador de tal testimonio, acabò de conocer indubitablemente, que su señor esta-

ba fuera de juicio, y loco de todo punto; y asì le dixo: En mala coyuntura, en peor fazon, y en azia-go dia baxò vuestra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontrò con el señor Montefinos, que tal nos le ha buuelto. Bien se estaba vuestra merced acà arriba con su entero juicio, tal, qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos à cada passo, y no aora contando los mayores disparates, que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondiò Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced, replicò Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ò por las que le pienso decir, si en las fuyas no se corrige, y enmienda. Pero digame vuestra merced aora, que estamos en paz: Còmo, ò en què conociò à la señora nuestra ama, y si la hablò, què dixo, y què le respondiò? Conocila, respondiò Don Quixote, en que trae los mismos vestidos que traia quando tù me la mostraste: hablèla, pero no me respondiò palabra, antes me bolviò las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quisè seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montefinos, que no me cansasse en ello, porque seria en valde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia bolver à salir de la sima. Dixome asimismo, que andando el tiempo, se me darìa aviso

como avian de ser desencantados el, Belerma, y Durandante; con todos los que alli estaban; pero lo que mas pena me diò de las que alli vi, y notè, fue, que estandome diciendo Montefinos estas razones, se llegó à mi por un lado, sin que yo la viesse venir, una de las dos compañeras de la fin ventura Dulcinèa; y llenos los ojos de lagrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi señora Dulcinèa de el Toboso besa à vuestra merced las manos, y suplica à vuestra merced se la haga, de hacerla saber como està, y que por estàr en una gran necesidad, asimismo suplica à vuestra merced, quan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin, que aqui traygo de cotonia nuevo, media decena de reales, ò los que vuestra merced tuviere, que ella dà su palabra de bolverselos con mucha brevedad. Suspendiòme, y admiròme el tal recado; y bolviendome al señor Montefinos, le preguntè: Es possible, señor Montefinos, que los encantados principales padecèn necesidad? A lo que el me respondió: Creame vuestra merced, señor Don Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y à todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinèa del Toboso embia à pedir estos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no ay sino darles los, que sin duda debe de estar pue-

ta en algun grande aprietò. Prena da no la tomarè, (yo le respondi) ni menos la darè lo que pide, porque no tengo, sino solos quatro reales; los quales la di, que fueron los que tù, Sancho, me diste el otro dia para dàr limosna à los pobres, que topasse por los caminos; y la dixè: Decid, amiga mia, à vuestra señora, que à mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fucar para remediarlos; y que la hago saber, que yo no puedo, ni debo tener salud careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion; y que la suplico, quan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dexarse ver, y tratar de este su cautivo servidor, y assendereado Cavallero. Direisla tambien, que quando menos se lo piense oyrà decir, como yo he hecho un juramento, y voto, à modo de aquel que hizo el Marqués de Mantua, de vengar à su sobrino Baldovinos, quando le hallò para espirar en mitad de la montaña, que fue de no comer pan à manteles, con las otras zarandajas, que alli añadió, hasta vengarle; y assi le harè yo de no sossegar, y de andar las siete partidas del mundo; con mas puntualidad, que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo esto, y mas debe vuestra merced à mi señora; me respondió la doncella; y tomando los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una esbriola, que se levanto dos varas de medir en el ayre. O Santo

Dios (dixo à este tiempo, dando una gran voz Sancho) es posible, que tal aya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los Encantadores, y encantamientos, que ayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! O señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por si, y vuelva por su honra, y no de crédito à estas vaciedades, que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas de esta manera, dixo Don Quixote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas, que tienen algo de dificultad, te parecen imposibles; pero andarà el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contarè algunas de las que allà abaxo he visto, que te haràn creer las que aqui he contado, cuya verdad, ni admite réplica, ni disputa.

CAP. XXIV. *Donde se cuentan mil zarandajas, tan impertinentes, como necessarias al verdadero entendimiento de esta grande historia.*

Dice el que traduxo esta grande historia del original, de la que escribiò su primer Autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la Cueva de Montesinos, en el margen de él estaban escritas, de mano de él mismo Hamete, estas mismas razones.

No me puedo dar à entender,
Part. II.

ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le passasse puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito; la razon es, que todas las aventuras, hasta aqui sucedidas, han sido contingibles, y verisimiles; pero esta de esta Cueva no la hallò entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables; pues pensar yo, que Don Quixote mintiese, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es posible, que no dixera el una mentira si le aliaetearan. Por otra parte confidero, que él la contò, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de disparates; y si esta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa, ò verdadera la escrivo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muerte dicen que se retratò de ella, y dixo, que él la avia inventado, por parecerle, que convenia, y quadraba bien con las aventuras, que avia leído en sus historias; y luego profugue diciendo:

Espantòse el primo, así de el atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgò, que de el contento que tenia de aver visto à su señora Dulcinea de el Toboso (aunque

encantada) le nacia aquella condicion blanda, que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras, y razones le dixo Sancho, que merecian molerle à palos, porque realmente le pareció, que avia andado atrevídillo con su señor, à quien le dixo: Yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada, que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas; la primera, aver conocido à V. md. que lo tengo à gran felicidad; la segunda, aver sabido lo que se encierra en esta Cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las Lagunas de Ruidera, que me serviràn para el Ovidio Español, que traygo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naypes, que por lo menos yà se usaban en tiempo de el Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de la palabras, que vuestra merced dice, que dixo Durandarte quando al cabo de aquel grande espacio, que estuvo hablando con el Montesinos, èl despertò, diciendo: *Paciencia, y barajar*; y esta razon, y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estaba en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno; y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro, que voy componiendo, que es el Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las Antigüedades; y creo, que en el suyo no se acor-

dò de poner la de los naypes, como la pondrè yo aora, que serà de mucha importancia, y mas alegando Autor tan grave, y tan verdadero, como es el señor Durandarte. La quarta es, aver sabido con certidumbre el nacimiento de el Rio Guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. Vuestra merced tiene razon, dixo Don Quixote; pero querria yo saber, yà que Dios le haga merced de que se le dè licencia para imprimir estos sus libros (que lo dudo) à quien piensa dirigirlos? Señores, y Grandes ay en España, à quien puedan dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondiò Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse à la satisfaccion, que parece se debe al trabajo, y cortesia de sus Autores. Un Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera à decirlas, quizá despertara la envidia en mas de quatro generosos pechos; pero quedese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vamos à buscar donde reccgermos esta noche. No lexos de aqui, respondiò el primo, està una Ermita, donde hace su habitacion un Ermitaño, que dicen ha sido Soldado, y està en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto, y caritativo. Ademàs, junto con la Ermita tiene una pequeña casa, que èl ha labrado à su costa, pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huespedes. Tiene
por

por ventura gallinas el tal Ermitaño ? preguntò Sancho. Pocos Ermitaños estàn sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que aora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra; y no se entienda, que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir, que al rigor, y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de aora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, à lo menos yo por buenos los juzgo, y quando todo corra turbio, menos mal hace el hypocrita, que se finge bueno, que el publico pecador. Estando en esto, vieron, que àzia donde ellos estaban venia un hombre à pie, caminando apriesa, y dando varazos à un macho, que venia cargado de lanzas, y de alabardas: quando llegò à ellos los saludò, y pafsò de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia, que esse macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aqui llevo, han de servir mañana, y assi me es forzoso el no detenerme, y à Dios; pero si quisieredes saber para què las llevo, en la venta que està mas arriba de la Ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mismo camino, alli me hallareis, donde os contare maravillas, y à Dios otra vez;

y de tal manera aguijò el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle, què maravillas eran las que pensaba decirles; y como el era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenò, que al momento se partiessen, y fuesen à passar la noche en la venta, sin tocar en la Ermita, donde quisiera el primo que se quedàran. Hizose assi, subieron à cavallo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, à la qual llegaron un poco antes de anochecer: dixo el primo à Don Quixote, que llegasen à ella à beber un trago. Apenas oyò esto Sancho Panza, quando encaminò el rucio à la Ermita; y lo mismo hicieron Don Quixote, y el primo. Pero la mala suerte de Sancho parece que ordenò, que el Ermitaño no estuvièse en casa, que assi se lo dixo una Sota-Ermitaño, que en la Ermita hallaron. Pidieronle de lo caro, respondió, que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la darìa de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos ay en el camino, donde la huviera satisfecho. Hà, bodas de Camacho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar menos! Con esto dexaron la Ermita, y picaron àzia la venta, y à poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando, no con mucha priesa, y assi le alcanzaron: llevaba la espada sobre el ombro,

y en ella puesto un bulto, ò emboltorio, al parecer, de sus vestidos, que al parecer debian de ser los calzones, ò greguescos, herre-ruelo, y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo, con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos quadrados,

à uso de Corte; la edad llegaria à diez y ocho, ò diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agil de su persona; iba cantando seguidillas para entretener el trabajo de el camino; quando llegaron à el acababa de cantar una, que el primo tomò de memoria, que dicen que decia:

*A la guerra me lleva mi necesidad,
Si tuviera dineros no fuera en verdad.*

El primero que le habló fue Don Quixote, diciendole: Muy à la ligera camina vuestra merced, señor galán; y adonde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió: El caminar tan à la ligera lo causa el calor, y la pobreza: y el adonde voy, es à la guerra. Como la pobreza? preguntò Don Quixote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicò el mancebo, yo llevo en este emboltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla; si los gasto en el camino, no me podrè honrar con ellos en la Ciudad, y no tengo con que comprar otros; y así por esto, como por orearme, voy de esta manera, hasta alcanzar unas Compañias de Infanteria, que no están doce leguas de aqui, donde sentarè mi plaza, y no faltaràn bagages en que caminar de alli adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo, y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no à un

pelon en la Corte: y lleva vuestra merced alguna ventaja, por ventura? preguntò el primo. Si yo hubiera servido à algun Grande de España, ò algun principal personaje, respondió el mozo, à buen seguro que yo la llevara, que esto tiene el servir à los buenos, que del tinelo suelen salir à ser Alferrez, ò Capitanes, ò con algun buen entretenimiento; pero yo desventurado, serví siempre à catarriberras, y à gente advenediza de racion, y quitacion, tan misera, y atenuada, que en pagar el almido-nar un cuello, se consumia la mitad de ella; y sería tenido à milagro, que un page aventurero alcanzasse siquiera alguna razonable ventura. Y digame por su vida, amigo, preguntò Don Quixote, es posible, que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el page; pero así como el que se sale de alguna Religion, antes de professar, le quitan el habito, y le buelven sus vestidos, así me bol-

bolvian à mi los míos mis amos, que acabados los negocios à que venian à la Corte, se bolvian à sus casas, y recogian las libreas, que por sola obftentacion avian dado. Notable espilorcheria, como dice el Italiano, dixo Don Quixote; pero con todo esto tenga à felice ventura el aver salido de la Corte con tan buena intencion como llevas porque no ay otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey, y señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, si no mas riquezas, à lo menos mas honra, que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas Mayorazgos las letras, que las armas, todavia llevan un no sé qué los de las armas à los de las letras, como un fi se qué de esplendor, que se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que aora le quiero decir, llevelo en la memoria, que le será de mucho provecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los sucesos adversos, que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte; y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntaronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano, qual era la mejor muerte? Respondió, que la impensada, la de repente, y no prevista; y aunque respondió como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo esto dixo bien, para ahor-

rarse del sentimiento humano; que puesto caso, que os maten en la primera faccion, y refriega, ò yà de un tiro de artilleria, ò bolado de una mina, que importa, todo es morir, y acabóse la obra; y se gho Terencio, mas bien parece el Soldado muerto en la batalla, que vivo, y salvo en la huida: y tanto alcanza de fama el buen Soldado, quanto tiene de obediencia à sus Capitanes, y à los que mandarle pueden; y advertid hijo, que al Soldado mejor le está el oler à polvoras, que à gloria; y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado, ò cojo, à lo menos no os podrá coger sin honra; y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza, quando mas, que yà se va dando orden como se entretengan, y remedien los Soldados viejos, y estropeados; porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran, y dan libertad à sus negros, quando yà son viejos, y no pueden servir, y echandolos de casa con un puñado de fibres; los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte. Y por aora no os quiero decir mas, sino que subais à las ancas de este mi cavallo; hasta la venta, y allí cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os lo dà Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptò el compite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta; y à esta sazen dicen, que

que dixo Sancho entre si: Valate Dios por señor, y es posible, que hombre, que sabe decir tales, tantas, y tan buenas cosas, como aqui ha dicho, diga, que ha visto los disparates imposibles, que cuenta de la Cueva de Montesinos? Aora bien, ello dirà; y en esto llegaron à la venta à tiempo que anocheçia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgò por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al Ventero por el hombre de las lanzas, y alabardas, el qual le respondiò, que en la cavalleriza estava acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el sobriño, y Sancho, dando à Rocinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

CAP. XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Tixerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.*

NO se le cocia el pan à Don Quixote (como suele decirse) hasta oir, y saber la maravillas prometidas por el hombre conductor de las armas: fuèle à buscar donde el Ventero le avia dicho que estava, y hallòle, y dixole, que en todo caso le dixesse luego lo que le avia de decir despues acerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le respondiò: Mas de espacio, y no en pie se hà de tomar el cuento de maravillas; dexeme vues-

tra merced, señor bueno, acabar de dár recado à mi bestia, que yo le dirè cosas, que le admiren. No quede por esto, respondiò Don Quixote, que yo os ayudarè à todo; y así lo hizo, ahechandole la cebada, y limpiando el pesebre: humildad, que obligò al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentandose en un poyo, y D. Quixote junto à el, teniendo por senado, y auditorio al primo, al page, à Sancho Panza, y al Ventero, comenzò à decir de esta manera: Sabràn vuestras mercedes, que en un Lugar, que està quatro leguas y media de esta venta, sucediò, que à un Regidor de el, por industria, y engaño de una muchacha, criada suya, (esto es largo de contar) le faltò un asno; y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince dias serian pasados, segun es publica voz, y fama, que el asno faltaba, quando estando en la plaza el Regidor perdido, otro Regidor del mismo Pueblo le dixo: Dadme albricias; compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondiò el otro; pero sepámos, donde ha parecido. En el monte, respondiò el hallador, se vi esta mañana, sin albarda, y sin aparejo alguno; y tan flaco, que era una compasion mirarle: quisele antecoger delante de mi, y traerosle; pero està yà tan montaraz, y tan uraño, que quando lleguè à el, se fue huyendo; y se entrò en lo mas escondido del monte: si quereis que

bol-

bolvamos los dos à buscarle , dexadme poner esta borrica en mi casa, que luego buelvo. Mucho plazer me hareis, dixo el del jumento, è yo procurarè pagoroslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas , y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estan engerados en la verdad de este caso: En resolucion, los dos Regidores , à pie , y mano à mano se fueron al monte; y llegando al lugar , y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dixo el Regidor , que le avia visto , al otro: Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento , con la qual, sin duda alguna, podrèmos descubrir este animal , aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte ; y es, que no sè yo rebuznar maravillosamente , y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto decís, compadre, dixo el otro, por Dios, que no dè la ventaja à nadie, ni aun à los mismos asnos. Ahora lo verèmos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado, que os vais vos por una parte de el monte, y yo por otra, de modo, que le rodeemos, y andèmos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos, y rebuznarè yo , y no podrà ser menos, sino que el asno nos oyga, y nos responda, si es que està en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre,

que la traza es excelente , y digna de vuestro gran ingenio ; y dividiendose los dos, segun el acuerdo, sucedió, que casi à un mismo tiempo rebuznaron; y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron à buscarse , pensando , que ya el jumento avia parecido; y en viendose, dixo el perdido: Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznò? No fue sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dixo el dueño , que de vos à un asno, compadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto , ni oido cosa mas propria. Estas alabanzas, y encarecimiento , respondió el de la traza , mejor os atañen , y tocan à vos, que à mi, compadre, que por el Dios que me criò , que podéis dardos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo: porque el sonido que teneis es alto , lo sostenido de la voz , à su tiempo, y compàs , los dexos muchos , y apresurados ; y en resolucion, yo me doy por vencido, y os rindo la palma , y doy la vandera de esta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré, y estimaré en mas de aqui adelante , y pensarè que sè alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensàra, que rebuznaba bien, nunca entendí, que llegaba al extremo que decís. Tambien dirè yo ahora , respondió el segundo , que ay raras habilidades perdidas en el mundo , y que son mal empleadas en aquellos , que no saben aprove-

char-

charfe de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos semejantes, como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega à Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir, y à bolver à sus rebuznos, y à cada paso se engañaban, y bolvían à juntarse, hasta que se dieron por contrasena, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznassen dos veces, una trás otra: con esto, doblando à cada passo los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, si aun por señas: como avia de responder el pobre, y mal logrado, si se hallaron en lo más escondido de el bosque, comido de lobos; y en viendole, dixò su dueño: Ya me maravillaba yo de que el no respondía, pues à no estar muerto, el rebuznara si nos oyera, ò no fuera asno; però à tídeco de averos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, do por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto, desconsolados, y roncos se bolvieron à su Aldea, adonde contaron à sus amigos, vecinos, y conocidos quanto les avia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia de el otro en el rebuznar. Todo lo qual se supo, y se estendió por los Lugares circunvecinos; y el diablo, que

no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar rencillas, y discórdias por doquiera, levantando caudillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenò, e hizo, que las gentes de los otros Pueblos, en viendo à alguno de nuestra Aldea, rebuznasse, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno; y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro Pueblo de manera, que son conocidos los naturales del Pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado à tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada, y formado esquadron, han salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlos remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni vergüenza; yo creo, que mañana, ò en otro día han de salir en campaña los de mi Pueblo, que son los del rebuzno, contra otro Lugar, que està dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen; y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas, que aveis visto. Y estas son las maravillas, que dixè que os avia de contar; y si no os lo han parecido, no se otras; y con esto diò fin à su platica el buen hombre; y en esto entrò por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos, y

jubon ; y con voz levantada , dixo : Señor huesped , ay posada ? que viene aqui el mono adivino , y el retablo de la libertad de Melifendra : Cuerpo de tal , dixo el Ventero , que aqui està el señor Maese Pedro , buena noche se nos apareja : olvidabafeme de decir , como el tal Maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo , y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde , señal que todo aquel lado debia de estar enfermo ; y el Ventero profinguiò , diciendo : Sea bien venido vuestra merced , señor Maese Pedro ; adonde està el mono , y el retablo , que no los veo ? Ya llegan cerca , respondiò el todo camuza , fino que yo me he adelantado à saber si ay posada . Al mismo Duque de Alva se la quitara para darfela al señor Maese Pedro , respondiò el Ventero ; llegue el mono , y el retablo , que gente ay esta noche en la venta , que pagara el verle , y las habilidades del mono . Sea en buena hora , respondiò el del parche , que yo moderare el precio , y con sola la costa me dare por bien pagado ; y yo vuelvo à hacer que camine la carreta donde viene el mono , y el retablo , y luego se bolviò à salir de la venta . Preguntò luego Don Quixote al Ventero : Que Maese Pedro era aquel ; y que retablo , y que mono traia ? A lo que respondiò el Ventero : Este es un famoso Titerero , que hà muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon enseñando el retablo de Melifendra , dado por el famoso Don Goyferos

que es una de las mejores , y mas bien representadas historias , que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto . Trae afsimismo consigo un mono de la mas rara habilidad , que se viò entre monos , ni se imaginò entre hombres ; por que si le preguntan algo , està atento à lo que le preguntan , y luego salta sobre los ombros de su amo , y llegandofe al oido , le dice la respuesta de lo que le preguntan , y Maese Pedro la declara luego , y de las cosas passadas dice mucho mas , que de las que están por venir ; y aunque no todas veces acierta en todas , en las mas no yerra , de modo , que nos hace creer , que tiene el diablo en el cuerpo ; dos reales lleva por cada pregunta , si es que el mono responde ; quiero decir , si responde el amo por el ; despues de averle hablado al oido ; y afsi se cree , que el tal Maese Pedro està riquissimo , y es hombre galante , (como dicen en Italia) y bon companiõ , y dafe la mejor vida del mundo ; habla mas que seis , y bebe mas que doce , todo à costa de su lengua , de su mono , y de su retablo . En esto bolviò Maese Pedro , y en una carreta venia el retablo , y el mono ; grande , y sin cola ; con las posaderas de fieltro , pero no de mala cara ; y apenas le viò Don Quixote , quando le preguntò : Digame V. m. d. señor adivino , que Pexe pillamo ? que ha de ser de nosotros ? y vea aqui mis dos reales ; y mandò à Sancho , que se los diese à Maese Pedro , el qual respondiò por el mono , y dixo :

dixo: Señor, este animal no responde, ni dà noticia de las cosas que están por venir, de las passadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto à rus, dixo Sancho, que no dè yo un ardite porque me digan lo que por mi ha passado; porque quien lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sè, sería una gran necedad; pero pues sabè las cosas presentes, he aqui mis dos reales, y digame el señor monísimo, què hace aora Teresa Panza mi muger, y en què se entretiene? No quiso tomar Maesse Pedro el dinero, diciendo: No quiero recibir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el ombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en el, y llegando la boca al oido, daba diente con diente muy aprieta; y aviendo hecho este ademàn por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa se fue el Maesse Pedro à poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Estas piernas abrazo, bien asì como si abrazara las dos columnas de Hercules. O resucitador insigne de la ya puesta en olvido Andante Cavalleria! No jamàs, como se debe, alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, àrriño de los que vãn à caer, brazo de los caidos, baculo, y consuelo de todos los desdichados. Quedò pasmado Don Quixote, absorto Sancho, sus-

penso el primo, atonito el page, abobado el del rebuzno, confuso el Ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del Titerero, el qual profugió, diciendo: Y tù, ò buen Sancho Panza, el mejor Escudero, y del mejor Cavallero del mundo, alegrate que tu buena muger Teresa està buena, y esta es la hora en que ella està rastrillando una libra de lino, y por mas señas, tiene à su lado izquierdo un jarro desboecado, que cabe un buen por què de vino, con que se entretiene en su trabajo. Ellò creó yo muy bien, respondiò Sancho, porque es ella una bienaventurada, y à no ser zelosa, no la trocarà yo por la Giganta Andandona, que segun mi señor, fue una muger muy cabal, y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas, que no se dexan mal passar, aunque sea à costa de sus herederos. Aora digo, dixo à esta sazón Don Quixote, que el que lee mucho, y anda mucho, vè mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque què persuasión fuera bastante para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios ojos, porque yo soy el mismo D. Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me fea, doy gracias al Cielo, què me dotò de un animo blando, y compasivo; inclinado siempre à hacer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo

el page, preguntàra al señor mono, que me ha de suceder en la peregrinacion que llevo? A lo que respondió Maese Pedro: (que ya se avia levantado de los pies de Don Quixote) Ya he dicho, que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importàra no aver dineros, que por servicio del señor Don Quixote, que està presente, dexàra yo todos los intereses del mundo; y aora, porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar plàcer à quantos estàn en la venta, sin pàga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegre sobre manera, señalò el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fue hecho. Don Quixote no estava muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser à proposito, que un mono adivinasse, ni las de por venir, ni las passadas cosas; y asì, en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retirò D. Quixote con Sancho à un rincón de la cavalleriza, donde sin ser oídos de nadie, le dixo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tacito, ò expreso con el demonio. Si el patio es expreso, y del demonio, (dixo Sancho) sin duda debe de ser muy lucio patio; però de que provecho le es al tal Maese Pedro tener estos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, fino que debe de tener hecho algun

concierto con el demonio, de que infunda essa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que este rico le darà su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y haceme creer esto el ver, que el mono no responde fino à las cosas passadas, ò presentes, y la falduria del diablo no se puede estender à mas, que las por venir no las sabe, fino es por congeturas, y no todas veces, que à solo Dios està reservado conocer los tiempos, y los momentos, y para el no ay passado, ni por venir, que todo es presente; y siendo esto asì, como lo es, clarò està, que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado, como no le han acusado al Santo Oficio, y examinadle, y sacadle de quaxo, en virtud de quien adivina; porque cierto està, que este mono no es Astrologo, ni su amo, ni el alzan, ni saben alzar estas figuras, que llaman judiciarias, que tanto aora se usan en España, que no ay mugercilla, page, ni zapatero de viejo, que no presume de no alzar una figura, como si fuera una sota de naypes, del suelo, echando à perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sè yo, que preguntò à uno de estos figureros, que si una perrilla de faldà pequeña, que tenia, se tomaria, y pariria, y quantos, y de que color serian los perros que pariesse? A lo que el señor judicialario (despues de aver alzado la figura) respondió, que la perrica se toma-

ria,

ria, y parrira tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla; con tal condicion, que la tal perra se cubrielle entre las once, y doce del dia, ò de la noche, y que fuelle en Lunes, ò en Sabado; y lo que sucediò fue, que de alli à dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el Lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos, ò los mas levantadores. Con todo esto querria, dixo Sancho, que V. md. dixesse à Maese Pedro, preguntasse à su mono, si era verdad lo que à vuestra merced le pasó en la Cueva de Montefinos, que yo para mi tengo, con perdon de vuestra merced, que todo fue embeleco, y mentira, ò por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser, respondiò D. Quixote; pero yo harè lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sè què de escrupulo. Estando en esto, llegó Maese Pedro à buscar à D. Quixote, y decirle, que yà estaba en orden el retablo, que su merced viniessè à verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicò su pensamiento, y le rogò preguntasse luego à su mono le dixesse, si ciertas cosas, que avia pasado en la Cueva de Montefinos, avian sido soñadas, ò verdaderas, porque à él le parecia, que tenían de todo. A lo que Maese Pedro, sin responder palabra, bolviò à traer el mono, y puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixo: Mirad, señor mono, que este Cavallero quiere saber, si ciertas cosas que le passaron en

una Cueva, llamada de Montefinos, si fueron falsas, ò verdaderas; y haciendole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el ombro izquierdo, y hablandole, al parecer, en el oido, dixole luego Maese Pedro: El mono dice, que parte de las cosas, que vuestra merced viò, ò pasó en la dicha Cueva, son falsas, y parte verisimiles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en quanto à esta pregunta; y que si vuestra merced quiere saber mas, que el Viernes venidero responderà à todo lo que se le preguntare, que por aora se le ha acabado la virtud, que no le vendrà hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo decia yo, dixo Sancho, que no se me podia assentar, que todo lo que vuestra merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la Cueva era verdad, ni àun la mitad: Los sucesos lo diràn, Sancho, respondiò D. Quixote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se dexa ninguna, que no la saque à la luz del Sol, aunque estè escondida en los senos de la tierra; y por aora baste esto, y vamos à ver el retablo de el buen Maese Pedro, que para mi tengo, que debe de tener alguna novedad. Como alguna, respondiò Maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: digole à V. md. mi señor Don Quixote, que es una de las cosas mas de ver, que oy tiene el mundo, y *operibus credite, & non verbis*, y manos à la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer, que decir, y que

mos-

mostrar. Obedecieronle Don Quixote, y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto, y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso, y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro de él, que era el que avia de manejar las figuras del artificio; y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de interprete, y

declarador de los mysterios de el retablo: tenia una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues, todos quantos avia en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page, y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó à decir lo que oyera, y vera el que leyere, ò viera el Capitulo siguiente.

CAP. XXVI. *Donde se prosigue la graciosa aventura del Ticerero, con otras cosas en verdad harto buenas.*



CAllaron todos, Tyrios, y Troyanos; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del de-

Part. II.

clarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo

K

cuyo

cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera historia, que aquí à vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las Chronicas Francesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por estas calles: trata de la libertad que dió el señor Don Gayferos à su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de Moros, en la Ciudad de Sansueña, (que así se llamaba entonces la que oy se llama Zaragoza) y vean vuestras mercedes allí, como está jugando à las tablas Don Gayferos, segun aquello que se canta: Jugando está à las tablas Don Gayferos, que yá de Melisendra está olvidado; y aquel personaje que allí assoma con Corona en la cabeza, y Cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mohino de ver el ocio, y descuido de su yerno, le sale à reñir; y adviertan con la vehemencia, y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el Cetro media docena de coscorrones; y aún ay Autores que dicen, que se los dió, y muy bien dados: y despues de averle dicho muchas cosas acerca de el peligro que corria su tierra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: Harto os he dicho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien como el Emperador buelve las espaldas, y dexa despacha-

do à Don Gayferos, el qual yá ven como arroja, impaciente de la colera, lexos de sí el tablero, y las tablas, y pide apriesa las armas, y à Don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldán no se la quiere prestar, ofreciendolé su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no la quiere aceptar, antes dice, que él solo es bastante para sacar à su esposa, si bien estuviesse metida en el mas hondo centro de la tierra; y con esto se entra à armar, para ponerse luego en camino. Bueltan vuestras mercedes los ojos à aquella torre, que allí parece, que se presupone, que es una de las torres de el Alcazar de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia; y aquella dama, que en aquel balcón parece vestida à lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía à mirar el camino de Francia; y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso, que aora sucede, quizá no visto jamás. No ven aquel Moro, que callandito, y pasito à passo, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la dà un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se dà à escupir, y à limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la sub-

culpa de el maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro , que està en aquellos corredores , es el Rey Marfilio de Samfueña , el qual por aver visto la insolencia del Moro , puesto que era un pariente , y gran privado fuyo , le mandò luego prender , y que le dèn docientos azotes , llevandole por las calles acostumbradas de la Ciudad , con chilladores delante , è embaramiento detrás ; y vereis aqui donde salen à executar la sentencia , aun bien apenas no aviendo sido puesta en execucion la culpa , porque entrè Moros no ay traslado à la parte , ni à prueba , y estèse , como entre nosotros. Niño , niño , dixo con voz alta à esta fazon Don Quixote , seguid vüestra historia linea recta , y no os metais en las curbas , ò transversales , que para sacar una verdad en limpio , menester son muchas pruebas , y reprobas. Tambien dixo Maeife Pedro desde dentro: Muchacho , no te metas en dibuxos , sino haz lo que èlfe señor te manda , que serà lo mas acertado ; sigue tu canto llano , y no te metas en contrapuntos , que se suelen quebrar de fútiles. Yo lo harè afsi , respondiò el muchacho , y prosiguiò diciendo : Esta figura , que aqui parece à cavallo , cubierta con una capa Gascona , es la misma de Don Gayferos , à quien su esposa , y à vengada del atrevimiento del enamorado Moro , con mejor , y mas sossegado semblante se ha puesto à los miradores de la Torre , y habla con su es-

poso , creyendo , que es algun pasajero , con quien passò todas aquellas razones , y coloquios , de aquel romance , que dicen : Cavallero , si à Francia ides , por Gayferos preguntad. Las quales no digo yo aora , porque de la prolixidad se suele engendrar el fastidio ; basta ver , como Don Gayferos se descubre , y que por los ademanes alegres , que Melisendra hace , se nos dà à entender , que ella le ha conocido ; y mas aora , que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del cavallo de su buen esposo ; mas ay sin ventura , que se le ha afido una punta de el faldellin de uno de los hierros del balcon , y està pendiente en el ayre , sin poder llegar al suelo ; pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necessidades , pues llega Don Gayferos , y sin mirar si se rasgarà , ò no el rico faldellin , ase de ella , y mal de su grado la hace baxar al suelo , y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su cavallo , ahorcajada como hombre , y la manda , que se tenga fuertemente , y le eche los brazos por las espaldas , de modo , que los cruce en el pecho , porque no se cauya , à causa , que no estava la señora Melisendra acostumbrada à semejantes cavallerias. Veis tambien , como los relinchos de el cavallo , dan señales , que và contento con la valiente , y hermosa carga , que lleva en su señor , y en su señora. Veis como buelven las espaldas , y salen

de la Ciudad, y alegres, y regocijados toman de Paris la via. Id en paz, ò por fin par de verdaderos amantes, llegueis à salvamento à vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage. Los ojos de vuestros amigos, y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de vida. Aquí alzò otra vez la voz Maestre Pedro, y dixo: Llameza muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el Interpreté, antes profiguiò, diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viellen la baxada, y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia à el Rey Marsilio, el qual mandò luego tocar al arma; y miren con que priesa, que ya la Ciudad se hundè con el son de las campanas, que en todas las Torres de las Mezquitas suenan. Esto no, dixo Don Quixote, en esto de las campanas anda muy improprio. Maestre Pedro; porque entre Moros no se usan campanas, sino atabales, y un genero de dulzaynas, que parecen nuestras chirimias; y esto de sonar campanas en Sanlucena, es una duda, que es un gran disparate. Lo qual oido por Maestre Pedro, cesò el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representan por ai, cabi de ordinario, mil comedias lle-

nas de mil impropiedades, y disparates, y con todo esto corren felicissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion, y todo? Profigue, muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, siquiera representen mas impropiedades, que tiene àtomos el Sol. Así es la verdad, replicò Don Quixote; y el muchacho dixo: Miren quanta, y quan lucida Cavalleria sale de la Ciudad en seguimiento de los dos Catholicos amantes; quantas trompetas que suenan; quantas dulzaynas que tocan; y quantos atabales, y atambores, que retumban; temome, que los han de alcanzar, y los han de bolver atados à la cola de su mismo cavallo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo, y oyendo, pues, tanta Morisma, y tanto estruendo Don Quixote, pareciòle ser bien dar ayuda à los que huian; y levantandose en pie, en voz alta dixo: No consentirè yo, que en mis dias, y en mi presencia se le haga supercheria à tan famoso Cavallero, y à tan atrevido enamorado, como es Don Gayferos: deteneos, maldecida canalla, no le figais, ni perfigais, si no conmigo sois en la batalla; y diciendo, y haciendo, desembaynò la espada; y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada, y nunca vista furia comenzò à llover cuchilladas sobre la titerera Morisma, derribando à unos, y descabezando à otros, estropeando à este, destrozando à aquel; y entre otros

muchos, tirò un altibaxo, tal, que si Maese Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cercenàra la cabeza, con mas facilidad, que si fuera hecha de massa de mazapan. Daba voces Maese Pedro, diciendo: Detengase vuestra merced, señor Don Quixote, y advierta, que estos que derriba, destroza, y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de pasta, mire, pecador de mi, que me destruye, y echa à perder toda mi hacienda. Mas no por esto dexaba de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y rebefes, como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos diò con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos, y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras; el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la Corona, y la cabeza en dos partes. Alborotòse el Senado de los oyentes; huyòse el mono por los tejados de la venta, temiò el primo, acobardòse el page, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque como el jurò, despues de pasada la borrasca, jamàs avia visto à su señor con tan desatinada colora. Hecho, pues, el general destrozado del retablo, soslegòse un poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aqui delante en este punto todos aquellos, que no creen, ni quieren creer de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros Andantes: miren, si no me hallàra yo aqui presente, que fuera de el

Part. II.

buen Don Gayferos, y de la hermosa Melifendra; à buen seguro, que esta fuera yà la hora, que los huvieran alcanzado estos canes, y las huvieran hecho algun desaguinado. En resolucion, viva la Andante Cavalleria sobre quantas cosas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo à esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el Rey Don Rodrigo: Ayer fui Señor de España, y oy no tengo una Almena, que pueda decir, que es mia. No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi Señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y agora me veo desolado, y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que à fee, que primero que le vuelva à mi poder, me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada de este señor Cavallero, de quien se dice, que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mi solo ha venido à faltar su intencion generosa, que sean benditos, y alabados los Cielos, allà donde tienen mas levantados sus asientos. En fin, el Cavallero de la Triste Figura avia de ser aquel, que avia de desfigurar las mias.

Enterneciòse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y dixole: No llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quebras el co-

K 3

ra-

razon; porque te hago saber, que es mi señor Don Quixote tan Catholico, y escrupuloso Christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrà, y te lo querrà pagar, y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagasse el señor Don Quixote alguna parte de las hechuras, que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced asseguraria su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dixo Don Quixote, pero hasta aora yo no sè, que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Còmo no? respondiò Maese Pedro; y estas reliquias, que estàn por este duro, y estèril fuelo, quien las esparciò, y aniquilò, fino la fuerza invencible de esse poderoso brazo? Y cuyos eran sus cuerpos, fino mios? Y con quien me sustentaba yo fino con ellos? Aora acabo de creer, dixo à este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creido, que estos Encantadores, que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real, y verdaderamente os digo, señores, que me ois, que à mi me pareciò todo lo que aqui ha pasado, que passaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra; Don Gayferos, Don Gayferos; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por esto me alterò la colera, y por cumplir con mi profesion de Cava-

llero Andante, quise dár ayuda, y favor à los que huian; y con este buen proposito hice lo que aveis visto; si me ha salido al rebès, no es culpa mia, fino de los malos, que me persiguen; y con todo esto, de este mi yerro, aunque ño ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vca Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagárselo luego en buena, y corriente moneda Castellana. Inclínose Maese Pedro, diciendole: No esperaba yo menos de la inaudita Christianidad del valeroso D. Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, menesterosos vagamundos; y aqui el señor Ventero, y el gran Sancho seràn medianeros, y apreciadores entre vuestra merced, y mi, de lo que valen, ò podian valer las ya deshechas figuras. El Ventero, y Sancho dixeron, que así lo harian, y luego Maese Pedro aizò del fuelo, con la cabeza menos, al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: Yà se vè quan imposible es bolver à este Rey à su sèr primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dè por su muerte, fin, y acabamiento, quatro reales, y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por esta abertura de arriba à abaxo, prosiguiò Maese Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no sería mucho, que pidiesse yo cinco reales, y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicò el

Ventero, mediese la partida, y señalense cinco reales. Deseñese todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no està en un quartillo mas à menos la monta de esta notable desgracia, y acabe presto, Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que està sin narices, y un ojo menos, que es la de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales, y doce maravedis. Aùn ai feria el diablo, dixo D. Quixote, si yà no estuvieste Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia, porque el cavallo en que iban, à mi me pareciò, que antes bolaba, que corria; y asì no ay para què venderme à mi el gato por liebre, presentandome aqui à Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene à mano, aora holgandose en Francia con su esposo à pierna tendida: ayude Dios con lo suyo à cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que viò, que Don Quixote izquierdaba, y que bolvia à su primer tema, ni quiso que se le escapasse, y asì le dixo: Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas, que la servian, y asì con sesenta maravedis, que me den por ella, quedarè contento, y bien pagado. De esta manera fue poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras, que despues los mode-

raron los dos Jueces arbitros, con satisfaccion de las partes, que llegaron à quarenta reales, y tres quartillos; y ademàs de esto (que luego los desembolsò Sancho) pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dase los, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo aora en albricias à quien me dixera con certidumbre, que la señora Doña Melisendra, y el señor D. Gayferos estaban yà en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrà decir mejor, que mi mono, dixo Maese Pedro; pero no avrà diablo que aora le tome, aunque imagino, que el cariño, y la hambre le han de forzar à que me busque esta noche, y amanecerà Dios, y verèmonos. En resolucion, la borrasca de el retablo se acabò, y todos cenaron en paz, y buena compania, à costa de Don Quixote, que era liberal en todo extremo. Antes que amanecièse, se fue el que llevaba las lanzas, y las alabardas, y yà despues de amanecido se vinieron à despedir de Don Quixote el primo, y el page; el uno para bolverse à su tierra; y el otro à proseguir su camino; para ayuda de el qual le diò Don Quixote una docena de reales. Maese Pedro no quiso bolver à entrar en mas dimes, ni directes con Don Quixote, à quien el conocia muy bien; y asì madrugò antes que el Sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y à su mono, se fue tambien à buscar sus

aventuras. El Ventero, que no conocia à Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagò muy bien, por orden de su señor; y despidiendose de èl casi à las ocho del dia, dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde los dexarèmos ir, que así conviene, para dár lugar à contar otras cosas pertenecientes à la declaracion de esta famosa historia.

CAP. XXVII. *Donde se dà cuenta quienes eran Maesse Pedro, y su mono, con el mal suceso, que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabò como èl quisiera, y como lo tenia pensado.*

ENtra Cide Hamete, Chronista de esta grande historia, con estas palabras en este Capitulo: Juro, como Catholico Christiano; à lo que fu Traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Catholico Christiano, siendo èl Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el Catholico Christiano, quando jura, jura, ò debe jurar verdad, y decirla en lo que dixere: así èl la decia, como si juràra como Christiano Catholico, en lo que queria escriuir de D. Quixote, especialmente en decir quien era Maesse Pedro, y quien el mono adivino, que traia admirados todos aquellos Pueblos con sus adivinanzas. Dice, pues, que bien se acordará el que huyere leído la

primera Parte de esta historia de aquel Ginès de Passamonte, à quien entre otros Galeotes diò libertad Don Quixote en Sierra Morena: beneficio, que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna, y mal acostumbada. Este Ginès de Passamonte, à quien Don Quixote llamaba Ginesillo de Parapilla, fuz el que hurtò à Sancho Panza el rucio, que por no averse puesto el como, ni el quando en la primera Parte, por culpa de los Impresores, ha dado en que entender à muchos, que atribuian à poca memoria del Autor la falta de la Imprenta; pero en resolución, Gineès le hurtò estando sobre èl durmiendo Sancho Panza, usando de la traza, y modo que usò Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacò el cavallo de entre las piernas, y despues le cobrà Sancho, como se ha contado. Este Ginès, pues, temeroso de no ser hallado de la Justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerias, y delitos, que fueron tantos, y tales, que èl mismo compuso un gran volumen contandolos, determinò passarse al Reyno de Aragon, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodandose al officio de Titerero, que esto, y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucediò, pues, que de unos Christianos yà libres, que venian de Berberia, comprò aquel mono, à quien enseñò, que en haciendole cierta señal, se le subiese en el

ombro, y le murmuraba, ò lo pareciese al oído. Hecho esto, antes que entrasse en el Lugar donde entraba con su retablo, y el mono, se informaba del Lugar mas cercano, ò de quien él mejor podia, que cosas particulares huviesen sucedido en el tal Lugar, y à que personas; y llevandolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el qual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, regocijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al Pueblo, que adivinaba todo lo pasado, y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña: por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia varato, segun tomaba el pulso à los preguntantes; y como tal vez llegaba à las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ellas moraban, aunque no le preguntassen nada, por no pagarle, él hacia la señal al mono, y luego decia, que le avia dicho tal, y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido: con esto cobraba credito infalible, y andabanse todos tràs él; otras veces, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba, ni apretaba à que dixesse como adivinaba su mono, à todos hacia monas, y llenaba sus escuetos. Así como entrò en la venta conociò à Don Quixote, y à San-

cho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Parza, y à todos los que en ella estaban; pero huvierale de costar caro, si Don Quixote baxàra un poco mas la mano, quando cortò la cabeza al Rey Marsilio, y destruyò toda su Cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que ay que decir de Maese Pedro, y su mono. Y bolviendo à Don Quixote de la Mancha, digo, que despues de aver salido de la venta, determinò de ver primero las riberas del Rio Ebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la Ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí à las justas. Con esta intencion siguiò su camino; por el qual arduo dos dias, sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyò un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuces: al principio pensò, que algun tercio de Soldados passaba por aquella parte; y por verlos, picò à Rocinante, y subió la loma arriba; y quando estuvo en la cumbre, viò al pie de ella, à su parecer, mas de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dixessemos, lanzas, ballestas, partesanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodelas. Baxò del recuesto, y acercòse al Esquadron, tanto, que distintamente viò las Yanderas; juzgò de las colores, y

notò las empreñas, que en ellas traían, especialmente una, que en un estandarte, ò giron de raso blanco venía, en el qual estaba pintado muy al vivo un asno, como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en asno, y postura, como si estuviera rebuznando; al rededor de el estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

*No rebuznaron en valde
El uno, y el otro Alcalde.*

Por esta insignia sacò D. Quixote, que aquella gente debia de ser del Pueblo del rebuzno, y así se lo dixo à Sancho, declarandole lo que en el estandarte venía escrito. Dixole tambien, que el que les avia dado noticia de aquel caso, se avia errado en decir, que dos Regidores avian sido los que rebuznaron; pero que, segun los versos del estandarte, no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: Señor, en esso no ay que reparar, que bien puede ser que los Regidores, que entonces rebuznaron, viniessen con el tiempo à ser Alcaldes de su Pueblo, y así se pueden llamar con entrambos titulos; quanto mas, que no hace al caso à la verdad de la historia, ser los rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos una por una ayan rebuznados; por que tan apique està de rebuznar un Alcalde, como un Regidor. Finalmente, conocieron, y supieron,

como el Pueblo corrido salta à pelear con otro, que le corria mas de lo justo, y de lo que se debia à la buena vecindad. Fuèse llegando à ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del Eiquadron le recogieron enmedio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote, alzando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del Exercito, por verle, admirados con la admiracion acostumbra da, en que caían todos aquellos, que la vez primera le miraban. Don Quixote, que los viò tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntasse nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y rompiendo el suyo, alzò la voz, y dixo:

Buenos señores, quan encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpais un razonamiento, que quiero haceros, hasta que veais, que os disgusta, y enfada; que si esto sucede, con la mas minima señal que me hagais, pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza à mi lengua. Todos le dixerón, que dixesse lo que quisiere, que de buena gana le escucharían. Don Quixote, con esta licencia, prosiguiò, diciendo: Yo, señores míos, soy Cavallero Andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer à los

los necesitados de favor, y acudir à los menesterosos. Días hà, que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo para vengaros de vuestros enemigos; y aviendo discurrido una, y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar à un Pueblo entero, sino es retardole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traycion porque le reta. Exemplo de esto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retò à todo el Pueblo Zamorano, porque ignoraba, que solo Bellido Dolfos avia cometido la traycion de matar à su Rey; y así retò à todos, y à todos tocaba la venganza, y la respuesta; aunque bien es verdad, que el señor Don Diego anduvo algo demasado, y aun pasó muy adelante de los limites del reto, porque no tenia para que retardar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estaban por nacer, ni à las otras menudencias, que allí se declaran; pero vaya, pues quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar à Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entero, queda en limpio, que no ay para que salir à la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque

bueno feria, que se mataffen à cada passo los Pueblos de la Reloxa con quien se lo llama: ni los Cazoleros, Verengeneros, Vallenatos, Jaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos, que andan por ai en bocas de los muchachos, y de gente de poco mas à menos: bueno feria por cierto, que todos estos insignes Pueblos se corriessen, vengassen, y anduviessen de continuo hechas las espadas sacabuches à qualquier pendencia, por pequeña que fuesse. No, no, ni Dios lo permita, ò quiera; los varones prudentes, las Republicas bien concertadas, por quatro cosas han de tomar las armas, desembaynar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haciendas; la primera, por defender la Fè Catholica: la segunda, por defender su vida, que es de ley natural, y divina: la tercera, en defensa de su honra, de su familia, y hacienda: la quarta, en servicio de su Rey en la guerra justa; y si le quisièsemos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco cosas, como capitales, se puede agregar algunas otras, que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas, que antes son de rifa, y passatiempo, que de afrenta, parece, que quien las toma carece de todo razonable discurso; quanto mas, que el tomar venganza injusta, (que justa no puede aver alguna que lo sea) va derechamente con-

tra la Santa Ley, que professamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen: mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos, que tienen menos de Dios, que del mundo, y mas de carne, que de espíritu; porque Jesu-Christo, Dios, y Hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave, y su carga liviana; y así no nos avia de mandar cosa, que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas, y humanas à sosegarse. El diablo me lleve, dixo à esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es Theologo, y si no lo es, que lo parece como un huevo à otro. Tomó un poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso passar adelante en su plática, como passara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo: Mi señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Cavallero de la Triste Figura, y agora se llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atrevido, que sabe latin, y romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja, procede como muy buen Soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanzas, de

lo que llaman el duelo, en la uña; y así no ay mas que hacer, sino dexarse llevar por lo que él dixere, y sobre mí si lo erraren: quanto mas, que ello se está dicho, que es necedad correrse por solo oír un rebuzno, que yo me acuerdo quando muchacho, que rebuznaba cada, y quando que se me antojaba, sin que nadie me fuese à la mano, y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del Pueblo, y no por esto dexaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era embidiado de mas de quatro de los estrados de mi Pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida: y luego, puesta la mano en las narices, comenzó à rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto à él, creyendo que hacia burla de ellos, alzó un varapalo, que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso à otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quixote, que vió tan mal parado à Sancho, arremetió al que le avia dado con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle, antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas, y no me-

nos cantidad de arcabuces, bolvió las riendas à Rocinante, y à todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendandose de todo corazon à Dios, que de aquel peligro le librasse, temiendo à cada passo no le entrasse alguna yala por las espaldas, y le saliesse al pecho, y à cada punto recogia el aliento, por ver si le faltaba. Pero los del esquadron se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas buuelto en sí, y le dexaron ir tras su amo, no porque él tuviesse sentido para regirle; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el qual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quixote buen trecho, bolvió la cabeza, y vió, que Sancho venia, y atendióle, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron allí hasta la noche; y por no aver salido à la batalla sus contrarios, se bolvieron à su Pueblo regocijados, y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantáran en aquel Lugar, y sitio un trofeo.

CAP. XXVIII. *De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien las leyere, si las lee con mucha atencion.*

Quando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Qui-

xote, el qual dando lugar à la furia del Pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa; y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexaba, se apartó tanto, quanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguióle Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin, yà buuelto en su acuerdo, y al llegar se dexó caer de el rucio à los pies de Rocinante; todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeóse Don Quixote para catarle las heridas; pero como le hallasse sano de los pies à la cabeza, con assaz colera le dixo: Tan en hora mala supisteis vos rebuznar, Sancho? y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la foga en casa del ahorcado? A musica de rebuznos, qué contrapunto se avia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias à Dios, Sancho, que yà que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamonos, y apartémonos de aqui, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dexar de decir, que los Cavalleros Andantes huyen, y dexan à sus buenos Escuderos molidos como alheña, ò como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió Don Quixote; porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la basa de la

prudencia, se llama temeridad: las hazañas de el temerario, mas se atribuyen à la buena fortuna, que à su animo; y así yo confieso, que me he retirado, pero no huído: y en esto he imitado à muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y de esto están las historias llenas, las quales, por no ferte à ti de provecho, ni à mi de gusto, no te las refiero aora. En esto yà estaba à cavallo Sancho, ayudado de Don Quixote, el qual assimismo subió en Rocinante, y poco à poco se fueron à emboscar en una alameda, que hasta un quarto de legua de allí se parecia. De quando en quando daba Sancho unos ayes profundísimos, y unos gemidos dolorosos; y preguntándole Don Quixote la causa de tan amargo sentimiento, respondió, que desde la puata del espinazo, hasta la nuca del cerebro, le dolia, de manera, que le sacaba de sentido. La causa de esse dolor debe de ser sin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo, y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas essas partes que te duelen; y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme, que me duele todo aquello que alcanzó el palo; si me dolieran los tobillos, aún pudiera

ser que se anduvieran adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fee, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía, que con vuestra merced tengo; porque si esta vez me ha dexado apalea, otra, y otras ciento bolveremos à los mantamientos de marras, y otras muchacherias, que si aora me han salido à las espaldas, despues me saldrán à los ojos. Harto mejor haria yo, sino que soy un barbaro, y no harè nada que bueno sea en toda mi vida: harto mejor haria yo, buelvo à decir, en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras de vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas, y carreras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, contad, hermano Escudero, siete pies de tierra; y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano està escudillar, y tendeos à todo vuestro buen talante, que quemado vea yo, y hecho polvos al primero que dió puntada en la Andante Cavalleria, ò à lo menos al primero que quiso ser Escudero de tales tontos, como debieron ser todos los Cavalleros Andantes passados; de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno de ellos, los tengo respeto, y
por-

porque sè que sabe V. md. un punto mas que el diablo; en quanto habla, y en quanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vais hablando, sin que nadie os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello, que os viniere al pensamiento, y à la boca, que à trueco de que à vos no os duela nada, tendrè yo por gusto el enfado, que me dån vuestras impertinencias; y si tanto deseais bolveros à vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios, que yo os lo impida: dineros teneis mios, mirad quanto hà que esta tercera vez salimos de nuestro Pueblo, y mirad lo que podeis, y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondió Sancho, à Tomè Carrasco, el padre de el Bachiller Sanson Carrasco, que V. md. bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, à men de la comida: con V. md. no sè lo que puedo ganar, puesto que sè que tiene mas trabajo el Escudero del Cavallero Andante, que el que sirve à un labrador, que en resolucion, los que servimos à labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, à la noche cenamos holla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que hà que sirvo à vuestra merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gyra que tuve con la

espuma que saqué de las hollas de Camacho; y lo que comi, bebi, y dormi en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al Cielo abierto, sujeto à lo que dicen inclemencias de el Cielo, sustentandome con rajas de queso, y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, yà de arroyos, yà de fuentes, de las que encontramos por estos andurriales donde andamos. Confiello, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad; quanto parece que os debo dår mas de lo que os daba Tomè Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que V. md. añadiesse cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto à satisfacerme à la palabra, y promessa, que V. md. me tiene hecha de darme el gobierno de una Insula, seria justo, que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Està muy bien, replicò Don Quixote; y conforme al salario, que vos aveis señalado, veinte y cinco dias hà que salimos de nuestro Pueblo, contad, Sancho, ratà por cantidad, y mirad lo que os debo; y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. O cuerpo de mi, dixo Sancho, que và V. md. muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promessa de la Insula, se ha de contar desde el dia que V. md. me la prometió, hasta la presente hora en que estamos. Bues que tanto hà, Sancho, que os lo prometì? dixo

Don Quixote : Si yo mal no me acuerdo , respondiò Sancho , debe de aver mas de veinte años , tres dias mas à menos. Diòse Don Quixote una gran palmada en la frente , y comenzò à reir muy de gana , y dixo : Pues no anduve yo en Sierra Morena , ni en todo el discurso de nuestras salidas , sino dos meses apenas , y dices , Sancho , que ha veinte años , que te prometì la Infula : Aora digo , que quieres que se consuma en tu salario el dinero que tienes mio ; y si esto es assi , y tû gustas de ello , desde aqui te lo doy , y buen provecho te haga , que à trueque de verme sin tan mal Escudero , holgarème de quedarme pobre , y sin blanca. Pero dime , prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la Andante Cavalleria , donde has visto tû , ò leido , que ningun Escudero de Cavallero Andante se aya puesto con su señor en quanto mas tanto mo aveis de dár cada mes porque os sirva ? Entrate , entrate , malandrín , foilon , y vestiglo , que todo lo pareces ; entrate , digo , por el *maremagnum* de sus historias , y si hallares , que algun Escudero aya dicho , ni pensado lo que aqui has dicho , quiero que me le claves en la frente , y por añalidura me hagas quatro mamonas folladas en mi rostro. Buelve las riendas , ò el gabestro al rucio , y buelverte à tu casa , porque un solo passo desde aqui no has de passar mas adelante conmigo. O pan mal conocido ! ò promessas mal colocadas !

ò hombre , que tienes mas de bestia , que de persona ! Aora quando yo pensaba ponerte en estado , y tal , que à pesar de tu muger te llamasen señoria , te despides ? Aora te vàs , quando yo venia con intencion firme , y valedera de hacerte señor de la mejor Infula del mundo ? En fin , como tû has dicho otras veces , no es la miel , &c. asno eres , y asno has de ser , y en asno has de parar quando se te acabe el curso de la vida , que para mì tengo , que antes llegará ella à su ultimo termino , que tû caygas , y dês en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho à Don Quixote de hito en hito , en tanto que los tales vituperios le decia , y compungióse de manera , que le vinieron las lagrimas à los ojos ; y con voz dolorida , y enferma le dixo : Señor mio , yo confieso , que para ser del todo asno , no me falta mas de la cola , si V. md. quiere ponermela , yo la darè por bien puesta , y le servirè como jumento todos los dias , que me quedan de vida. V. md. me perdone , y se duela de mi mocedad ; y advierta , que sè poco , y que si hablo mucho , mas procede de enfermedad , que de malicia ; mas quier yerra , y te enmienda , à Dios se encomienda. Maravillarame yo , Sancho , si no mezclaras algun refrancisco en tu coloquio. Aora bien , yo te perdono con que te enmiendes , y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interès , sino que procuries ensanchar el corazon , y te alientes , y aijmes à es-

perar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se impossibilita. Sancho respondió, que sí haría, aunque fuese fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes, siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo esto dieron los ojos al sueño, y al salir del Alva figuieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capitulo venidero.

CAP. XXIX. *De la famosa aventura del barco encantado.*

POR sus pasos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al Rio Ebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote, porque contempló, y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fue, y vino en lo que havia visto en la Cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maese Pedro le avia dicho, que parte de aquellas cosas eran

Part. II.

verdad, y parte mentira, él se atenia mas à las verdaderas, que à las mentirosas: bien al reb's de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció à la vista un pequeño barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la oriila à un tronco de un arbol, que en la ribera estaba. Miró Don Quixote à todas partes, y no vió persona alguna, y luego, sin mas, ni mas se apeó de Rocinante, y mandó à Sancho, que lo mismo hiciese del rucio, y que à entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un alamo, ó sauce, que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamiento. Respondió Don Quixote: Has de saber, Sancho, que este barco, que aqui está derecha-mente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando, y combidando à que entre en él, y vaya en él à dar socorro à algun Cavallero, ó à otra necesitada, y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de los libros de las historias Cavallerescas, y de los Encantadores, que en ellas se entremeten, y platican, quando algun Cavallero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado de él sino por la mano de otro Cavallero, puesto que están distantes el uno del otro dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un

L

abrir,

abrir, y cerrar de ojos le llevan, ò por los ayres, ò por la mar, donde quieren, y adonde es menester su ayuda: así, que, ò Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad, como agora es de día; y antes que este se pasesse, ata juntos al rucio, y à Rocinante; y à la mano de Dios, que nos guie, que no dexare de embarcarme, si me lo pidiesen Frayles Descalzos. Pues así es respondió Sancho, y vuestra merced quiere dar à cada paso en estos, que no se si los llame disparates, no ay sino obedecer, y baxar la cabeza, atendiendo al refrán: *Haz lo que tu amo te manda, y sientate con él à la mesa*; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir à V. md. que à mi me parece, que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos Pescadores de este Rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dexandolas à la proteccion, y amparo de los Encantadores, con harto dolor de su anima. Don Quixote le dixo, que no tuviesse pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaba à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de longinquos, dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondió Don Quixote, quiere de-

cir apartados; y no es maravilla, que no lo entiendas, que no estás tú obligado à saber latin, como algunos, que presumen que lo saben, y lo ignoran. Yà están atados, replicò Sancho, que hemos de hacer agora? Què? respondió Don Quixote, santiguarnos, y levar ferros; quiero decir, embarcarnos; y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiendole Sancho, cortò el cordel, y el barco se fue apartando poco à poco de la ribera; y quando Sancho se viò obra de dos varas dentro del Rio, comenzò à temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le diò mas pena, que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y dixole à su señor: El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse tras nosotros. O carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva à vuestra presencia; y en esto comenzò à llorar tan amargamente, que Don Quixote, mohino, y colerico, le dixo: De què temes, cobarde criatura? De què lloras, corazón de mantequillas? Quien te persigue, ò quien te acosa, animo de raton casero? O què te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vàs caminando à pie, y descalzo por las montañas Rifeas? sino sentado en una tabla, como un Archi-

duque, por el sesgo curso de este agradable Rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado; pero ya avemos de aver salido, y caminado, por lo menos setecientas, ò ochocientas leguas; y si yo tuviera aqui un Astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ò yo sè poco, ò ya hemos pasado, ò passaremos presto por la linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando lleguemos à esta leña, que vuestra merced dice, preguntò Sancho, quanto avrèmos caminado? Mucho, replicò Don Quixote, porque de trescientos, y sesenta grados, que contiene el globo del agua, y de la tierra, segun el computo de Ptolomè, que fue el mayor Cosmografo que se sabe, la mitad avrèmos caminado, llegando à la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que V. md. me trae por testigo de lo que dice à una gentil persona, puto, y gafo, con la añadida de meon, ò meo, ò no sè como. Riòse D. Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nombre, y al còmputo, y cuenta del Cosmografo Ptolomè, y dixo: Sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea Equinocial, que te he dicho, es, que à todos los que van en el navio se les mueren los piojos, sin que

les quede ninguno, ni en todo el baxel le hallaràn, si le pesan à oros; y asì puedes, Sancho, passear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos de esta duda, y si no, pasado avemos. Yo no creo nada de esso, respondiò Sancho; pero con todo harè lo que vuestra merced me manda, aunque no sè para què ay necesidad de hacer essas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estàn las alamañas dos varas, porque alli estàn Rocinante, y el rucio en el propio lugar de los dexamos; y tomada la mira, como yo la tomo aora, voto à tal, que no nos movemos, ni andamos al passo de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tû no sabes què cosa sean Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solsticios, Equinoccios, Planetas, Signos, Puntos, Medidas, de que se compone la Esfera celeste, y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ò parte de ellas, vieras claramente, què de Paralelos hemos cortado, què de Signos visto, y que de imagenes hemos dexado atrás, y vamos dexando aora. Y tornote à decir, que te tienes, y pesques, que yo para mì tengo, que estàs mas limpio, que un pliego de papel liso, y blanco. Tentòse Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tien-to àzia la corba izquierda, alzò la

cabeza, y mirò à su amo, y dixo: O la experiencia es falsa, ò no hemos llegado adonde vuestra merced dice, ni con muchas leguas. Pues què, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiendose los dedos, se lavò toda la mano en el rio, por el qual sossegadamente le deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun Encantador escondido, fino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron unas grandes haceñas, que en la mitad del rio estaban, y apenas las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Vès allí, ò amigo, se descubre la Ciudad, Castillo, ò Fortaleza donde debe de està algun Cavallero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa malparada, para cuyo socorro soy aqui traído. Què diablos de Ciudad, Fortaleza, ò Castillo dice vuestra merced, señor? dixo Sancho. No echa de ver, que aquellas son haceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen haceñas, no lo son, y yà te he dicho, que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los encantos; no quiero decir, que las mudan de uno en otro ser realmente, fino que lo parece, como lo mostrò la experiencia en la transformacion de Dulcinèa, unico refugio de mis esperanzas. En

esto el barco, entrando en la mitad de la corriente del rio, començò à caminar, no tan lentamente como hasta allí. Los Molineros de las haceñas, que vieron venir aquel barco por el Rio, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas à detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista, daban voces grandes, diciendo: Demonios de hombres, donde vais? venis desesperados? què quereis ahogaros, y haceros pedazos en estas ruedas? No te dixè yo, Sancho, dixo à esta sazon Don Quixote, que aviamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor de mi brazo? mira què de mañandrones, y follones me salen al encuentro, mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feas cataduras nos hacen cocos; pues aora lo vereis, bellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces començò à amenazar à los Molineros, diciendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona, que en esta vuestra fortaleza, ò prison reneis oprimida, alta, ò baxa, de qualquiera suerte, ò calidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones por otro nombre, à quien està reservada por orden de los altos Ciclos el dar fin felice à esta aventura; y diciendo esto,

esto, echò mano à su espada, y comenzó à esgrimirla en el ayre contra los Molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas à detener el barco, que yà iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas. Pusose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al Cielo le librasse de tan manifiesto peligro, por la industria, y presteza de los Molineros, que oponiendose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera, que dexassen de trastornar el barco, y dár con Don Quixote, y con Sancho al través en el agua; pero vinole bien à Don Quixote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevò al fondo dos veces; y si no fuera por los Molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso à entrambos, alli avia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, mas mojadòs, que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al Cielo, pidió à Dios, con una larga, y devota plegaria, le librasse de alli adelante de los atrevidos deseos, y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los Pescadores dueños del barco, à quien avian hecho pedazos las ruedas de las haceñas, y viendole roto, acometieron à desnudar à Sancho, y à pedir à Don Quixote se lo pagasse, el qual con gran sosiego, como si no huviera pasado nada por èl, dixo à los Molineros, y Pescadores, que

èl pagaria el barco de bonissima gana, con condicion, que le diesen libre, y sin cautela à la persona, ò personas, que en aquel su Castillo estaban oprinidas. Què personas, ò què Castillo dice, respondió uno de los Molineros, hombre sin juicio? quiere se llevar por ventura los que vienen à moler trigo à estas haceñas? Basta, dixo entre si Don Quixote, aqui serà predicar en desierto, querè reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deben de aver encontrado dos valientes Encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta; el uno me depardò el barco; y el otro diò conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinas, y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo mas; y alzando la voz, prosiguiò diciendo, y mirando à las haceñas: Amigos, qualesquiera que seais, que en esta prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita; para otro Cavallero debe de estar guardada, y reservada esta aventura. En diciendo esto, se concertò con los Pescadores, y pagò por el barco cinquenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diciendo: A dos barcadas como estas, daremos con todo el caudal al fondo. Los Pescadores, y Molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no

acababan de entender à do se encaminaban las razones, y preguntas, que Don Quixote les decia; y teniendolos por locos, les dexaron, y se recogieron à sus hacenas, y los Pescadores à sus ranchos. Bolvieron à sus bestias, y à ser bestias Don Quixote, y Sancho. Y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAP. XXX. De lo que le vino à Don Quixote con una bella cazadora.

ASSAZ melancolicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero, y Escudero, especialmente Sancho, à quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole, que todo lo que de él se quitaba, era quitarlo à él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron à cavallo, y se apartaron de el famoso Rio. Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lexos de tenerle; porque aunque era tonto, bien se le alcanzaba, que las acciones de su amo, todas, ò las mas eran disparates, y buscaba ocasion, de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrale, y se fuesse à su casa; pero la fortuna ordenò las cosas muy al rebès de lo que él temia. Sucedió, pues, que otro dia al poner del Sol,

y al salir de una selva, tendiò Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo de él viò gente, y llegandose cerca, conociò, que eran Cazadores de altanería: llegòse mas, y entre ellos viò una gallarda señora sobre un palafren, ò hacanea blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con un fillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamente, que la misma bizarría venia transformada en ella: En la mano izquierda traia un azòr, señal, que diò à entender à Don Quixote, ser aquella alguna gran señora, que debia de serlo de todos aquellos Cazadores, como era la verdad; y assi dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y di à aquella señora del palafren, y del azòr, que yo el Cavallero de los Leones beso las manos à su gran hermosura, y que si su grandeza me dà licencia, se las irè à besar, y à serviria en quanto mis fuerzas pudieren, y su Alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y tèn cuenta de no encaxar algun refràn de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador respondiò Sancho; à mi con esso, si, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fue la que llevaste à la señora Dulcinea, replicò Don Quixote, yo no sè que ayas llevado otra, à lo menos en mi poder. Assi es verdad, respondiò Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas.

...das.


das, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que à mi no ay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo Don Quixote; ve en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su passo al rucio, y llegó donde la bella Cazadora estaba; y apeandose, puesto ante ella de hinojos, la dixo: Hermosa señora, aquel Cavallero, que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones, es mi amo, y yo soy un Escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Cavallero de los Leones (que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura) embia por mi à decir à vuestra grandeza, sea servida de darle licencia, para que con su proposito, beneplacito, y consentimiento, él venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada altanería, y fermosura, que en darfela vuestra señoría, hará cosa, que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced, y contento. Por cierto, buen Escudero, respondió la señora, vos aveis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias, que las tales embaxadas piden: levantaos de el suelo, que Escudero de tan gran Cavallero, como es el de la Triste Figura, (de quien yá tenemos acá mucha noticia) no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y

decid à vuestro Señor, que venga mucho en hora buena à servirse de mi, y del Duque mi marido, en una casa de placer, que aqui tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza, y cortesía; y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de su señor el Cavallero de la Triste Figura; y que si no le avia llamado el de los Leones, debia de ser por aversele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa, (cuyo titulo aún no se sabe) decidme, hermano Escudero, este vuestro señor, no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por señora de su alma à una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho, y aquel Escudero suyo, que anda, ù debe de andar en la tal historia, à quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna: quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo ello me huelgo yo mucho; dixo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid à vuestro señor, que él sea bien llegado, y el bien venido à mis Estados; y que ninguna cosa me pudiera venir, que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto bolvio à su amo, à quien contó todo lo que la gran señora le avia dicho, levantando con sus rusticos terminos à los Cielos su mucha

hermosura, su gran donayre, y cortesía. Don Quixote se gallardeò en la filla, púsose bien en los estrivos, acomodóse la visera, arremetiò à Rocinante, y con gentil depuedo fue à besar las manos à la Duquesa, la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contrò, en tanto que Don Quixote llegaba, toda la embaxada suya; y los dos, por aver leído la primera Parte de esta historia, y aver entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandísimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian con presuuesto de seguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixesse, tratandole como à Cavallero Andante los dias que con ellos se detuviessse, con todas las ceremonias acostumbadas en los libros de Cavalierias, que ellos avian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudiò Sancho à tenerle el estrivo; pero fue tan desgraciado, que al apearse de el rucio, se le asió un pie en una foga de la albarda, de tal modo, que no fue posible defenderle, antes quedò colgado de él, con la boca, y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesse el estrivo, pensando que yà Sancho avia llegado à tenersele, descargò de golpe el cuerpo, y llevòse tràs sí la filla de Rocinante, que debia de estar mal

cinchado, y la filla, y él vinieron al suelo, no sin verguenza suya, y de muchas maldiciones, que entre dientes echò al desdichado de Sancho, que aun todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandò à sus Cazadores, que acudiesse al Cavallero, y al Escudero, los quales levantaron à Don Quixote maltratado de la caída, y renqueando, y como pudo fue à hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consentiò en ninguna manera, antes apeandose de su cavallo, fue à abrazar à Don Quixote, diciendole: A mí me pesa, señor Cavallero de la Triste Figura, que la primera, que vuestra merced ha hecho, en mi tierra, aya sido tan mala, como se ha visto; pero descuidos de Escuderos suelen ser causa de otros peores sucessos. El que yo he tenido en veros, valeroso Principe, respondió Don Quixote, es imposible ser malo, aunque mi caída no paràra hasta el profundo de los abyssos, pues de allí me levantàra, y me sacàra la gloria de averos visto. Mi Escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata, y cincha una filla para que estè firme; pero como quiera que yo me halle, caído, ó levantado, à pie, ó à cavallo, siempre estarè al servicio vuestro, y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosa, y universal Princesa de la cortesía. Palsito, mi señor Don Quixote de la Mancha, dixò

el Duque, que adonde està mi señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. Yà estava à esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallandose allí cerca, antes que su amo respondiese, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcallar, que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos, y tres, ò ciento; digo lo, porque mi señora la Duquesa à fee que no và en zaga à mi ama la señora Dulcinea de el Toboso. Bolviòse Don Quixote à la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo Escudero mas hablador, ni mas gracioso del que yo tengo, y èl me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondiò la Duquesa: De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal, que es discreto: que las gracias, y los donayres, señor Don Quixote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso, y donayroso, desde aqui le confirmo por discreto. Y hablador, añadió Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden desir con pocas palabras; y

porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dixo Sancho, que yà no ay Triste Figura; el segundo sea el de los Leones. Profiguiò el Duque: Digo, que venga el señor Cavallero de los Leones à un castillo mio, que està aqui cerca, donde se le hará el acogimiento, que à tan alta persona se debe justamente, y el que yo, y la Duquesa solemos hacer à todos los Cavalleros Andantes, que à èl llegan. Yà en esto Sancho avia adrezado, y cinchado bien la silla à Recinante; y subiendo en el Don Quixote, y el Duque en un hermoso cavallo, pusieron à la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandò la Duquesa à Sancho, que fuesse junto à ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexiòse entre los tres, y hizo quatro en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa, y de el Duque, que tuvieron à gran ventura acoger en su castillo tal Cavallero Andante, y tal Escudero andado.

CAP. XXXI. Que trata de muchas, y grandes cosas.

SUma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viendose à su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba, que avia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la

de Basilio, siempre aficionado à la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena, en esto del regalarle cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia, que antes que à la casa de placer, ò castillo llegassen, se adelantò el Duque, y diò orden à todos sus criados del modo que avian de tratar à Don Quixote, el qual como llegó con la Duquesa à las puertas del castillo, al instante salieron de él dos lacayos, ò palafreneros, vestidos hasta los pies de unas ropas, que llamaban de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo à Don Quixote en brazos, sin ser oido, ni visto, le dixeron: Vaya la vuestra grandeza à apcar à mi señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto, venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ò baxar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo, que no se hallaba digna de dár à tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin, salió el Duque à apcarla; y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los ombros à Don Quixote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo à grandes voces: Bien sea venido la flor, y la nata de los Cavalleros Andantes, y todos, ò los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Qui-

xote, y sobre los Duques; de todo lo qual se admiraba Don Quixote, y aquel fue el primer dia, que de todo en todo conosiò, y creyò ser Cavallero Andante, verdadero, y no fantastico, viendose tratar del mismo modo, que él avia leido se trataban los tales Cavalleros en los siglos passados. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entrò en el castillo; y remordriendole la conciencia de que se dexaba al jumento solo, se llegó à una reverenda dueña, que, con otras, à recibir à la Duquesa avia salido, y con voz baxa la dixo: Señora Gonzalez, ò como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondiò la dueña, què es lo que mandais, hermano? A lo que respondiò Sancho: Querria que vuestra merced me la hicièse de salir à la puerta del castillo, donde hallarà un asno rucio mio, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ò ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallarà à estàr solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondiò la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho en hora mala para vos, y para quien acà os traxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbres à semejantes haciendas. Pues en verdad, respondiò Sancho, que he oido decir à mi señor, que es zahori de las his-

torias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que damas curaban de èl, y dueñas del su rocino, y que en el particular de mi asno, que no le trocarà yo con el rocìn del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicò la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen, que de mi no podreis llevar sino una higa. Aùn bien, respondiò Sancho, que serà bien madura, pues no perderà vuestra merced la quinola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dixo la dueña, toda yà encendida en colera, si soy vieja, ò no, à Dios darè la cuenta, que no à vos, bellaco, harto de años; y esto dixo en voz tan alta, que la oyò la Duquesa; y bolviendo, y viendo à la dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, la preguntò con quien las avia: Aqui las hè, respondiò la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente, que vaya à poner en la cavalleriza à un asno fuyo, que està à la puerta del castillo, trayendome por exemplo, que asì lo hicieron no sè donde, que unas damas curaron à un tal Lanzarote, y unas dueñas à su rocino, y sobre todo, por buen termino, me ha llamado vieja. Esto tuviera yo por afrenta, respondiò la Duquesa, mas que quantas pudieran decirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la usanza, que

por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondiò Sancho, si lo dixè por tanto; solo lo dixè, porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumento, que me pareciò, que no podia encomendarle à persona mas caritativa, que à la señora Doña Rodriguez. Don Quixote, que todo lo oia, le dixo: Platicas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondiò Sancho, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere. Aqui se me acordò del rucio, y aqui hablè de èl; y si en la cavalleriza se me acordàra, alli hablàra. A lo que dixo el Duque: Sancho està muy en lo cierto, y no ay que culparle en nada: al rucio se le darà recado à pedir de boca; y descuide Sancho, que se le tratarà como à su misma persona. Con estos razonamientos, gustosos à todos, sino à Don Quixote, llegaron à lo alto, y entraron à Don Quixote en una sala adornada de telas riquissimas de oro, y de brocado; seis doncellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesa de lo que avian de hacer, y de como avian de tratar à D. Quixote, para que imaginasse, y viesse que le trataban como à Cavallero Andante. Quedò Don Quixote, despues de desarmado, en sus estrechos greguescos, y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quixodas, que por dentro se besaba la una con la otra.

figura, que à no tener cuenta las doncellas que le servian con dissimular la rifa, (que fue una de las precisas ordenes que sus señores les avian dado) rebentàran riendo. Pidiéronle, que se dexasse desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo, que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros Andantes, como la valentia. Con todo dixo, que diesen la camisa à Sancho, y encerrandose con él en una quafra, donde estava un rico lecho, se desnudò, y vistió la camisa; y viendose solo con Sancho, le dixo: Dime, truan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshonnar, y afrentar una dueña tan venerada, y tan digna de respeto, como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarte de el rucio? O señores, ¿son estos para dexar mal passar à las bestias, tratando tan elegantemente à sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera, que caygan en la cuenta de que eres de villana, y grossera tela texido. Mira, peador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores, que llevan los Principes à los demás hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes, angustiado de ti, y mal aventurado de mi, que si ven que tû eres un grossero villano, ò un mentecato gracioso, pensaràn que

yo soy algun echacuervos, ò algun Cavallero de mohatra? No, no, Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza de hablador, y en gracioso, al primer puntapiè cae, y dà en truan desgraciado. Enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras antes que te salgan de la boca; y advierte, que hemos llegado à parte, donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio, y quinto en fama, y en hacienda Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca, ò moderarse la lengua antes de hablar palabra, que no fuese muy à proposito, y bien considerada, como él se lo mandaba; y que descuidasse acerca de lo tal, que nunca por él se descubriria quien ellos eran. Vistióse D. Quixote, puso se su tahalí con su escapada, echòse el manton de escarlata à cuestras, puso se una montera de raso verde, que las doncellas le dieron, y con este adorno salió à la gran sala, adonde hallò à las doncellas puestas en ala, tantas à una parte como à otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias: luego llegaron doce pages con el Maestre-Sala, para llevarle à comer, que yà los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa, y magestad le llevaron à otra sala, donde estava puesta una rica mesa con solos quatro servicios: la Duquesa, y el Duque salieron à la

puerta de la sala à recibirle, y con ellos un grave Eclesiastico, de estos que gobiernan las casas de los Principes; de estos, que como no nacen Principes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son; de estos que quieren, que la grandeza de los Grandes se mida con la estrechez de sus animos; de estos, que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hacen ser miserables. De estos tales digo, que debia de ser el grave Religioso, que con los Duques salió à recibir à Don Quixote: hicieronle mil cortesefes comedimientos; y finalmente, cogiendo à Don Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Combidò el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque èl lo rehusò, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiastico se sentò frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado, y atonito de ver la honra, que à su señor aquellos Principes le hacian; y viendo las muchas ceremonias, y ruegos, que passaron entre el Duque, y Don Quixote para hacerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo: Si sus mercedes me dan licencia, les contarè un cuento, que passò en mi Pueblo acerca de esto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando Don Quixote temblò, creyendo sin duda, que avia de decir alguna necesidad. Mi-

ròle Sancho, y entendiòle, y dixo: No tema vuestra merced, señor mio, que yo me delmande; ni que diga cosa, que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos, que poco hà vuestra merced me diò sobre el hablar mucho, ò poco, ò bien, ò mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondiò Don Quixote, di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quixote, que està presente, no me dexarà mentir. Por mi, replicò Don Quixote, miente tù, Sancho, quanto quisieres, que yo no te irè à la mano; pero mira lo que vàs à decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que à buen salvo està el que repica, como se verà por la obra. Bien serà, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aqui à este tonto, que dirà mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mi Sancho un punto; quierole yo mucho, porque sè que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra santidad por el buen credito, que de mi tiene, aunque en mi no lo aya; y el cuento que quiero decir es este. Combidò un Hidalgo de mi Pueblo, muy rico, y principal, porque venia de los Alamos de Medina de el Campo, que casò con Doña Mencía de Quiñones, que fue hija de Don Alonso Marañon, Cavallero de el Avito de Santiago, que se ahogò en la Herradura, por quien hubo

aquella pendencia años hà en nuestro Lugar, que à lo que entiendo, mi señor Don Quixote se hallò en ella, de donde salió herido Tomafillo el travieso, el hijo de Balvastro el Herrero. No es verdad esto, señor nuestro amo? Digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta aora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aqui adelante no sè por lo que os tendré. Tú dás tantos testigos, Sancho; dixo Don Quixote, y tantas señas, que no puedo dexar de decir, que debes de decir verdad; passá adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hacerme à mi placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuessen, serian para mi los mejores, que huviesse llevado en mi vida. Digo, pues, señores míos, prosiguiò Sancho, que este tal Hidalgo, que yo conozco como à mis mismas manos (porque no ay de mi casa à la fuya un tiro de ballesta) combidiò à un Labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dixo à esta fazon el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal Labrador à casa del dicho Hidalgo combidador, que buen poso aya su anima, que yà es

muerto; y pos mas señas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallè presente, que avia ido por aquel tiempo à segar à Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al Hidalgo (si no quereis hacer mas exequias) acabéis vuestro cuento. Es, pues, el caso, replicò Sancho, que estando los dos para assentarse à la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran gusto recibian los Duques del disgusto, que mostraba tomar el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quixote se estaba consumiendo en colera, y en rabia. Digo así, dixo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse à la mesa, el Labrador porfiaba con el Hidalgo, que tomasse la cabecera de la mesa, y el Hidalgo porfiaba tambien, que el Labrador la tomasse, porque en su casa se avia de hacer lo que el mandasse; pero el Labrador, que presumia de cortès, y bien criado, jamàs quiso, hasta que el Hidalgo, mohino, poniendole ambas manos sobre los ombros, le hizo sentar por fuerza, diciendole: Sentas, majagranzas, que adonde quiera que yo me sienta, serà vuestra cabecera; y este es el cuento, y en verdad, que creo, que no ha sido aqui traído fuera de proposito. Pusose Don Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban, y se le parecian; los señores disimulaban la risa, porque Don Quixote

no acabasse de correrse, aviendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de platica, y hacer que Sancho no profiguiesse con otros tantos disparates, preguntò la Duquesa à Don Quixote, que que nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si la avia embiado aquellos dias algunos presentes de Gigantes, ò malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos? A lo que D. Quixote respondiò: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendran fin. Gigantes he vencido, y follones, y malandrines la he embiado; pero adonde la avian de hallar, si està encantada, y buelta en la mas fea Labrador, que imaginar se puede? No sè, dixo Sancho Panza, à mi me parece la mas hermosa criatura del mundo; à lo menos en la ligereza, ò en el brincar, bien sè yo, que no darà ella la ventaja à un bolteador; à buena feè, señora Duquesa, así falta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. Aveisla visto vos encantada, Sancho? preguntò el Duque. Y como si la he visto, respondiò Sancho; pues quien diablos, fino yo, fui el primero que cayò en el achaque del encantorio? Tan encantada està como mi padre. El Eclesiastico, que oyò decir de Gigantes, de follones, y de encantados, oyò en la cuenta de que aquel debia de ser D. Quixote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y le se lo avia reprehendido muchas veces, diciéndole, que era disparate leer tales disparates; y

enterandose ser verdad lo que sospechaba, con mucha colera, hablando con el Duque, le dixo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta à nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quixote, ò este Don tonto, ò como se llama, imagino yo, que no debe de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones à la mano, para que lleve adelante sus sandeces, y variedades. Y bolviendo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos, alma de cantaro, quien os ha encajado en el cerebro, que sois Cavallero Andante, y que venceis Gigantes, y prendeis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga, bolveos à vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar vagando por el mundo papando viento, y dando que reir à quantos os conocen, y no conocen. En donde, noramala, tal aveis vos hallado, que hubo, ni ay aora Cavalleros Andantes? Donde ay Gigantes en España, ò malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de simplicidades, que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quixote à las razones de aquel venerable Varon, y viendo que yà callaba, sin guardar respeto à los Duques, con semblante ayrado, y alborotado rostro, se puso en pie, y dixo.

Pero esta respuesta capitulo
por si merece.

CAP.

CAP. XXXII. De la respuesta que dió Don Quixote à su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucesos.



Levantado, pues, en pie Don Quixote, temblando de los pies à la cabeza, como azogado, con presurosa, y turbada lengua, dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve, y tengo al estado que vuestra merced professa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo; y assi por lo que he dicho, como por saber, que saben todos, que las armas de los Togados son las mismas, que las de la muger, que son la lengua, entrarè con la mía en igual batalla con vuestra merced, de quien se

debía esperar antes buenos consejos, que infames vituperios: las reprehensiones santas, y bien intencionadas, otras circunstancias, requieren, y otros puntos piden: A lo menos el averme reprehendido en publico, y tan asperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura, que sobre la aspereza; y no es bien, que sin tener conocimiento de el pecado que se reprehende, llamar al peccador, sin mas, ni mas, mentecato, y conto. Si no digame vuestra merced: Por qu
de

de las mentecaterías, que en mí ha visto, me condena, y vitupera, y me manda, que me vaya à mi casa à tener cuenta en el gobierno de ella, de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ò los tengo: No ay mas sino à troche moche entrarfe por las casas ajenas à gobernar sus dueños, y aviendose criado algunos en la estrechez de algun pupilage, sin aver visto mas mundo, que el que puede contenerse en veinte, ò treinta leguas de distrito, meterse de rondon à dár leyes à la Cavallería, y à juzgar de los Cavalleros Andantes: Por ventura es assumpto vano, ò es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de él, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviera por afrenta irreparable: pero de que me tengan por sandio los Estudiantes, que nunca entraron, ni pisaron las sendas de la Cavallería, no se me dà un ardite: Cavallero soy, y Cavallero he de morir, si place al Altíssimo; unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia; otros por el de la adulacion servil, y baxa; otros por el de la hypocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera Religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la Cavallería Andante, por cuyo exercicio desprecio la hacienda,

pero no la honra: yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido Gigantes, y atropellado Vestigios: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los Cavalleros Andantes lo sean; y siendolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los Platonicos continentales: mis intenciones siempre las endezco à buenos fines, que son, de hacer bien à todos, y mal à ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que de esto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas, Duque, y Duquesa excelentes. Bien, por Dios, dixo Sancho, no diga mas vuestra merced, señor, y amo mio, en su abono, porque no ay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas, que negando este señor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay, Cavalleros Andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho: Por ventura, dixo el Ecclesiastico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, à quien vuestro amo tiene prometida una Insula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro qualquiera: ~~soy~~ ~~quien~~ juntate à los buenos, y seràs uno de ellos; y soy yo de aquellos, no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien à buen arbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado à buen señor, y hì muchos meses que anda en su com-

pañia, y he de ser otro como él, Dios queriendo; viva él, y viva yo, que ni à él le faltaràn Imperios que mandar, ni à mi Insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dixo à esta fazon el Duque, que yo, en nombre del señor Don Quixote, os mando el Gobierno de una, que tengo de nones, de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies à su Excelencia por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho; lo qual visto por el Eclesiastico, se levantò de la mesa, mohino además, diciendo: Por el habito que tengo, que estoy por decir, que es tan sandio vuestra Excelencia, como estos pecadores; mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras; quedese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estarè yo en la mia, y me escusarè de reprehender lo que no puedo remediar; y sin decir mas, ni comer mas, se fue, sin que fuesen parte à detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que fu impertinente colera le avia causado. Acabò de reir, y dixo à Don Quixote: Vuestra merced, señor Cavallero de los Leones, ha respondido por si tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer de este, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera; porque así como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiasticos, como vuestra mer-

ced mejor sabe. Así es, respondió Don Quixote; y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados; porque entre el agravio, y la afrenta ay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, la hace, y la sustenta; el agravio puede venir de qualquier parte, sin que afrente. Sea exemplo: Està uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dandole de palos, pone mano à la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse; este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro exemplo: Està uno buelto de espaldas, llega otro, y dale de palos; y en dandofelos huye, y no espera, y el otro le sigue, y no le alcanza; este, que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le diò los palos, aunque se los diò à hurta cordel, pusiera mano à su espada, y se estuviera quedo, haciendo rostro à su enemigo, quedàra el apaleado agraviado, y afrentado juntamente; agravado, porque le dieron à traycion; afrentado, porque el que le diò, sustentò lo que avia hecho, sin bolver las espaldas, y à pie quedo; y así,

segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado; porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar; y lo mismo los constituidos en la Sacra Religion, porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas, y defensivas; y así, aunque naturalmente estén obligados à defenderse, no lo están para ofender à nadie; y aunque poco hà dixido, que yo podia estar agraviado, ahora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar, por las quales razones yo no debo sentir, ni siento las que aquel buen nombre me ha dicho; solo quisiera, que esperàra algun poco, para darle à entender en el error en que està en pensar, y decir, que no hà auido, ni los ay Cavalleros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linage, yo sè, que no le fuera bien à su merced. Esto juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le abrieran de arriba abaxo como una granada, ó como à un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas: para mi santiguada, que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvàn huviera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado, que no hablàra mas en tres años: no fino tomàrase con ellos, y vicra como escapaba de sus manos. Perrecia de gisa la Duquesa en oyendo

hablar à Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco que à su amo; y muchos huvo en aquel tiempo, que fueron de este mismo parecer. Finalmente, Don Quixote se sollegò, y la comida se acabò; y en levantando los manteles, llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, la otra con un aguamanil asimismo de plata, la otra con dos blanquissimas, y riquissimas tohallas al ombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabòn Napolitano. Llegò la de la fuente, y con gentil donayre, y desemboltura encaxò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra, admirado de semejante cerimonia, creyendo, que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendiò la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzo à llover el agua manil, y la doncella de el jabòn le manoscò las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos de el obediente Cavallero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque, y la Duquesa, que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en qué avia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella Barbera, quando le tuvo

con un palmo de jabonadura, fingió que se le avia acabado el agua, y mandò à la del aguamanil fuéle por ella, que el señor Don Quixote esperaria. Hizolo assi, y quedò Don Quixote con la mas estraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirabanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le vian con media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jàbòn, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder dissimular la risa; las doncellas de la burla tenian los ojos baxos, sin ósar mirar à sus señores; à ellos les retozaba la colera, y la risa en el cuerpo, y no sabian à què acudir, ò à castigar el atrevimiento de las muchachas, ò darles premio por el gusto que recibian de ver à Don Quixote de aquella fuerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar à Don Quixote, y luego la que traia las tohallas le limpiò, y le enjugò muy reposadamente, y haciendole todas quatro à la par una grande, y profunda inclinacion, y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayesse en la burla, llamò à la doncella de la fuente, diciendola: Venid, y lavadme à mi, y mirad, que no se os cabe el agua. La muchacha aguda, y diligente llegò, y puso la fuente al Duque como à Don Quixote, y dandose priesa, le lavaron, y jabonaron muy bien, y dexandole

enjuto, y limpio, haciendo muchas reverencias, se fueron. Despues se supo, que avia jurado el Duque, que si à èl no le lavàran como à Don Quixote, avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente con averle à èl jabenado. Estaba atento Sancho à las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre si: Valame Dios, si serà tambien usanza en esta tierra lavar las barbas à los Escuderos, como à los Cavalleros? porque en Dios, y en mi anima, que lo he bien menester, y aunque si me las rapassen à navaja lo tendria à mas beneficio. Què decis entre vos, Sancho? preguntò la Duquesa. Digo, señora, que en las Cortes de los otros Principes, siempre he oïdo decir, que en levantando los manteles dãn agua à las manos, pero no legia à las barbas, y que por esso es bueno vivir mucho, para ver mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos, antes es gusto, que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duquesa, que yo harè, que mis doncellas re laven, y aun os metan en colada, si fuere menester. Con las barbas me contento, respondiò Sancho, por aora à lo menos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que serà. Mirad Maestre-Sala, dixo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El

Maestre-Sala respondió, que en todo sería ferrido el señor Sancho; y con esto se fue à comer, y llvò consigo à Sancho, quedándose à la mesa los Duques, y Don Quixote, hablando en muchas, y diversas cosas, pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la Andante Caballeria. La Duquesa rogò à Don Quixote, que le delineasse, y descrivielle, pues parecia tener felice memoria, la hermosura, y facciones de la señora Dulcinea de el Toboso, que segun lo que la fama pregona de su belleza; tenia por entendido, que debia de ser la mas bella criatura de el Orbe, y aun de toda la Mancha. Suspirò Don Quixote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dixo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aqui sobre esta mesa, y en un plato, quitara el trabajo à mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en el toda retratada. Pero para que es ponerme yo aora à delineare, y descrivir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros ombros, que de los míos? empresa en quien se debia ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apelles, y los buriles de Lysipo, para pintarla, y gravarla en tablas, en marmoles, y en bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demostina, para alabarla. Que quiere decir Demostina, señor Don Quixote? preguntò la

Part. II.

Duquesa, que es vocablo que no he oido en todos los dias de mi vida. Retorica Demostina, respondió Don Quixote, es lo mismo que decir: Retorica de Demostenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores Retoricos del mundo. Así es, dixo el Duque; y aveis andado deslumbrada en la tal pregunta; pero con todo esto nos daria gran gusto el señor Don Quixote si nos la pintasse, que à buen seguro, que aunque sea en rasguño, y bosquexo, que ella salga tal, que la tengan embidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió Don Quixote, si no me la huviera borrado de la idea la desgracia, que poco ha me le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla; porque avrá de saber vuestras grandezas, que yendo los dias passados à besarla las manos, y à recibir su bendición, beneficio, y licencia para esta tercera salida, hallè otra de la que buscaba, y hallala encantada, y convertida de Princesa en Labradorà, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica; de reposada en brincadora, de luz en tinieblas; y finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. Valame Dios! y dando una gran voz, dixo à este instante el Duque: Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? Quien ha quitado de el la belleza, que le alegraba, el donayre, que le entretenia, y la

M 3

ho-

honestidad, que le acreditaba? Quien, respondió Don Quixote, quien puede ser sino algun maligno Encantador de los muchos embidiosos que me persiguen esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han Encantadores, Encantadores me persiguen, y Encantadores me perseguirán hasta dar conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abysmo del olvido, y en aquella parte me dañan, y hieren donde ven que mas lo siento, porque quitarle à un Cavallero Andante su dama, es quitarle los ojos, con que mira, y el Sol con que se alumbraba, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y agora lo vuelvo à decir, que el Cavallero Andante sin dama, es como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se bause. No ay mas que decir, dixo la Duquesa; pero si con todo esto hemos de dar credito à la historia, que del señor Don Quixote, de pocos dias à esta parte, ha salido à la luz del mundo, con general aplauso de las gentes de ella, se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto à la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuestra merced la engendró, y parió en su entendimiento, y la pintó con todas las

gracias, y perfecciones que quiso. En esto ay mucho que decir, respondió Don Quixote, Dios sabe si ay Dulcinea, ò no en el mundo, ò si es fantástica, ò no es fantástica; y estas no son de las cosas, cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré, ni parí à mi señora, puesto que la contemplo como conviene, que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son, hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada; y finalmente, alta por linage, à causa, que sobre la buena sangre resplandece, y campea la hermosura con mas grados de perfeccion, que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dixo el Duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quixote, para que diga lo que me fuerza à decir la historia, que de sus hazañas he leído, de donde se infiere, que puesto que se concede, que ay Dulcinea en el Toboso, ò fuera de él, y que sea hermosa en el sumo grado que vuestra merced nos la pinta, en lo de la alteza de el linage no corre parejas con las Orionas, con las Alastrajareas, con las Madafimas, ni con otras de este jatz, de quien están llenas las historias, que vuestra merced bien sabe. A esto puedo decir, respondió Don Quixote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la san-

gre; y que en más se ha de estimar, y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado; quanto más, que Dulcinea tiene un girón, que la puede llevar à ser Reyna de Corona, y Cetro, que el merecimiento de una muger hermosa, y virtuosa, à hacer mayores milagros se estiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores aventuras. Digo, señor Don Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto V. md. dice và con pie de plomo, y como suele decirse, con la fenda en la mano, y que yo desde aqui adelante creerè, y harè creer à todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que ay Dulcinea en el Toboso, y que vive oy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora, que un tal Cavallero, como es el señor Don Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni se encarecer; pero no puedo dexar de formar un escrupulo, y tener alguno se que de ojeriza contra Sancho Panza. El escrupulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza hallò à la tal señora Dulcinea, quando de parte de vuestra merced le llevò una epistola, ahechando un costal de trigo; y por mas señas dice, que era rubion: cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: Señora mia, sabrà la vuestra grandeza, que todas, ò las mas cosas que à mi me suceden, vàn fuera de los terminos or-

dinarios de las que à los otros Cavalleros Andantes acontecen, ò yà sean encaminadas por el querer inescrutabile de los hados, ò yà vengan encaminadas por la malicia de algun Encantador embidioso: y como es cosa yà averiguada, que todos, no los mas Cavalleros Andantes, y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldàn, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podia ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto avia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y assi, quando Bernardo del Carpio le matò en Roncesvalles, viendo que no le podia llegar con fierro, le levantò del suelo entre los brazos, y le ahogò, acordandose entonces de la muerte que diò Hercules à Anteon, aquel feròz Gigante, que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podria ser que yo tuviese alguna gracia de estas, no del no poder ser ferido; porque muchas veces la experiencia me ha mostrado, que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que yà me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso à encerrarme, sino fiera à fuerzas de encantamientos; pero pues de aquel me libré, quiero creer, que no ha de aver otro algu-

no que me empezza; y así viendo estos Encantadores, que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, venganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así creo, que quando mi Escudero le llevò mi embaxada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio, como es el de ahechar trigo; pero yà tengo dicho yo, que aquel trigo, ni era rubio, ni trigo, sino granos de perlas Orientales; y para prueba de esta verdad, quiero decir à vuestras magnitudes, como viniendo poco hà por el Toboso, jamàs pude hallar los Palacios de Dulcinea; y que otro dia ayiendola visto Sancho mi Escudero en su misma figura, que es la mas bella del Orbe, à mi me pareció una Labradora tosca, y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trastrocada, y en ella se han vengado de mi mis enemigos, y por ella vivirè yo en perpetuas lagrimas, hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues à mi me la mudaron, no es maravilla que à él se la cambiasen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los hidalgos linages que ay en el Tobo-

so, que son muchos, antiguos, y muy buenos: à buen seguro, que no la cabe poca parte à la fin por Dulcinea, por quien su Lugar será famoso, y nombrado en los venideros siglos; como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Caba, aunque con mayor titulo, y fama. Por otra parte quiero, que entiendan vuestras Señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos Escuderos, que jamàs sirvió à Cavallero Andante: tiene à veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple, ò agudo, causa no pequeño contento: tiene malicias, que le condenan por bellaco; y descuidos, que le confirman por bobo; duda de todo, y creelo todo; quando pienso que se vâ à despeñar de onto, sale con unas discreciones, que se levantan al Cielo: Finalmente, yo no lo trocaria con otro Escudero; aunque me diessen de añadidura una Ciudad; y así estoy en duda, si será bien embiarle al Gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusandole tantito el entendimiento, se saldrà con qualquiera Gobierno, como el Rey con sus Alcaualas; y mas, que yà por muchas experiencias sabemos, que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Governador; pues ay por ài ciento, que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltas: el toque

está,

està, en que tengan buena intención, y descen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hacer, como los Gobernadores Cavalleros, y no Letrados, que sentencian con Assessor. Aconsejariale yo, que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas, que me quedan en el estomago, que saldrán à su tiempo, para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que governare. A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa, y D. Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el Palacio, y à deshora: entrò Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por babador, y tràs él muchos mozos, ò por mejor decir, picaròs de cocina, y otra gente menuda; y uno venia con un artefonceillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostraba ser de fregar. Seguiale, y perseguiale el de la artefa, y procuraba con toda solitud ponerfela, y encaxarfela debaxo de las barbas, y otro picaro mostraba quererfelas lavar. Què es esto, hermanos? preguntò la Duquesa, què es esto? Què queris à esse buen hombre? Como? y no considerais, que està electo Governador? A lo que respondió el picaro Barbero: No quiere este señor dexarse lavar como es usanza, y como se la lavò el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho, con mucha colera: pero querria que

fuesse con tohallas mas limpias, con legia mas clara, y con manos no tan sucias, que no ay tanta diferencia de mi à mi amo, que à él le laven con agua de Angeles, y à mi con legia de diablos: Las usanzas de las tierras, y de los Palacios de los Principes tanto son buenas, quanto no dãn pesadumbres; pero la costumbre del lavatorio; que aqui se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare à lavarme, ni à tocarme à un pelo de la cabeza, (digo de mi barba) hablando con el debido acatamiento, le darè tal puñada, que le dexè el puño engastado en los cascòs; que estas tales ceremonias, y jabonaduras, mas parecen burlas, que agassajos de huespedes. Percièda de risa estava la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho; pero no diò mucho gusto à D. Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada tohalla, y tan rodeado de tantos entrenidos de cocina; y assi, haciendo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo à la canalla: Ola, señores Cavalleros, vuestras mercedes dexen al mancebo, y buelvanse por donde vinieron, ò por otra parte, si se les antojare, que mi Escudero es limpio, tanto como otro, y estas artefillas son para él estrechas, y penantes bucaros; tomen mi consejo, y dexenle, porque ni él, ni yo sabemos de

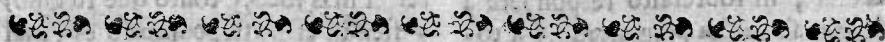
de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y profinguió, diciendo: No sino lleguense à hacer burla del mostrenco, que así lo sufrirè como aora es de noche. Traygan aqui un peyne, ò lo que quisiere, y almohacenme estas barbas; y si sacaren de ellas cosa que ofenda à la limpieza, que me traquilen à cruces. A esta sazón, sin dexar la risa, dixo la Duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrà en todo quanto dixere; èl es limpio; y como èl dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma; quanto mas, que vosotros, ministros de la limpieza, aveis andado demasíadamente remissos, y descuidados, y no sè si diga atrevidos, en traer à tal personage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas tohallas, artefillas, y dornajos de palo, y rodillas de apcadores; pero en fin sois malos, y mal nacidos, y no podeis dexar, como malandrines que sois, de mostrar la oje riza que tencis con los Escuderos de los Andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados Ministros, y aun el Maestre-Sala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron: el qual viendo se fuera de aquel, à su parecer, sumo peligro, se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: De

grandes señoras, grandes mercedes se lesperan; esta, que es la vuestra merced oy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero Andante, para ocupar me todos los dias de mi vida en servir à tan alta señora. Labradori soy; Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de Escudero sirvo; si con alguna de estas cosas puedo servir à vuestra grandeza, menos tardarè yo en obedecer, que vuestra Señoria en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que aveis aprendido à ser cortès en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os aveis criado à los pechos del señor D. Quixote, que debe de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ò cirimonias, como vos decis; bien aya tal señor, y tal criado, el uno por norte de la Andante Cavalleria, y el otro por estrellita de la escuderial fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfarè vuestras cortesias con hacer, que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del Gobierno. Con esto cesò la platica, y D. Quixote se fue à repòsar la siesta; y la Duquesa pidió à Sancho, que si no tenia mucha gana de dormir, viesse à pasar la tarde con ella, y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad, que tenia por costumbre dormir quatro ò cinco horas las siestas del Verano, que por

ser-

fervir à su bondad, el procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente à su mandado; y fuèse. El Duque diò nuevas ordenes de que

se tratasse à Don Quixote como à Cavallero Andante, sin salir un punto de estilo, como cuentan, que se trataban los antiguos Cavalleros.



LIBRO SEPTIMO

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAP. XXXIII. *De la sabrosa platica, que la Duquesa, y sus doncellas passaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se nie.*

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmiò aquella fiesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo à yr à la Duquesa, la qual, con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto à si en una silla baxa, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentasse como Governador, y hablasse como Escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los ombros, obedeciò, y sentòse, y todas las doncellas, y dueñas de la Duquesa le rodeáron, atentas con grandísimo silencio à escuchar lo que diria; pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo: Ahora que estamos solos, y que no nos oye nadie, queria yo

que el señor Governador me abtolvièssè ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia, que del gran D. Quixote anda ya impressa; una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca viò à Dulcinèa: digo à la señora Dulcinèa del Toboso, ni la llevò la carta del señor Don Quixote, porque se quedó en el libro de memoria de Sierra Morena, como se atrevió à fin- gir la respuesta, y aquello de que la hallò abechando trigo, siendo todo burla, y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin- par Dulcinèa, y todas, que no vien- nen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos Escuderos? A estas razones, sin responder con alguna, se levantò Sancho de la silla, y con passos quedos, el cuerpo ag- viado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala le-
van-

vanando los dorseles, y luego, esto hecho, se bolvió à sentar, y dixo: Aora, señora mia, que he visto, que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobrefalto responderè à lo que se me ha preguntado, y à todo aquello que se me preguntare; y lo primero que digo es, que yo no tengo à mi señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas, que à mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanàs no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrupulo à mi se me ha allentado que es un mentecato, pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hacerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza; como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de avrà seis, ò ocho dias, que aún no està en historia; conviene à saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinèa, que le he dado à entender, que està encantada, no siendo mas verdad, que por los cerros de Ubeda. Rogòle la Duquesa, que le contasse aquel encantamiento, ò burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que avia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y profugiendo en su platica, dixo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrupulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oidos, que me dice: Pues D. Quixote de la Mancha es lo-

co, menguado, y mentecato, y Sancho Panza su Escudero lo conoce, y con todo esto le sirve, y le sigue, y và atenido à las vanas promesas fuyas, sin duda alguna debe de ser el mas loco, y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te serà señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das Insula que gobierne; porque el que no sabe gobernar se à sí, cómo sabrà gobernar otros? Per Dios, señora, dixo Sancho, que esse escrupulo viene con parto derecho; pero dígame vuestra merced, que hable claro, como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias hà que avia de aver dexado à mi amo; pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andanza; no puedo mas, seguir le tengo, somos de un mismo Lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, diòme sus pollinos; y sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible, que nos pueda apartar otro suceso, que el de la pala, y hazadon, y si vuestra altanería no quisiere que se me dexel prometido Gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser que el no darmele, redundasse en pró de mi conciencia, que maguer à tonto, se me entiende aquel refràn, de por su mal le nacieron alas à la hormiga, y aún podria ser, que fuellè mas ahina Sancho Escudero al Cielo, que no Sancho Governador. Tan buen pan hacen aqui como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos; y assaz desdicha-

chada es la persona, que à las des de la tarde no se ha defayunado, y no ay estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja, ù de heno; y las aveçitas del campo tienen à Dios por su Provedor, y Despensero; y mas callentan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limifte de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda và el Principe, como el jornalero; y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo de el Papa, que el del Sacristàn, aunque sea mas alto el uno, que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos, y encogemos, ò nos hacen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y à buenas noches: y torno à decir, que si vuestra Señoria no me quisiere dár la Infula por tonto, yo sabrè no darme nada por discreto; y yo he oido decir, que detrás de la Cruz està el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, harados, y coyundas sacaron al Labrador Bamba para ser Rey de España: y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas sacaron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo à esta sazón Doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un Romance ay, que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo en una tumba, llena de sa-

pos, culebras, y lagartos, y que de alli à dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba, con voz doliente, y baxa: Yà me comen, yà me comen por do mas pecado avia; y segun esto, mucha razon tiene este señor en decir, que quiere ser mas Labrador, que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dexò de admirarse en oir las razones, y refranes de Sancho, à quien dixo: Yà sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por esto dexa de ser Cavallero, y así cumplirà la palabra de la prometida Infula, à pesar de la embidia, y de la malicia de el mundo. Estè, Sancho, de buen animo, que quando menos lo piense, se verà sentado en la silla de su Infula, y en la de su Estado, y empuñará su Gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo desfeche. Lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vassallos, advirtiendole, que todos sen leales, y bien nacidos. Esto de gobernarlos bien, respondió Sancho, no ay para que encargarme, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasión de los pobres, y à quien cuece, y amassa no hurtes hogaza; y para mi fantiguada, que no me han de echar dado falso; soy perro viejo, y entiendo todo tús, tús, y se despavilarme à sus tiempos, y no

con-

consiento, que me anden mufarñas ante los ojos, porque se don.le me aprieta el zapato: digolo, porque los buenos tendrian conmigo mano, y concabidad, y los malos ni pie, ni entrada; y pareceme à mi, que en esto de los Gobiernos todo es comenzar, y podria ser, que à quinze dias de Governador me comiesse las manos tràs el officio, y supiesse mas de el, que de la labor del campo, en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duquesa, que nadie nació enseñado, y de los hombres se hacen los Obispos, que no de las piedras. Pero bolviendo à la platica, que poco hà tratamos, de el encanto de la señora Dulcinèa, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion, que Sancho tuvo de burlar à su señor, y darle à entender, que la Labradora era Dulcinèa, y que si su señor no la conocia, debia de ser por estar encantada, toda fue invencion de alguno de los Encantadores, que al señor Don Quixote le persiguen; porque real, y verdaderamente, yo se de buena parte, que la villana, que diò el brinco sobre la pollina, era, y es Dulcinèa del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado, y no ay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos; y sepa el señor Sancho Panza, que tambien tenemos acà Encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que passa por el mundo para, y sencillamente, sin en-

redos, ni maquinas; y creame, Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinèa del Toboso, que està encantada como la madre que la parió; y quando menos nos pensemos, la avemos de ver en su propria figura, y entonces saldrà Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo esto, dixo Sancho Panza, y aora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que viò en la Cueva de Montesinos, donde dice que viò à la señora Dulcinèa del Toboso en el mismo traje, y habito, que yo dixè que la avia visto quando la encantè por solo mi gulto, y todo debiò de ser al rebès, como vuestra merced, señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede, ni debe presumir, que fabricasse en un instante tan agudo embuste, ni creo yo, que mi amo es tan loco, que con tan flaca, y magra persuasion como la mia, creyè una cosa tan fuera de todo termino; pero señora, no por esto serà bien, que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no està obligado un porro como yo à taladrar los pensamientos, y malicias de los pèsimos Encantadores; yo fingi aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al rebès, Dios està en el Cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dixo la Duquesa; pero digame aora, Sancho, què es esto que dice de la Cueva de Montesinos, que gustaria saberlo? Entonces Sancho

cho Panza le contò punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa , dixo : De este suceso se puede inferir , que pues el gran D. Quixote dice , que viò alli à la la misma Labradora , que Sancho dice que viò à la salida del Toboso , sin duda es Dulcinèa , y que andan por aqui los Encantadores muy listos , y demasidamente curiosos. Estd digo yo , dixo Sancho Panza , que si mi sefiora Dulcinèa del Toboso està encantada , su daño serà , que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo , que deben de ser muchos , y malos ; verdad sea , que la que yo vi fue una Labradora , y por Labradora la tuve , y por tal Labradora la juzguè ; y si aquella era Dulcinèa , no ha de estar à mi cuenta , ni ha de correr por mi , ò sobre ello morena. No sino andense à cada triquete conmigo à dime , y dirète ; Sancho lo dixo , Sancho lo hizo , Sancho tornò , y Sancho bolviò , como si Sancho fuelle algun quienquiera , y no fuelle el mismo Sancho Panza , el que anda yà en libros por este mundo adelante , segun me dixo Sanfon Carrasco , que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca , y los tales no pueden mentir , sino es quando se les antoja , ò les viene muy à cuento ; asì , que no ay para que nadie se tome conmigo ; y pues que tengo buena fama , y segun oi decir à mi sefior , que mas vale el buen nombre , que las muchas riquezas ;

encaxenme este Gobierno , y verin maravillas , que quien ha sido buen Escudero , serà buen Governador. Todo quanto aqui ha dicho el buen Sancho , dixo la Duquesa , son sentencias Catonianas , ò por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Michael Verino , *florentibus occidit annis*. En fin , en fin , hablando à su modo , debaxo de una mala capa suele aver un buen bebedor. En verdad , sefiora , respondiò , que en mi vida he bebido de malicia ; con sed bien podria ser , porque no tengo nada de hypocrita ; bebo quando tengo gana , quando no la tengo , y quando me lo dan , por no parecer , ò melindroso , ò mal criado , que à un brindis de un amigo , que corazon ha de aver tan de marmol , que no haga la razon ? Pero aunque las calzo , no las enfucio ; quanto mas , que los Escuderos de los Cavalleros Andantes casi de ordinario beben agua , porque siempre andan por las florestas , selvas , prados , montañas , y riscos , sin hallar una misericordia de vino , si dan por ella un ojo. Yo lo creo asì , respondiò la Duquesa , y por acra vayase Sancho à reposar , que despues hablaremos mas largo , y daremos orden como vaya presto à encaxarse , como el dice , aquel Gobierno. De nuevo la besò las manos Sancho à la Duquesa , y la suplicò le hiciesse merced de que se tuviesse buena cuenta con su rucio , porque era la lumbrè de sus ojos. Que rucio es esse ? preguntò la Duquesa. Mi asno , res-

pondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le fue lo llamar el rucio; y à esta señora dueña la roguè, quando entrè en este Castillo, tuviesse cuenta con él, y azoròse de manera, como si la huviera dicho, que era vieja, ò fea, debiendo ser mas proprio, y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las falas. O valame Dios, y quan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi Lugar! Seria algun villano, dixo Doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo, y bien nacido, èl las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Ahora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y folsiéguese el señor Panza, y quedose à mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho, le pondrè yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que estè, respondiò Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni èl, ni yo somos dignos de estàr un solo momento; y asì lo consentiria yo, como darme de puñaladas, que aunque dice mi señor, que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; en las jumentiles, y afinas se ha de ir con el compàs en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho, al Gobierno, y allà le podrà regalar como quisierre, y aun jubilarle de el trabajo. No piense vuestra merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir

mas de dos años à los Gobiernos, y que llevassè yo el mío no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y embiandole à reposar, ella fue à dár cuenta al Duque de lo que con él avia pasado, y entre los dos dieron traza, y orden de hacer una burla à Don Quixote, que fuesse famosa, y viniessè bien con el estílo cavalleresco, en el qual le hicieron muchas, tan proprias, y discretas, que son las mejores aventuras, que en esta grande historia se contienen.

CAP. XXXIV. *Que cuenta de la noticia que se tuvo, de como se avia de desencantar la sin par Dulcinèa del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas de este libro.*

GRande era el gusto que recibian el Duque, y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho Panza; y confirmandose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas, que llevassèn vislumbres, y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quixote ya les avia contado de la Cueva de Montesinos, para hacerle una que fuesse famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba, era, que la simplicidad de Sancho fuesse tanta, que huviesse venido à creer ser verdad infalible, que Dulcinèa de el Toboso estuviesse encantada, aviendo sido èl mismo el Encan-

contador, y el embustero de aquel negocio: y así, aviendo dado orden à sus criados de todo lo que avian de hacer, de allí à seis dias le llevaron à caza de montería, con tanto aparato de Monteros, y Cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Dieronle à Don Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro día avia de bolver al duro exercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guarda ropas, ni reposterias. Sancho, si, tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado, pues, el esperado día, armóse Don Quixote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los Monteros: la Duquesa salió bizarramente aderezada; y Don Quixote de puro coratés, y comedido, tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente, llegaron à un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita, y vocería, de manera que unos à otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el són de las vocinas. Apodóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se

puso en un puesto, por donde ella sabia, que solian venir algunos javalies. Apodóse asimismo el Duque, y Don Quixote, y pusieronse à sus lados: Sancho se puso detrás de todos, sin apartarse del rucio, à quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desmán; y apenas avian sentado el pie, y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acosado de los perros, y seguido de los Cazadores, vieron que àzia ellos venia un desmesurado javali, ostugiendo dientes, y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viendolo, abrazando su escudo, y puesto mano à su espada, se adelantó à recibirle Don Quixote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorvára. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió à correr quanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fue posible, antes, estando ya à la mitad de él, asido de una rama, pugnando subir à la cima, fue tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el ayre asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viendose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciendole, que si aquel fiero animal allí llegaba, le podia alcanzar, comenzó à dár tantos gritos, y à pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían, y no le veían, creyeron

ron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmillado javali quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quixote à los gritos de Sancho, que yà por ellos le avia conocido, vióle pendiente de la encina, y la cabeza abaxo, y el rucio junto à él, que no le defamparò en su calamidad! Dice Cide Hamete, que pocas veces vió à Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver à Sancho; tal era la amistad, y buena fee, que entre los dos se guardaban. Llegò Don Quixote, y descolgò à Sancho, el qual viendo libre, y en el suelo, mirò lo desgarrado del sayo de monte, y pesòle en el alma, que pensò que tenia en el vestido un Mayorazgo. En esto atravesaron al javali poderoso sobre un acemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto, lo llévaron, como en señal de victoriosos despojos, à unas grandes Tiendas de Campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan sumptuosa, y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza, y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caza fuera de liebres, ù de paxarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: Yo no sé que gusto se recibe de esperar à

un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo ayer oido cantar un romance antiguo, que dice: *De los ossos seas comido, como Fabila el nombrado.* Esse fue un Rey Godo, dixo Don Quixote, que yendo à caza de montería le comió un osso. Esso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los Principes, y los Reyes se pusiessem en semejantes peligros, à trueco de un gusto, que parece que no lo avia de ser, pues consiste en matar à un animal, que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais. Sancho, respondió el Duque, porque el exercicio de la caza de monte, es el mas conveniente, y necesario para los Reyes, y Principes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra; ay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer à su salvo al enemigo: padense en ella frios grandísimos, y calores intolerables; menguase el ocio, y el sueño; corroboranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa; y en resolucion, es exercicio, que se puede hacer sin perjuicio de nadie, y con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros generos de caza, excepto el de la bolateria, que tambien es solo para Reyes, y Grandes Señores. Así que, ò Sancho, mudad de opinion, y quando seais Governador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Esso no, respondió Sancho,

el buen Governador la pierna quebrada, y en casa. Bueno sería, que viniessen los negociantes à buscarle fatigados, y él estuviessse en el monte holgandose, assi en hora mala andaria el gobierno. Mia fee, señor, la caza, y los passatiempos mas han de ser para los holgazanes, que para los Governadores; en lo que yo pienso entretenerme, es en jugar al triunfo embidado las Pasquas, y à los bolos los Domingos, y Fiestas, que essas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega à Dios, Sancho, que assi sea; porque de el dicho al hecho ay gran trecho. Aya lo que huviere, replicò Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies à tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo haga lo que deba con buena intencion, sin duda gobernarè mejor que un gerifalte: no sino, ponganme el dedo en la boca, y veràn si aprieto, ò no. Maldito seas de Dios, y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando serà el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente, y concertada? Vuestras grandezas dexen à este tonto, señores míos, que les molerà las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan à razon, y tan à tiempo, quanto le dè Dios

à él la salud, ò à mí, si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dixo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador Griego, no por esso son menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mí sè decir, que me dån mas gusto que otros, aunque sean mjeor traídos, y con mas razon acomodados. Con estos, y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas presto se les passò el dia, y se les vino la noche, y no tan clara, ni tan fesda como la razon del tiempo pedía, que era en la mitad del Verano: pero un cierto claro escuro, que traxò consigo, ayudò mucho à la intencion de los Duques. Assi como comenzò à anochecer, un poco mas adelante del crepusculo, à deshora, pareció que todo el bosque por todas quatro partes se ardià; y luego se oyeron por aqui, y por alli, por acà, y por acullà infinitas cornetas, y otros instrumentos de guerras, como de muchas Tropas de Cavalleria, que por el bosque passaban. La luz del fuego, el sòn de los belicos instrumentos casi cegaron, y atronaron los ojos, y los oidos de los circunstantes, y àun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lilibies al uso de Moros quando entran en las batallas; sonaron trompetas, y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifanos, casi todos à un tiempo, tan continuo, y tan apriesa, que no tuviera sen-

tido el que no quedará fin él al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duqué, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quixote, tembló Sancho Panza; y finalmente, aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaren; con el temor les cegó el silencio, y un pellillon, que en traje de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco, y desmesurado cuerno, que un ronco, y espantoso són despedía. Ola, hermano correo, dixo el Duque, quien sois? adonde vais? y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrifona, y defendadada: Yo soy el diablo, voy à buscar à Don Quixote de la Mancha; la gente que por aquí viene, son seis tropas de Encantadores, que sobre un carro triunfante traen à la fin par Dulcinèa del Toboso; encantada viene con el gallardo Francis Montefinos à dar orden à Don Quixote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuerades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, yà huvierades conocido al tal Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios, y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venia, se me olvidaba. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien, y buen Christia-

no, porque à no serlo, no jurara en Dios, y en mi conciencia. Aora yo tengo para mí, que aun en el mismo Infierno debe de aver buena gente. Luego el demonio, sin apearle, encaminando la vista à Don Quixote, dixo: A tí el Cavallero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me embia el desgraciado, pero valiente Cavallero Montefinos, mandandome, que de su parte te diga, que le esperes en el mismo lugar que te topare, à causa, que trae contigo à la que llaman Dulcinèa del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los Angeles buenos con estos señores; y en diciendo esto tocò el desaforado cuerno, y bolvió las espaldas, y fué, sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, y especialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho, en ver, que à despecho de la verdad querian que estuviéssè encantada Dulcinèa: en Don Quixote, por no poder asegurarse, si era verdad, ò no lo que le avia pasado en la Cueva de Montefinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: Piensa vuestra merced esperar, señor Don Quixote? Pues no? respondió él, aquí esperarè intrépido, y fuerte, si me viniéssè à embestir todo el Infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oygo otro cuerno como

el pasado, así esperaré yo aquí, como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerrò mas la noche, y comenzaron à discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el Cielo las exhalaciones fecas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren. Oyòse así mismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas, que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirriò aspero, y continuado se dice, que huyen los lobos, y los osos, si los ay por donde pasan. Añadiòse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fue, que parecia verdaderamente, que las quatro partes del bosque se estaban dando à un mismo tiempo quatro reencuentros, ò batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artilleria, acullà se disparaban infinitas escopetas; cerca casi sonaban las voces de los combatientes: lexos se reysteraban los lillies Agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las vocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un són tan famoso, y tan horrendo, que fue menester que Don Quixote se valiesse de todo su corazon para sufrirlo; pero el de Sancho vino à tierra, y diò con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas, y à gran prisa mandò, que le echassen agua en el rostro. Hizose así, y él

Part. II.

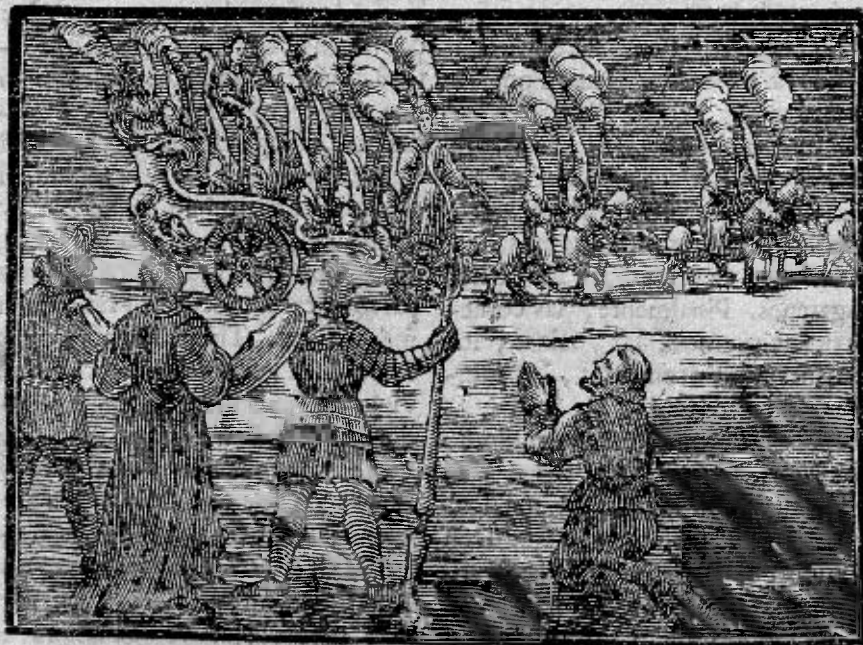
bolvió en su acuerdo à tiempo, que yà un carro de las rechinantes ruedas llegaba à aquel puesto: tirabanle quatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traian atada, y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el qual venia sentado un venerable viejo, con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que se pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro vocaci, que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar, y discernir todo lo que en él venia. Guabanle dos feos demonios, vestidos del mismo vocaci, con tan feos rostros, que Sancho, aviendolos visto una vez, cerrò los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro à igualar al puesto, se levantò de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dixo: Yo soy el sabio Lirgandeo; y pasó el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tràs este pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el carro se detuviesse, con voz no menos grave que el otro, dixo: Yo soy el diablo Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida; y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombron robusto, y de mala catadura, el qual al llegar, levantandose en pie como los otros, dixo

N 3

dixo con voz mas ronca, y mas en-
diablada: Yo soy Arcalauz el En-
cantador, enemigo mortal de Ama-
dis de Gaula, y de toda su parente-
la; y passò adelante. Poco desviados
de alli hicieron alto estos tres car-
ros, y cesò el enfadoso ruido de
sus ruedas, y luego no se oyò otro
ruido, sino un sòn de una suave, y
concertada musica formado, con
que Sancho se alegrò, y lo tuvo à
buena señal; y asì dixo à la Du-
quesa, de quien un punto, ni un

passo se apartaba: Señora, donde
ay musica, no puede aver cosa ma-
la. Tampoco donde ay luces, y cla-
ridad; respondiò la Duquesa. A lo
que replicò Sancho: Luz dà el fue-
go, y claridad las hogueras, como
lo vemos en las que nos cercan, y
bien podria ser que nos abrasassen;
pero la musica siempre es indicio
de regocijos, y de fiestas. Ello di-
rà; dixo Don Quixote, que todo
lo escuchaba, y dixo bien, como se
muestra en el capitulo siguiente.

CAP. XXXV. *Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote de el
desencanto de Dulcinea, con otros admirables successos.*



AL compàs de la agradable mu-
sica, vieron, que àzia ellos
venia un carro de los que llaman

triumfales, tirado de seis mulas par-
das, encubiertas empero de lien-
zo blanco, y sobre cada una venia
un

un disciplinante de luz, assimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano; era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los passados; y los lados, y encima de él ocupaban otros doce disciplinantes, alvos como la nieve, todos con sus hachas encendidas; vista, que admiraba, y espantaba juntamente: y en un levantado trono venia sentada una Ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, si no rica, à lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un transparente, y delicado cendal, de modo, que sin impedirlo sus rizos, por entre ellos se descubria un hermosissimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no

llegaban à veinte, ni baxaban de diez y siete: junto à ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro à estàr frente à frente de los Duques, y de Don Quixote, cesò la musica de las chirrimias, y luego la de las harpas, y laudes, que en el carro sonaban; y levantandose en pie la figura de la ropa, la apartò à entrambos lados; y quitandose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada, y fea; de que Don Quixote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada, y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, comenzò à decir de esta manera:

YO soy Merlin, aquel que las historias
 Dicen, que tuve por padre al diablo,
 Mentira autorizada de los tiempos,
 Principe de la Magica, y Monarca,
 Y archivo de la ciencia Zoroastrica,
 Emulo à las edades, y à los siglos,
 Que solapar pretenden las hazañas
 De los Andantes bravos Cavalleros,
 A quien yo tuve, y tengo gran cariño.
 Y puesto que es de los Encantadores,
 De los Magos, ò Magicos continuo
 Dura la condicion, aspera, y fuerte,
 La mia es tierna, blanda, y amorosa,
 Y amiga de hacer bien à todas gentes.
 En las cabernas lobregas de Dite,
 Donde estava mi alma entretenida

Vida, y Hechos del ingenioso Cavallero

En formar ciertos rumbos, y caractères,
Llegò la voz doliente de la bella,
Y sin par Dulcinèa del Toboso.

Supè su encantamento, y su desgracia,
Y su transformacion de gentil Dama
En rustica Aldeana; condolime,
Y encerrando mi espiritu en el hueco
De esta espantosa, y fiera notomia,
Despues de aver rebuelto cien mil Libros
De esta mi ciencia endemoniada, y torpe,
Vengo à dâr el remedio que conviene
A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tù, gloria, y honor de quantos visten
Las tunicas de azero, y de diamante,
Luz, y farol, sendero, norte, y guia
De aquellos, que dexando el torpe sueño,
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usâr el exercicio intolerable
De las sangrientas, y pesadas armas!
A ti digo, ò varon, como se debe,
Por jamàs alabado, à ti valiente
Juntamente, y discreto Don Quixote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinèa del Toboso,
Es menester que Sancho tu Escudero
Se dè tres mil azotes, y treientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al ayre descubierras, y de modo,
Que le vicuezan, le amarguen, y le enfaden;
Y en esto se resuelven todos quantos
De su desgracia han sido los Autores,
Y à esto es mi venida, mis señores.

Voto à tal; dixo à esta sazon Sancho, no digo tres mil azotes, pero así me darè yo tres, como tres puñaladas: valate el diablo por modo de desencantar. Yo no sè que tiencn que ver mis posas con los encantos. Par Dios, que si el

señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar à la señora Dulcinèa de el Toboso, encantada se podrà ir à la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote, don villano, harto de ajos, y amarraros he à un arbol,
des-

desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos; sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caygan à tres mil y trescientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin, dixo: No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone termino señalado; pero permitesele, que si él quisiere redimir su vejación por la mitad de este vapulamiento, puede dexar que se los dé agena mano, aunque sea algo de pesada. Ni agena, ni propria, ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano. Parí yo, por ventura, à la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis penas lo que pesaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte fuya, pues la llama à cada palló mi vida, mi alma, sustentento, y arrimo suyo, se puede, y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necessarias para su desfencanto; pero azotarme yo, abernuncio. Apenas acabò de decir esto Sancho, quando levantandose en pie la argentada Ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitandose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que à todos pareció mas que demasíadamente hermoso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adama-

da, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: O malaventurado Escudero, alma de cantaro, corazón de alcornoque, de entrañas guigeñas, y apedernaladas! si te mandàran, ladron, desuella carias, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del genero humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran à que matàras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento, y agudo alfange, no fuera maravilla; que te mostràras melindroso; y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no ay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, y espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos, que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo. Pon, ò miserable, y endurcido animal, pon, digo, ellos tus ojos de mochuelo espantadizo; en las niñas de estos mios, comparados à rutilantes estrellas, y verásos llorar hilo à hilo, y madexa à madexa, haciendo surcos, carretras, y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muevate, socararon, y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aún se està todavia en el diez, y de los años, pues tengo diez y nueve, y no llevo à veinte, se consume, y marchita debaxo de la corteza de una rustica labradora; y si aora no lo parezco, es merced par-

ricular, que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza; que las lagrimas de una afligida hermosura, buelven en algodón los riscos, y los tygres en ovejas. Date, date en estas carnazas, bestion indomito, y saca de Haron esse brio, que à solo comer, y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mandumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz; y si por mi no quieres ablandarte, ni reducirte à algun razonable termino, hazlo por esse pobre Cavallero, que à tu lado tienes: por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rigida, ò blanda respuesta, ò para salirse por la boca, ò para bolverse al estomago.

Tentòse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, bolveriendose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aqui tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta. Qué decís à esto vos, Sancho? preguntò la Duquesa. Digo, señora, respondiò Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio. Abernuncio aveis de decir, Sancho, y no como decís, dixo el Duque. Dexeme vuestra grandeza respondiò Sancho, que no estoy aora para mirar en sutilezas, ni en letras mas à menos, porque me tienen tan turbado estos azotes, que me han

de dar, ò me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago; pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso, adonde aprendiò el modo de rogar que tiene? viene à pedirme que me abra las carnes à azotes, y llamame alma de cantaro, y bestion indomito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura son mis carnes de bronce? ò vaine à mi algo en que se defencante, ò no? que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio, y otro, sabiendo aquel refràn que dicen por ai, que un asno cargado de oro, sube ligero por una montaña, y que dàdivas quebrantan peñas; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas vale un toma, que dos te darè. Pues el señor mi amo, que avia de traerme la mano por el cerro, y ahagarme para que yo me hicièsse de lana, y de algodón cordado, dice, que si me coge, me amarrarà desnudo à un arbol, y me doblarà la parada de los azotes; y avian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden, que se azote un Escudero, sino un Governador, como quien dice; bebe con guindas, aprendan, aprendan mucho en hora mala à saber rogar, y à saber pedir, y à tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor; estoy yo aora reben-

tando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen à pedirme, que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena de ello, como de bolverme Cazique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no aveis de empuñar el Gobierno. Bueno sería, que yo embiassé à mis Insulanos un Governador cruel, de entrañas peder-nalinas, que no se doblega à las lagrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos, y antiguos Encantadores, y sabios. En resolucion, Sancho, ò vos aveis de ser azotado, ò os han de azotar, ò no aveis de ser Governador. Señor, respondió Sancho, no se me darian dos dias de termino para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlin, aqui en este instante, y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio, ò Dulcinea bolverá à la Cueva de Montefinos, y à su pristinno estado de Labradoras; ò yá en el ser que está será llevada à los Eliseos Campos, donde estará esperando se cumpla el número de el yapulo. Ea, buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, y buena correspondencia al pan que aveis comido del señor Don Quixote, à quien todos debemos servir, y agradar por su buena condicion, y por sus altas Cavallerias. Dad el sí, hijo, de esta azotayna, y vayase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen cora-

zon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: Digame vuestra merced, señor Merlin, quando llegò aqui el diablo correo, y diò à mi amo un recado del Señor Montefinos, mandandole de su parte, que le esperasse aqui, porque venia à dár orden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantasse, y hasta aora no hemos visto à Montefinos, ni à sus femejas? A lo qual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandísimo bellaco; yo le embié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montefinos, sino mio, porque Montefinos se está en su Cueva, entendiendo, ò, por mejor decir, esperando su desencanto, que aún le falta la cola por defollar; si os debe algo, ò teneis alguna cosa que negociar con él, yo os le traeré, y pondré donde vos mas quisiéredes; y por aora acabar de dár el sí de esta disciplina, y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma, como para el cuerpo; para el alma, por la caridad con que la hareis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguinea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos Medicos ay en el mundo, hasta los Encantadores son Medicos, replicò Sancho: pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo, que soy contento de darme los

tres mil, y trescientos azotes, con condicion, que me los tengo de dár cada, y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias, ni el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al rebès de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estàr obligado à sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de motu proprio, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el numero, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ò los que me sobran. De los sobrados no avrà que avisar, respondiò Merlin, porque llegando al cabal numero, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrà à buscar, como agradecida, al buen Sancho, y à darle gracias, y aun premios por la buena obra. Así, que no ay de que tener escrupulo de las sobras, ni de las faltas, ni el Cielo permita, que yo engañe à nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea, pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo consiento en mi mala aventura; digo, que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas ultimas palabras Sancho, quando bolviò à sonar la musica de las chirrimias, y se bolvieron à disparar infinitos arcabuces, y D. Quixote

se colgò del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, el Duque, y todos los circunstantes, dieron muestras de aver recibido grandissimo contento, y el carro començò à caminar, y al passar la hermosa Dulcinea inclinò la cabeza à los Duques, y hizo una gran reverencia à Sancho; y yà en esto se venia à mas andar el Alva alegre, y risueña, las florecillas de los campos se descollaban, y erguian, y los liquidos cristales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dár tributo à los rios, que los esperaban; la tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por sí, y todos juntos, daban manifiestas señales, que el dia que la Aurora venia pisando las faldas, avia de ser sereno, y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de aver conseguido su intencion tan discreta, y felizmente, se bolvieron à su Castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no avia veras, que mas gusto les diessen.

CAP. XXXVI. Donde se cuenta la estrecha, y jamàs imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una Carta, que Sancho Panza escriviò à su muger Teresa Panza.

TENIA un Mayordomo el Duque, que, de muy burlesco, y desentadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodò todo el

aparato de la aventura passada, compuso los versos, y hizo que un page hicielle à Dulcinea. Finalmente, con intervencion de sus señores ordenò otra del mas gracioso, y extraño artificio, que puede imaginarse. Preguntò la Duquesa à Sancho otro dia, si avia comenzado la tarca de la penitencia, que avia de hacer por el desfancanto de Dulcinea? Dixo, que si, y que aquella noche se avia dado cinco azotes. Preguntòle la Duquesa, que con què se los avia dado? Respondiò, que con la mano. Eßo, replicò la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes; yo tengo para mi, que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura, menester será, que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ò de las de canelones, que se dexen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dár tan varata la libertad de una tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio. A lo que respondiò Sancho: Dème vuestra Señoria alguna disciplina, ò raimal conveniente, que yo me darè con èl, como no me duela demasiado; porque hago saber à vuestra merced, que aunque soy rustico, mis carnes tienen mas de algodòn, que de esparto, y no será bien, que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondiò la Duquesa, yo os darè mañana una disciplina, que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas proprias. A

lo que dixo Sancho: Sepa vuestra Alteza, señora mia, que yo tengo esorita una carta à mi muger Teresa Panza, dandola cuenta de todo lo que me ha sucedido despaes que me apartè de ella; aqui la tengo en el seno, que no la falta mas de ponerla el sobreescrito: querria que vuestra discrecion la leyesse, porque me parece que vè conforme à lo de Governador (digo al modo que deben de escribir los Governadores.) Y quien la notò? preguntò la Duquesa. Quien la avia de notar sino yo, pecador de mi? respondiò Sancho. Y escrivisteisla vos? dixo la Duquesa. Ni por pienso, respondiò Sancho, porque yo no sè leer, ni escribir, pueßto que sè firmar. Veámosla, dixo la Duquesa, que à buen seguro, que vos mostreis en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho una carta abierta del seno, y tomandola la Duquesa, viò, que decia de esta suerte:

CARTA DE SANCHO PANZA
à Teresa Panza su muger.

Sí buenos azotes me daban, bien S. Cavallero me iba; si buen Gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tu, Teresa mia, por aora, otra vez lo sabrás: Has de saber, Teresa, que tengo determinado, que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar, es andar à gatas. Muger de un Governador eres, mira si te oerá nadie los zancajos: ai te embio

un vestido verde de Cazador, que me dió mi señora la Duquesa, acomodale en modo, que sirva de saya, y cuerpos à nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la Cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinèa del Toboso, que por allá se llama Aldinza Lorenzo: con tres mil y quinientos azotes, menos cinco, que me he de dár, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás de esto nada à nadie, porque pon lo tuyo en Concejo, y unos dirán que es blanco, y otros que es negro. De aquí à pocos dias me partire al Gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho, que todos los Gobernadores nuevos van con este mismo deseo: tomarèle el pulso, y avisaréte si has de venir à estar conmigo, ó no. El rucio està bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexar aunque me llevarán à ser Gran Turco. La Duquesa mi señora te besa mil veces las manos, buelvela el retorno con dos mil, que no ay cosa que menos cueste, ni valga mas varata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos, como la de marras, pero no te dà pena, Teresa mia, que en salvo està el que repica, y todo saldrà en la colada del Gobierno, sino que me ha dado gran

pena, que me dicen, que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él; y si así fuese, no me costaría muy varato, aunque los estropeados, y mancos ya se tienen su Canongia en la limosna que piden: así, que por una via, ó por otra, tú has de ser rica, y de buena ventura. Dios te la dà, como puede, y à mí me guarde para servirte. De este Castillo à 20. de Julio de 1614.

Tu marido el Governador
Sancho Panza.

En acabando la Duquesa de leer la carta, dixo à Sancho: En dos cosas anda un poco descaminado el buen Governador; la una, en decir, ó dár à entender, que este Gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dár, sabiendo él, que no lo puede negar, que quando el Duque mi señor se le prometió, no se soñaba aver azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que oregano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el Governador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondiò Sancho; y si à vuestra merced le parece que la tal carta no vâ como ha de ir, no ay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podría ser que fuese peor, si me lo dexan à mi caletre. No, no, replicò la Duquesa, buena està esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à un jardín,

día , donde avian de comer aquel
 día : mostrò la Duquesa la carta de
 Sancho al Duque , de que recibió
 grandísimo contento. Comieron,
 y despues de aver alzado los man-
 teles , y despues de averse entrete-
 nido un buen espacio con la sabro-
 sa conversacion de Sancho , à des-
 hora se oyò el sòn tristísimo de un
 pifano, y el de un ronco, y destem-
 plado tambor : todos mostraron al-
 borotarse con la confusa , marcial,
 y triste harmonia , especialmente
 Don Quixote , que no cabia en su
 asiento de puro alborotado : de
 Sancho no ay que decir , sino que
 el miedo le llevò à su acostumbra-
 do refugio , que era el lado , ò fal-
 das de la Duquesa ; porque real , y
 verdàderamente el sòn que se es-
 cuchaba era tristísimo , y melan-
 colico. Y estando todos así suspen-
 sos, vieron entrar por el jardin ade-
 lante dos hombres vestidos de luto,
 tan luego, y tendido , que les arras-
 traba por el suelo : estos venian to-
 cando dos grandes tambores , así-
 mismo cubiertos de negro; à su lado
 venia el pifano negro , y pizmiento
 como los demàs : seguia à los tres
 un personaje de cuerpo agigantado,
 amantado , no que vestido con una
 negrísima loba , cuya falda era
 así mismo desafortada de grande;
 por encima de la loba le ceñia , y
 atravesaba un ancho tahali, tambien
 negro , de quien pendia un desme-
 surado alfange , de guarniciones , y
 bayna negra. Venia cubierto el ros-
 tro con un transparente velo negro,
 por quien se entreparecia una lon-

guísima baiba blanca , como la
 nieve. Movia el passo al sòn de los
 tambores con mucha gravedad , y
 reposo. En fin, su grandeza, su con-
 tènò, su negrura, y su acompaña-
 miento , pudiera, y pudo suspender
 à todos aquellos , que sin conocerle
 le miraron. Llegò, pues, con el es-
 pacio, y profopopeya referida à hin-
 carse de rodillas ante el Duque, que
 en pie, con los demàs que allí esta-
 ban , le atendia ; pero el Duque en
 ninguna manera le consintió hablar
 hasta que se levantasse. Hizolo así
 el espantajo prodigioso , y puesto
 en pie, alzò el antifaz del rostro, hi-
 zo patente la mas horrenda , la mas
 larga , la mas blanca, y mas pobla-
 da barba , que hasta entonces hu-
 manos ojos avian visto ; y luego
 defencaxò , y arrancò del ancho , y
 dilatado pecho una voz grave , y
 sònora , y poniendo los ojos en el
 Duque , dixo : Altísimo , y pode-
 roso señor , à mi me llaman Tri-
 faldin , el de la barba blanca : soy
 Escudero de la Condesa Trifaldi,
 por otro nombre llamada la Dueña
 Dolorida ; de parte de la qual tray-
 go à vuestra grandeza una embaxa-
 da , y es , que la vuestra magnifi-
 cencia sea servida de darla facul-
 tad , y licencia para entrar à decir-
 le su cuita , que es una de las mas
 nuevas , y mas admirable , que el
 mas cuitado pensamiento del Orbe
 pueda aver pensado ; y primero
 quiere saber , si està en este vuestro
 Castillo el valeroso , y jamás ven-
 cido Cavallero Don Quixote de la
 Mancha , en cuya busca viene , à
 pie,

pie, y sin desayunarse, desde el Reyno de Candaya, hasta este vuestro Estado: cosa que se puede, y debe tener à milagro, ò à fuerza de encantamento. Ella queda à la puerta de esta fortaleza, ò casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplacito. Dixo, y tosiò luego, y manoseòse la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo à la respuesta del Duque, que fue: Yà, buen Escudero Trifaldin de la blanca barba, hà muchos dias, que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, à quien los Encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida: bien podeis, estupendo Escudero, decirle que entre, y que aqui està el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda; y así mismo le podreis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues yà me tiene obligado à darle el ser Cavallero, à quien es anexo, y conserniente favorecer à toda fuerte de mugeres, en especial à las dueñas viudas menoscabadas, y doloridas, qual lo debe de estàr su Señoria. Oyendo lo qual Trifaldin inclinò la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pisano, y tambores señal que tocassen, al mismo sòn, y al mismo passo que avia entrado, se bolviò à salir del jardin, dexando à todos admirados de su presen-

cia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y obscurecer la luz del valor, y de la virtud: digo esto, porque apenas hà seis dias que la vuestra bondad està en este Castillo, quando yà os vienen à buscar de lueñas, y apartadas tierras, y no en carrozas, ni en dromedarios, sino à pie, y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en esse fortissimo brazo el remedio de sus cuitas, y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondiò Don Quixote, que estuviera aqui presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavalleros Andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necesarios en el mundo: tocàra por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas enormes no vàn à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à la de los Sacristanes de las Aldeas, ni al Cavallero, que nunca ha acertado à salir de los terminos de su Lugar, ni al perezoso Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procura hacer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escri-

van. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los Cavalleros Andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desmán, y trabajo, que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo la libraré su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

CAP. XXXVII. *Donde se profi gue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.*

EN extremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de ver quan bien iba respondiendò à su intencion Don Quixote; y à esta fazon dixo Sancho: No querria yo, que esta señora dueña pudiese algun tropiezo à la promesa de mi Gobierno; porque yo he oido decir à un Boticario Tolledano, que hablaba como un gilguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. Valame Dios, y quan mal estaba con ellas el tal Boticario! De lo que yo faco, que pues todas las dueñas son enfadas, è impertinentes, de qualquiera calidad, y condicion que seàn; què seràn las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa tres faldas, ò tres colas; que

Part. II,

en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas, todo es uno. Calla, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que pues esta señora dueña de tan buenas tierras viene à buscarme, no debe ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero; quanto mas, que esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, serà sirviendo à Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorissimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondiò Doña Rodriguez, que se hallò presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allà van leyes do quieren Reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanzà, y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella à una dueña viuda, y quien à nosotras trasquilò, las tixeraras le quedaron en la mano. Con todo esto, replicò Sancho, ay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi Barbero, quanto serà mejor no menear el arròz, aunque se pegue. Siempre los Escuderos, respondiò Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antefalas, y nos ven à cada passo, los ratos que no rezan (que ion muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrandonos los huesos, y enterrandonos la fama. Pues mandoles yo à los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el

Q mun-

mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas, ò no delicadas carnes, como quien cubre, ò tapa un muladar con un tapiz en día de procesion. A fee, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera à entender, no solo à los presentes, sino à todo el mundo, como no ay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dixo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon, y muy grande: pero conviene, que aguarde tiempo para bolver por si, y por las demás dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desfarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: Después que tengo humos de Governador, se me han quitado los vaguidos de Escudero, y no se me dà por quantas dueñas ay un cabrahigo. Adelante pasàran con el colòquio dueñesco, si no oyeran, que el pifano, y los tambores bolvian à sonar, por donde entendieron, que la Dueña Dolorida entraba. Preguntò la Duquesa al Duque, si feria bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal? Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho, antes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan à recibirla; pero por lo de dueña soy de parecer, que no se muevan un passo. Quien se mete à ti en ello, Sancho? dixo Don Quixote,

Quien, señor? respondió Sancho: yo me meto, que puedo meterme como Escudero, que hà aprendido los terminos de la cortesia en la escuela de vuestra merced, que es el mas cortès, y bien criado Cavallero, que ay en toda la corteñania; y en estas cosas, segun he oido decir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras. Así es, como Sancho dice, dixo el Duque, veremos el talle de la Condesa, y por èl tantearemos la cortesia que se le debe. En esto entraron los tambores, y el pifano, como la vez primera; y aqui con este breve capitulo diò fin el Autor, y comenzò el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAP. XXXVIII. *Donde se cuenta la que diò de su mala andanza la Dueña Dolorida.*

DEtràs de los tristes Musicos comenzaron à entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batonado, con unas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tràs ella venia la Condesa Trifaldi, à quien traia de la mano el Escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finisima, y negra vayeta por frisar, que

à venir; frisada, descubriera cada grano del granador de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola, ò falda, ò como llamarla quisieren, era de tres puntas, las quales se sustentaban en las manos de tres pages, afsimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa, y matematica figura, con aquellos tres angulos acutos, que las tres puntas formaban; por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía llamar la Condesa Trifaldi, como si dixesemos, la Condesa de las tres faldas; y así dice Benengeli, que fue verdad, y que su proprio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criaban en su Condado muchos lobos; y que si como eran lobos, fueran zorras, la llamarán la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus Estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dexò Lobuna, y tomò la Trifaldi. Venian las doce dueñas, y la señora à passo de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabò de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se pusieron en pie, y todos aquellos, que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por me-

dio de la qual la Dolorida se adelantò, sin dexarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual, el Duque, la Duquesa, y D. Quixote se adelantaron obra de doce passos à recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta, y ronca, que sutil, y delicada, dixo: Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía à este su criado, digo à esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré à responder à lo que debo, à causa que mi estraña, y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé donde, y debe de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin el estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas ver es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias; y levantandola de la mano, la llevó à assentar en una silla junto à la Duquesa, la qual la recibió afsimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fue posible, hasta que ellas de su grado, y voluntad se descubrieron. Sollegados todos, y puestas en silencio, estaban esperando quien le avia de romper; y fue la dueña dolorida con estas palabras: Confiada estoy, señor poderoso, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cui-

tísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoso, y doloroso, porque ella es tal, que es bastante à enternecer los marmoles, y ablandar los diamantes, y à molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga à la plaza de vuestros oídos, (por no decir orejas) quisiera que me hicieran sabidora si està en este gremio, corro, y compañía el acendradísimo Cavallero Don Quixote de la Manchísima, y su Escuderiísimo Panza. El Panza, antes que otro respondiè, dixo: Sancho, aqui està, y el Don Quixotísimo alsimísimo, y así podreis, dolorosísima Dueñísima, decir lo que quisièredísimis, que todos estamos prompts, y aparejadísimos à ser vuestros servidorísimos. En esto se levantò Don Quixote, y encaminando sus razones à la dolorida Dueña, dixo: Si à vuestras cuitas, angustiada señora, se puede prometer alguna esperança de remedio por algun valor, ò fuerzas de algun Andante Cavallero, aqui están las mias, que aunque flacas, y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo assumpto es acudir à toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no aveis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preambulos, fino à la llana, y sin ródos decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, sino remediar-

los, dolerse de ellos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarle à los pies de Don Quixote, y aun se arrojò, y pugnando por abrazarse, decia: Ante estos pies, y piernas me arrojò, ò Cavallero invicto, por ser los que son basas, y columnas de la Andante Cavalleria: estos pies quiero besar, de cuyos passos pende, y cuelga todo el remedio de mi desgracia. O valeroso Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atrás, y obscurecen las fabulosas de los Amadisès, Explandianes, y Belianises! Y dexando à Don Quixote, se bolviò à Sancho Panza, y asiendo de las manos, le dixo: O tù el mas leal Escudero, que jamás sirviò à Cavallero Andante en los presentes, ni en los passados siglos, mas luengo en bondad, que la barba de Trifaldin mi acompañadora, que està presente! Bien puedes preciar-te, que en servir al gran Don Quixote sirves en cifra à toda la cateria de Cavalleros, que han tratado las armas en el mundo; conjurote, por lo que debès à tu bondad fidelísima, me seas buen intercessor con tu dueño, para que luego favorezca à esta humilísima, y desdichadísima Condesa. A lo que respondiò Sancho: que sea mi bondad, señora mia, tan larga, y grande como la barba de vuestro Escudero, à mi me hace muy poco al caso: barbada, y con vigotes tenga yo mi alma quando de esta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco, ò

nada me cura ; pero sin ellas foca-
liñas , ni plegarias yo rogarè à mi
amo (que se queme quiere bien , y
mas aora , que me ha menester para
cierto negocio) que favorezca , y
ayude à vuestra merced en todo lo
que pudiere : vuestra merced des-
embaule su cuita , y cuentenosla , y
dexe hacer , que todos nos enten-
derèmos. Reventaban de risa con
estas cosas los Duques, como aque-
llos que avian tomado el pulso à la
tal aventura , y alababan entre si
la agudeza , y dissimulacion de la
Trifaldi , la qual bolviendose à sen-
tar , dixo : De el famoso Reyno
de Candaya , que cae entre la gran
Trapobana , y el Mar de el Sùr,
dos leguas mas allà de el cabo Co-
morin , fue señora la Reyna Doña
Maguncia , viuda del Rey Archi-
piela su señor , y marido , de cuyo
matrimonio tuvieron , y procrea-
ron à la Infanta Antonomasia , he-
redera de el Reyno , la qual dicha
Infanta Antonomasia se criò , y cre-
ciò debaxo de mi tutela , y doctri-
na , por ser yo la mas antigua , y
la mas principal dueña de su ma-
dre. Sucedió , pues , que yendo
dias , y viniendo dias , la niña An-
tonomasia llegó à edad de diez y
seis años , con tan gran perfeccion
de hermosura , que no la pudo
subir mas de punto la naturaleza.
Pues digamos aora , que la dis-
crecion era mocosa : así era dis-
creta como bella , y era la mas be-
lla del mundo , y lo es , si yà los
hados embidiosos , y las parcas en-
durecidas no la han cortado el es-

Part. II.

tambre de la vida ; pero no avrán,
que no han de permitir los Cielos
que se haga tanto mal à la tierra,
como seria llevarse en agráz el ra-
cimo del mas hermoso veduño del
suelo : de esta hermosura (y no co-
mo se debe encarecida de mi torpe
lengua) se enamorò un numero in-
finito de Principes , así naturales,
como estrangeros , entre los quales
ofso levantar los pensamientos al
cielo de tanta belleza un Cavallero
particular , que en la Corte estaba,
confiado en su mocedad , en su
bizarría , en sus muchas habili-
dades , gracias , facilidad , y fe-
licidad de ingenio ; porque hago
saber à vuestras grandezas , si no
lo tienen por enojo , que tocaba
una guitarra que la hacia hablar , y
mas , que era Poeta , y gran bay-
larin , y sabia hacer una jaula de
pajaros , que solamente à hacerlas
pudiera ganar la vida quando se
viera en extrema necesidad : que
todas estas partes , y gracias son
bastantes à derribar una montaña ;
no que una delicada doncella ; pero
toda su gentileza , y buen donayre,
y todas sus gracias , y habilidades
fuera poca , è ninguna parte para
rendir la fortaleza de mi niña , si el
ladron desuella caras no usara del
remedio de rendirme à mi prime-
ro. Pero quiso el malandrín , y
desalmado vagamundo grangear-
me la voluntad , y cohecharme el
gusto , para que yo , mal Alcayde , le
entregasse las llaves de la fortaleza,
que guardaba. En resolucion , el
me adulò el entendimiento , y me

O 3

rin-

rindiò la voluntad con no sè què dages, y brincos que me diò; pero lo que mas me hizo postrar, y ò dar conmigo en el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja, que caía à una callejuela donde èl estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

*De la dulce mi enemiga
Nace un mal, que al alma hiere,
Y por mas tormento quiere,
Que se sienta, y no se diga.*

Parecióme la troba de perlas, y su voz de almibar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí, por estos, y otros semejantes versos, he considerado, que de las buenas, y concertadas Republicas se avian de desterrar los Poetas, como aconsejaba Platon, à lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marquès de Mantua, que entretienen, y hacen llorar los niños, y à las mugeres, sino unas agudezas, que à modo de blandas etpinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido; y otra vez cantò:

*Vèn, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne à ò dar la vida.*

Y de este jaèz otras coplitas, y estrambòres, que cantados encantan, y escritos suspenden; pues que quando se humillan à compo-

ner un genero de verso, que en Candaya se usaba entonces, à quien ellos llaman seguidillas, allí era el brincar de las almas, el retozo de la risa, el defassossiego de los cuerpos; y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trobadores, con justo titulo los debian desterrar à las Islas de los lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña, que debía, no me avian de mover sus trasnochados conceptos, ni avia de creer ser verdad aquel decir: Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza; partome, y quedòme, con otros imposibles de esta ralea, de que estàn sus escritos llenos. Pues què quando prometen el Fenix de Arabia, la corona de Aridiana, los cavallos del Sol, del Sùr las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el balfamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan, ni pueden cumplir; pero donde me divierto (ay de mí) desdichada? què locura, ò defatino me lleva à contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? Ay de mí! otra vez sin ventura, que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las musicas, sino mi liviandad; mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento, abrieron el camino, y desembrazaron la senda à los

los pasos de Don Clavijo; que este es el nombre del referido Cavallero: y así, siendo yo la medianera, él se hallò una, y muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomafia, debaxo del titulo de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera, que sin ser su marido, la llegara à la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, esto no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquiera negocio de estos, que por mí se tratare; solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un Cavallero particular, y la Infanta Antonomafia heredera (como yà he dicho) del Reyno. Algunos días estuvo encubierta, y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció, que la iba descubriendo à mas andar no sé què hinchazon del vientre de Antonomafia, cuyo temor nos hizo entrar en burò à los tres, y salió de él, que antes que saliese à luz el mal recado, Don Clavijo pidiessè ante el Vicario por su muger à Antonomafia, en fee de una cedula, que de ser su esposa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanfon no pudieran romperla. Hicieronse las diligencias, viò el Vicario la cedula, tomò el tal Vicario la confesion à la señora, confesò de plano, mandòla depositar en casa de un Alguacil de Corte muy honrado. A esta sazón dixo Sancho: **Tambien en Canda-**

ya ay Alguaciles de Corte, Poetas, y Seguidillas? Por lo que puedo jurar, que imagino, que todo el mundo es uno; pero d'ese vuestra merced priesa, señora Trifaldí, que es tarde, y yà me muero por saber el fin de esta tan larga historia. Si harè, respondió la Condesa.

CAP. XXXIX. *Donde la Trifaldí prosigue su estupenda, y memorable historia.*

DE qualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quixote; y mandandole que ballasse, la Dolorida prosiguiò, diciendo: En fin, al cabo de muchas demandas, y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo, y se la entregò por su legitima esposa; de lo que recibió tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomafia, que dentro de tres días la enterramos. Debíò de morir sin duda, dixo Sancho. Claro està, respondió Trifaldín, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Yà se ha visto, señor Escudero, replicò Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y pareciame à mí, que estava la Reyna Maguncia obligada à desmayarse antes que à morirse, que con la vida muchas cosas se reme-

dian; y no fue tan grande el disparate de la Infanta, que obligasse à sentirlo tanto. Quando se huviera casado ella señora con algun page suyo, ò con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oïdo decir, fuera el daño sin remedio; pero el averse casado con un Cavallero tan Gentil-hombre, y tan entendido como aqui nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que està presente, y no me dexarà mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los Cavalleros (y mas si son Andantes) los Reyes, y los Emperadores. Razon tienes, Sancho, dixo Don Quixote, porque un Cavallero Andante, como tenga dos dedos de ventura, està en potencia propinqua de ser el mayor señor del mundo. Pero passe adelante la señora Dolorida, que à mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo de esta, hasta aqui dulce, historia. Y como, si, queda lo amargo, respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta, pues, la Reyna, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas la dimos el ultimo vale, quando *quis talia fando temperet à lachrymis*, puesto sobre un cavallo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reyna el Gigante

Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel, era Encantador, el qual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomafia, los dexò encantados sobre la misma sepultura; à ella convertida en una ximia de bronce; y à él en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos està un padron, asimismo de metal, y en él escritas en lengua Syriaca unas letras, que aviendose declarado en la Candayesca, y aora en la Castellana, encierra esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes; hasta que el valeroso Manchego venga conmigo à las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto, sacò de la bayna un ancho, y desmesurado alfange, y asiendome à mí por los cabellos, hizo finca de querer segarme la gola, y cortarme à cercòn la cabeza. Turbème, pegòseme la voz à la garganta, quedè mohina en todo extremo; pero con todo me esforcè lo mas que pude, y con voz tembladora, y doliente le dixè tantas, y tales cosas, que le hicieron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de Palacio, que fueron estas que estàn presentes, y despues de aver exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las due-

dueñas, sus malas mañas, y peores trazas, y cargando à todas la culpa, que yo sola tenia, dixo, que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diessen una muerte civil, y continua; y en aquel mismo momento, y punto, que acabò de decir esto, sentimos todas, que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas: acudimos luego con las manos à los rostros, y hallamonos de la manera que aora vereis; y luego la Dolorida, y las demàs dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque, y la Duquesa, pasmados Don Quixote, y Sancho, y atonitos todos los presentes; y la Trifaldi profugió: De esta manera nos castigò aquel follon, y mal intencionado Malambruno, cubriendo la blandura, y morbidez de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas, que pluguiera al Cielo, que antes con su desmesurado alfange nos huviera derribado las testas, que no que nos allombràra la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre; porque si entramos en cuenta, señores míos, (y esto que voy à decir aora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes, pero la confederacion de nuestra desgracia, y los males que hasta aqui han llovido,

los tienen sin humor, y secos como aristas, y asì lo dirè sin lagrimas) digo, pues, que adonde podrá ir una dueña con barbas? Què padre, ò què madre se dolerà de ella? Quien la darà ayuda? Pues aun quando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menzugas, y mudas, apenas halla quien bien la quiera; què harà quando descubra hecho un bosque su rostro? O dueñas, y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto, diò muestras de desmayarse.

CAP. XL. *De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable historia.*

Réal, y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias, como esta, deben de mostrarse agradecidos à Cide Hamete su Autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las feminimas de ella; sin dexar cosa, por menuda que fuesse, que no la sacasse à luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde à las tàcitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los atomos del mas curioso deseo manifiesta. O Autor celeberrimo! O Don Quixote dichoso! O Dulcinèa famosa! O Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno de por sì vivais siglos infinitos, para gusto, y general pasatiempo de los vivientes.

Di-

Dice, pues, la historia, que así como Sancho vió desmayada à la Dolorida, dixo: Por la fee de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis passados los Panzas, que jamás he oïdo, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satanases, por no maldecirte, por Encantador, y Gigante Malabruno, y no hallaste otro genero de castigo que dâr à estas pecadoras, sino el de barbarlas? Còmo, y no fuera mejor, y à ellas les estuviera mas à cuento quitarlas la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablâran gangoso, que no ponerlas barbas? Apostarè yo, que no tienen hacienda para pagar à quien las rape. Así es verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así hemos tomado algunas de nosotros por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes, ò parches pegajosos, y aplicandolos à los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas, y lisas, como fondo de mortero de piedra; que puesto que ay en Candaya mugeres que andan de casa en casa à quitar el bello, y à pulir las cejas, y hacer otros menjanges tocantes à mugeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las mas olifcan à terceras, aviendo dexado de ser primas; y si por el señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevaràn à la sepultura. Yo me pe-

laria las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, si no remediasse las vuestras. A este punto bolvió de su desmayo la Trifaldi, y dixo: El retintin de essa promessa, valeroso Cavallero, en medio de mi desmayo, llegò à mis oïdos, y ha sido parte para que yo de èl buelva, y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante inclito, y señor indomable, vuestra graciosa promessa se convierta en obra. Por mi no quedarà, respondió Don Quixote: ved, señora, que es lo que tengo de hacer, que el animo està muy prompto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al Reyno de Candaya, si se vâ por tierra, ay cinco mil leguas, dos mas à menos; pero si se vâ por el ayre, y por la linea recta, ay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malabruno me dixo, que quando la suerte me deparasse al Cavallero nuestro libertador, que èl le embiaria una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias, que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mismo cavallo de madera, sobre quien llevò el valeroso Pierres robada à la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo, segun es condicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin; prestòsele à Pierres, que era

era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robò, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embobados à quantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino à quien èl queria, ò mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta aora no sabemos que aya subido en èl alguno: de alli le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve de èl en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y oy està aqui, y mañana en Francia, y otro día en el Potosi; y es lo bueno, que el tal cavallo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la linda Magalona se holgaba mucho de andar cavallera en èl. A esto dixo Sancho: Para andar reposado, y llano, mi rucio, puesto que no anda por los ayres; pero por la tierra yo le curtirè con quantos portantes ay en el mundo. Rieronse todos, y la Dolorida profiguiò: Y este tal cavallo (si es que Malambruno quiere dár fin à nuestra desgracia) antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque èl me significò, que la señal que me daña por donde yo entendiesse, que avia hallado el Cavallero que buscaba, sería embiarme

el cavallo, donde fuesse con comodidad, y presteza. Y quantos caben en esse cavallo? preguntò Sancho. La Dolorida respondiò: Dos personas, la una en la silla, y la otra en las ancas; y por la mayor parte estas tales dos personas son Cavallero, y Escudero, quando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dixo Sancho, què nombre tiene esse cavallo? El nombre, respondiò la Dolorida, no es como el cavallo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alexandro, llamado Bucefalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvàn, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el cavallo en que el desdichado Rodrigo, ultimo Rey de los Godos, entrò en la batalla, donde perdiò la vida, y el Reyno. Yo apostarè, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno de estos famosos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le avrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser proprio excede à todos los que se han nombrado. Assi es, respondiò la barbada Condesa; pero todavia le quadra mucho, porque se llama Clavilcño el Aligero, cuyo nombre conviene con el ser del leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que

camina ; y assi en quanto al nombre , bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre , replicò Sancho ; pero con què freno , ò con què jaquima se gobierna ? Yà he dicho , respondió la Trifaldi , que con la clavija , que bolviendola à una parte , ò à otra el Cavallero que và encima , le hace caminar como quiere , ò yà por los ayres , ò yà rastroando , y casi barriendo la tierra , ò por el medio , que es el que se busca , y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Yà lo querria ver , respondió Sancho ; pero pensar que tengo de subir en él , ni en la silla , ni en las ancas , es pedir peras al olmo. Bueno es , que apenas puedo tenerme en mi rucio , y sobre una albarda mas blanda que la misma seda , y querrian aora que me tuviesse en unas ancas de tabla , sin coxín , ni almohada alguna ; pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas à nadie , cada qual se rape como mas le viniere à cuento , que yo no pienso acompañar à mi señor en tan largo viage ; quanto mas , que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento de estas barbas , como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Si fois , amigo , respondió la Trifaldi , y tanto , que sin vuestra presencia entiendo que no harèmos nada. Aqui de el Rey , dixo Sancho : Què tienen que ver los Escuderos con las aventuras de sus señores ? Hanse de llevar ellos la fama de las que aca-

ban , y hemos de llevar nosotros el trabajo ? Cuerpo de mi ; aun si dixessen los Historiadores : El tal Cavallero acabò la tal , y tal aventura , pero con ayuda de fulano su Escudero , sin el qual fuera imposible el acabarla ; pero porque escrivan à secas , Don Paralipomenon de las tres Estrellas acabò la aventura de los seis Vestigios , sin nombrar la persona de su Escudero , que se hallò presente à todo , como si no fuera en el mundo. Aora , señores , vuelvo à decir , que mi señor se puede ir solo , y buen provecho le haga , que yo me quedarè aqui en compañía de la Duquesa mi señora , y podria ser , que quando bolviessse hallasse mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio , y quinto , porque pienso en los ratos ociosos , y desocupados darme una tanda de azotes , que no me la cubra pelo. Con todo esto le aveis de acompañar , si fuere necesario , buen Sancho , porque os lo rogaràn buenos , que no han de quedar por vuestro inutil temor tan poblados los rostros de estas señoras , que cierto seria mal caso. Aqui del Rey otra vez , replicò Sancho , quando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas , ò por algunas niñas de la doctrina , pudiera el hombre aventurarse à qualquier trabajo ; pero que lo sufra por quitar las barbas à dueñas , mal año , mas que las viesse yo à todas con barbas , desde la mayor , hasta la menor , y de la mas melingrosa , hasta la mas re-
pul-

pulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa, mucho os vais tràs la opinion del Boticario Toledano; pues à fee, que no teneis razon, que dueñas ay en mi casa, que pueden ser exemplo de dueñas, que aqui està mi Doña Rodriguez, que no me dexarà decir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia, dixo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas, ò malas, barbadas, ò lampiñas, que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres, como à las otras mugeres; y pues Dios nos echò en el mundo, él sabe para què, y à su misericordia me atengo, y no à las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y señora Trifaldi, y compañía, yo espero en el Cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, y à vinièssè Clavileño, y yà me vièssè con Malambruno, que yo sè que no àvria navaja; que con mas facilidad rapasse à vuestras mercedes, como mi espada raparía de los ombros la cabeza de Malambruno, que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. Ay! dixo à esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miran à vuestra grandeza, valerofo

Cavallero, todas las Estrellas de las Regiones Celestes, infundan en vuestro animo toda prosperidad, y valentia, para ser escudo, y amparo del vituperoso, y abatido genero dueñesco, abominado de Boticarios, murmurado de Escuderos, y focaliñado de Pages, que mal aya la bellaca, que en la flor de su edad no se metiò primero à ser Monja, que à dueña. Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por linea recta de varon en varon del mismo Hector el Troyano, no dexarán de echarnos un vos nuestras señoras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigante Malambruno, que aunque eres Encantador, eres certissimo en tus promèssas! Embianos yà al fin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras baybas duran, guay de nuestra ventura. Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacò las lagrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrojò los de Sancho, y propuso en su corazon de acompañar à su señor hasta las ultimas partes de el mundo, si es que en ello consiguièssè quitar la lana de aquellos venerables rostros.



CAP. XLI. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.



Ma Pa
vino del
tomo 2.
Cap. 182
M

L Legò en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso cavallo Clavileño vinièse, cuya tardanza fatigaba yà à Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno se detenía en embiarle, ò que èl no era el Cavallero para quien estaba guardada aquella aventura, ò que Malambruno no osaba venir con èl à singular batalla; pero veis aquí quando à deshora entraron por el jardín quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus ombros traían un gran cavallo de

madera: pusieronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dixo: Suba sobre esta maquina el que tuviere animo para ello. Aquí, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy Cavallero; y el salvage profugió, diciendo: Y ocupe las ancas el Escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia serà ofendido; y no ay mas que torcer èlla clavija, que sobre el cuello trae puesta, que èl los llevará por los ayres, donde los

los aliente Malabrundo ; pero porque la alteza , y sublimidad del camino no les cause vaguidos , se han de cubrir los ojos , hasta que el cavallo relinche , que será señal de aver dado fin à su viage. Esto dicho , dexando à Clavileño con gentil continente , se bolvieron por donde avian venido. La Dolorida , así como viò al Cavallo , casi con lagrimas dixo à Don Quixote : Valeroso Cavallero , las promessas de Malabrundo han sido ciertas , el cavallo està en casa , nuestras barbas crecen , y cada una de nosotras , y con cada pelo de ellas te multiplicamos nos rapas , y tundas , pues no està en mas fino es en que subas en èl con tu Escudero , y dès felice principio à vuestro nuevo viage. Esto harè , señora Condesa Trifaldi , de muy buen grado , y de mejor talante , sin ponerme à tomar coxin , ni calzarme espuelas , por no detenerme : tanta es la gana que tengo de veros à vos , señora , y à todas estas dueñas , rasas , y mondas. Esto no harè yo , dixo Sancho , ni de malo , ni de buen talante , en ninguna manera ; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba à las ancas , bien puede buscar mi señor otro Escudero que le acompañe , y estas señoras otro modo de alisarse los rostros , que yo no soy brujo para gustar de andàr por los ayres. Y que diràn mis Insulanos , quando sepan , que su Governador se anda paseando por los vientos ? Y otra cosa mas , que aviendo tres mil y

tantas leguas de aqui à Candaya , si el cavallo se cansa , ò el Gigante te enoja , tardarèmos en dár la buelta media docena de años , y yà , ni avrà Insula , ni Insulanos en el mundo , que me conozcan ; y pues se dice comunmente , que en la tardanza vè el peligro , y que quando te dieren la bacuilla , acudas con la foguilla , (perdonenme las barbas de estas señoras , que bien se està San Pedro en Roma) quiero decir , que bien me estoy en esta casa , donde tanta merced se me hace , y de cuyo dueño tan gran bien espero , como es verme Governador. A lo que el Duque dixo : Sancho amigo , la Insula que yo os he prometido no es movable , ni fugitiva , raizes tiene tan hondas , echadas en los abyssos de la tierra , que no la arrancarán , ni mudaràn de donde està à tres tirones : y pues vos sabeis que sè yo , que no ay ningun genero de oficio de estos de mayor quantia , que no se grangee con alguna suerte de cohecho , qual mas , qual menos , el que yo quiero llevar por este Governio , es , que váis con vuestro señor Don Quixote à dár cima , y cabo à esta memorable aventura , que ora bolvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete , ora la contraria fortuna os trayga , y buelva à pie hecho romero , de meson en meson , y de venta en venta , siempre que bolvieredes hallareis vuestra Insula donde la dexais , y à vuestros Insulanos con el mismo deseo de

reci-

recibiros por su Governador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma: y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al defeco, que de serviros tengo. No mas, señor, dixo Sancho, yo soy un pobre Escudero, y no puedo llevar à cuestras tantas cortesias, fuba mi amo, tapenme estos ojos, y encomiendeme à Dios, y avisenme, si quando vamos por estas altanerías podrè encomendarme à nuestro Señor, ò invocar los Angeles, que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros à Dios, ò à quien quisieredes, que Malambruno, aunque es Encantador, es Christiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad, y con mucho tiento, sin meterse con nadie. Ea, pues, dixo Sancho, Dios me ayude, y la Santissima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los Batanes, dixo Don Quixote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como agora: si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el animo; pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando à Sancho entre unos arboles de el jardin, y asiendole ambas manos, le dixo: Ya ves, Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quando bolverèmos de el, ni la comodidad, y espacio que nos da-

ràn los negocios; y así querria que agora te retirasses en tu aposento, como que vàs à buscar alguna cosa necessaria para el camino, y en un daga las pajas te diesses à buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes, à que estàs obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendràs, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, que vuestra merced debe de ser menaguado; esto es, como aquello que dicen, en prieta me vès, y doncellèz me demandas; agora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuestra merced, que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuestra merced razon: vamos agora à rapar estas dueñas, que à la buelta yo le prometo à vuestra merced, como quien soy, de darne tanta prieta à salir de mi obligacion, que vuestra merced se contente; y no le digo mas. Y Don Quixote respondió: Pues con esta promessa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumpliràs; porque en efecto, aunque tonto, eres hombre veridico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabras; y con esto se bolvieron à subir en Clavileño; y al subir, dixo Don Quixote: Tapaos, Sancho, y subid Sancho, que quien de tan lucias tierras embia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar à quien de el se fia; y puesto que

que todo sucediese al rebès de lo que imagino , la gloria de aver emprehendido esta hazaña no la podrá obscurecer malicia alguna. Vamos , señor , dixo Sancho , que las barbas , y lagrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazon , y no comerè bocado , que bien me sepa ; hasta verlas en su primera lifura. Suba vuestra merced , y tapese primero , que si yo tengo de ir à las ancas , claro està que primero sube el de la silla. Así es la verdad , replicò Don Quixote ; y sacando un pañuelo de la faldriquera , pidió à la Dolorida , que le cubrielle muy bien los ojos ; y aviendoselos cubierto , se bolvió à descubrir , y dixo : Si mal no me acuerdo , yo he leído en Virgilio aquello de el Paladion de Troya , que fue un cavallo de madera , que los Griegos presentaron à la Diosa Palas , el qual iba preñado de Cavalleros armados , que despues fueron la total ruina de Troya ; y así ferà bien ver primero lo que Clavileño trae en su estomago. No ay para què , dixo la Dolorida , que yo le fio , y sè que Malabruno no tiene nada de malicioso , ni de traydor : vuestra merced , señor Don Quixote , suba sin pabor alguno , y à mi daño si alguno le sucediere. Pareciòle à Don Quixote , que qualquiera cosa que replicasse acerca de su seguridad , seria poner en detrimento su valentia ; y así , sin mas altercar , subió sobre Clavileño , y le tentò la clavija , que facilmente se rodea-

ba , y como no tenia estrivos , y le colgaban las piernas , no parecia sino figura de tapiz Flamenco , pintada , ò texida en algun Romano triunfo. De mal talante , y poco à poco llegó à subir Sancho , y acomodandose lo mejor que pudo en las ancas , las hallò algo duras , y no nada blandas ; y pidió al Duque , que si fuesse posible le acomodassen de algun coxin , ò de alguna almohada , aunque fuesse de el estrado de su señora la Duquesa , ò del lecho de algun pago , porque las ancas de aquel cavallo mas parecian de marmol , que de leño. A esto dixo la Trifaldi , que ningun jaèz , ni ningun genero de adorno sufrira sobre si Clavileño , que lo que podia hacer era ponerse à mugeriegas , y que así no sentiria tanto la dureza. Hizolo así Sancho , y diciendo : A Dios , se dexò vendar los ojos , y yà despues de vendados , se bolvió à descubrir , y mirando à todos los del jardin tiernameamente , y con lagrimas , dixo , que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater nostres , y sendas Ave Marias , porque Dios deparasse quien por ellos los dixesse , quando en semejantes trances se viellen. A lo que dixo Don Quixote : Ladron , estás puesto en la horca , por ventura , ò en el ultimo termino de la vida , para usar de semejantes plegarias ? No estás , defalmada , y cobarde criatura , en el mismo lugar que ocupò la linda Magalona , del qual descendió , no

à la sepultura, fino à ser Reyna de Francia, si no mienten las historias: y yo, que voy à tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimiò este mismo lugar, que yo aora oprimo? Cubrete, cubrete, animal descorazonado, y no te salga à la boca el temor que tienes, à lo menos en presencia mia. Tápeme, respondiò Sancho, y pues no quieren, que me encomiende à Dios, ni que sea encomendado, que mucho que tema no ande por aqui alguna legiòn de diablos, que den con nosotros en Peralvillo? Cubrieronse, y sintiendo Don Quixote, que estava como avia de estar, tentò la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas, y quantos estavan presentes levantaron las voces, diciendo: Dios te guie, valeroso Cavallero, Dios sea contigo, Escudero intrépido; yà, yà vais por esos ayres, rompiendolos con mas velocidad, que una saeta; yà comenzais à suspender, y admirar à quantos desde la tierra os estàn mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te caygas, que serà peor tu caída, que la del atrevido mozo, que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyò Sancho las voces, y apretandose con su amo, y ciñendole con los brazos, le dixo: Señor, como dicen estos, que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece fino que estàn aqui hablando junto à nosotros? No repares en esto, Sancho, que como ellas co-

sas, y estas volaterias vãn fuera de los cursos ordinarios, de mil lenguas veràs, y oiràs lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad, que no sè de que te turbas, ni te espantas, que osarè jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en cavalgadura de passò mas llano, no parece fino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cota vã como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondiò Sancho, que por este lado me dà un viento tan recio, que parece, que con mil fuelles me estàn soplando; y así era ello, que unos grandes fuelles le estavan haciendo ayre. Tan bièn trazada estava la tal aventura por el Duque, la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltò requisito, que la dexasse de hacer perfecta. Sintiendose, pues, soplar Don Quixote, dixo: Sin duda alguna, Sancho, que yà debemos de llegar à la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que de esta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sè yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto, con unas estopas, ligeras de encenderse, y apagarse, desde lexos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintiò el calor, dixo: Que me maten si no

estamos, y à en el lugar del fuego, ò bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió Don Quixote, y acuerdate del verdadero cuento de el Licenciado Torralva, à quien llevaron los diablos en bolandas por el ayre, cavallero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó à Roma, y se apeò en Torre de Nona, que es una calle de la Ciudad, y viò todo el fracaso, assalto, y muerte de Borbòn, y por la mañana yà estaba de buelta en Madrid, donde diò cuenta de todo lo que avia visto; el qual assimismo dixo, que quando iba por el ayre le mandò el diablo que abriessè los ojos, y los abrió, y se viò tan cerca, à su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osò mirar à la tierra, por no desvanecerse; assi que Sancho, no ay para qué descubrirnos, que el que nos lleva à cargo, èl darà cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas, y subiendo en alto, para dexarnos caer de una sobre el Reyno de Candaya, como hace el sacre, ò neblir sobre la garza, para cogerla, por mas que se remonte; y aunque nos parece, que no ha media hora que nos partimos del jardin, creeme, que debemos de aver hecho gran camino. No sè lo que es, respondió Sancho Panza, solo sè decir, que si la señora Magallanes, ò Magalona se contentò de estas ancas,

que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas plasticas de los dos valientes oian el Duque, y la Duquesa, y los del jardin, de que recibian extraordinario contento, y queriendo dar remate à la estraña, y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estàr el cavallo lleno de cohetes tronadores, boldò por los ayres con estrãño ruido, y diò con Don Quixote, y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo yà se avia desaparecido del jardin todo el barbadillo esquadron de las dueñas, y la Trifaldi, y todo; y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quixote, y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando à todas partes, quedaron atonitos de verse en el mismo jardin de donde avian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente; y creció mas su admiracion, quando à un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella, y de dos cordones de seda verde, un pergamino liso, y blanco, en el qual con grandes letras de oro estava escrito lo siguiente:

El inclito Cavallero Don Quixote de la Mancha feneciò, y acabò la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolbrida, y compaña, con solo intentarla.

Malabruno se dà por contento, y satisfecho à toda su voluntad,

y las barbas de las dueñas, yá quedaban lisas, y moudas, y los Reyes Don Clavijo, y Antonomafia en su pristino estado; y quando se cumpliere el ascenderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pesferos girifaltes, que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlin, Proto-Encantador de los Encantadores.

Aviendo, pues, Don Quixote leído las letras del pergamino, claro entendió, que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al Cielo de que con tan poco peligro huviesse acabado tan gran fecho, reduciendo à su passada tüz los rostros de las venerables dueñas, que yá no parecían, se fue adonde el Duque, y la Duquesa aún no avian buuelto en sí; y trarando de la mano al Duque, le dixo: Ea, buen señor, buen animo, buen animo, que todo es nada, la aventura es yá acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito, que en aquel padren está puesto. El Duque poco à poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fue bolviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estaban caídos, con tales muestras de maravilla, y espanto, que casi se podían dar à entender averles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue à abrazar à Don Quixote,

diciendole ser el mas buen Cavallero, que en ningun figlo se huviesse visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixeronle, que así como Clavileño baxó ardiendo por los ayres, y dió en el suelo, todo el esquadron de las dueñas, con la Trifaldi avia desaparecido, y que yá iban rapadas, y sin cañones. Preguntó la Duquesa à Sancho, que cómo le avia ido en aquel largo viage? A lo qual respondió Sancho: Yo, señora, sentí, que ibamos, segun mi señor me dixo, bolando por la region de el fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo (à quien pedí licencia para descubrirme) no lo consintió; mas yo, que tengo no sé que briznas de curioso, y de desear saber lo que se me es torva, y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viesse, por junto à las narices aparté tanto quanto el pañizuelo, que me tapaba los ojos, y por allí miré àzia la tierra, y parecióme, que toda ella no era mayor, que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que ave-lanas, porque se vea quan altos debiamos de ir entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que à lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres, que andaban sobre ella; y está claro, que si la tierra os pareció como un grano de mos-

mostraza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo avia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo esto la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé estas miradas, replicó Sancho, solo sé, que será bien que vuestra Señoría entienda, que pues bolamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced, como descubriéndome por junto à las cejas, me ví tan junto al Cielo, que no avia de mí à el palmo y medio; y por lo que puedo jurar, Señoría mia, que es muy grande además, y sucedió, que íbamos por parte donde están las siete Cabrillas; y en Dios, y en mi anima, que como yo en mi niñez fui en mi tierra Caberizo, que así como las ví, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no lo cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y qué hago, sin decir nada à nadie, ni à mi señor tampoco, bonita, y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las Cabrillas, que son como unos alhelios, y como unas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las Cabras, preguntó el Duque, en qué se en-

tretenia el señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondió: Como todas estas cosas, y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir, que ni me descubrí por alto, ni por bajo, ni ví el Cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad, que sentí, que passaba por la Region del ayre, y que aun tocaba à la del fuego; pero que passásemos de allí no lo puedo creer; pues estando la Region del fuego entre el Cielo, de la Luna, y la ultima Region del ayre, no podíamos llegar al Cielo, donde están las siete Cabrillas, que Sancho dice, sin abrazarnos; y pues no nos alzáramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho; si no, preguntenme las señas de las tales Cabras, y por ellas verán si digo verdad, ó no. Dígales, pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de Cabras es esta, dixo el Duque; y por esta nuestra Region del suelo no se usan tales colores, digo Cabras de tales colores. Bien claro está esto, dixo Sancho, si, que diferencia ha de aver de las Cabras del Cielo à las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, visteis allá entre estas Cabras algun Cabron? No señor, respondió Sancho, pero oí decir, que ninguno passaba de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle

mas de su viage, porque les pareció, que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los Cielos, y dár nuevas de quanto allá passaba, sin averse movido del jardin. En resolución, este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar à Sancho siglos, si los viviera. Y llegando se Don Quixote à Sancho al oído, le dixo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que aveis visto en el Cielo, yo quiero que vos me creais à mí lo que ví en la Cueva de Montefinos; y no os digo mas.

CAP. XLII. *De los consejos que dió Don Quixote á Sancho Panza antes que fuesse à gobernar la Infula, con otras cosas bien consideradas.*

CON el felice, y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron passar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así, aviendo dado la traza, y ordenes, que sus criados, y sus vassallos avian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Infula prometida, otro dia, que fue el que sucedió al buelo de Clavileño, dixo el Duque à Sancho, que se adelantassee, y compusiesse para ir à ser Governador, que yá sus Infulanos le estaban esperando como el agua

de Mayo. Sancho se le humilló, y le dixo: Despues que baxé del Cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser Governador; porque qué grandeza es mandar en un grano de mostaza? ó qué Dignidad, ó Imperio el gobernar à media docena de hombres, tamaños como avellanas, que, à mi parecer, no avia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuesse servido de darme una tantica parte del Cielo, aunque no fuesse mas de media legua, la tomaria de mejor gana, que la mayor Infula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondiò el Duque, yo no puedo dár parte del Cielo à nadie, aunque no sea mayor que una uña, que à solo Dios están reservadas ellas mercedes, y gracias. Lo que puedo dár os doy, que es una Infula hecha, y derecha, redonda, y bien proporcionada, y sobre manera fertil, y abundosa, donde, si vos os sabeis dár maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear las del Cielo. Acra bien, respondiò Sancho, venga esta Infula, que yo pugnaré por ser tal Governador, que à pesar de bellacos me vaya al Cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme à mayores, sino por el deseo que tengo de probar à qué sabe el ser Governador. Si una vez le prebais, Sancho, dixo el Duque, comeros heis las manos tràs el Gobierno,
por

por ser dulcísima cosa el mandar, y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue à ser Emperador, que lo será sin duda (segun van encaminadas sus cosas) que no se lo arranquen como quiera, y que le duela, y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor, replicò Sancho Panza, yo imagino, que es bueno mandar, aunque sea un ható de ganado. Con vos me entieren, Sancho Panza, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero, que fereis tal Governador, como vuestro juicio promete, y quedese esto aquí; y advertid, que mañana en esse mismo dia aveis de ir al Gobierno de la Infula, y esta tarde os acomodarán de el traje conveniente que aveis de llevar, y de todas las cosas necessarias à vuestra partida. Vistanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido serè Sancho Panza. Así es verdad, dixo el Duque; pero los trages se han de acomodar con el oficio, ò dignidad que se professa, que no sería bien que un Jurisperito se vistiese como Soldado, ni un Soldado como un Sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitan; porque en la Infula que os doy, tanto son menester las armas, como las letras, y las letras, como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sè el A. B. C. pero bastame tener el Christus en

la memoria para ser buen Governador. De las armas manejarè las que me dieren, hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quixote, y sabiendo lo que passaba, y la celeridad con que Sancho se avia de partir à su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con èl à su estancia, con intencion de aconsejarle como se avia de aver en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerrò tras si la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentasse junto à èl, y con reposada voz le dixo:

— Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo aya encontrado con alguna buena dicha, te aya salido à tí à recibir, y à encontrar la buena ventura: yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo, ni como no, se halla con el cargo, y oficio, que otros muchos pretendieron; y aqui encaxa, y entra bien el decir, que ay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un potro, sin madrugar, ni tras-

nochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado, de la Andante Cavalleria, sin mas, ni mas te ves Governador de una Insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ò Sancho, para que no atribuyas à tus merecimientos la merced recibida, sino que d'is gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darà à la grandeza que en si encierra la profesion de la Cavalleria Andante. Dispuesto, pues, el corazon à creer lo que te he dicho, està, ò hijo, atento à este tu Catòn, que quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que te encamine, y saque, à seguro puerto de este mar proceloso, donde vàs à engolfarte, que los officios, y grandes cargos no son otra cosa, sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ò hijo, has de temer à Dios, porque en el temerle està la sabiduria; y siendo sabio, no podràs errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte à ti mismo, que es el mas dificil conocimiento que puede imaginarte: de el conocerte saldrà el no hincharte como la rana, que quiso igualarte con el buey; que si esto haces, vendràs à ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de aver guardado puercos en tu tierra. Asi es la verdad, respondiò Sancho, pero fue quando muchacho; pero despues algo hombrecillo, ganfos

fueron los que guardè, que no puercos; pero esto pareceme à mi, que no hace al caso, que no todos los que gobiernan, vienen de casta de Reyes. Asi es verdad, replicò Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa, de que no ay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir, que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrà à correr: y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos, que de baxa extirpe nacidos, han subido à la suma Dignidad Pontificia, è Imperatoria: y de esta verdad te pudiera traer tantos exemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por mediò à la virtud, y te precias hacer hechos virtuosos, no ay para que tener envidia à los que los tienen Principes, y Señores, porque la sangre te hereda, y la virtud se adquiere; y la virtud vale por si sola, lo que la sangre no vale.

Siendo esto assi, como lo es, que si acaso viniere à verte quando estes en tu Insula alguno de tus parientes, no le deseches, ni alientes, antes le has de acoger, agasajar, y regalar, que con esto satisfaràs al Cielo, que gusta que nadie se

se desprecie de lo que él hizo, y corresponders à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si traxeres à tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten à Governos de mucho tiempo, estén sin las propias) enseñala, doctrinala, y desbastala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un Governador discreto, suele perder, y derramar una muger rustica, y tonta.

Si acaso enviudares, (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo, y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que todo aquello que la muger del Juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que suele tener mucha calidad con los ignorantes, que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasión las lagrimas del pobre; pero no mas justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promessas, y dadivas del rico, como por entre los follozos, y importunidades del pobre.

Quando pudiere, y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la tama-

del Juez rigoroso; que la de el compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiva; sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algùn pleyto de algùn tu enemigo; aparta las mientes de tu injuria, y ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa agena, que los yerros que en ella hicieres, las mas veces serán sin remedio; y si le tuvieres, será à costa de tu credito, y aún de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere à pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la substancia de lo que pide; si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al deudichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado, que cayere debajo de tu jurisdiccion, considera el hombre miserable sujeto à las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo quanto fuere de tu parte, sin hacer agravio à la contraria, muestrale piadoso, y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece, y campea, à nuestro ver, el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas sigues, Sancho, seràn luengos tus días, tu fama serà eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casaràs tus hijos como quisieres, títulos tendràn ellos, y tus nietos, viviràn en paz, y beneplacito de las gentes, y en los últimos passos de la vida te alcanzará el de la muerte en la vejez suave, y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus terceros nietezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos, que han de adornar tu alma; escucha aora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAP. XLIII. *De los consejos segundados, que dió Don Quixote à Sancho Panza.*

Quien oyera el pasado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda, y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente dispartaba en tocandole en la Cavalleria, y en los demás discursos mostraba tener claro, y defendadísimo entendimiento, de manera, que à cada passo desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundados documentos, que dió à Sancho, mostrò tener gran donayre, y puso su discrecion, y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y pro-

curaba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos à buen parto de la preñez de su Gobierno. Prosiguió, pues, Don Quixote, y dixo:

En lo que toca à como has de gobernar tu persona, y casa, Sancho, lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer, como algunos hacen, à quien su ignorancia les ha dado à entender, que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento, y añadidura, que se dexan de cortar, fuesse uña, siendo antes garras de cernicalo lagartigero, puerco, y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido, y floxo, que el vestido descompuesto dà indicios de animo desmazelado, si yà la descompostura, y floxedad no cae debaxo de focarroneria, como se juzgò en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso à lo que pudiere valer tu officio; y si se ofreciere que dès librea à tus criados, dásele honesta, y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis pages, viste tres, y otros tres pobres, y así tendrás pages para el Cielo, y para el suelo; y este nuevo modo de dàr librea no lo alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria: anda despacio, y habla con

reposito ; pero no de manera , que parezca que te escuchas à ti mismo , que toda afectacion es mala.

Come poco , y cena mas poco , que la salud de todo el cuerpo se fragua en lo oficina del estomago.

Sè templado en el beber , considerando , que el vino demasiado , ni guarda secreto , ni cumple palabra.

Tèn cuenta , Sancho , de no mascar à dos carrillos , ni de erutar delante de nadie. Ello de erutar no entiendo , dixo Sancho ; y D. Quixote le dixo : Erutar , Sancho , quiere decir regoldar , y este es uno de los mas torpes vocablos , que tiene la lengua Castellana , aunque es muy significativo ; y assi , la gente curiosa se ha acogido al Latin , y al regoldar dicen erutar , y à los regueldos erutaciones ; y quando algunos no entiendan estos terminos , importa poco , que el uso los irà introduciendo con el tiempo , que con facilidad se entiendan ; y esto es enriquecer la lengua , sobre quien tiene poder el vulgo , y el uso. En verdad , señor , dixo Sancho , que uno de los consejos , y avisos , que pienso llevar en la memoria , ha de ser el de no regoldar , porque lo suelo hacer muy à menudo. Erutar , Sancho , que no regoldar , dixo Don Quixote. Erutar dirè de aqui adelante ; respondiò Sancho , y à fee que no se me olvide.

Tambien , Sancho , no has de mezclar en tus platicas la muchedumbre de refranes que fueres ; que puesto que los refranes son sen-

tencias breves , muchas veces las traes tan por los cabellos , que mas parecen disparates , que sentencias. Ello Dios lo puede remediar , respondiò Sancho , porque sè mas refranes , que un libro , y vienen-seme tantos juntos en la boca , quando hablo , que riñen por salir unos con otros ; pero la lengua vè arrojando los primeros que encuentra , aunque no vengàn à pelo ; mas yo tendrè cuenta de aqui adelante de decir los que convengàn à la gravedad de mi cargo , que en casa llena presto se guisa la cena , y quien destaja no baraja , y à buen salvo està el que repica , y el dâr , y el tener fesso ha menester. Ello sî , Sancho , dixo Don Quixote , encàxa , enfarta , y enhila refranes , que nadie te vè à la mano : castigame mi madre , y yo trompogelas ; estoyte diciendo , que escuches refranes , y en un instante has echado aqui una letania de ellos , que assi quadran con lo que vamos tratando , como por los cerros de Ubeda. Mira , Sancho , no te digo yo , que parece mal un refràn traído à propósito ; pero cargar , y enfatar refranes à troche moche , hace la platica desmayada , y baxa.

Quando subieres à cavallo , no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero , ni llesves las piernas tiesas , y tiradas , y desviadas de la barriga del cavallo ; ni tampoco vayas tan floxo , que parezca que vès sobre el rucio , que el andar à cavallo , à unos
hace

hace Cavalleros, y à otros cavallerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el Sol no goza del día; y advierte, ò Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al termino, que pide un buen deseo.

Este ultimo consejo, que agora darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho, que los que hasta aqui te he dado, y es:

Que jamás te pongas à disputar de linages, à lo menos comparandolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor; y del que abatieres serás aborrecido, y del que levatares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, greguescos, ni por pienso, que no les están bien, ni a los Cavalleros, ni à los Governadores.

Por agora esto se me ha ofrecido que aconsejarte, andará el tiempo, y segun las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo, que todo quanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas; pero de que han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no de-

xarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero estos vadulaques, y enredos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas de ellos, que de las nubes de antaño; y así será menester que se me den por escrito; que puesto que no se leer, ni escribir, yo se los daré à mi Confesor, para que me los encaxe, y recapacite quando fuere menester. Hà pecador de mí, respondió Don Quixote, y qué mal parece en los Governadores el no saber leer, ni escribir! Porque has de saber, ò Sancho, que no saber un hombre leer, ò ser zurdo, arguye una de dos cosas, ò que fue hijo de padres demasiado de humildes, y baxos, ò èl tan travieso, y malo, que no pudo entrar en el buen uso, ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendielles à firmar liquiera. Bien se firmar mi nombre, respondió Sancho, que quando fui Priorste en mi Lugar, aprendí à hacer unas letras como de marca de fardo, que decian, que decia mi nombre; quanto mas, que fingiré que tengo tollida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo ay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo haré lo que quisere; quanto mas, que el que tiene el padre Alcalde, y siendo yo Governador, que es mas que ser Alcalde, llegaos, que la dexan ver, no sino popen, y calo-

ñen-

ñenme , que vendrán por lana , y bolverán trasquilados ; y à quien Dios quiere bien , la casa le sabe , y las necedades del rico , por sentencias paffan en el mundo ; y fiendolo yo , fiendo Governador , y juntamente liberal , como lo pienfo fer , no avrà falta que se me parezca. No fino haceos miel , y paparos han moscas ; tanto vales , quanto tienes , decia una mi ague-
la ; y del hombre arraygado no te veràs vengado. O maldito seas de Dios , Sancho , dixo à esta fa-
zon Don Quixote , fefenta mil Satanafes te lleven à ti , y à tus refranes , una hora hà que los estàs enfar-
tando , y dandome con cada uno tra-
gos de tormento. Yo te aseguro , que estos refranes te han de llevar un dia à la horca : por ellos te han de quitar el Gobierno tus vassa-
llos , ò ha de aver entre ellos Com-
unidades. Dime , donde los ha-
llas , ignorante ? O como los apli-
cas , mentecato ? Que para decir
yo uno , y aplicarle bien , fudo , y
trabajo como si caballe. Por Dios ,
señor nuestro amo , replicò San-
cho , que vuestra merced se quexa
de bien pocas cosas. A que diablos
se pudre de que yo me sirva de mi
hacienda , que ninguna otra ten-
go , ni otro caudal alguno , fino
refranes , y mas refranes ; y aora
se me ofrecen quatro , que venian
aqui pintiparados , ò como peras
en tabaque ; pero no los dirè , por-
que al buen callar llaman Sancho.
Este Sancho no eres tù , dixo Don
Quixote , porque no solo no eres

buen callar , fino mal hablar , y
mal pensar ; y con todo esto quier-
ria saber , que quatro refranes te
ocurrían aora à la memoria , que
venían aqui à proposito ? que yo
ando recorriendo la mia , que la
tengo buena , y ninguno se me
ofrece. Que mejores , dixo San-
cho , que entre dos muelas corda-
les , nunca pongas tus pulgares ? Y
à idos de mi casa , y que quereis
con mi muger , no ay responder.
Y si dà el cantaro en la piedra , ò
la piedra en el cantaro ; mal para
el cantaro : todos los quales vienen
à pelo. Que nadie se tome con su
Governador , ni con el que le man-
da , porque saldrà lastimado , co-
mo el que pone el dedo entre dos
muelas cordales , (y aunque no sean
cordales , como sean muelas , no
importa) y à lo que dixere el Go-
vernador , no ay que replicar , co-
mo al salios de mi casa , y que que-
reis con mi muger : pues lo de la
piedra en el cantaro , un ciego lo
verà. Así , que es menester , que
el que ve la mota en el ojo age-
no , vea la viga en el fuyo , por-
que no se diga por el : Espantòse
la muerte de la degollada ; y vues-
tra merced sabe bien , que mas sa-
be el necio en su casa , que el cuer-
do en la agena. Esto no , Sancho ,
respondiò Don Quixote , que el
necio , en su casa , ni en la agena
sabe nada , à causa , que sobre el
aumento de la necedad no asien-
ta ningun discreto edificio ; y de-
xemos esto aqui , Sancho , que si
mal governares , tuya será la culpa ,

y mia la verguenza: mas confue-
lome, que he hecho lo que de-
bia en aconsejarte con las veras,
y con la discrecion à mi possible;
con esto salgo de mi obligacion, y
de mi promessa. Dios te guie, San-
cho, y te gobierne en tu Gover-
no, y à mi me saque del escrupu-
lo que me queda, que has de dir
con toda la Insula patas arriba,
cosa que pudiera yo escusar con
deserubir al Duque quien eres,
diciendole, que toda esta gordu-
ra, y esta personilla que tienes, no
es otra cosa, que un costal lleno
de refranes, y de malicias. Señor,
replicò Sancho, si à vuestra mer-
ced le parece que no soy de pro-
para este Gobierno, desde aqui le
suelto, que mas quiero un solo ne-
gro de la uña de mi alma, que à
todo mi cuerpo, y así me susten-
tarè Sancho à secas con pan, y ce-
bolla, como Governador con per-
dices, y capones; y mas, que mien-
tras se duerme, todos son iguales,
los grandes, y los menores, los
pobres, y los ricos; y si vuestra
merced mira en ello; verà, que
solo vuestra merced me ha puesto
esto de gobernar, que yo no sè mas
de gobierno de Insulas, que un
buytre; y si se imagina, que por
ser Governador me ha de llevar el
diablo, mas quiero ir Sancho al
Cielo, que Governador al Infer-
no. Por Dios, Sancho, dixo Don
Quixote, que por solas estas ulti-
mas razones que has dicho, juzgo
que meroces ser Governador de mil
Insulas: buen natural tienes, sin el

qual no ay ciencia que valga: en-
comiendate à Dios, y procura no
errar en la primera intencion; quie-
ro decir, que siempre tengas in-
tento, y firme proposito de acertar
en quantos negocios te ocurrieren,
porque siempre favorece el Cielo
los buenos deseos; y vamosos à
comer, que creo que yà estos se-
ñores nos aguardan.

CAP. XLIV. *Como Sancho Panza
fue llevado al Gobierno, y de la
estraña aventura, que en el Cas-
tallo sucedió à Don Quixote.*

Dícen, que en el proprio ori-
ginal de esta historia se lee,
que llegando Cide Hamete à es-
cribir este capitulo, no le traduxo
su Interprete como el le avia es-
crito, que fue un modo de quexa
que tuvo el Moro de si mismo,
por aver tomado entre manos una
historia tan seca, y tan limitada
como esta de Don Quixote, por
parecerle, que siempre avia de ha-
blar de el, y de Sancho, sin oisar
estenderse à otras digresiones, y
episodios mas graves, y mas en-
tretenidos; y decia, que el ir siem-
pre atenido el entendimiento, la
mano, y la pluma à escribir de
un solo sugeto, y hablar por las
bocas de pocas personas, era un
trabajo inoportable, cuyo fru-
to no redundaba en el de su Au-
tor; y que por huir de este incon-
veniente, avia usado en la pri-
mera Parte del artificio de algunas
Novelas, como fueron las del Cu-
rio-

rioso Impertinente , y la del Capitan Cautivo , que están como separadas de la historia , puesto que las demás , que allí se cuentan , son casos sucedidos al mismo Don Quixote , que no podian dexar de escribirse. Tambien pensò , como él dice , que muchos , llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote , no la darian à las Novelas , y passarian por ellas , ò con prisa , ò con enfado , sin advertir la gala , y artificio , que en sí contienen ; el qual se mostrarà bien al descubier- to , quando por sí solas , sin arri- marse à las locuras de Don Qui- xote , ni à las sandeces de Sancho , salieran à luz ; y así , en esta se- gunda Parte no quiso ingerir No- velas sueltas , ni pegadizas , sino algunos episodios que lo parecief- sen , nacidos de los mismos su- cessos , que la verdad ofrece , y aun estos limitadamente , y con solas las palabras que bastan à de- clararlos : y pues se contiene , y cierra en los estrechos limites de la narracion , teniendo habilidad , suficiencia , y entendimiento para tratar de el Universo todo , pide no se desprecie su trabajo , y se le den alabanzas , no por lo que escribe , sino por lo que ha dexa- do de escribir ; y luego prosigue la historia , diciendo : Que en aca- bando de comer Don Quixote el dia que diò los consejos à San- cho , aquella tarde se los diò es- critos , para que él buscase quien se los leyelle ; pero apenas se los

huvo dado , quando se le cave- ron , y vinieron à manos del Du- que , que los comunicò con la Du- quesa , y los dos se admiraron de nuevo de la locura , y del inge- nio de Don Quixote ; y así , lle- vando adelante sus burlas , aquella tarde embiaron à Sancho , con mu- cho acompañamiento , al Lugar , que para él avia de ser Insula. Aca- ciò , pues , que el que le llevaba à cargo era un Mayordomo de el Duque , muy discreto , y muy gra- cioso , que no puede aver gracia donde no ay discrecion , el qual avia hecho la persona de la Con- desa Trifaldi con el donayre que queda referido ; y con esto , y con ir industriado de sus señores , de como se avia de aver con Sancho , saliò con su intento maravilloso- mente. Digo , pues , que acacciò , que así como Sancho viò al tal Mayordomo , se le figurò en su rostro el mismo de la Trifaldi , y bolviendose à su señor , le dixo : Señor , ò à mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy , en justo , ò en creyente , ò vuestra merced me ha de confessar , que el rostro de este Mayordomo del Duque , que aqui està , es el me- smo de la Dolorida. Mirò D. Qui- xote atentamente al Mayordomo , y aviendole mirado , dixo à San- cho : No ay para que te lleve el diablo , Sancho , ni en justo , ni en creyente , (que no sé lo que quieres decir en esto) que el ros- tro de la Dolorida es el del Ma- yordomo ; pero no por esso el Ma- yor-

yordomo es la Dolorida, que à ferlo, implicaria contradiccion muy grande, y no es tiempo agora de hacer estas averiguaciones, que feria entrarnos en intrincados laberintos: creeme amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras, que nos libre à los dos de malos Hechiceros, y de malos Encantadores. No es burla, señor, replicò Sancho, sino que denantes le oì hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Agora bien, yo callaré, pero no dexaré de andar advertido de aqui adelante, à ver si descubre otra señal, que confirme, ò deshaga mi sospetcha. Así lo has de hacer, Sancho, dixo Don Quixote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te succidiere. Saliò, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido à lo Letrado, y encima un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho à la gineta, y detrás de él, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces, y ornamentos juveniles de seda, y flamantes: belvia Sancho la cara de quando en quando à mirar su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocará con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besò las manos, y tomò la bendiccion de su señor, que se la diò con lagrimas, y Sancho la recibió

con pucheritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portò en su cargo, y en tanto atiende à saber lo que le pasó à su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegaràs los labios con risa de gimia, porque los sucesos de Don Quixote, ò se han de celebrar con admiracion, ò con risa. Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, quando Don Quixote sintiò su soledad; y si le fuera posible rogarle la comission, y quitarle el Gobierno, lo hiciera. Conociò la Duquesa su melancolia, y preguntòle, que de qué estaba triste; que si era por la ausencia de Sancho, que Escuderos, dueñas, y doncellas avia en su casa, que le servirian muy à satisfacion de su desseo. Verdad es, señora mia, respondiò Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es ella la causa principal, que me hace parecer que estoy triste: y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me hace, solamente acepto, y elcojo el de la voluntad con que se me hacen; y en lo demás suplico à vuestra Excelencia, que dentro de mi aposento consienta, y permita, que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que no ha de ser así, que le han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mi res-

pondió Don Quixote, no ferán ellas como flores, sino como espigas, que me punçen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como bolar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, dexeme, que yo me las aya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo; y en resolución, antes dormiré vestido, que consentir, que nadie me desnude. No mas, no mas, señor Don Quixote, replicó la Duquesa; por mi digo, que daré orden, que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella, no soy yo persona, que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quixote, que segun se me ha trasladado, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnudese vuestra merced, y vistale à sus solas, y à tu modo, como, y quando quisiere, que no avrà quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necessarios al menester de el que duerme à puerta cerrada, por que ninguna natural necesidad le obligue à que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente, y tan honesto Cavallero; y los be-

Part. II.

nignos Cielos infundan en el corazon de Sancho Panza, nuestro Governador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que buelva à gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo qual dixo Don Quixote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no há de aver ninguna que sea mala, ni mas venturosa: y mas conocida será en el mundo Dulcinea, por averla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas, que pueden darla los mas eloquentes de la tierra. Aora bien, señor Don Quixote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar, venga vuestra merced, y cenamos, y acostaráse temprano, que el viage, que ayer hizo de Candaya, no fue tan corto, que no aya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió Don Quixote, porque ostaré jurar à vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor passo que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover à Malabrano para deshacerse de tan ligera, y tan gentil calvaladura, y abrasarla así sin mas, ni mas. A ello se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que avia hecho à la Trifaldi, y compañía, y à otras personas, y de las maldades, que, como Hechicero, y Encantador, debia de aver cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como à principal, y que

Q mas

mas le traía desahogado, vagando de tierra en tierra, abrasó à Clavileño, que con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quixote à la Duquesa; y en cenando D. Quixote se retiró en su aposento solo, sin contentir que nadie entrasse con él à servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen, ó forzassen à perder el honesto decoro, que à su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de los Andantes Cavalleros. Cerró tras sí la puerta, y à la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse (ó desgracia, indigna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa, que desacreditassen la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosia; affligióse en extremo el buen señor, y dió el por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata, digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Penengeli, y escribiendo dixo: O pobreza, pobreza! No sé yo con que razon se movió aquel gran Poeta Cordovés à llamarte divina tanta desagradecida; yo, aunque Moro, bien sé, por la comunicacion que he tenido con Christianos; que la santidad consiste en la Caridad, Humildad, Fé, Obediencia, y Pobreza; pero con todo esto digo, que ha de tener mucho de

Dios el que se viniere à contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas como si no las tuviesedes, y à esto llaman pobreza de el espiritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) por qué quieres estrellarte con los hidalgos, y bien nacidos, mas qué con la otra gente? Por qué los obligas à dár pantalla à los zapatos, y à que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echarà de ver, que es antiguo el uso del almidón, y de los cuellos abiertos) y prosiguió: Miserable del bien nacido, que và dando pisotos à su honra, comiendo mal, y à puerta cerrada, haciendo hypocrita al palillo de dientes, con que sale à la calle despues de no aver comido cosa que le obligue à limpiarlos! Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa, que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovó à Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver, que Sancho le avia dexado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo, y petaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de

la irreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los puntos; aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria, que un hidalguito puede dár en el discurso de su proxima estrechez. Mató las velas, hacia caber, y no podia dormir; levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja; que daba sobre un hermoso jardin; y al abrirla, sintió, y oyó, que andaba, y hablaba gente en el jardin: puso-se à escuchar atentamente, levantaron la voz los de abaxo, tanto, que pudo oír estas razones:

No me porfies (ò Emerencia!) que cante, pues sabes, que desde el punto que este forastero entró en este Castillo, y mis ojos le miraron yo no sé cantar, sino llorar: quanto mas, que el sueño de mi señora tiene mas de ligero, que de pesado, y no querria que nos hallasse aqui por los tesoros del mundo; y puesto caso, que durmielle, y no despertasse, en vano seria mi canto, si duerme, y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado à mis regiones para dexarme escarnekida. No des en esso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa, y quantos ay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon, y el despertador de tu alma, porque aora senti que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono baxo, y suave, al sòn de tu harpa; y

quando la Duquesa nos sienta, le echarèmos la culpa al calor que hace. No està en esso el punto, ò Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria, que en mi canto descubrielle mi corazon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto empezó à tocar una harpa suavissimamente; oyendo lo qual D. Quixote quedó pasmado, por que en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras, semejantes à aquellas de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de cavallerias avia leído: luego imaginò, que alguna doncella de la Duquesa estava de el enamorada, y que la honestidad la forzaba à tener secreta su voluntad; temió no le rindielle, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer; y encomendandose de todo buen animo, y buen talante à su señora Dulcinea del Toboso, determinò de escuchar la musica; y para dar à entender que alli estava, diò un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que no deseaban otra cosa sino que Don Quixote las oyesse. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora diò principio à este Romance:

O tú, que estás en tu lecho
entre sabanas de Olanda,
durmiendo à pierna tendida,
de la noche à la mañana.

Cavallero el mas valiente,
que ha producido la Mancha,
mas honesto, y mas bendito,
que el oro fino de Arabia.

Oye à una triste doncella,
bien crecida, y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
y agenas defdicias hallas,
dàs las feridas, y ólegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
ò en las Montañas de Xaca?

Si sierpes te dieron leche?
si à dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas,
y el horror de las Montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza, y sana,
preciasse de que ha venido
à una tygre, y fiero brava.

Por esto será famosa,
desde Henarès à Jarama,
desde el Tajo à Manzanares,
desde Pisuegna hasta Arlanza.

Trocàrame y ó por ella,
y diera encima una sayá
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.

O quien se viera en tus brazos,
ò si no junto à tu cama,
tascandote la cabeza,
y matandote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada.

los pies quisiera traerte,
que à una humilde esto le basta.

O que de cofias te diera,
que de escarpines de plata,
que de calzas de damasco,
que de herrueruelos de olanda!

Que de finisimas perlas,
cada qual como una agalla,
que à no tener compañeras,
las solas fueran llamadas.

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron Manchegò del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, doncella tierna,
mi edad de quince no passa,
catorcé tengo, y tres meses,
te juro en Dios, y en mi alma.

No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque en mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al Cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,
que à la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.

Estas, y otros gracias mias
son despojo de tu aljaba,
de esta casa soy doncella,
y Altifidora me llaman.

Aqui diò fin el canto de la mal
ferida Altifidora, y comenzò el
allombro del requerido Don Qui-
xote,

xote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí:

Que tengo de ser tan desdichado Andante, que no ha de aver doncella que me mire, que de mí no se enamore? Que tenga de ser tan corta de ventura la fin par Dulcinèa del Tosofo, que no la han de dexar à solas gozar de la incomparable firmeza mía? Qué la quereis, Reynas? A qué la perseguís, Emperatrices? Para qué la acosáis, doncellas de à catorce à quinze años? Dexad, dexad à la miserable, que triunfe, se goce, y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma. Mirad caterva enamorada, que para sola Dulcinèa soy de massa, y de alfeñique, y para todas las demàs soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acibar; para mi sola

Dulcinèa es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda, y la bien nacida, y las demàs las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage; para ser yo suyo, y no de otra alguna me arrojò la naturaleza al mundo: llore, ò cante Altifidora, desesperese Madama, por quien me aporrearon en el Castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinèa, cocido, ò assado, limpio, bien criado, y honesto, à pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerrò de golpe la ventana, y despechado, y pesaroso, como si le huziera acontecido alguna gran desgracia, se acostò en su lecho, donde le dexarèmos por aora, porque nos està llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio à su famoso Gobierno.



CAP. XLV. De como el gran Sancho Panza tomò la possession de su Insula,
y del modo que comenzò à gobernar.



O Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo de el Cielo, menço dulce de las cantimploras! Tiffbric aqui, Febo alli, tirador acá, Medico acullà, padre de la Poesia, inventor de la Musica; tu, que siempre sales, y (aunque lo parece) nunca te pones. A ti te digo, ò Sol, con cuya ayuda el hombre engendra el hombre; à ti digo, que me favorezcas, y alumbres la obscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me

fiento tibio, desfazalado, y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho à un Lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia: dieronle à entender, que se llamaba la Insula Barataria, ò yà porque el Lugar se llamaba Baratario, ò yà por el barato con que se le avia dado el Gobierno. Al llegar à las puertas de la Villa, que era cercada, salió el Regimiento del Pueblo à recibirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegria, y

con

con mucha pompa le llevaron à la Iglesia Mayor à dár gracias à Dios; y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del Pueblo, y le admitieron por perpetuo Governador de la Infula Barataria. El traje, las barbas, la gordura, y pequenez de el nuevo Governador tenia admirada à toda la gente, que el bufilis del cuento no sabia, y aun à todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en facandole de la Iglesia, le llevaron à la silla del Juzgado, y le sentaron en ella, y el Mayordomo de el Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Infula, señor Governador, que el que viene à tomar possession de esta famosa Infula, està obligado à responder à una pregunta, que se le hiciere, que sea algo intrincada, y dificultosa, de cuya respuesta el Pueblo toma, y toca el pulso de el ingenio de su nuevo Governador; y assi, ò se alegra, ò se entristece con su venida. En tanto que el Mayordomo decia esto à Sancho, estava el mirando unas grandes, y muchas letras, que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como el no sabia leer, preguntò, que eran aquellas pinturas, que en aquella pared estaban? Fuele respondido: Señor, alli està escrito, y notado el dia en que V. S. tomò possession de esta Infula, y dice el epitafio: *Oy dia à tantos de tal mes, y de tal año, tomó la possession de esta Infula el señor Don Sancho Panza,*

que muchos años la goce. Y à quien llaman Don Sancho Panza? preguntò Sancho. A V. S. respondió el Mayordomo, que en esta Infula no ha entrado otro Panza, sino el que està sentado en esta silla. Pues advertid, hermano, dixo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha avido, Sancho Panza me llaman à focas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones, ni donas, y yo imagino, que en esta Infula debe de aver mas dones que piedras; pero basta, Dios me entienda, y podrá ser, que si el Gobierno me dura quatro dias, yo escardarè estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Passé adelante con su pregunta el señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor que supiere, ora se entristezca, ò no se entristezca el Pueblo. A este instante entraron en el Juzgado dos hombres, el uno vestido de Labrador, y el otro de Sastre, porque traia unas tixerias en la mano, y el Sastre dixo: Señor Governador, yo, y este hombre Labrador venimos ante vuestra merced, en razon que este buen hombre llegó à mi tienda ayer, que yo, con perdon de los presentes, soy Sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniendome un pedazo de paño en las manos, me preguntò: Señor, avria en este paño hártto para hacerme una caperuza? Yo, tomando el paño, le

respondi, que sí: él debióse de imaginar, à lo que yo imagino, è imaginè bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte de el paño, fundandose en su malicia, y en la mala opinion de los Sastres: y replicòme, que mirasse si avria para dos: adivinèle el pensamiento, y dixele, que sí; y el Cavallero en su dañada, y primera intencion fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo fies, hasta que llegamos à cinco caperuzas, y agora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, è buelva su paño. Es todo esto así, hermano? preguntò Sancho. Si señor, respondió el hombre; pero haga le vuestra merced, que muestre las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana, respondió el Sastre; y faciendo en continente la mano debaxo de el herruelo, mostrò en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: He aqui las cinco caperuzas, que este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia, que no me ha quedado nada de el paño; y yo darè la obra à vista de Veedores de el oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y de el nuevo pleyto. Sancho se puso à considerar un poco, y dixo: Pareceme, que en este pleyto no ha de aver largas dilaciones, sino juzgar luego à juicio de buen varon; y así yo doy por

sentencia, que el Sastre pierda las hechuras, y el Labrador el paño, y las caperuzas se lleven à los presos de la carcel; y no aya mas. Si la sentencia que se referirà despues de la bolsa del ganadero movió à admiracion à los circunstantes, esta le provocò à rifa, pero en fin se hizo lo que mandò el Governador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traía una cañaheja por baculo; y el fin baculo, dixo: Señor, à este buen hombre le prestè dias hà diez escudos de oro; en oro, por hacerle placer, y buena obra; con condicion, que me los bolviessè quando se los pidiesse: passaronse muchos dias sin pedirselos, por no ponerle en mayor necesidad de bolvermelos, que la que él tenia quando yo se los prestè; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una, y muchas veces; y no solamente no me los buelve, pero me los niega, y dice, que nunca tales diez escudos le prestè: y que si se los prestè, que yà me los ha buelto: yo no tengo refligos, ni del prestamo, ni de la buelta, porque no me los ha buelto: querria que vuestra merced le tomalle juramento, y si jurare que me los ha buelto, yo se los perdono para aqui, y para delante de Dios. Què decis vos à esto, buen viejo del baculo? dixo Sancho. A lo que dixo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestò, y baxe vuestra merced esta vara; y pues él lo dexa en mi juramen-

mento, yo juraré como se los he buelto, y pagado real, y verdaderamente. Baxò el Governador la vara, y en tanto el viejo de el baculo diò el baculo al otro viejo, que se le tuviesse en tanto que juraba, como si le embarazara mucho; y luego puso la mano en la Cruz de la vara, diciendo, que era verdad que se le avian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que èl se los avia buelto de su mano à la fuya; y que por no caer en ello se los bolvia à pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntò al acreedor, què respondia à lo que decia su contrario? Y dixo, que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien, y buen Christiano, y que à èl se le debia de aver olvidado el como, y quando se los avia buelto, y que desde alli en adelante jamàs le pediria nada. Tornò à tomar su baculo el deudor, y baxando la cabeza, se falliò de el Juzgado. Visto lo qual Sancho, y que sin mas, ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia de el demandante, inclinò la cabeza sobre el pecho, y poniendote el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzò la cabeza, y mandò que llamassen al viejo del baculo, que yà se avia ido. Traxeronsele, y en viendole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, esse baculo, que se he menester.

De muy buena gana, respondiò el viejo, hele aqui, señor, y puso-sele en la mano: tomòle Sancho, y dandosele al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que yà vais pagado. Yo, señor: respondiò el viejo; pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sì, dixo el Governador, ò si no, yo foy el mayor porro de el mundo, y aora se verà si tengo yo caletre para gobernar todo un Reyno, y mandò, que alli delante de todos se rompiesse, y abrielle la caña. Hizose assi, y en el corazon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron à su Governador per un nuevo Salomòn. Preguntaron, de donde avia colegido, que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos? Y respondiò, que de averle visto dàr el viejo que juraba à su contrario aquel baculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los avia dado real, y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornò à pedir el baculo, le vino à la imaginacion, que dentro de èl estava la paga de lo que pedian; de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas, que èl avia oido contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que èl tenia tan gran memoria, que à no olvidarfele todo aquello que querria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Insula. Final-

nalmente, el un viejo corrido, y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados; y el que escribía las palabras, hechos, y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse, si le tendria, ò pondria por tonto, ò por discreto. Luego, acabado este pleyto, entrò en el Juzgado una muger, asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor Governador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la irè à buscar al Cielo. Señor Governador de mi anima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de esse campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado; y (desdicha de mí) me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años hà, defendiendolo de Moros, y Christianos, de Naturales, y Estrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservandome entera, como la salamanquesa en el fuego, ò como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegasse aora con sus manos limpias à manosearme. Aun esto està por averiguar, si tiene limpias, ò no las manos este galán, dixo Sancho; y bolviendose al hombre, le dixo, que què decia, y respondia à la querrela de aquella muger? El qual todo turbado, respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia de este

Lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas, y focaliñas poco menos de lo que ellos valian: bolviame à mi Aldèa, topè en el camino à esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cuece, hizo que yo-gallemos juntos, paguela lo suficiente, y ella mal contenta asidò de mí, y no me ha dexado hasta traerme à este puesto: dice que la forcè, y miente, para el juramento que hago, ò pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el Governador le preguntò, si traía consigo algun dinero en plata? El dixo, que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero; mandò que la sacasse, y se la entregasse así como estava à la querellante, èl lo hizo temblando. Tomòla la muger, y haciendo mil zalemas à todos, y rogando à Dios por la vida, y salud del señor Governador, que así miraba por las huerfanas menesterosas, y doncellas: y con esto se salió del Juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero mirò si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dixo al ganadero, que yà se le saltaban las lagrimas, y los ojos, y el corazon se iba tràs su bolsa: Buen hombre, id tràs aquella muger, y quitarle la bolsa, aunque no quiera, y bolved aqui con ella, y no lo dixo à tonto, ni à tordo, porque luego partiò

tiò como un rayo , y fue à lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos , esperando el fin de aquel pleyto ; y de allí à poco bolvieron el hombre , y la muger , mas alidos , y aferrados , que la vez primera : ella la saya levantada , y en el regazo puesta la bolsa , y el hombre pugnando por quitarfela ; mas no era posible , segun la muger la defendia , la qual daba voces , diciendo : Justicia de Dios , y del mundo , mire vuestra merced , señor Governador , la poca verguenza , y el poco temor de este defalmado , que en mitad de poblado , y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa , que V. md. mandò darme. Y haosla quitado ? preguntò el Governador. Còmo quitar ? respondiò la muger , antes me dexara yo quitar la vida , que me quiten la bolsa : bonita es la niña , otros gatos me han de echar à las barbas , que no este desventurado , y asqueroso : tenazas , y martillos , mazos , y escoplos no seràn bastantes à sacarmela de las uñas , ni aun garras de leones , antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon , dixo el hombre , y yo me doy por rendido , y sin fuerzas , y confieso , que las mías no son bastantes para quitarfela ; y dexòla. Entonces el Governador dixo à la muger: Mos-

trad , honrada , y valiente ; essa bolsa. Ella se la diò luego , y el Governador se la bolviò al hombre , y dixo à la esforzada , y no forzada : Hermana mia , si el mismo aliento , y valor que aveis mostrado para defender esta bolia , le mostrarades , y aun la mitad menos , para defender vuestro cuerpo , las fuerzas de Hercules no os hicieran fuerza : andad con Dios , y mucho de en hora mala , y no pareis en toda esta Insula , ni en seis leguas à la redonda , so pena de doscientos azotes : andad luego , digo , churrillera , desvegonzada , y embaydora. Espantòse la muger , y fuèse cabizbaxa , y mal contenta , y el Governador dixo al hombre : Buen hombre , andad con Dios à vuestro Lugar con vuestro dinero , y de aqui adelante , si no le quereis perder , procurad , que no os venga en voluntad de bogar con nadie. El hombre le diò las gracias lo pecc que supo , y fuèse ; y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios , y sentencias de su nuevo Governador. Todo lo qual notado de su Chronista , fue luego eserito al Duque , que con gran deseo le estaba esperando. Y quedese aqui el buen Sancho , que es mucha la priesa que nos dà su amo , alborozado con la musica de Altifidora.



CAP. XLVI. Del temeroso espano cenceril, y garuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada.



DExamos al gran Don Quixote embuelto en los pensamientos que le avian causado la musica de la enamorada doncella Altisidora: acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni solegar un punto, y juntabansele los que le saltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no ay barranco que le detenga, corrió cavallero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por D. Quixote, dexò las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzò sus bo-

ras de camino, por encubrir la desgracia de sus medias, arrojóse encima su manto de escariata, y puso en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasifamos de plata: colgó el tahali de sus ombros con su buena, y tajadora espada; asió un gran Rosario, que consigo continuo traía, y con gran propoppeya, y contoneo, salió à la antefala, donde el Duque, y la Duquesa estaban yà vestidos, y como esperandole: y al passár por una galeria estaban à poste esperandole Altisidora, y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió

à Don Quixote, fingiò desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba à desabrochar el pecho. Don Quixote que lo viò, llegando à ellas, dixo: Ya yo sè de què proceden estos accidentes. No sè yo de què, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto hà que la conozco; que mal aya quantos Cavalteros Andantes ay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: vayase vuestra merced, señor Don Quixote, que no bolverà en si esta pobre niña, en tanto que vuestra merced aqui estuviere. A lo que respondió Don Quixote: Haga vuestra merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolarè, lo mejor que pudiere, à esta lastimada doncella, que en los principios amorosos, los desengaños presto suelen ser remedios calificadas; y con esto se fue, porque no fuè notado de los que alli le viessen: no se hubo bien apartado, quando bolviendò en si la desmayada Altisidora, dixo à su compañera: Menester serà, que se le ponga el laud, que sin duda Don Quixote quiere darnos musica, y no serà mala, siendo suya. Fueron luego à dár cuenta à la Duquesa de lo que passaba, y del laud que pedia Don Quixote; y ella alegre sobre modo, concertò con el Duque, y con sus doncellas de hacerle una burla, que fuè mas risue-

ña, que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan aprisa, como se avia venido el dia, el qual passaron los Duques en sabrosas platicas con Don Quixote; y la Duquesa aquel dia, real, y verdaderamente, despachò à un page suyo, que avia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, à Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que avia dexado, para que se le embiasse, encargandole le traxesse buena relacion de todo lo que con ella passasse. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, hallò Don Quixote una vihuela en su aposento, templòla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin; y aviendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinandola lo mejor que supo, escupió, y remondòse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantò el siguiente Romance, que el mesmo aquel dia avia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.
Suele el cofer, y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
Que aspiran à ser catadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los Andantes Cavalleros,
Y los que en la Corte andan,
Requiebranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Ay amores de Levante,
Que entre huespedes se tratan,
Que llegan presto al Poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
Que oy llegó, y se va mañana,
Las imagenes no dexa
Bien impressas en el alma.

Pintura sobre pintura,
Ni se muestra, ni señala,
Y do ay primera belleza,
La segunda no hace baza.

Dulcinèa del Toboso,
Del alma en la tabla rasa,
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y à si mismo los levanta.

Aqui llegaba Don Quixote de su canto, à quien estaban escuchando el Duque, y la Duquesa, Altisidora, y casi toda la gente del Castillo, quando de improvisò, desde encima de un corredor, que sobre la reja de Don Quixote à plomo caía, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros atados, y luego tràs ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados à las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayor de los gatos, que aunque los Duques avian sido inventores de la

burla, todavia les sobrefaltò; y temeroso Don Quixote, quedò pasmado, y quiso la suerte, que dos, ò tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte à otra, parecia, que una legion de diablos andaba en ella; apagaron las velas, que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar, y subir de el cordel de los grandes cencerros no cessaba: la mayor parte de la gente del Castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa, y admirada. Levantòse Don Quixote en pie, y poniendo mano à la espada, comenzò à tirar estocadas por la reja, y à decir à grandes voces: Afuera, malignos Encantadores, afuera canalla hechiceresca, que yo soy D. Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y bolviendose à los gatos, que andaban por el aposento, les tirò muchas cuchilladas; ellos acudieron à la reja, y por alli se salieron, aunque unò, viendose tan acosado de las cuchilladas de Don Quixote, le saltò al rostro, le afiò de las narices con las uñas, y los dientes, por cuyo dolor Don Quixote comenzò à dàr los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron à su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Cavallero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. En-

traron con luces , y vieron la desigual pelèa ; acudiò el Duque à despartirla , y Don Quixote dixo à voces : No me le quite nadie , dexenme mano à mano con este demonio , con este hechicero , con este encantador , que yo le darè à entender de mà à el quien es Don Quixote de la Mancha. Pero el gato , no curandose de estas amenazas , gruñia , y apretaba ; mas en fin , el Duque se le desarraygò , y le echò por la reja. Quedò Don Quixote acrivado el rostro , y no muy sanas las narices , aunque muy despechado , porque no le avian dexado fenecer la batalla , que tan travada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer azeyte de Aparicio , y la misma Altisidora , con sus blanquissimas manos , le puso unas vendas por todo lo herido ; y al ponerlas , con voz baxa le dixo : Todas estas mal andanzas te suceden , empedernido Cavallero , por el pecado de tu dureza , y pertinacia , y plegue à Dios , que se le olvide à Sancho tu Escudero el azotarfe , porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinèa , ni tù la goçes , ni llegues à tàlamo con ella , à lo menos viviendo yo , que te adoro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra , sino fue dàr un profundo suspiro , y luego se tendiò en su lecho , agradeciendo à los Duques la merced , no porque el tenia temor de aquella canalla gatefca , encantadora , y cencerruna , sino porque avia conocido la buena intencion

con que avian venido à socorrerle. Los Duques le dexaron sollegar , y se fueron pesafosos del mal suceso de la burla , que no creyeron , que tan pesada , y tan costosa le falliera à Don Quixote aquella aventura , que le costò cinco dias de encerramiento , y de cama , donde le sucediò otra aventura mas gustosa que la passada , la qual no quiere su Historiador contar aora , por acudir à Sancho Panza , que andaba muy solícito , y muy gracioso en su Gobierno.

CAP. XLVII. *Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Gobierno.*

CUENTA la historia , que desde el Juzgado llevaron à Sancho Panza à un sumptuoso Palacio , adonde en una gran sala estava puesta una real , y limpiissima mesa ; y así como Sancho entrò en la sala , sonaron chirrimias , y salieron quatro pages à darle aguamanos , que Sancho recibì con mucha gravedad ; cesò la musica , sentòse Sancho à la cabecera de la mesa , porque no avia mas de aquel afsiento , y no otro servicio en toda ella. Pusose à su lado en pie un personaje , que despues mostrò ser Medico , con una varilla de vallena en la mano ; levantaron una riquissima , y blanca tohalla , con que estaban cubiertas las frutas , y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno , que parecia estudiante , echò la bendicion , y un

page puso un babador randado à Sancho ; otro , que hacia el oficio de Maestre-Sala , llegò un plato de fruta delante ; pero apenas huvo comido un bocado , quando el de la varilla , tocando con ella en el plato , se le quitaron de delante con grandissima celeridad ; pero el Maestre-Sala llegò otro de otro manjar , iba à probarle Sancho ; pero antes que llegasse à el , ni le gustasse , yà la varilla avia tocado en el , y un page alzadole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho , quedò suspenso , y mirando à todos , preguntò , si se avia de comer aquella comida como juego de Maestrecorral ? A lo que respondiò el de la vara : No se ha de comer , señor Governador , sino como es uso , y costumbre en las otras Insulas , donde ay Governadores. Yo , señor , soy Medico , y estoy afalsariado en esta Insula para serlo de los Governadores de ella , y miro por su salud mucho mas que por la mia , estudiando de noche , y de dia , y tanteando la complexion de el Governador , para acertar à curarle quando cayere enfermo ; y lo principal que hago es , assistir à sus comidas , y cenas , y dexarle comer de lo que me parece que le conviene , y à quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño , y ser nocivo al estomago ; y assi , mandè quitar el plato de la fruta , por ser demasiadamente humeda ; y el plato del otro manjar tambien le mandè quitar , por ser demasiadamente ca-

liente , y tener muchas especias , que acrecigntan la sed , y el que mucho bebe , mata , y consume el humedo radical , donde consiste la vida. De essa manera , aquel plato de perdices , que estàn alli assadas , y à mi parecer bien sazoadas , no me haràn algun daño. A lo que el Medico respondiò : Essas no comerà el señor Governador en tanto que yo tuviere vida. Pues por què dixo Sancho. Y el Medico respondiò : Porque nuestro Maestro Hypocrates , norte , y luz de la Medicina , en un aforismo suyo dice : *Omnis saturatio mala , perdix aurem pessima*. Quiere decir , toda hartazga es mala , pero la de las perdices malissima. Si esso es assi , dixo Sancho , vea el señor Doctor , de quantos manjares ay en esta mesa , qual me harà mas provecho , y qual menos daño , y dexeme comer de el , sin que me le apalce ; porque por vida del Governador , y assi Dios me le dexee gozar , que me muero de hambre , y el negarme la comida , aunque le pese al señor Doctor , y el mas me diga , antes serà quitarme la vida , que aumentarmela. Vuestra merced tiene razon , señor Governador , respondiò el Medico , y assi es mi parecer , que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados , que alli estàn , porque es manjar peliagudo : de aquella ternera , si no fuera assada , y en adobo , aùn se pudiera probar ; pero no ay para què. Y Sancho dixo : Aquel platonazo , que està mas adelante vahando , me parece que es

es olla podrida, que por la diversidad de cosas, que en las tales ollas podridas ay, no podrè dexar de topay con alguna, que me sea de gusto, y de provecho. *Abst*, dixo el Medico, vaya lexos de nosotros tan mal pensamiento: no ay cosa en el mundo de peor mantenimiento, que una olla podrida; allà las ollas podridas para los Canonigos, ò para los Retores de Colegios, ò para las bodas labradorefcas, y de xennos libres las mesas de los Governadores, donde ha de assistir todo primor, y toda atitudadura; y la razon es, porque siempre, y à do quiera, y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples, que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas si, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas lo que yo sè que ha de comer el señor Governador aora, para conservar su salud, y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadillas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estomago, y le ayuden à la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimò sobre el espaldar de la silla, y mirò de hito en hito al tal Medico, y con voz grave le preguntò, como se llamaba, y adonde avia estudiado? A lo que el respondiò: Yo, señor Governador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Aguero, y soy natural de un Lugar llamado Tirteafuera, que està entre Caraquèl, y Almodovar del Campo,

Part. II,

à la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Univeridad de Olluna. A lo que respondiò Sancho, todo encendido en colera: Pues señor Doctor Pedro Recio de mal Aguero, natural de Tirteafuera; Lugar que està à la mano derecha, como vamos de Caraquèl à Almodovar del Campo, graduado en Olluna, quiteteme luego de delante, si no voto al Sol, que tome un garrote, y que à garrotazos, comenzando por el, no me ha de quedar Medico en toda la Infula; à lo menos de aquellos que yo entiendo que son ignorantes, que à los Medicos sabios, prudentes, y discretos los pondrè sobre mi cabeza, y los honrarè como à personas divinas; y buelvo à decir, que se me vaya Pedro Recio de aqui, si no tomarè esta silla donde estoy sentado, y se la estrellarè en la cabeza, y pidanmelo en residencia, que yo me descargarè con decir, que hice servicio à Dios en matar à un mal Medico, verdugo de la Republica, y denme de comer, ò si no tomen se su Gobierno, que oficio que no dà de comer à su dueño, no vale dos habas. Alborotòse el Doctor viendo tan colerico al Governador, y quitò hazer Tirteafuera de la sala, fino que en aquel instante sonò una corneta de posta en la calle, y assomandose el Maestre-Sala à la ventana, bolviò diciendo: Correo viene del Duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entrò el Correo sudando, y asustado, y sacando un

R

plie-

pliego de el seno, le puso en las manos de el Governador, y Sancho le puso en las de el Mayordomo, à quien mandò leyesse el sobreescrito, que decia asì: *A Don Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria, en su propria mano, ò en las de su Secretario.* Oyendo lo qual Sancho, dixo: Quien es aqui mi Secretario? Y uno de los que presentes estaban, respondió: Yo, señor, porque sè leer, y escribir, y soy Vizcaino. Con essa añadida, dixo Sancho, bien podeis ser Secretario del mismo Emperador; abrid esse pliego, y mirad lo que dice. Hizolo asì el recién nacido Secretario; y aviendo leído lo que decia, dixo, que era negocio para tratarle à solas. Mandò Sancho despojar la sala, y que no quedassen en ella fino el Mayordomo, y el Maestre-Sala; y los demás, y el Medico se fueron, y luego el Secretario leyò la Carta, que asì decia:

A mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos míos, y de essa Insula, la han de dár un assalto furioso no sè que noche; conviene velar, y estar alerta, porque no los temen desapercibido. Sè tambien, por espías verdaderas, que han entrado en esse Lugar quatro personas disfrazadas para quitarnos la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega à hablaros, y no comais de cosa que yo presentaren: yo tendré cuidado de socorredos, si os vierdes en tra-

bajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. De este Lugar à 16. de Agosto, à las quatro de la mañana. Vuestro Amigo. El Duque.

Queddò atonito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes; y bolviendose al Mayordomo, le dixo: Lo que aora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser èl, y de muerte adminicula, y pèsima, como es la de hambre. Tambien dixo el Maestre-Sala: Me parece à mi, que vuestra merced no coma de todo lo que està en esta mesa, porque lo han presentado unas Monjas, y como suele decirse, detrás de la Cruz està el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por aora denme un pedazo de pan, y obra de quatro libras de ubas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo passar sin comer, y si es que hemos de estàr prompts para estas batallas, que nos amenazan, menester serà estàr bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos, Secretario, responded al Duque mi señor, y decidle, que se cumplirà lo que manda, como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos à mi señora la Duquesa, y que la suplico no se la olvide de embiar con un propio mi carta, y mi lio à mi muger Teresa Panza, que en ello recibire mucha merced, y tendré cuida-

do

do de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encaxar un besamanos à mi señor D. Quixote de la Mancha, porque vea, que soy pan-agradecido; y vos, como buen Secretario, y como buen Vizcaino, podeis añadir todo lo que quisieredes, y mas viniere à cuento; y alcenfe estos manteles, y denme à mi de comer, que yo me avendrè con quantas espías, y matadores, y Encantadores vinieren sobre mi, y sobre mi Insula. En esto entrò un page, y dixo: Aquí està un Labrador negociante, que quiere hablar à vuestra Señoria en un negocio, segun el dice, de mucha inaportancia. Eltraño caso es este, dixo Sancho, de estos negociantes: es posible, que sean tan necios, que no echen de ver, que semejantes horas como estas no son en las que han de venir à negociar! Por ventura los que governamos, los que somos Juezes, no somos hombres de carne, y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra, marmol? Por Dios, y en mi conciencia, que si me dura el Gobierno, (que no durarà, segun se me trasluce) que yo ponga en pretina à mas de un negociante. Ahora decid à esse buen hombre, que entre; pero adviertase primero no sea alguno de las espías, ò matador mio. No señor, respondió el page, porque parece un alma de cantaro, y yo sè poco, ò el es tan bueno como el buen

pan: no ay què temer, dixo el Mayordomo, que aqui estamos todos. Seria posible, dixo Sancho, Maestre-Sala, que aora, que no està aqui el Doctor Pedro Recio, que comiessa yo alguna coia de peso, y de substancia, aunque fuesse un pedazo de pan, y cebolla? Esta noche à la cena se satisfarà la falta de la comida, y quedarà vuestra Señoria satisfecho. Y pagado, dixo el Maestre-Sala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entrò el Labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno, y de buena alma. Lo primero que dixo fue: Quien es aqui el señor Governador? Quien ha de ser, respondió el Secretario, sino el que està sentado en la silla? Humillome, pues, à su presencia, dixo el Labrador, y poniendose de rodillas, le pidió la mano para besarla: negòsela Sancho, y mandò que se levantasse, y dixelle lo que quisiessè. Hizolo assi el Labrador, y luego dixo: Yo, señor, soy Labrador, natural de Miguel Turra, un Lugar, que està dos leguas de Ciudad Real. Otro Tírtiafuera tenemos? dixo Sancho; decid, hermano, que lo que yo sè decir, es, que sè muy bien à Miguel Turra, y que no està muy lexos de mi Pueblo. Es, pues, el caso, señor, prosiguiò el Labrador, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado, en paz, y en haz de la Santa Iglesia Catholica Romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, y el

mayor para Licenciado : soy viudo , porque se murió mi muger , ò por mejor decir , me la matò un mal Medico , que la purgò estando preñada ; y si Dios fuera servido que saliera à luz el parto , y fuera hijo , yo le pusiera à estudiar para Doctor , porque no tuviera embidia à sus hermanos el Bachiller , y el Licenciado. De modo , dixo Sancho , que si vuestra muger no se huviera muerto , ò la huvieran muerto , vos no fuerades aora viudo ? No señor , en ninguna manera , respondió el Labrador. Medrados estamos , replicò Sancho : adelante , hermano , que es hora de dormir , mas qua de negociar. Digo , pues , dixo el Labrador , que este mi hijo , que ha de ser Bachiller , se enamorò en el mismo Pueblo de una doncella , llamada Clara Perlerina , hija de Andrés Perlerino , Labrador riquissimo ; y este nombre de Perlerines no les viene de abo'engo , ni otra alcurnia , sino porque todos los de este linage son perlaticos , y por mejorar el nombre los llaman Perlerines ; aunque si vò à decir verdad , la doncella es como una perla Oriental : mirada por el lado derecho , parece una flor del campo : por el izquierdo , no tanto , porque la falta aquel ojo , que se la saltò de viruelas ; y aunque los hoyos del rostio son muchos , y grandes , dicen los que la quieren bien , que aquellos no son hoyos , sino sepulturas , donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia , que por no ensuciar

la cara , trae las narices , como dicen , arremangadas , que no parece fino que vàn huyendo de la boca , y con todo esto parece bien por extremo , porque tiene la boca grande , y à no faltarle diez , ò doce dientes , y muelas , pudiera passar , y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir , porque son tan sutiles , y delicados , que si se usaran alpar labios , pudieran hacer de ellos una madexa ; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente , parecen milagros , porque son jalpeados de azul , y verde , y aberengenado. Y perdoneme el señor Governador , si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin , al fin , ha de ser mi hija , que la quiero bien , y no me parece mal. Pintado lo que quisieredes , dixo Sancho , que yo me voy recreando en la pintura ; y si huviera comido , no huviera mejor postre para mi , que vuestro retrato. Esto tengo yo por servir , respondió el Labrador ; pero tiempo vendrà en que seamos , si aora no somos ; y digo , señor , que si pudiera pintar su gentileza , y la altura de su cuerpo , fuera cosa de admiracion ; pero no puede ser , à causa de que esta esta goviada , y encogida , y tiene las rodillas con la boca , y con todo esto se echa bien de ver , que si se pudiera levantar , diera con la cabeza en el techo , y yà ella huviera dado la mano de esposa à mi Bachiller , sino que no la puede estender , que està

anudada ; y con todo , en las uñas largas , y acanaladas se muestra su bondad , y buena hechura. Está bien , dixo Sancho , y haced cuenta , hermano , que yà la aveis pintado de los pies à la cabeza : què es lo què quereis aora , y venid al punto sin rodços , callejuelas , retazos , ni añadiduras ? Querria , señor , respondió el Labrador , que vuestra merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro , suplicandole sea servido de que este casamiento se haga , pues no somos desiguales en los bienes de fortuna , ni en los de la naturaleza ; porque para decir la verdad , señor Governador , mi hijo es endemoniado , y no ay dia , que tres , ò quatro veces no le atormenten los malignos espiritus , y de aver caído una vez en el fuego , tiene el rostro arrugado como pergamino , y los ojos algo llorosos , y manantiales , pero tiene una condicion de un Angel , y si no es que se aporrèa , y se dà de puñadas el mesmo à si mismo , fuera un bendito. Quereis otra cosa , buen hombre ? replicò Sancho. Otra cosa querria , dixo el Labrador , sino que no me atrevo à decirlo ; pero vaya , que en fin no se ma ha de podrir en el pecho , pegue , ò no pegue. Digo , señor , que querria , que V. md. me diese trescientos , ò seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachillèr , digo para ayuda de poner su casa ; porque en fin han de vivir por si , sin estàr sujetos à las impertinencias de los suegros. Mi-

Part. II,

rad si quereis otra cosa , dixo Sancho , y no la dexeis de decir por empacho , ni por verguenza. No por cierto , respondió el Labrador ; y apenas dixo esto , quando levantandose en pie el Governador , asido de la silla en que estava sentado , y dixo : Voto à tal , don patàn , rustico , y mal mirado , que si no os apartais , y escondéis luego de mi presencia , que con esta silla os rompa , y abra la cabeza , hi de puta , vellaco , pintor del mismo demonio , y à estas horas te vienes à pedirme seiscientos ducados , y donde los tengo yo , hediondo , y por què te los avia de dàr , aunque los tuviera , focarron , y mentecato ? y què se me dà à mi de Miguèl Turra , ni de todo el linage de los Perlerines ? Và de mi , digo , si no , por vida del Duque mi señor , que haga lo que tengo dicho. Tù no debes de ser de Miguèl Turra , sino algun focarron , que para tentarme te ha embiado aqui el Infierno. Dime , desfalmado , aun no hà dia y medio que tengo el Gobierno , y yà quieres que tenga seiscientos ducados ? Hizole señas el Maestre-Sala al Labrador , que saliese de la sala , el qual lo hizo cabizbaxo , y al parecer temeroso de que el Governador no executase su colera , que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dexemos con su colera à Sancho , y andese la paz en el coro , y bolvamos à Don Quixote , que le dexamos vendado el rostro , y curado de las gatafcas heridas , de las quales no sanò en

R 3

ocho

ocho dias, en uno de los quales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad, y brevedad, que suele contar las cosas de esta historia, por minimas que sean.

CAP. XLVIII. De lo que sucedió à Don Quixote con Dña Rodriguez, la Duçña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna.



A Demás estaba mohino, y melancólico el mal ferido Don Quixote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anexas à la Andante Cavalleria. Seis dias estuvo sin salir en publico; en una noche de las quales, estando despierto, y desvelado, pensando en sus desgracias, y en el perseguimiento de Altisidora, sintió, que con una llave abrían

la puerta de su aposento, y luego imaginó, que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerse en condiccion de saltar à la see, que guardar debia à su señora Dulcinea del Toboso: no, (dixo creyendo à su imaginacion; y esto con voz, que pudiera ser oída) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexé de adorar la que tengo gravada, y estampada en la

mitad de mi corazon , y en lo mas escondido de mis entrañas , ora estès , señora mia , transformada en cebolluda Labradorá , ora en Ninfa del dorado Tajo , texiendo telas , de oro , y sirgo compuestas , ora te tenga Merlin , ò Montefinos donde ellos quisieren , que adonde quiera eres mia , y à do quiera he sido yo , y he de ser tuyo. El acabar estas razones , y el abrir de la puerta fue todo uno. Pusose en pie sobre la cama , embuelto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo , una galocha en la cabeza , y el rostro , y los vigotes vendados ; el rostro , por los aruños ; los vigotes , porque no se le desmayassen , y cayessen , en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma , que se pudiera pensar. Clavò los ojos en la puerta , y quando esperaba ver entrar por ella à la rendida , y lastimada Altisidora , viò entrar à una reverendissima dueña con unas tocas blancas , repulgadas , y luengas , tanto , que la cubrian , y enmantaban desde los pies à la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida , y con la derecha se hacia sombra , porque no le diese la luz en los ojos , à quien cubrian unos muy grandes anteojos : venia pisando quedito , y movia los pies blandamente. Miròla Don Quixote desde su atalaya , y quando viò su adeliño , y notò su silencio , pensò que alguna bruja , ò maga venia en aquel trage à hacer en èl alguna

mala fechoria , y comenzò à santiguarse con mucha prieta. Fucse llegando la vision , y quando llegó à la mitad del aposento , alzò los ojos , y viò la prieta con que se estava haciendo cruces Don Quixote ; y si èl quedò medroso en ver tal figura , ella quedò espantada en ver la suya ; porque asì como le viò tan alto , y tan amarillo con la colcha , y con las vendas , que le defiguraban , diò una gran voz , diciendo : Jesus , que es lo que veo ; y con el sobresalto se le cayò la vela de las manos : y viendose à obscuras , bolviò las espaldas para irse , y con el miedo tropezò en sus faldas , y diò consigo una gran caída. Don Quixote temeroso comenzò à decir : Conjuroto , fantasma , ò lo que eres , que me digas quien eres , y que me digas , que es lo que de mi quieres ? Si eres alma en pena , dimelo , que yo harè por ti todo quanto mis fuerzas alcanzaren , porque soy Catholico Christiano , y amigo de hacer bien à todo el mundo , que para esto tomè la Orden de la Cavalleria Andante que professò (cuyo exercicio aun hasta hacer bien à las Animas del Purgatorio se estiende.) La brumada dueña , que oyò conjurar se por su temor , coligiò el de Don Quixote ; y con voz affligida , y baxa le respondiò : Señor Don Quixote , (si es que acaso vuestra merced es Don Quixote) yo no soy fantasma , ni vision , ni Anima del Purgatorio , como vuestra merced debe de aver pensado , sino

Doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas, que vuestra merced fuele remediar, à vuestra merced vengo. Digame, señora Doña Rodriguez, dixo D. Quixote, por ventura viene vuestra merced à hacer alguna tercera? porque la hago saber, que no soy de provecho para nadie: merced à la fin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora Doña Rodriguez, que como vuestra merced salve, y dexè à una parte todo recado amoroso, puede bolver à encender su vela, y buelva; y departirèmos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie? señor mio, respondiò la dueña, mal conoce vuestra merced, si, que aún no estoy en edad tan prolongada, que me acoja à semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes, y muelas en la boca, à men de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios; pero espereme vuestra merced un poco, saldè à encender mi vela, y bolverè en un instante à contarle mis cuitas, como à remediator de todas las de el mundo; y sin esperar respuesta se saliò del aposento, donde quedò Don Quixote soliegado, y pensativo esperandola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acer-

ca de aquella nueva aventura, y pareciase ser mal hecho, y peor pensado, ponerse en peligro de romper à su señora la fee prometida; y decíase à si mismo: Quièn sabe si el diablo, que es sutil, y mañoso, querrà engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duquesas, Marquesas, ni Condesas: que yo he oido decir muchas veces, y à muchos discretos, que si el puede, antes os la darà roma, que aguilena. Y quièn sabe, si esta soledad, esta ocasion, y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y haràn, que al cabo de mis años venga à caer donde nunca he tropezado? Y en casos semejantes, mejor es huir, que esperar la batalla; pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo, y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga, y antojuna, pueda mover, ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo. Por ventura ay dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? Por ventura ay dueña en el Orbe, que debe de ser impertinente, runcida, y melindrosa? A fuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo. O quan bien hacia aquella señora, de quien se dice, que tenia dos dueñas de bulto con sus anteojos, y amohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas esta-

tuas,

tuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojò del lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar à la señora Rodriguez; mas quando la llegò à cerrar, yà la señora Rodriguez bolvia, encendida una vela de cera blanca, y quando ella viò à Don Quixote de mas cerca embuelto en la colcha, con las vendas, galocha, ò becoquin, temió de nuevo, y retirandose atrás como dos passos, dixo: Estamos seguras, señor Cavallero? porque no tengo à muy honesta señal averse vuestra merced levantado de su lecho. Esto mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quixote; y así pregunto, si estarè yo seguro de ser acometido, y forzado? De quien, ò à quien pedis, señor Cavallero, esta seguridad? respondió la dueña. A vos, y de vos la pido, replicò Don Quixote, porque ni soy de marmol, ni vos de bronce, ni aora son las diez de el dia, sino media noche, y àun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada, y secreta, que lo debió de ser la cueba, donde el traydor, y atrevido Eneas gozò à la hermosa, y piadosa Dido; pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor, que la de mi continencia, y recato, y la que ofrecen estas reverendísimas tocas; y diciendo esto, besò su derecha mano, y le asió de la suya, que ella le diò con las mismas ceremonias. Aquí

hace Cide Hamete un parentesis, y dice, que por Mahoma, que diera por ver ir à los dos así asidos, y travados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenia. Entròse, en fin, Don Quixote en su lecho, y quedòse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitandose los anteojos, ni la vela. Don Quixote se acorruçò, y se cubriò todo, no dexando mas del rostro descubierto; y avien-dose los dos sossegado, el primero que rompiò el silencio fue Don Quixote, diciendo: Puede vuestra merced aora, mi señora Doña Rodriguez, descolerte, y desbuchar todo aquello, que tiene dentro de su cultado corazon, y lastimadas entrañas, que serà de mi escuchada con castos oídos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil, y agradable presencia de vuestra merced no se podia esperar sino tan christiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quixote, que aunque vuestra merced me vè sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragon, y en habito de dueña aniquilada, y assendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage, que atraviesan por èl muchos de los mejores de aquella Provincia; pero mi corta suerte, y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como, ni como no, me traxeron à la Corte de Madrid,

don-

donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de doncella de labor à una principal señora; y quiero hacerle sabidor à vuestra merced, que en hacer baynillas, y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se bolvieron à su tierra, y de allí à pocos años se debieron de ir al Cielo, porque eran además buenos, y Catholicos Christianos. Quedè huèrfana, y atendida al miserable salario, y à las angustiadas mercedes, que à las tales criadas se suelen dàr en Palacio; y en este tiempo, sin que dièsse yo ocasion à ello, se enamorò de mi un Escudero de casa, hombre yà en dias, barbado, y apearsonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era Montañès. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no vinièsse à noticia de mi señora, la qual por escusar dimes, y diretes, nos casò en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo murièsse del parto, que le tuve derecho, y en fazon, sino porque desde allí à poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que à tener agora lugar para contarle, yo sè que vuestra merced se admirara; y en esto comenzò à llorar tiernamente, y dixo: Perdoneme vuestra merced, señor Don Quixote,

que no vâ mas en mi mano; porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrañan los ojos de lagrimas. Valame Dios, y con que autoridad llevaba à mi señora à las ancas de una poderosa mula negra, como el mismo azabache, que entonces no se usaban cochines, ni sillas, como aora dicen que se usan, y las señoras iban à las ancas de sus Escuderos: esto à lo menos no puedo dexar de contarle, porque se note la crianza, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaciles delante; y así como mi buen Escudero le viò, bolvió las riendas à la mula, dando señal de bolver à acompañarle; mi señora, que iba à las ancas, con voz baxa le decia: Qué haceis, desventurado, no veis que voy aqui? El Alcalde, de comedido, detuvo las riendas al cavallo, y dixole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar à mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía portaba mi marido, con la gorra en la mano, à querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de colera, sacò un alfiler gordo, y creo que un punzon del estuche, y clavòsele por los lomos, de manera, que mi marido diò una gran voz, y torció el cuerpo de fuerte, que diò con su señora en el suelo. Acudieron dos Lacayos

fuyos à levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los Alguaciles. Alborotòse la puerta de Guadalaxara, (digo la gente valdia que en ella estaba) vino à pie mi ama, y mi marido acudiò en casa de un Barbero, diciendo, que llevaba pasadas de parte à parte las entrañas. Divulgòse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto, y porque èl era alguna tanto corto de vista, mi señora la Duquesa le despidió, de cuyo pesar, sin duda alguna, tengo para mí, que se le causò el mal de la muerte. Quedè yo viuda, y desamparada, con hija à cuestras, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labradora, mi señora la Duquesa, que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo à este Reyno de Aragon, y à mi hija, ni mas, ni menos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donayre del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, bayla como una perdida, lee, y escribe como un Maestro de Escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses, y tres dias, uno mas à menos. En resolución, de esta mi muchacha se enamorò un hijo de un Labrador

riquísimo, que està en una Alda del Duque mi señor, no muy lejos de aqui. En efecto, no se como, ni como no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de fer su esposo, burlò à mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado à èl, no una, sino muchas veces, y pedidole mande, que el tal Labrador se case con mi hija, hace orejas de Mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar, ni dár pesadumbre en ningun modo. Querria, pues, señor mio, que vuestra merced tomalle à cargo el deshacer este agravio, ò yà por ruegos, ò yà por armas; pues segun todo el mundo dice, vuestra merced nació en èl para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables: y pongásele à vuestra merced por delante la huerfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios, y en mi conciencia, que de quantas doncellas tiene mi señora, que no ay ninguna que llegue à la suela de su zapato; y que una que llaman Altifidora, que es la que tienen por mas desembuelta, y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuestra merced, señor mio, que no es todo oro lo que

reluce , porque esta Altifidora tiene mas de presumpcion , que de hermosura , y mas de defembuelta , que de recogida : además , que no està muy sana , que tiene un cierto aliento cansado , que no ay sufrir el estàr junto à ella un momento ; y aun mi señora la Duquesa (quiero callar , que se fuele decir , que las paredes tienen oídos .) Què tiene mi señora la Duquesa , por vida mia , señora Doña Rodriguez ? preguntò Don Quixote . Con esse conjuro , respondiò la Dueña , no puedo dexar de responder à lo que se me pregunta , con toda verdad . Vè vuestra merced , señor Don Quixote , la hermosura de mi señora la Duquesa , aquella tèz de rostro , que no parece sino de una espada acicalada , y tersa , aquellas dos mejillas de leche , y de carmin , que en la una tiene el Sol , y en la otra la Luna , y aquella gallardia con que và pisando , y aun despreciando el suelo , que no parece sino que và derramando salud donde passà ? Pues sepa vuestra merced , que lo puede agradecer primero à Dios , y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas , por donde se defagua todo el mal humor , de quien dicen los Medicos , que està llena . Santa Maria , dixo Don Quixote , y es posible , que mi señora la Duquesa tenga tales defaguaderos ? No lo creyera si me lo dixeran Frayles Descalzos ; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice , debe de ser assi ; pero tales fuentes , y en tales lugares , no deben de ma-

nar humor , sino ambar liquido . Verdaderamente , que aora acabo de creer , que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud . Apenas acabò Don Quixote de decir estas razones , quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento , y del sobresalto del golpe se le cayò à Doña Rodriguez la vela de la mano , y quedò la estancia como boca de lobo , como fuele decirse ; y luego sintiò la pobre dueña , que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente , que no la dexaban gañir , y que otra persona , con mucha presteza , sin hablar palabra , le alzaba las faldas , y con una , al parecer chinela , le comenzò à dár tantos azotes , que era una compafsion ; y aunque Don Quixote se la tenia , no se meneaba del lecho , y no sabia què podia ser aquello , y estabase quedo , y callando , y aun temiendo no vinielle por èl la tanda , y tunda azotefca ; y no fue vano su temor , porque en dexando molida à la dueña , (la qual no offaba quexarse) los callados verdugos acudieron à D. Quixote , y defembolviendole de la sabana , y de la colcha , le pellizcaban tan à menudo , y tan reciamente , que no pudo dexar de defenderse à puñadas ; y todo esto en silencio admirable . Durò la batalla casi media hora , salieronse las fantafmas , recogiò Doña Rodriguez sus faldas , y gimiendo su desgracia , se salìo por la puerta afuera sin decir palabra à Don Quixote ,
el

el qual doloroso, y pellizado, confuso, y pensativo, se quedó solo, y donde le dexarèmos deseoso de saber quien avia sido el portoso encantador que tal le avia puesto; pero esto se dirà à su tiempo, que Sancho Panza nos llama; y el buen concierto de la historia lo pide.

CAP. XLIX. De lo que le sucede con Sancho Panza rondando su isla.

DExamos al gran Governador enojado, y mohino con el Labrador pintor, y focarron, el qual, yndustriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas à todos, maguer à tonto, bronco, y rollizo; y dixo à los que con él estaban, y al Doctor Pedro Recio, que como se acabò el secreto de la carta del Duque, avia bueltò à entrar en la sala: Aora verdaderamente, que entiendo, que los Juezes, y Governadores deben de ser, ò han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que à todas horas, y à todos tiempos quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo à su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del Juez no los escucha, y despacha, ò porque no puede, ò porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen, y murmuran, les roen los huesos, y aun deslindan los linages. Nego-

ciante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera razon, y coyuntura para negociar; no vengas à la hora del comer, ni à la del dormir, que los Juezes son de carne, y hueso, y han de dar à la naturaleza lo que naturalmente les pide, fino es yo, que no le doy de comer à la mia, merced al señor Doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que està delante, que quiere que muera de hambre, y afirma, que esta muerte es vida, que así se la dà Dios à él, y à todos los de su ralea, digo à la de los malos Medicos, que la de los buenos, palmas, y lauros merecen. Todos los que conocian à Sancho Panza se admiraban oyendole hablar tan elegantemente, y no sabian à que atribuirlo, fino à que los oficios, y cargos graves, ò adoban, ò entorpecen los entendimientos. Finalmente, el Doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los Aforismos de Hypocrates. Con esto quedó contento el Governador, y esperaba con grande ansia llegasse la noche, y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estava quedo, sin moverse de un lugar, todavia se llegó por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicón de bacca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias: entregòse en todo con mas gusto, que si le huvieran dado francolines de Milan, sayfanes de Roma, ternera de Sou-

rento, perdices de Morón, ò gan-
 fos de Lavajos, y entre la cena,
 bolviendose al Doctor, le dixo:
 Mirad, señor Doctor, de aquí ade-
 lante no os curéis de darme à co-
 mer cosas regaladas, ni manjares
 exquisitos, porque sepà sacar à mi
 estomago de sus quicios, el qual
 està acostumbrado à cabrá, ò ba-
 ca, ò tocino, ò cecina, à nabos,
 y à cebollas; y si acaso le dãn otros
 manjares de Palacio, los recibe con
 melindre, y algunas veces con as-
 co: lo que el Maestre-Sala puede
 hacer, es, traerme estas que llaman
 ollas podridas, que mientras mas
 podridas son, mejor huelen, y en
 ellas puede embaular, y encerrar
 todo lo que el quisiere; como sea
 de comer, que yo se lo agradece-
 rè, y se lo pagaré algun dia; y no
 se burle nadie conmigo, porque, ò
 somos, ò no somos: vivamos todos,
 y comamos en buena paz, y campa-
 ña, pues quando Dios amanece,
 para todos amanece: yo gobernaré
 esta Infula sin perdonar derecho, ni
 llevar cohecho, y todo el mundo
 trayga el ojo alerta, y mire por el
 vigote; porque les hago saber, que
 el diablo està en Cantillana, y que
 si me dãn ocasion, han de ver ma-
 ravillas: no sino haceros de miel, y
 comeros han moscas. Por cierto,
 señor Governador, dixo el Maestre-
 Sala, que vuestra merced tiene mu-
 cha razon en quanto ha dicho, y
 que yo ofrezco, en nombre de to-
 dos los Insulanos de esta Infula, que
 han de servir à vuestra merced con
 toda puntualidad, amor, y bene-

volencia; porque el suave modo de
 gobernar, que en estos principios
 vuestra merced ha dado, no les dà
 lugar de hacer çuà de pensar cosa,
 que en deservicio de vuestra merced
 redunde. Yo lo creo, respondió
 Sancho, y serían ellos unos necios
 si otra cosa hiciesen, ò pensasen;
 y buelvo à decir, que se tenga cuen-
 ta con mi sustento, y con el de mi
 rucio, que es lo que en este nego-
 cio importa, y hace mas al caso; y
 en siendo hora, vamos à rondar, que
 es mi intencion limpiar esta Infula
 de todo genero de inmundicia, y
 de gente vagamunda, holgazana,
 y mal entretenida; porque quiero
 que sepais, amigos, que la gente
 yaldia, y perezosa es en la Repu-
 publica lo mismo, que los zanga-
 nos en las colmenas, que se comen
 la miel, que las trabajadoras abe-
 jas hacen: pienso favorecer à los
 Labradores, guardar sus prehem-
 nencias à los Hidalgos, premiar los
 virtuosos, y sobre todo, tener res-
 peto à la Religion, y à la honra de
 los Religiosos. Què os parece de
 esto, amigos? Digo a'go, ò quie-
 brome la cabeza? Dice tanto vues-
 tra merced, señor Governador, di-
 xo el Mayordomo, que estoy ad-
 mirado de ver, que un hombre tan
 sin letras, como vuestra merced,
 que à lo que creo no tiene ninguna,
 diga tales, y tantas cosas llenas de
 sentencias, y de arifos, tan fuera
 de todo aquello, que del ingenio
 de vuestra merced esperaban los
 que nos embiaron, y los que aqui
 venimos: cada dia se ven cosas
 nuc-

nuevas en el mundo, las burlas se buelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegò la noche, y cenò el Governador, con licencia del señor Doctor Recio. Aderezaronse de ronda, salió con el Mayordomo, Secretario, y Maestro-Salado (y el Chronista, que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos) y Alguaciles, y Escrivanos, tantos, que podian formar un mediano esquadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no avia mas que ver; y pocas calles andadas del Lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allà, y hallaron, que eran solos dos hombres los que reñian; los quales viendo venir la Justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dixò: Aquí de Dios, y del Rey, como, y que se ha de sufrir, que roben en plobado en este Pueblo, y que salgan à saltar en la mitad de las calles? Sofsegaos, hombre de bien, dixò Sancho, y contadme, què es la causa de esta pendencia, que yo soy el Governador. El otro contrario dixò: Señor Governador, yo la dirè con toda brevedad. Vuestra merced sabrà, que este gentil hombre acaba de ganar aora en esta casa de juego, que està aqui frontero, mas de mil reales, y sabe Dios como, y hallandome yo presente, juzguè mas de una fuerte dudosa en su favor, contra todo aquello, que me dictaba la conciencia; alzòse con la ganancia, y quando esperaba, que me avia de dár algun escudo por lo menos de varato, como es uso, y

costumbre darle, à los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien, y mal pasar, y para apoyar sinrazones, y evitar pependencias, el embokò su dinero, y se salió de la casa; yo vine despedido tras él, y con buenas, y corteses palabras le he pedido, que me dièsse siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me lo enseñaron, ni me lo dexaron; y el focarròn, que no es mas ladròn que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea vuestra merced, señor Governador, què poca verguenza, y què poca conciencia; pero à fee, que si vuestra merced no llegàra, que yo le hiciera bomitar la ganancia, y que avia de saber con quantas entraba la romana. Què decis vos à esto? preguntò Sancho. Y el otro respondió, que era verdad quanto su contrario decia, y no avia querido darle mas de quatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan varato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuenta con los gananciosos, si yà no supiesen de cierto, que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que era hombre de bien, y no ladròn, como decia, ninguna avia mayor, que el no averle querido dár nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones, que los co-

nocen. Así es, dixo el Mayor-domo, ¿vsa vuestra merced, señor Governador, qué es lo que se ha de hacer de estos hombres? Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: Vos, ganancioso, bueno, o malo, o diferente, dad luego à este vuestro acubillador cien reales, y mas aveis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio, ni beneficio, y andáis de nones en esta Infula, tomad luego estos cien reales, y mañana en todo el día salid de esta Infula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantaredes, lo cumplais en la otra vida, colgandoos yo de una picota, o à lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le assentare la mano. Desembolsò el uno, recibió el otro; esto salió de la Infula, y aquel se fue à su casa, y el Governador quedó diciéndo: Ahora yo podré poco à poco quitaré estas casas de juego, que à mí se me traslucen que son muy perjudiciales. Esta à lo menos, dixo un Escrivano, no la podrá vuestra merced quitar, porque la tiene un gran personage, y mas es, sin comparacion, lo que él pierde al año, que lo que saca de los naypes contra otros gariteros de menor quantia podrá vuestra merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen, y mas insolencias ennobren, que en las casas de los Cavalleros principales, y de los Señores no se atreven los famosos fulleros, à usar de sus tretas; y pues

el vicio del juego se ha buuelto en exercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen à un desdichado de media noche abaxo, y le defuellan vivo. Ahora, Escrivano, dixo Sancho, yo sé à quien ay mucho que decir en esto, y en esto llegó un corchete, que traía asido à un mozo, y dixo Señor Governador, este mancebo venia àzia nosotros, y así como columbrò la justicia, bolvió las espaldas, y comenzó à correr como un gamo: Señal, que debe de ser algun delincuente; yo parti tras él, y si no fuera porque tropezò, y cayò, no le alcanzara jamás. Por qué huías, hombre? preguntò Sancho. A lo que el mozo respondió: Señor, por escusar de responder à las muchas preguntas, que las Justicias hacen. Qué oficio tienes? Texedor. Y qué texes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuestra merced, Gracioso me sois, de chocarrero los picais, está bien. Y adonde ibades ahora? Señor, à tomar el ayre. Y adonde se toma el ayre en esta Infula? Adonde sopla. Bueno, respondéis muy à proposito, discreto sois, mancebo; pero haced cuenta, que yo soy el ayre, y que os sopla en popa, y os encamino à la cárcel. Afidle, ola, y llevadle, que yo harè, que duerma allí sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el mozo, así me harà vuestra merced dormir en la cárcel, como haerme el Rey: Pues por qué no te harè dormir en cárcel? respondió Sancho,

no tengo yo poder para prenderte, y soltarte cada, y quando que quisiere? Por mas poder, que vuestra merced tenga, dixo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la Carcel. Como que no? replicò Sancho, llevadle luego, donde verá por sus ojos el defengaño, aunque mas el Alcayde quiera usar con él de su interressal libertad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te dexa salir un passo de la Carcel. Todo esto es cosa de rifa, respondiò el mozo; el caso es, que no me harán dormir en la Carcel quantos oy viven. Dime, demonio, dixo Sancho, tienes algun Angel que te saque, y te quite los grillos, que te pienso mandar echar? Aora, señor Governador, respondiò el mozo con muy buen donayre, estèmos à razon, y vengamos al punto. Presuponga vuestra merced, que me manda llevar à la Carcel, y que en ella me echan grillos, y cadeñas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al Alcayde grazes penas si me dexa salir, y que él lo cumpla como se le manda: con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierdo toda la noche sin pegar pestaña, será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dixo Sancho, que no dexareis de dormir por otra cosa, que por vuestra voluntad, y no por contravenir à la mia? No

Part. II.

señor, dixo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dixo Sancho, idos à dormir à vuestra casa, y Dios os dè buen sueño, que yo no quiero quitarosle; pero aconsejoos, que de aqui adelante no os burleis con la Justicia, porque topareis con alguna, que os dè con la burla en los cascos. Fuèse el mozo, y el Governador profugió con su ronda, y de alli à poco vinieron dos Corchetes, que traian à un hombre asido, y dixeron: Señor Governador, este, que parece hombre, no lo es, sino muger, y no fea, que viene vestida en habito de hombre. Llegaronla à los ojos dos, ò tres linternas, à cuyas luces descubrieron su rostro de una muger, al parecer de diez y seis, ò pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro, y seda verde, hermosa como mil perlas: miraronla de arriba abaxo, y vieron, que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro, y aljofar: los greguescos eran verdes, de tela de oro, y una salta en barca, ò ropilla de lo mismo fuelta, debaxo de la qual traia un jubon de tela finissima de oro, y blanco, y los zapatos eran blancos, y de hombre; no traia espada ceñida, sino una riquissima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos anillos: finalmente, la moza parecia bien à todos, y ninguno la conociò de quantos la vieron; y los naturales de el Lugar dixeron, que no podian pensar quien fuele;

S

X

y los confabidores de las burlas, que se avian de hacer à Sancho, fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso, y hallazgo no venia ordenado por ellos; y así estaban dudosos, esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntòla quien era, adonde iba, y qué ocasion la avia movido para vestirse en aquel habito? Ella, puestos los ojos en tierra, con honestissima verguenza respondió: No puedo, señor, decir tan en publico lo que tanto me importa fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladrona, ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, à quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro, que à la honestidad se debe. Oyendo esto el Mayordomo, dixo à Sancho: Haga, señor Governador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandòlo así el Governador, apartaronse todos, sino fueron el Mayordomo, Maestre-Sala, y el Secretario. Viendose, pues, solos, la doncella profugió, diciendo: Yo señores, soy hija de Pedro Perez Mazonca, Arrendador de las Lanas de este Lugar, el qual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Esto no lleva camino, dixo el Mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno varon, ni hembra; y mas, que decís que es vues-

tro padre, y luego añadís, que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Y à yo avia dado en ello, dixo Sancho. Aora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuestras mercedes deben de conocer. Aun esto lleva camino, respondió el Mayordomo, que yo conozco à Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal, y rico, y que tiene un hijo, y una hija; y que despues que enviudò, no ha avido nadie en todo este Lugar, que pueda decir, que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no dà lugar al Sol que la vea; y con todo esto la fama dice, que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esta hija soy yo: si la fama miente, ò no, en mi hermosura yà os arreis, señores, desengañado, pues me aveis visto; y en esto comenzò à llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegó al oido del Maestre-Sala, y le dixo muy pallo: Sin duda alguna, que à esta pobre doncella le debe de aver sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y à tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No ay dudar en ello, respondió el Maestre-Sala; y mas, que esta sospecha la confirman tus lagrimas. Sancho la consolò con las mejores razones que él supo, y la pidió, que sin temor alguno les dixelie lo que la avia su-

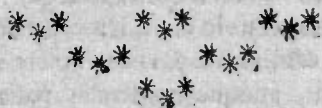
cedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años hà, que son los mismos que à mi madre come la tierra: en casa dicen Missa en un rico Oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto el Sol del Cielo de día, y la Luna, y las Estrellas de noche, ni sè què son calles, Plazas, ni Templos, ni aun hombres, fuera de mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Perez el Arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojò decir, que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa, liquiera à la Iglesia, ha muchos dias, y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo vèr el mundo, ò à lo menos el Pueblo donde nasci, pareciendome, que este deseo no iba contra el buen decoro, que las doncellas principales deben guardar à sì mismas: quando oia decir, que corrian Toros, y jugaban Cañas, y se representaban Comedias, preguntaba à mi hermano, que es un año menor que yo, que me dixesse, que cosas eran aquellas, y otras muchas, que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo, que yo roguè, y pedi à mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogàra, y tornò à

renovar el llanto. El Mayordomo la dixo: Prosiiga V. md. señora, y acabe de decirnos lo que la ha sucedido, que nos tienen à todos suspensos sus palabras, y sus lagrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lagrimas sè, que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros desuentos, que los semejantes. Avia se sentado en el alma del Maestro-Sala la belleza de la doncella, y llegò otra vez su linterna para verla de nuevo, y pareciòle, que no eran lagrimas las que lloraba, sino aljofar, ò rocío de los prados, y aun las subía de punto, y las llegaba à perlas Orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuesse tanta, como daban à entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperabase el Governador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y dixola, que acabasse de no tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del Pueblo. Ella, entre interrotos sollozos, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo roguè à mi hermano, que me vistiese en habito de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacasse una noche à vèr todo el Pueblo, quando nuestro padre durmiese: el importunado de mis ruegos, condescendió con mi deseo, y poniendome este vestido, y él vistiendose otro mio, que le està como nacido,

porque él no tiene pelo de barba, y no parece fino una doncella hermosísima; esta noche debe de aver una hora, poco mas, ó menos; nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo, y desvaratado discurso, hemos rodeado todo el Pueblo; y quando queríamos volver à casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, esta debe de ser la Ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente trás mi corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto, bolvió las espaldas, y comenzò, no digo à correr, sino à bolar; yo à menos de seis passos cai con el sobresalto, y entonces llegó el Ministro de la Justicia, que me traxo ante vuestras mercedes, adonde por mala, y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dixo Sancho, no hos ha sucedido otro desmán alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixisteis? No os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendia à mas, que à ver las calles de este Lugar; y acabo de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los Corchetes con su hermano preso, à quien alcanzò uno de ellos quando se huyó de su hermano; no traía sino un faldellin rico, y una mantelina de damasco azul, con paffamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada,

que con sus mismos cabellos, que eran fortijas de oro, segun eran rubios, y enrizados. Apartaronse con el Governador, Mayordomo, y Maestre-Sala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron, cómo venía en aquel traje? Y él, con no menos verguenza, y empacho, contó lo mesmo que su hermana avia contado, de que recibió gran gusto el enamorado Maestre-Sala; pero el Governador les dixo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapaceria; y para contar esta necedad, y atrevimiento no era menester tantas largas, ni tantas lagrimas; y suspiròs, que con decir, somos fulano, y fulana, que nos salimos à espaciarse de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuestras mercedes, que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el termino que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho, vamos, y dexaremos à vuestras mercedes en casa de su padre, quizá no los avrà echado menos; y de aqui adelante no se muestren tan niños, ni tan deseos de ver mundo, que la doncella honrada la pierna quebrada, y en casa; y la muger, y la gallina, por andar se pierden ahina, y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas.

mas. El mancocho agradeció al Governador la merced , que queria hacerles de bolverlos à su casa ; y assi se encaminaron àzia ella , que no estaba muy lexos de alli. Llegaron , pues , y tirando el hermano una china à una reja , al momento baxò una criada , que los estaba esperando , y les abrió la puerta , y ellos se entraron , dexando à todos admirados , assi de su gentileza , y hermosura , como del deseo que tenian de ver mundo de noche , y sin salir del Lugar: pero todo lo atribuyeron à su poca edad. Queddò el Maestre-Sala traspasado su corazon , y propuso de luego otro dia pedirfela por muger à su padre , teniendo por cierto , que no se la negaria , por ser el criado del Duque ; y aun à Sancho le vinieron deseos , y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija , y determinò de ponerlo en pratica à su tiempo , dandose à entender , que à una hija de un Governador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabò la ronda de aquella noche , y de alli à dos dias el Gobierno , con que se destrocaron , y borraron todos sus designios , como se verá adelante.



CAP. L. Donde se declara quien fueron los Encantadores , y verdagos que arrojaron à la dueña , y pellicaron , y arañaron à D. Quixote , con el suceso que tuvo el page que llevó la carta à Teresa Panza , muger de Sancho Panza.

DICE Cide Hamete , puntualissimo escudriñador de los atomos de esta verdadera historia , que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir à la estancia de Don Quixote , otra dueña , que con ella dormía , lo sintió , y que como todas las dueñas son amigas de saber , entender , y oler , se fue tràs ella , con tanto silencio , que la buena Doña Rodriguez no lo echò de ver ; y assi como la dueña la viò entrar en la estancia de Don Quixote , porque no faltasse en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas , al momento lo fue à poner ea pico à su señora la Duquesa , de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quixote : la Duquesa se lo dixo al Duque , y le pidió licencia para que ella , y Altifidora viniessen à ver lo que aquella dueña queria con Don Quixote ; el Duque se la diò : y las dos con gran tiento , y folsiego , passo ante passo llegaron à ponerse junto à la puerta de el aposento , y tan cerca , que oian todo lo que dentro hab'aban ; y quando oyò la Duquesa , que Rodriguez avia echado en la cal e el

Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora: y así, llenas de colera, y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrivillaron à Don Quixote, y vapularon à la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura, y presunción de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contò la Duquesa al Duque lo que la avia pasado, de lo que se holgò mucho; y la Duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir passatiempo con Don Quixote, despachò al page que avia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, (que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su Gobierno) à Teresa Panza su muger, con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran farta de corales ricos presentados. Dice, pues, la historia, que el page era muy discreto, y agudo: y con deseo de servir à sus señores, partiò de muy buena gana al Lugar de Sancho; y antes de entrar en él, viò en un arroyo estàr labando cantidad de mugeres, à quien preguntò, si le sabrian decir, si en aquel Lugar vivia una muger, llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, Escudero de un Cavallero, llamado Don Quixote de la Mancha? A cuya pregunta se levantò en pie una mozueta, que estava labando, y dixo: Esta

Teresa Panza es mi madre, y este tal Sancho mi señor padre, y el tal Cavallero nuestro amo. Pues venid, doncella, dixo el page, y mostradme à vuestra madre, porque la traygo una carta, y un presente de el tal vuestro padre. Esto harè yo de muy buena gana, señor mio, respondiò la moza, que mostraba ser de edad de catorce años; pero mas à menos; y dexando la ropa que lababa à otra compañera, sintocarse, ni calzarse, que estava en piernas, y desgreñada, saltò delante de la cavalgadura del page, y dixo: Venga vuestra merced, que à la entrada del Pueblo està nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no aver sabido muchos dias hà de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dixo el page, que tienè què dar bien gracias à Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendò, y brincando llegó al Pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dixo à voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen padre, à cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un poco de estopa, con una saya parda: parecia, segun era de corta, que se la avian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo, y una camisa de pechos; no era muy vieja, aunque mostraba passar de los quarenta, pero fuerte, tiesa, nerbuda, y avellanada, la qual viendo à su hija, y al page à cavallito,

llo, le dixo: Qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondió el page, y diciendo, y haciendo se arrojò del cavallo, y se fue con mucha humildad à poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Deme vuestra merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien así como muger legitima, y particular del señor Don Sancho Panza, Governador proprio de la Infula Barataria. Ay, señor mio! quitefeme de aì, no haga esso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre Labradoradora, hija de un estripa terrores, y muger de un Escudero Andante, y no de Governador alguno. Vuestra merced, respondió el page, es muger digníssima de un Governador archidigníssimo; y para prueba de esta verdad, reciba vuestra merced esta carta, y este presente, y facò al instante de la faldriquera una sarta de corales, con extremos de oro, y se la echò al cuello, y dixo: Esta carta es del señor Governador; y otra que traygo, y estos corales, son de mi señora la Duquesa, que à vuestra merced me embia. Quedò pasmada Teresa, y su hija, ni mas, ni menos; y la muchacha dixo: Que me maten si no anda por aqui nuestro señor amo D. Quixote, que debe de aver dado à padre el Gobierno, que tantas veces le avia prometido. Así es la verdad, respondió el page, que por respeto del señor Don Quixote es agora el señor Sancho Gover-

nador de la Infula Barataria, como se verá por esta carta. Leamela V. md. señor gentil hombre, dixo Teresa, porque aunque yo sè hilar, no sè leer migaja; ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero esperenme aqui, que yo irè à llamar quien la lea, ora sea el Cura mesmo, ò el Bachillèr Sanfon Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No ay para que se llame à nadie, dixo el page, que yo no sè hilar, pero sè leer, y la leerè: y así se la leyò toda, que por quedar yà referida no se pone aqui; y luego facò otra de la Duquesa, que decia de esta manera:

Amiga Teresa, las buenas partes de la bondad, y del ingenio de vuestro marido Sancho, me movieron, y obligaron à pedir à mi marido el Duque le diese un Gobierno de una Infula de muchas que tiene; tengo noticia, que gobierna como un Girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el consiguiènte; por lo que doy muchas gracias al Cielo de no averme engañado en averle escogido para el tal Gobierno, porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen Governador en el mundo, y tal me haga à mi Dios, como Sancho gobierne; à la embio, querida mia, una sarta de corales, con extremos de oro, yo me holgàra que fuera de perlas Orientales; pero quien te dà el huevo no te querrá ver muerta; tiempo vendrà en que nos conozcamos, y nos comu-

niquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiendeme à Sanchica su hija, y digala de mi parte, que se apareje, que la tengo de casar altamente, quando menos lo piense. Dícenme, que en esse Lugar ay bellotas gordas, embiame hasta dos docenas, que las estimaré en mucho, por ser de su mano, y escrivame luego, avisandome de su salud, y de su bien estar; y si huviere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida; y Dios me la guarde. De este Lugar; su amiga quien bien la quiere.

La Duquesa.

Ay! dixo Teresa en oyendo la carta, y que buena, que llana, y que humilde señora! Con estas tales señoras me entierren à mi, y no las Hidalgas, que en este Pueblo se usan, que piensan, que por ser Hidalgas no las ha de tocar el viento, y van à la Iglesia con tanta fantasia, como si fuessen las mismas Reynas, que no parece sino que tienen à deshonra el mirar à una Labradora; y veis aqui donde esta buena señora, con ser Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que ay en la Mancha; y en lo que toca à las bellotas, señor mio, yo la embiaré à su Señoria un celemín, que por gordas las pueden venir à ver à la mira, y à la maravilla; y por aora, Sanchica, atiendo à que se regale este señor, pon

en orden este cavallo, y saca de la cavalleriza huevos; y corta tocino adunia, y demosle de comer como à un Principe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene, lo merece todo, y en tanto saldè yo à dar à mis vecinas las nuevas de nuestro contento, al Padre Cura, y à Maese Nicolás el Barbero; que tan amigos son, y han sido de tu padre. Si harè, madre, respondió Sanchica; pero mire, que me ha de dar la mitad de essa farta, que no tengo yo por tan boba à mi señora la Duquesa, que se la avia de embiar à ella toda. Todo es para ti, hija, respondió Teresa, pero dexamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegraràn, dixo el page, quando vean el lio que viene en este portamento, que es un vestido de paño finissimo, que el Governador solo un dia llevó à caza, el qual todo le embia para la señora Sanchica. Que me viva el mil años, respondió Sancha, y el que lo trae, ni mas, ni menos, y aun dos mil, si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la farta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrandose acaso con el Cura, y Santon Carrasco, comenzò à baylar, y decir: Afee, que aora, que no ay pariente pobre, Gobierno tenemos, no sino tomese conmigo la mas pin-

pintada Hidalga, que yo la pondré como nueva. Qué es esto Teresa Panza? Qué locuras son estas? y qué papeles son éstos? No es otra locura, sino que estas son cartas de Duquesas, y de Gobernadores, y estos que traygo al cuello son corales finos; las Añe Marias, y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Aí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo, que las oyó Sancho Carrasco, y Sancho, y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que avia leído. Y preguntó el Bachiller, quien avia traído aquellas cartas? Respondió Teresa, que se viniessen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos, y remirólos, y certificandose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, que no sé qué me diga, ni qué me piense de estas cartas, y de estos presentes; por una parte veo, y toco la fineza de estos corales, y por otra leo, que una Duquesa embia á pedir dos docenas de bellotas. Aderecenme estas medidas, dixo entonces Carrasco. Ahora bien, vamos á ver al portador de este pliego, que de él nos informaremos de las dificultades

que se nos ofrecen. Hicieronlo así, y bolvióse Teresa con ellos: hallaron al page crivando un poco de paja para su cavalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dár de comer al page, cuya presencia, y buen adorno contentó mucho á los dos, y despues de averle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sancho les dixesse nuevas, así de Don Quixote, como de Sancho Panza, que puesto que avian leído las cartas de Sancho, y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar, qué sería aquello del Gobierno de Sancho, y mas de una Infula, siendo todas, ó las mas que ay en el Mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el page respondió: De que el señor Sancho Panza sea Gobernador, no ay que dudar en ello; de que sea Infula, ó no la que gobierna, en esto no me entrometo; pero basta que sea un Lugar de mas de mil vecinos; y en quanto á lo de las bellotas, digo, que mi señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no digo el embiar á pedir bellotas á una Labradora, pero que la acontecia embiar á pedir un peyne prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vuestras mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las señoras Castellanas, que con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de esta platica salió Sanchica con una hal-

halda de huevos, y preguntò al page: Digame, señor, mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es Governador? No hè mirado en ello, respondió el page, pero se deben de traer. Ay Dios mio, replicò Sanchica, y que será de ver à mi padre con pedorreras: no es bueno sino que desde que nacì tengo deseo de ver à mi padre con calzas atacadas? Como con estas cosas le verà vuestra merced, si vive, respondió el page; par Dios, terminaos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de ver el Cura, y el Bachillèr, que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caza, que Sancho embiaba, lo deshacia todo, que yà Teresa les avia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo: Señor Cura, eche cara por ai, si ay alguien que vaya à Madrid, ò à Toledo, para que compre un verdugado redondo, hecho, y derecho, y sea al uso, y de los mejores que huviere, que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere; y aun, que si me enojo, me tengo de ir à esta Corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido Governador, muy bien le puede traer, y sustentar. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguièse à Dios, que fuese antes oy, que mañana, aunque dixèssen los que me vièssen ir sentada con mi señora

madre en el coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y como và sentada, y tendida en el coche, como si fuera una Papesa; pero písen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo, mal año, y mal mes para quantos murmuradores ay en el mundo; y andeme yo caliente, y ríase la gente. Digo bien, madre mia? Y como que dices bien, hija, respondió Tereta, y todas estas venturas, y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tû, hija, como no para hasta hacerme Condesa, que todo es comenzar à ser venturosa; y como yo he oïdo decir muchas veces à tu buen padre, (que así como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la baquilla, corre con tu soguilla; quando te dieren un Gobierno, cogele; quando te dieren un Condado, agarrale; y quando te hicieren tus tus con alguna dadiya buena, embasala: no sino dormios, y no respondais à las venturas, y buenas dichas, que estàn llamando à la puerta de vuestra casa. Y que se me dà à mi, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, quando me vea entonada, y fantasiola. Viòse el perro en bragas de cerro, y lo demás. Oyendo lo qual el Cura, dixo: Yo no puedo creer, sino que todos los del linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto, que no los derrame à todas horas, y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad,

dixo

dixo el page, que el señor Governador Sancho à cada passo los dice; y aunque muchos no vienen à propósito, todavia dàn gusto, y mi señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia se afirma vuestra merced, señor mio, dixo el Bachillèr, ser verdad esto del Gobierno de Sancho, y de que ay Duquesa en el mundo, que la embie presente, y la escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos, que esta es una de las cosas de Don Quixote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así estoy por decir, que quiero tocar, y palpar à vuestra merced, por ver si es embaxador fantastico, ò hombre de carne, y hueso. Señores, no se mas de mi, respondió el page, sino que soy embaxador verdadero, y que el señor Sancho Panza es Governador efectivo: y que mis señores Duque, y Duquesa pueden dar, y han dado el tal Gobierno; y que he oído decir, que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto ay encantamento, ò no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos; que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es: Por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los animo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así, replicò el Bachillèr, pero *dubitar Augustinus*. Duda quien dudare, respondió el page, la verdad es la

que he dicho, y esta, que ha de andar siempre sobre la mentira, como el azeite sobre el agua; y fino, *operibus credite, & non verbis*. Vengase alguno de vuestras mercedes conmigo, y veràn con los ojos lo que no creen por los oídos. Esta ida à mi toca, dixo Sanchica, lleveme vuestra merced, señor, à las ancas de su rocin, que yo irè de muy buena gana à ver à mi señor padre. Las hijas de los Governadores, respondió el page, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas, y literas, y de gran numero de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya sobre una pollina, como sobre un coche; hallado la aveis la melindrosa. Calla, muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor està en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiempo: quando Sancho, Sancha; y quando Governador, señora; y no sé si diga algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dixo el page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso bolverme esta tarde. A lo que dixo el Cura: Vuestra merced se vendrà à hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir à tan buen huesped. Rehusò el page; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quixote, y sus hazañas. El Bachillèr se ofreció.

ció de escribir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachillèr se metiese en sus cosas, que le tenia por algo bur-lón; y así dió un bollo, y dos huevos à un Monacillo, que sabia escribir, el qual la escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de un mismo caletre, que no son las peores, que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAP. LI. Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otras sucessos tales, como buenos.

A Maneciò el dia, que se siguiò à la noche de la ronda del Governador, la qual el Maestre-Sala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disfrazada doncella: y el Mayordomo ocupò lo que de ella faltaba en escribir à sus señores lo que Sancho hacia, y decia, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras, y sus acciones con asomos discretos, y tontos. Levantòse, en fin, el señor Governador, y por orden de el Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva, y quatro tragos de agua fria: cosa, que la trocàra Sancho con un pedazo de pan, y un racimo de uvas; pero viendo, que aquello era mas fuerza, que voluntad, pasó por ello con harro dolor de su alma, y fatiga de su estomago, ha-

ciendole creer Pedro Recio, que los manjares pocos, y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia à las personas constituidas en mandos, y en officios graves, donde se han de aprovechar; no tanto de las fuerzas corporales, como de las de el entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho; y tal, que en su secreto maldecia al Gobierno, y aun à quien se le avia dado: pero con su hambre, y su conserva, se puso à juzgar aquel dia; y lo primero que se le ofreciò fue una pregunta, que un forastero le hizo, estando presentes à todo el Mayordomo, y los demàs acolitos, que fue: Señor, un caudaloso rio dividia à dos terminos de un mismo Señorito, (y estè vuestra merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este rio estava una puente, y al cabo de ella una horca, y una como casa de Audiencia, en la qual de ordinario avia quatro Juezes, que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente, y del Señorito, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de una parte à otra, ha de jurar primero, adonde vè, y à què vè; y si jurare verdad, dexenle passar; y si dixere mentira, muera por ello ahorcado en la horca, que alli se muestra, sin remission alguna. Sabida esta ley, y la rigorosa condicion de ella, passaban muchos; y luego en lo que juraban se echaba de ver, que decian verdad, y los Juezes los

dexaban passar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento à un hombre, jurò, y dixo, que para el juramento que hacia, que iba à morir en aquella horca que alli estaba, y no à otra cosa. Repararon los Jueces en el juramento, y dixeron: Si à este hombre le dexamos passar libremente, mintió en su juramento, y conforme à la ley debe morir; y si le ahorcamos, él jurò, que iba à morir en aquella horca; y aviendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesse à vuestra merced, señor Governador, que haràn los Jueces de tal hombre, que aun hasta aora están dudosos, y suspensos; y aviendo tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vuestra merced, me embiaron à mi à que suplicasse à vuestra merced de su parte, diessè su parecer en tan intrincado, y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que estos señores Jueces, que à mí os embian, lo pudieran aver escudado, porque yo soy un hombre, que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo ello, repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda, quizá podría ser, que diessè en el hito. Bolvió otra, y otra vez el preguntante à referir lo que primero avia dicho. Sancho dixo: A mi parecer, esse negocio en dos paletas lo declararè yo; y es así: El tal hombre jura, que vâ à morir en la horca, y si muere en ella jurò verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que

passè la puente; y si no le ahorcan, jurò mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen. Así es, como el señor Governador dice, dixo el mensagero; y quanto à la entereza, y entendimiento del caso, no ay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo, pues, aora, replicò Sancho, que de este hombre, aquella parte que jurò verdad, la dexen passar, y la que dixo de mentira, la ahorquen; y de esta manera se cumplirà al pie de la letra la condicion del passage. Pues señor Governador, replicò el preguntador, serà necessario, que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa, y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide; y es de necesidad expresa, que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este passagero que decis, ò yo soy un porro, ò él tiene la misma razon para morir, que para vivir, y passar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer, que digais à estos señores, que à mí os embiaron, que pues están en un fil las razones de condenarle, ò absolverle, que le dexen passar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar; y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino à la memoria un precepto, entre otros muchos, que me

me dió mi amo Don Quixote la noche antes que viniéssse à ser Governador de esta Infula, que fue: que quando la justicia estuviéssse en duda, me descantasse, y acogiéssse à la misericordia; y ha querido Dios, que aora se me acordasse, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el Mayordomo; y tengo para mí, que el mismo Licurgo, que dió leyes à los Lacedemonios, no pudiera dár mejor sentencia, que la que el gran Panza ha dado; y acabese con esto la Audiencia de esta mañana, y yo daré orden como el señor Governador coma muy à su gusto. Ello pido, y barras derechas, dixo Sancho, dñme de comer, lluevan cosas, y dudas sobre mí, que yo las despavilaré en el ayre. Cumplió su palabra el Mayordomo, pareciendole ser cargo de conciencia matar de hambre à tan discreto Governador; y mas, que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciendole la burla ultima, que traía en comisión de hacerle. Sucedió, pues, que aviendo comido aquel día contra las Reglas, y Aforismos del Doctor Tirteafuera, al levantar de los mantejes entró un Correo con una carta de Don Quixote para el Governador: mandó Sancho al Secretario, que la leyéssse para sí; y que si no viniéssse en ella alguna cosa digna de secreto, la leyéssse en voz alta. Hizolo así el Secretario, y repasandola primero, dixo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que

el señor Don Quixote escribe à vuestra merced, merece estar estampado, y escrito con letras de oros; y dice así.

CARTA DE DON QUIXOTE
de la Mancha à Sancho Panza,
Governador de la Infula
Barataria.

Quando esperaba oír nuevas de tus descuidos, è impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al Cielo, el qual del estiercol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre, como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene, y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon, porque el buen adorno de la persona, que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traygas diges, ni galas, ni que siendo Juez te vistas como Soldado, sino que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal, que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad de el Pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas; la una, ser bien criado con todos, aunque esto yá otra vez te lo he dicho; y la otra,

otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no ay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres, que la hambre, y la carestia.

No hagas muchas prematicas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden, y cumplan, que las prematicas, que no se guardan, lo mismo es, que si no lo fuessen; antes dan à entender, que el Principe que tuvo discrecion, y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardassen; y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen à ser como la Viga, Rey de las Ranas, que al principio las espantò, y con el tiempo la menospreciaron, y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre rigoroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto està el punto de la discrecion. Visita las Carceles, las Carnecerias, y las Plazas, que la presencia del Governador en lugares tales, es de mucha importancia. Consuela à los presos, que esperan la brevedad de su despachos es coco à los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo à las plazeras, por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no lo creo) codicioso, mugeriego, ni gloton, porque en sabiendo el Pueblo, y los que te tratan tu inclinacion determinada, por alli te daràn bateria, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira, y remira, passa, y repassa los consejos, y

documentos, que te di por escrito antes que de aqui partiesse à tu Gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos, y dificultades, que à cada passo à los Governadores se les ofrecen. Escribe à tus señores, y muéstrales agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida à los que bien le han hecho, dà indicio, que tambien lo serà à Dios, que tantos bienes le hizo, y de continuo le hace. La señora Duquesa despachò un proprio con tu vestido, y otro presente à tu muger Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento, que me sucediò, no muy à cuento de mis narices; pero no fue nada, que si ay Encantadores que me maltraten, tambien los ay que me defiendan. Avisame, si el Mayordomo que està contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como yo lo sospechaste; y de todo lo que te sucediere me iràs dando aviso, pues es tan corto el camino; quanto mas, que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estòy; pues nonací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos señores; pero aunque se me dà mucho, no se me dà nada, pues en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi profesion, que con su gusto, conforme à lo que suele decirse: Amicus Plato, sed

magis amica veritas. Digote este latin, porque me doy à encender, que despues que eres Governador lo havrás aprendido. Y à Dios, el qual se guarde de que ninguno te tenga lastima.

Tu amigo

D. Quixote de la Mancha.

Oyò Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantò de la mesa, y llamando al Secretario, se encerrò con él en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego à su señor Don Quixote, y dixo al Secretario, que sin añadir, ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dixesse, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente.

CARTA DE SANCHO PANZA
à D. Quixote de la Mancha.

La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortar las uñas, y así las traygo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuestra merced no se espante, si hasta agora no he dado aviso de mi bien, ó mal estar en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre, que quando andabamos los dos por las selvas, y por los despo- blados.

Escriviome el Duque mi señor el otro dia, dandome aviso, que avian

entrado en esta Insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra, que un cierto Doctor, que está en este Lugar assalariado para matar à quantos Governadores aqui viniessen: llamase el Doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera; porque vea vuestra merced, qué nombre para no temer, que he de morir à sus manos. Este tal Doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades quando las ay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta, y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondís, como si no fuese mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues quando pensé venir à este Gobierno à comer caliente, y à beber frio, y à recrear el cuerpo entre sabanas de olanda, sobre colchones de pluma, he venido à hacer penitencia, como si fuera Ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en que va esto, porque aqui me han dicho, que los Governadores, que à esta Insula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los del Pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás, que van à Gobiernos, no solamente en este.

Anoche, andando de ronda,

topè una muy hermosa doucella en trage de varon, y un hermano suyo en habito de muger: de la moza se enamorò mi Maestre-Sala, y la escogió en su imaginacion para su muger, segun él ha dicho; yo escogí el mozo para mi yerno: oy los dos pondrémos en placica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Chrißbiano viejo quanto se quiere.

Yo vísto las plazas como vuestra merced me lo aconseja; y ayer hallè una tendera, que vendia avellanas nuevas, y averiguèla, que avia mezclado con una anega de avellanas nuevas, otra de viejas, vanas, y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrán bien distinguir; y sentencièla, que por quinze dias no entrasse en la plaza: hanme dicho, que lo hice valerosamente; lo que se decir á vuestra merced, es, que es fama en este Pueblo, que no ay gente mas mala, que las plazeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas, y atrevidas; y yo assi lo creo, por las que he visto en otros Pueblos.

De que mi señora la Duquesa aya escrito á mi muger Teresa Panza, y embiadola el presente, que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y procurarè de mostrarme agradecido á su tiempo; besela vuestra merced las manos de mi parte, diciendo, que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verà por la obra. No querria que vuestra merced tuviese travacuentas de dis-

Part. II.

gustos con effos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos; claro està, que ha de redundar en mi daño, y no serà bien, que pues se me dà á mi por consejo, que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su Castillo.

Aquello del gateado no entiendo, porque imagino que debe de ser alguna de las malas fechorias, que con vuestra merced suelen usar los malos Encantadores; yo lo sabrè quando nos veamos. Quisiera embiarle á vuestra merced alguna cosa; pero no sé qué embie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con vezigas los hacen en esta Insula muy curiosos; aunque si me dura el officio, yo buscarè que embiar de baldas, ù de mangas. Si me escriviere mi muger Teresa Panza, pague vuestra merced el porte, y embiame la carta, que tengo grandissimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuestra merced de mal intencionados Encantadores; y á mi me saque con bien, y en paz de este Gobierno, que lo dudo, porque le pienso dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Recio.

Criado de V. md.

Sancho Panza el Governador.

Cerrò la carta el Secretario, y despachò luego al correo, y juntamente los burladores de Sancho

T

die-

dieron orden entre sí como despacharle de el Gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba serínsula, y ordenó, que no huviesse regatones de los bastimentos en la Republica; y que no pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesse, con aditamento, que declarassen el Lugar de donde era, para ponerle el precio, segun su estimacion, bondad, y fama; y el que lo aguasse, ò le mudasse el nombre, perdiessse la vida por ello. Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tassa en los salarios de los criados, que caminaban à rienda suelta por el camino de el interese. Puso gravísimas penas à los que cantallen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenó, que ningun ciego cantasse milagro en coplas, si no traxesse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo, y creó un Alguacil de pobres, no para que los persiguiesse, sino para que los examinasse si lo eran: porque à la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolución, el ordenó cosas tan buenas, que hasta oy se guardan en aquel Lugar, y se nombran: *Las*

Constituciones del gran Governador Sancho Panza.

CAP. LII. *Donde se cuenta la aventura de la segunda duçña Dolorida, ò Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.*

Cuenta Cide Hamete, que estando Don Quixote yà sano de sus aruños, le pareció, que la vida que en aquel Castillo tenia, era contra toda la Orden de Cavalleria que professaba; y así determinó de pedir licencia à los Duques para partirse à Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia à la mesa con los Duques, y comenzando à poner en obra su intencion, y pedir la licencia, veis aqui à deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues pareció) cubiertas de luto de los pies à la cabeza, y la una de ellas, llegando à Don Quixote, se le echó à los pies, tendida de largo à largo, la boca cosida con los pies de Don Quixote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos, que puso en confusion à todos los que la oian, y miraban; y aunque los Duques pensaron, que sería alguna burla que sus criados querian hacer à Don Quixote, todavía, viendo con el ahinco que la muger suspiraba, gemia, y lloraba, los tuvo dudosos, y suspensos, hasta que Don Quixote compasivo la levantó de el sue-

subo, y hizo que se descubriese, y quitasse el manto de sobre la faz llorosa: ella lo hizo así, y mostró ser (lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodríguez) la dueña de la casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del Labrador rico: Admiraronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques, que ninguno, que puesto la tenian por boba, y de bucaá pasta, no por tanto, que viniése à hacer locuras. Finalmente, Doña Rodríguez, bolviendose à los señores Duques, les dixo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia, que yo departa un poco con este Cavallero, porque así conviene para salir con bien de el negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo, que él se la daba, y que departiése con el señor Don Quixote quanto le viniése en deseo. Ella, enderezando la voz, y el rostro à Don Quixote, dixo: Dias hà, valeroso Cavallero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alevosia, que un mal Labrador tiene fecha à mi muy querida, y amada hija, que es esta desdichada, que aqui està presente, y vos me avedes prometido de bolver por ella, enderezandole el tuerto, que le tienen fecho, y agora ha llegado à mi noticia, que os quereis partir de este Castillo en busca de las buenas venturas, que Dios os deparare; y así querria, que antes que os escurriessedes por

ellos caminos, desafiassedes à este rustico indomito, y le hiciessedes que se casasse con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la diò de ser su esposo, antes, y primero que yogasse con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que yà à vuestra merced en puridad tengo declarada. Y con esto, nuestro Señor dè à vuestra merced mucha salud, y à nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió Don Quixote con mucha gravedad, y prosopopeya: Buena Dueña, templad vuestras lágrimas, ò por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual la huviera estado mejor no aver sido tan facil en creer promessas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del Duque mi señor, yo me partirè luego en busca de él desalmado mancebo, y le hallarè, le desafiarè, y le matarè cada, y quando que se escusare de cumplir la prometida palabra: que el principal assunto de mi profesión, es perdonar à los humildes, y castigar à los sobervios: quicrò decir, acorrer à los miserables, y destruir à los rigorosos. No es menester, respondió el Duque, que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar el rustico de quien esta buena dueña se quexa; ni es menester tampoco, que

vuestra merced me pida à mi licencia para desafiarme, que yo le doy por desafiado, y tomo à mi cargo de hacerle saber este desafio, y que acete, y venga à responder por sí à este mi Castillo, donde à entrambos darè campo seguro, guardando todas las condiciones, que en tales actos suelen, y deben guardarse, guardando igualmente su justicia à cada uno, como estàn obligados à guardarla todos aquellos Principes que dàn campo franco à los que se combaten en los terminos de sus Señorios. Pues con esse seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicò Don Quixote, desde aqui digo, que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano, y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitandole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío, y reto en razon de que hizo mal en defraudar à esta pobre, que fue doncella, y yà por su culpa no lo es; y que la ha de cumplir la palabra que la diò de ser su legitimo esposo, ò morir en la demanda. Y luego, descalzandose un guante, le atrojò en mitad de la sala; y el Duque le alzò, diciendo, que como yà avia dicho, él aceptaba el tal desafio en nombre de su vassallo, y señalaba el plazo de allí à seis dias: y el campo en la plaza de aquel Castillo, y las armas acostumbradas de los Cavalleros, lanza, y escudo, y arnés tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, supercheria, ò supersticion al-

guna, examinadas, y vistas por los Jueces del campo; pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña, y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quixote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará à debida execucion el tal desafio. Yo si pongo, respondió la dueña. Y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, toda veigonzosa, y de mal talante. Tomado, pues, este apuntamiento, y aviendo imaginado el Duque lo que avia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y ordenò la Duquesa, que de allí adelante no las tratasse como à sus criadas, sino como à señoras aventureras, que venian à pedir justicia à su casa; y así las dieron quarto aparte, y las sirvieron como à forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en qué avia de parar la sandez, y desemboltura de Doña Rodriguez, y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta, y dàr buen fin à la comedia, veis aqui donde entrò por la sala el page que llevò las cartas, y presentes à Teresa Panza, muger del Governador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le avia sucedido en su viage, y preguntandosele, respondió el page, que no lo podia decir tan en publico, ni con breves palabras, que sus Excelencias fuesen servidos de dexarlo para à solas, y que entre tanto se entretuyessen con aque-

aquellas cartas, y sacando dos cartas, las puso en manos de la Duquesa; la una decia en el sobreescrito: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé donde;* y la otra: *A mi marido Sancho Panza, Gobernador de la Infula Barataria, que Dios prospere mas años que á mi.* No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa, hasta leer su carta, y abriendola, y leído para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque, y los circunstantes la oyessen, leyó de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA
á la Duquesa.

Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuestra grandeza me escribió, que en verdad, que la tenia bien deseada: la sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le vá en zaga. De que vuestra Señoría aya hecho Gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido mucho gusto todo el Lugar, puesto que no ay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maesse Nicolás el Barbero, y Sanson Carrasco el Bachiller; pero á mi no se me dá nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si vá á decir verdad, á no venir los corales, y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este Pueblo, todos tienen á mi marido por un porro; y que sacado de gobernar un bato de Cabras, no pueden imagi-

Part. II.

nar para qué Gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga, y lo encaminé como vé que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuestra merced, de meter este buendia en mi casa, yendome á la Corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil embidiosos, que yá tengo. Y así suplico á vuestra Excelencia, mande á mi marido me embie algun dinerillo, y que sea algo, porque en la Corte son los gastos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedis, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas, y mis vecinas, que si yo, y mi hija andamos orondas, y pomposas en la Corte, vendrá á ser conocido mi marido por mí, más que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: *Quien son estas señoras de este coche?* y un criado mió respondió: *La muger, y la hija de Sancho Panza, Gobernador de la Infula Barataria, y de esta manera será conocido Sancho, y yo será estimada, y á Roma por todo.* Pesaré, quanto pesarme puede, que este año no se han cogido bellotas en este Pueblo, con todo esso embio á vuestra Alteza hasta medio celemin, que una á una las fui yo á coger, y á escoger al monte, y no las hallé mas mayores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se le olvide á vuestra par-

T 3

post.

posidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando do mi salud, y de todo lo que buviere que avisar de est: Lugar, donde quedo rogando à Nuestro Señor guarde à vuestra grandeza, y à mi no me olvide. Sancha mi hija, y mi hijo besan à vuestra merced las manos.

La que tiene mas deseo de ver
à V.S. que de escribirla.

Su criada
Teresa Panza.

Grande fue el gusto que todos recibieron de oír la Carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa tomò parecer à Don Quixote, si sería bien abrir la carta, que venia para el Governador, que imaginaba debia de ser bonísima. Don Quixote dixo, que él la abría por darles gusto, y así lo hizo, y viò, que decia de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA
à Sancho Panza su marido.

TU carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo, y juro, como Católica Christiana, que no faltaron dos dedos para bolverme loca de contento. Mira, hermano, quando lleguè à oír que eras Governador, me pensè allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú, que dicen, que así mata la alegría subita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento. El ves-

tido que me embiaste tenia delante, y los corales que me embió mi señora la Duquesa al cuello, y las carcas en las manos, y el portador de ellas allí presente, y con todo esso creía, y pensaba, que era todo sueño lo que veía, y lo que tocaba; porque quién podia pensar, que un pastor de Cabras avia de venir à ser Governador de Insulas? Tú sabes tú, amigo, que decia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mucho; digolo, porque pienso ver mas, si vivo mas, porque no pienso parar hasta verte Arrendador, ó Alcaualero, que son oficios, que aunque lleva el diablo à quien mal los usa, en fin, en fin, siempre tienen, y marcejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirà el deseo que tengo de ir à la Corte; mirate en ello, y avísame de tu gusto, que yo procurarè honrarte en ella andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacristán, no pueden creer, que eres Governador, y dicen, que todo es embeleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de Don Quixote tu amo; y dice Sansón, que ha de ir à buscarte, y à sacarte el Gobierno de la cabeza, y à Don Quixote la locura de los cascos: yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dár traza del vestido, que tengo de hacer del tuyo à nuestra hija. Unas bellotas embió à mi señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Embíame tú alguna sarta de perlas, si se usan en esta Insula. Las nuevas de este Lugar son, que la Berrueca casò à su
hija

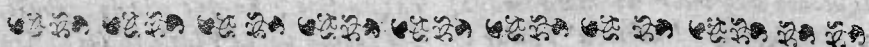
bija con un Pintor de mala mano, que llegó à este Pueblo à pintar lo que saliese : mandóle el Concejo pintar las armas de su Magestad sobre las puertas de Ayuntamiento, pidió dos ducados , dieronse los adelantados , trabajò ocho dias , al cabo de los quales no pintò nada , y dixo , que no acertaba à pintar tantas varatijas ; bolviò el dinero , y con todo esso se casò à titulo de buen oficial ; verdad es , que ya ha dexado el pincel , y tomado la hazada , y và al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado de Grados , y Corona , con intencion de hacerse Clerigo. Supolo Mingui-lla , la nieta de Mingo Sivarro , y hale puesto demanda de que ta tiene dada palabra de casamiento ; malas lenguas quieren decir , que ha estado en cinta de el , pero el lo niega à pies juntillas. Ogaño no ay azeytnas , ni se halla una gota de vinagre en todo este Pueblo. Por aqui passò una Compañia de Soldados , llevaronse de camino tres mozas de este Pueblo , no te quiero decir quien son , quizá bolveràn , y no faltará quien las tome por mugeres , con sus tachas buenas , ò malas. Sanchica hace puntas de randas , gana cada dia ocho maravedis horros , que los và echando en una alcancia para aynda de su ajuar ; pero agora , que es hija de un Governador , tute da-

ràs la dote , sin que ella lo trabaje. La fuente de la Plaza se secò. Un rayo cayò en la picota , y allí me las den todas. Espero respuesta de esta , y la resolucion de mi ida à la Corte. Y con esto Dios te me guarde mas años que à mi , ò tantos , porque no querria dexarte sin mi en este mundo.

Tu muger

Teresa Panza.

Las cartas fueron solemnizadas , reidas , estimadas , y admiradas , y para acabar de echar el sello llegó el correo , el que traia la que Sancho embiaba à Don Quixote , que asimismo se leyò publicamente , la qual puso en duda la sandez del Governador. Retiròse la Duquesa para saber del pague lo que le avia sucedido en el Lugar de Sancho , el qual se lo contò muy por extenso , sin dexar circunstancia que no refirièssè : diòle las bellotas , y mas un queso , que Teresa le diò por ser muy bueno , que se aventajaba à los de Tronchon. Recibiòle la Duquesa con grandísimo gusto , con el qual la dexaremos , por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Panza , flor , y espejo de todos los Insulanos Governadores.

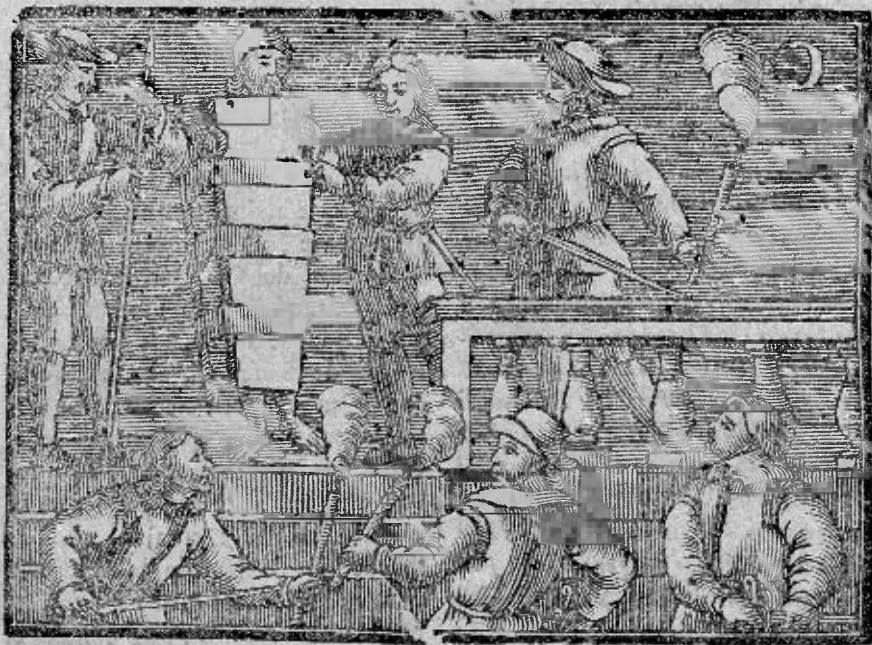


LIBRO OCTAVO

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

CAP. LIII. *Del fatigado fin, y remate, que tuvo el Gobierno de Sancho Panza.*



PENSAR que en esta vida las cosas de ella han de estar siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda toda en redonda. La Primavera sigue al Verano; el Verano, al Estio; el Estio, al Otoño; el Otoño, al Invierno; y el

Invierno à la Primavera; y assi torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, Philospho Mahometico

porque esto de entender la ligereza, e inestabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna, que se espera, muchos, sin lumbre de Fè, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro Autor lo dice por la presteza con que se acabò, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra, y humo el Gobierno de Sancho; el qual estando la septima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dár pareceres, y de hacer estatutos, y pragmaticas, quando el sueño, à despicho, y pesar de la hambre, le comenzaba à cerrar los parpados, oyò tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia. Sentòse en la cama, y estuvo atento, y escuchandò, por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, sino que añadiendose al ruido de voces, y de campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedò mas confuso, y lleno de temor, y espanto; y levantandose en pie, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrero pa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió à la puerta de su aposento, à tiempo que viò venir por los corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con espadas desembaynadas, gritando à grandes voces: *Arma, arma, señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la Insula, y*

somos perdidos, si vuestra industria, y valor no nos socorre. Con este ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atonito, y embelesado de lo que oia, y veia; y quando llegaron à él, uno le dixo: *Armedse luego V.S. si no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ni qué sé yo de armas, ni de socorios? Estas cosas mejor ferà dexarlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las despacharà, y pendrà en cobro, que yo, pecador fui à Dios, no se me entiende nada de estas prietas. Hia señor Governador; dixo otro, qué reñente es esse! armedse vuestra merced, que aqui le traemos armas ofensivas, y defensivas, y salga à esta plaza, y sea nuestra guia, y nuestro Capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Governador. Armenme no rabuena, replicò Sancho, y al momento le traxeron dos paveses, que venian proveidos de ellos, le pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, un paves delante, y otro detrás, y ponian unas concabidades, que traian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordelles, de modo, que quedò emparedado, y entablado, derecho como un uso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo passo. Pusieronle en las manos una lanza, à la qual se arrimò para poderse tener en pie. Quando así le tuvieron, le dixerón, que caminale, y*

los

los guialse, y animasse à todos, que siendo él su norte, su linterna, y su lucero, tendrían buen fin sus negocios. Còmo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choqueruelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes: lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado, ò en pie en algun postigo, que yo le guardarè, ò con esta lanza, ò con mi cuerpo. Ande, señor Governador, dixo otro, que mas es el miedo, que las tablas le impiden el passo. Acabe, y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, las voces se aumentan, y el peligro carga; por cuyas persuasiones, y vituperios probò el pobre Governador à moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensò que se avia hecho pedazos, y quedò como galapago, encerrado, y cubierto con sus conchas, ò como medio tocino, metido entre dos artesas, ò bien asì como barca, que dà al través en la arena: y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, antes apagando las antorchas, tornaron à reforzar las voces, y à reysterar el arma, con tan gran prisa, passando por encima del pobre Sancho, dandole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si èl no se recogiera, y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo passara muy mal el pobre Governador, el qual en

aquella estrechezza recogido, sudaba, y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba à Dios, que de aquel peligro le sacasse; unos tropezaban en èl, otros caían, y tal huvo, que se puso encima un buen espacio, y desde allí, como desde atalaya, governaba los Exercitos, y à grandes voces decia: Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancias, pez, y resina en calderas de azeite ardiendo, trinchense las calles con colchones; en fin, èl nombraba con todo ahinco todas las varatijas, è instrumentos, y pertrechos de guerra con que suele defenderse el assalto de una Ciudad. Y el molido Sancho, que lo escuchaba, y sufría todo, decia entre si: O si mi señor fuesse fervido, que se acabasse yà de perder esta Infula, y me viesse yo, ò muerto, ò fuera de esta grande angustia! Oyò el Cielo su peticion, y quando menos lo esperaba oyò voces, que decian: Victoria, victoria, los enemigos van de vencida, ea, señor Governador, levante se vuestra merced, y venga à gozar del vencimiento, y à repartir los despojos, que se han tomado à los enemigos por el valor de esse invencible brazo. Levantenme, dixo, con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle à levantar, y puesto en pie, dixo: El enemigo, que yo huviere vencido quiero, que me le claven en la

frente , yo no quiero repartir despojos de enemigos , sino pedir , y suplicar à algun amigo , si es que le tengo , que me dè un trago de vino , que me seco , y me enjague este sudor , que me hago agua. Limpiaronle , traxeronle el vino , desliaronle los pañetes , sentòse sobre su lecho , y desmayòse del temor del sobresalto , y de el trabajo ; yà les pesaba à los de la burla de averse la hecho tan pesada ; pero el aver buuelto en si Sancho , les templò la pena que les avia dado su desmayo. Preguntò , qué hora era ? respondieronle , que yà amanecia. Callò , y sin decir otra cosa , comenzo à vestirse , todo sepultado en silencio , y todos le miraban , y esperaban en que avia de parar la prieda con que se vestia. Vestióse en fin , y poco à poco , porque estaba molido , y no podia ir mucho à mucho , se fue à la cavalleriza , siguiendole todos los que alli se hallaban , y llegando se al rucio , le abrazò , y le diò un beso de paz en la frente ; y no sin lagrimas en los ojos , le dixo : Venid vos acá , compañero mio , amigo mio , y conllevador de mis trabajos , y miserias , quando yo me avenia con vos , y no tenia otros pensamientos , que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos , y de sustentar vuestro cuerpezuelo ; dichas eran mis horas , mis dias , y mis años ; pero despues que os dexè , y me subì sobre las torres de la ambicion , y de la soberbia , se me han entrado por el alma adentro

mil miserias , mil trabajos , y quatro mil desallos siegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo , iba asimismo enalbardando el asno , sin que nadie nada le dixesse. Enalbardado , pues , el rucio , con gran pena , y petar subió sobre el , y encaminando sus palabras , y razones al Mayordomo , al Secretario , al Maestro-Sala , y à Pedro Rucio el Doctor , y à otros muchos , que alli presentes estaban , dixo : Abrid camino , señores mios , y dexadme bolver à mi antigua libertad : dexadme que vaya à buscar la vida passada , para que me refucite de esta muerte presente ; yo no nacì para ser Gobernador , ni para defender Intulas , ni Ciudades de los enemigos , que quisieren acometerlas ; mejor se me entiende à mi arar , cabar , podar , y sarmentar las viñas , que de dár leyes ; ni defender Provincias , ni Reynos ; bien se està S. Pedro en Roma : quiero decir , que bien se està cada uno usando el oficio para que fue nacido : mejor me està à mi una hoz en la mano , que un Cetro de Governador ; mas quiero hartarme de gazpachos , que estàr sujeto à la mileria de un Medico impertinente , que me mate de hambres ; y mas quiero recostarme à la sombra de una encina en el Verano , y arroparme con un zamarro de dos pelos en el Invierno , en mi libertad , que acostarme con la sujecion de el Gobierno entre sabanas de olanda , y vestirme de matas cebollinas ; vuestras mercedes se queden con Dios , y digan al Duque mi señor ,
que

que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este Gobierno, y sin ella salgo, bien al rebés de como suelen salir los Governadores de otras Indias; y apartense, dexenme ir, que me voy à vizmar, que creo, que tengo brumadas todas las costillas: merced à los enemigos, que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor Governador; dixo el Doctor Recio, que yo le daré à vuestra merced una bebida contra caídas, y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza, y vigor: y en lo de la comida, yo prometo à vuestra merced de enmendarme, dexándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho, así dexaré de irme, como bolverse Turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quedé en esto, ni admita otro Gobierno, aunque me le diessen entre dos platos, como bolar al Cielo sin alas. Yo soy del linage de los Panzas, que todos son testarudos; y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean parés; à pesar de todo el mundo. Quedense en esta cavalleriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el ayre, para que me comiessen vencejos, y otros pajeros, y bolvamos à andar por el suelo con pie llano, que si no le adornáren zapatos picados de cordován, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda; cada oveja con

su pareja, y nadie tienda mas la pierna, de quanto fuere larga la sabana: y dexenme passar, que se me hace tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Governador, de muy buena gana dexaremos ir à vuestra merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio, y su christiano proceder obligan à desearle; pero ya se sabe, que todo Governador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, à dar primero residencia de la vuestra merced de los diez días que hà que tiene el Gobierno, y vayase à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor; yo voy à verme con él, y à él se la daré de molde: quanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar à entender, que he gobernado como un Angel. Par Dios que tengo razon el gran Sancho, dixo el Doctor Recio, y que soy de parecer, que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo, que no queria mas de un poco de cebáda para el rucio, medio queso, y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no avia menester mayor, ni mejor reposteria. Abrazaronlo todos, y él llorando abrazó à todos,

dos, y los dexò admirados, así de sus razones, como de su determinacion tan resuelta, y tan discreta.

CAP. LIV. *Que trata de las cosas tocantes à esta historia, y no otra alguna.*

Resolvieronse el Duque, y la Duquesa, de que el desafío que Don Quixote hizo à su vassallo por la causa yà referida, passasse adelante, y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde avia ido huyendo, por no tener por suegra à Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar à un lacayo Gascon, que se llamaba Tosilos, industiandole primero muy bien de lo que avia de hacer. De allí à dos dias dixo el Duque à Don Quixote, como desde allí à quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como Cavallero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él la huviellè dado palabra de casamiento. Don Quixote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo à gran ventura aversele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiellèn ver hasta donde se estendia el valor de su brazo; y así con alborozo, y contento esperaba los quatro dias, que se le iban haciendo à la cuenta de su deseo quatrocientos siglos. *Dexémoslos pas-*

ar nosotros, si como dexámoslos pasar ótras cosas, y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el rucion à buscar à su amo, cuya compañía le agradaba más, que ser Governador de todas las islas de el mundo. Sucedió, pues, que no avienlose alongado mucho de la Insula de el su Governio (que él nunca se puso à averiguar si era Insula, Ciudad, Villa, ò Lugar, la que gobernaba,) vió que por el camino por donde iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos Estrangeros, que piden limosna cantando, los quales en llegando à él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron à cantar en su lengua, lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra, que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió, que era limosnado que en su canto pedian; y como él segun dice Cide Hamete) era caritativo además, sacò de sus alforjas medio pan, y medio queso, de que venia provellido; y dióselo, diciéndoles por señas, que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: Guelte, guelte. No entiendo, respondió Sancho, que es lo que me pedis, buena gente? Entonces uno de ellos sacò una bolsa del seno, y mostròsela à Sancho, por donde entendió, que le pedian dineros; y él poniendose el dedo pulgar en la garganta, y es-

tendiendo la mano arriba, les dió à entender, que yo tenia ostugo de moneda, y picando al ruído, rompió por ellos; y al passar, viendole estado mirando uno de ellos con mucha atencion, arremetió à él, y echandole los brazos por la cintura, en voz alta, y muy Castellana, dixo: Valame Dios! Qué es lo que veo? es posible, que tengo en mis brazos à mi caro amigo? al mi buen Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo, ni duermo, ni estoy aora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del Estrangero peregrino; y despues de averle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension, el peregrino le dixo: Cómo, y es posible Sancho Panza hermano, que no conoces à tu vecino Ricote el Morisco, Tendero de tu Lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó à refigurarle; y finalmente, le vino à conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dixo, quien diablos te avia de conocer, Ricote? en esse traje de moharracho, que traes? Dime, quien te ha hecho Francho-te, y cómo tienes atrevimiento de volver à España, donde si te conocen, tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en esse traje no avrà nadie, que me conozca, y

apartemonos del camino à aquella alameda, que allí parece, donde quieren comer, y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me parti de nuestro Lugar, por obedecer el vando de su Magestad, que con tanto rigor à los desdichados de mi Nacion amenazaba, segun oíste. Hizolo así Sancho, y hablando Ricote à los demás peregrinos, se apartaron à la alameda, que se parecia, bien desviados de el camino real. Arrojaron los bordones, quitaron-se las mucetas, ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que yá era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, à lo menos de cosas incitativas, y que llaman à la sed de dos leguas. Tendieron-se en el suelo, y haciendo mantel-les de las yervas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dexaban macar, no defendian ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen, que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron azeytunas, aunque secas, y sin adobo alguno, pero sabrosas, y entretenidas: pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete, fueron seis botas de vino, que cada uno sa-
cò

cò la fuya de su alforja : hasta el buen Ricote , que se avia transformado de Morisco en Alemàn , ò en Tudesco , sacò la fuya ; que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron à comer con grandissimo gusto , y muy de espacio , saboreandose con cada bocado , que le tomaban con la punta del cuchillo , y muy poquito de cada cosa ; y luego al punto todos à una levantaron los brazos , y las botas en el ayre , puestas las bocas en su boca , clavados los ojos en el Cielo , no parecia sino que ponian en el la punteria ; y de esta manera , meneando las cabezas à un lado , y à otro (señales que acreditaban el gusto que recibian) se estuvieron un buen espacio , trasfegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho , y de ninguna cosa se dolia , antes , por cumplir con el refràn , que el muy bien sabia , de quando à Roma fueres , haz como vieres , pidió à Ricote la bota , y tomò su punteria como los demás , y no con menos gusto que ellos : quatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas ; pero la quinta no fue posible , porque yà estaban mas enjutas , y secas , que un esparto : cosa , que puso mustia la alegría , que hasta alli avian mostrado. De quando en quando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho , y decia : Español , y Tudescu , tutto uno bon compaño. Y Sancho respondia : Bon compaño , jura

Di , y disparaba con una rifa , que le duraba una hora , sin acordarse entonces de nada de lo que le avia sucedido en su Gobierno ; porque sobre el rato , y tiempo quando se come , y bebe ; poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente , el acabarseles el vino fue principio de un sueño , que diò à todos , quedandose dormidos sobre las mismas mesas , y manteles , solo Ricote , y Sancho quedaron alerta , porque avian comido mas , y bebido menos ; y apartando Ricote à Sancho , se sentaron al pie de una haya , dexando à los peregrinos sepultados en dulce sueño ; y Ricote , sin tropezar nada en su lengua Morisca , en la pura Castellana le dixo las siguientes razones :

Bien sabes , ò Sancho Panza , vecino , y amigo mio , como el pregon , y vando , que su Magestad mandò publicar contra los de mi Nacion , puso terror , y espanto en todos nosotros , à lo menos en mi le puso ; de suerte , que me parece , que antes del tiempo , que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España , yà tenia el rigor de la pena executado en mi persona , y en la de mis hijos. Ordenè , pues , à mi parecer , como prudente (bien así como el que sabe , que para el tal tiempo le han de quitar la casa donde vive , y se provee de otra donde mudarse) ordenè , digo , de salir yo solo sin familia de mi Pueblo , y ir à buscar donde llevarla con comodidad , y sin la priesa con que los demás sa-

lieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se avian de poner en execucion à su determinado tiempo; y forzabame à creer esta verdad, saber yo los ruines, y disparatados intentos, que los nuestros tenian, y tales, que me parece, que fue inspiracion Divina lo que moviò à su Magestad à poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuèsemos culpados, que algunos avia Christianos firmes, y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer à los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda, y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible, que se nos podia dir: do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en esta, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperabamos ser recibidos, acogidos, y regalados, alli es donde mas nos ofenden, y maltratan: no hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande, que casi todos tenemos de volver à España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se

buelven à ella, y dexan allà sus mugeres, y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco, y experimento todo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Sali, como digo, de nuestro Pueblo, entrè en Francia, y aunque alli nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo: pasè à Italia, y lleguè à Alemania, y alli me pareciò que podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dexè tomada casa en un Pueblo junto à Augusta, juntème con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir à España muchos de ellos cada año à visitar los Santuarios de ella, que los tienen por sus Indias; y por certissima grangeria, y conocida ganancia, andanla casi toda, y no ay Pueblo ninguno de donde no salgan comidos, y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ò yà en el husco de los bordones, ò entre los remiendos de las esolavinas; ò con la industria que ellos pueden, los sacan del Reyno, y los pasan à sus tierras, à pesar de las guardas de los Puertos, y Puertos donde se registran. Ahora es mi intento, Sancho, sacar el tesoro, que de aqui enterrado, que por estar fuera del Pueblo lo podrè ha-

hacer sin peligro, y escribir, ò pasar desde Valencia à mi hija, y à mi muger, que se que està en Argel, y dar raza como traerlas à algun Puerto de Francia, y desde allí llevarlas à Alemania, donde esperamos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolución, Sancho, yo se cierto, que la Ricota mi hija, y Francisca mi muger, son Catholicas Christianas; y aunque yo no lo foy tanto, todavía tengo mas de Christiano, que de Moro: y ruego siempre à Dios me abra los ojos del entendimiento, y me de à conocer como le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es, no saber por que se fue mi muger, y mi hija antes à Berberia, que à Francia, adonde podia vivir como Christiana. A lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, esto no debió de estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopeyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino Moro, fuese à lo mas bien parado; y se te decir otra cosa, que creo que vas en valde à buscar lo que dexaste enterrado; porque tuvimos nuevas, que avian quitado à tu cuñado, y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser esto, respondió Ricote; pero yo se, Sancho, que no tocaron en mi entierro, porque yo no les descubri donde estava, temeroso de algun desmán; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme à sacarlo, y à encubrirlo, yo te daré doscientos escudos,

Part. II.

con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que se yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho, pero no foy nada codicioso, que à serlo, un oficio dexé de entre las minas, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haria traycion à mi Rey en dar favor à sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado quatrocientos. Y que oficio es el que has dexado, Sancho? preguntó Ricote. He dexado de ser Governador de una Insula, respondió Sancho, y tal, que à buena fee, que no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde està esta Insula? preguntó Ricote. Adonde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la Insula Barataria. Calla, Sancho, dixo Ricote, que las Insulas estan allí dentro de la mar, que no ay Insulas en la tierra firme. Como no? replicó Sancho, digote, Ricote amigo, que esta mañana me partí de ella, y ayer estuve en ella gobernando à mi placer, como un Sagitario; pero con todo esto la he dexado, por parecerme oficio peligroso el de los Governadores. Y que has ganado en el Gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el aver conocido, que no foy bueno para gobernar fino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales Govies,

V,

nos,

nos, son à costa de perder el descanso, y el sueño, y aun el sustento: porque en las Insulas deben de comer poco los Governadores, especialmente si tienen Medicos que miran por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dixo Ricote; pero pareceme, que todo lo que dices es disparate, que quien te avia de dár à tí Insulas que governasses? faltaban hombres en el mundo mas habiles para Governadores, que tú eres? Calla, Sancho, y buelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dexè escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te darè con que vivas, como te he dicho. Yà te he dicho, Ricote, replicò Sancho, que no quiero, contentate, que por mí no seràs descubierta; y prosigue en buena hora tu camino, y dexame seguir el mio, que yo sè, que lo bien ganado se pierde; y lo malo, ello, y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dixo Ricote; pero dime, hallastere en nuestro Lugar, quando se partiò de él mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si hallè, respondió Sancho, y te sè decir, que salió tu hija tan hermosa, que salieron à verla quantos avia en el Pueblo, y todos decian, que era la mas bella criatura del mundo: Iba llorando, y abrazaba à todas sus amigas, y conocidas, y à quantos llegaban à verla; y à todos pedia la encomendassen à Dios, y à nuestra Señora su Madre: y esto con tanto

sentimiento, que à mí me hizo llorar; (que no suelo ser muy lloron) y à fee, que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir à quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato de el Rey los detuvo: principalmente se mostrò mas apasionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo Mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partiò, nunca mas él ha parecido en nuestro Lugar, y todos pensamos, que iba tràs ella para robarla, pero hasta aora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que esse Cavallero adamaba à mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me diò pesadumbre el saber que la queria bien; que yà avràs oido decir, Sancho, que las Moriscas, pocas, ò ninguna vez se mezclaren por amores con Christianos Viejos; y mi hija, que à lo que yo creo, atendia à ser mas Christiana, que enamorada, no se curaria de las sollicitudes de esse señor Mayorazgo. Dios lo haga, replicò Sancho, que à entrambos les estaria mal; y dexame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde està mi señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que yà mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino: y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimò à su bordon, y se apartaron.

CAP. LV. De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que ver.

EL averse detenido Sancho con Ricote, no le diò lugar à que aquel dia llegasse al Castillo del Duque, puesto que llegó media legua de él, donde le tomó la noche algo obscura, y cerrada; pero como era Verano, no le diò mucha pesadumbre; y así se apartò del camino con intención de esperar la mañana, y quiso su corta, y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él, y el rucio en una honda obscurísima, que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendò à Dios de todo corazon, pensando que no avia de parar hasta el profundo de los abyssos; y no fue así, porque à poco mas de tres estados diò fondo el rucio, y él se hallò encima de él, sin aver recibido lesion, ni daño alguno. Tentòse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estaba sano, ò agujerado por alguna parte; y viendose bueno, entero, y catholico de salud, no se hartaba de dár gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le avia hecho, porque sin duda pensò, que estaba hecho mil pedazos; tentò asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir de ella sin ayuda de nadie; pero todas las hallò rasas, y sin asidero alguno, de lo que San-

cho se acongojó mucho, especialmente quando oyò, que el rucio se queixaba tierna, y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que à la verdad no estaba muy bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Panza, y quan no pensados sucesos suelen suceder à cada passo à los que viven en este miserable mundo! Quien dixera, que el que ayer se viò entronizado Gobernador de una Insula, mandando à sus sirvientes, y à sus vassallos, oy se avia de ver sepultado en una sima, sin aver persona alguna, que le remedie, ni criado, ni vassallo, que acuda à su socorro! Aqui avrèmos de perecer de hambre yo, y mi jumento, si yà no nos morimos antes, él de molido, y quebrantado, y yo de pesaroso; à lo menos no serè yo tan venturoso como lo fue mi señor Don Quixote de la Mancha, quando descendió, y baxò à la Cueva de aquel encantado Montefinos, donde hallò quien le regalasse mejor que en su casa, que no parece sino que se fue à mesa puesta, y à cama hecha; allí viò él visiones hermosas, y apacibles: y yo verè aqui, à lo que creo, sapos, y culebras; desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras, y fantasias! De aqui facarán mis huessos (quando el Cielo sea servido, que me descubran) mundos, blancos, y ruidos, y los de mí buen rucio con ellos, por donde quizá se echarà de ver quien somos, à lo menos de los que tuvieren noticia, que

nunca Sancho Panza se apartò de su asno , ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo , miserables de nosotros , que no ha querido nuestra corta suerte , que muriésemos en nuestra patria , y entre los nuestros , donde yà que no hallàra remedio nuestra desgracia , no faltàra quien de ellos se doliera , y en la hora ultima de nuestro passamiento nos cerràra los ojos!

O compañero , y amigo mio , què mal pago te he dado de tus buenos servicios ! perdoname , y pide à la fortuna , en el mejor modo que supieres , que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos , que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza , que no parezcas sino un laureado Poeta , y de darte los pìensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza , y su jumento le escuchaba , sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto , y angustia en que aquel pobre se hallaba. Finalmente , aviendo pasado toda aquella noche en miserables quejas , y lamentaciones , vino el dia , con cuya claridad ; y resplandor viò Sancho , que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado , y comenzò à lamentarle , y dár voces , por ver si alguno le oia ; pero todas sus voces eran dadas en desierto , pues por todos aquellos contornos no avia persona , que pudiesse escucharle , y entonces se acabò de dár por muerto ; estava el rucio boca arri-

ba , y Sancho Panza le acomodò de modo , que le puso en piè , que apenas se podia tener ; y sacando de las alforjas (que tambien avian corrido la misma fortuna de la caída) un pedazo de pan , lo diò à su jumento , que no le supo mal , y dixole Sancho , como si lo entendiera , *todos los duelos con pan son buenos*. En esto descubriò à un lado de la sima un agujero , capàz de caber por èl una persona , si se agoviaba , y encogia ; acudiò à èl Sancho Panza , y agazapandose se entrò por èl , y viò , que por de dentro era espacioso , y largo , y pudo ver , porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo del Sol , que lo descubria todo ; viò tambien , que se dilatava , y alargaba por otra concabidad espaciosa ; viendo lo qual , bolviò à salir adonde estava el jumento , y con una piedra comenzò à desmoronar la tierra del agujero , de modo , que en poco espacio hizo lugar , donde con facilidad pudiesse entrar el asno , como lo hizo ; y cogiendole de el cabestro comenzò à caminar por aquella gruta adelante , por ver si hallaba alguna salida por otra parte ; à veces iba à obscuras , y à veces sin luz , pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo Poderoso ! decia entre si , esta que para mi es desventura , mejor fuera para aventura de mi amo Don Quixote: èl si , que tuviera estas profundidades , y mazmorras por jardines floridos , y por Palacios de Galiana , y esperara salir de esta obscuridad,

y estrechez a algun florido prado; pero yo sin ventura, salto de consejo, y menoscabado de animo, a cada passo pienso, que debaxo de los pies, de improviso, se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal, si vienes solo. De esta manera, y con estos pensamientos le pareció, que havia caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel para el camino de la otra vida. Aqui le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelue a tratar de Don Quixote, que alborozado, y contento esperaba el plazo de la batalla, que avia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, a quien pensaba enderezar el tuerto, y defaguisado, que malamente le tenían fecho. Sucedió, pues, que saliendo una mañana a imponerse, y ensayarse en lo que avia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon, o arremetida a Rocinante, llegó a poner los pies tan junto a una cuba, que a no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegando algo mas cerca, sin apearle miró aquella hondura, y estando la mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las daba decía: *Há*

Part. II.

de arriba, ay algun Christiano, que me escuche? o algun Cavallero caritativo, que se duela de un peccador enterrado en vida? de un desdichado desgovernado Governador? Parecióle a Don Quixote, que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso, y assombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien está allí abaxo? quien se queja? Quien puede estar aqui, o quien se ha de quejar, respondieron, sino el asfendereado de Sancho Panza, Governador por sus pecados, y por su mala andanza, de la Infula Barataria, Escudero que fue del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha? Oyendo lo qual Don Quixote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pavor, viniendosele al pensamiento, que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí pensando su alma, y llevado de esta imaginacion, dixo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte, como Catholico Christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime que quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer, y acorrer a los necesitados de este mundo. tambien lo feré para acorrer, y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por si propios. De esta manera, respondieron, vuestra merced que me habla debe de ser mi señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro sin duda. Don Quixote soy, replicó

V 3

Don

Don Quixote, el que profesò socorrer, y ayudar en sus necesidades à los vivos, y à los muertos. Por esso dime, quien eres, que me tienes atonito? porque si eres mi Escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te ayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estès en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Catholica Romana, bastantes à sacarte de las penas en que estàs, y yo, que lo solicitarè con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare; por esso acaba de declararte, y dime quien eres. Voto à tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuestra merced quisiere, juro, señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy su Escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida, sino que aviendo dexado mi Gobierno por cosas, y causas, que es menester mas espacio para decirlas, anoche caì en esta sima, donde cayò el rucio conmigo, que no me dexarà mentir, pues por más señas està aqui conmigo; y ay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzò à rebuznar tan recio, que toda la cueba retumbaba. Famoso testigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio, esperame irè al Castillo del Duque, que està aqui cerca, y traerè quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben

de aver puesto. Vaya vuestra merced, dixo Sancho, y buelva presto por un solo Dios, que yà no lo puedo llevar el estàr aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexòle Don Quixote, y fue al Castillo à contar à los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron, que debia de aver caído por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos immemorables estava alli hecha; pero no podian pensar como avia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron fogas, y maromas, y à costa de mucha gente, y de mucho trabajo, sacaron al rucio, y à Sancho Panza de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Viòle un Estudiante, y dixo: De esta manera avian de salir de sus Gobiernos todos los malos Gobernadores, como sale este pecador de el profundo del abyssmo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, à lo que yo creo. Oyòlo Sancho, y dixo: Ocho días, ò diez hà, hermano murmurador, que entrè à gobernar la Infula que me dieron, en los quales no me vi hartar de pan siquiera una hora; en ellos me han perseguido Medicos, y enemigos me han brumado los hueslos, ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto assi, como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios

sabe lo mejor , y lo que està bien à cada uno , y qual el tiempo , tal el tienpo , y nadie diga de esta agua no beberè , que adonde se piensa que ay tocinos , no ay estacas , y Dios me entiende , y basta ; y no digo mas , aunque pudiera. No te enojas , Sancho , dixo Don Quixote , ni recibas pesadumbre de lo que oyeres , que serà nunca acabar ; ven tù con segura conciencia , y digan lo que dixeren , y es querer atar las lenguas de los maldiciente lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Gobierno , dicen de èl , que ha sido un ladron ; y si sale pobre , que ha sido un para poco , y mentecato. A buen seguro , respondiò Sancho , que por esta vez antes me han de tener por tonto , que por ladron. En estas platicas llegaron rodeados de muchachos , y de otra mucha gente al Castillo , adonde en unos corredores estaban yà el Duque , y la Duquesa esperando à Don Quixote , y à Sancho , el qual no quiso subir à ver al Duque , sin que primero no huviesse acomodado al rucio en la cavalleriza ; porque decia , que avia pasado muy mala noche en la posada , y luego subió à ver à sus señores , ante los quales , puesto de rodillas , dixo : Yo , señores , porque lo quiso así vuestra grandeza , sin ningun merecimiento mio , fui à gobernar vuestra Insula Barataria , en la qual entrè desnudo , y desnudo me hallo , ni pierdo , ni gano : si he gobernado bien , ò mal ,

testigos he tenido delante , que diràn lo que quisieren. He declarado dudas , sentenciado pleytos , y siempre muerto de hambre , por averlo querido así el Doctor Pedro Recio , natural de Tirteafuera , Medico Insulano , y Governadorasco. Acometieronnos enemigos de noche , y aviendonos puesto en grande aprieto , dicen los de la Insula , que salieron libres , y con victoria por el valor de mi brazo , que tal salud les dè Dios , como ellos dicen verdad. En resolucion , en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo , y las obligaciones el gobernar , y he hallado por mi cuenta , que no las podrán llevar mis ombros , ni son peso de mis costillas , ni flechas de mi aljava ; y así , antes que diesse conmigo al través el Gobierno , he querido yo dár con el Gobierno al través , y ayer de mañana dexè la Insula como la hallè , con las mismas calles , casas , y texados que tenia quando entrè en ella. No he pedido prestado à nadie , ni metidome en grangerias , y aunque pensaba hacer algunas Ordenanzas provechosas , no hice ninguna , temeroso , que no se avian de guardar , que es lo mismo hacerlas , que no hacerlas. Salí , como digo , de la Insula , sin otro acompañamiento , que el de mi rucio ; caí en una silla , vine me por ella adelante , hasta que esta mañana , con la luz del Sol , ví la salida ; pero no tan facil , que à no depararme el Cielo à mi señor Don Quixote , allí me quedara hasta la

fin del mundo. Así que, mis señores Duque, y Duquesa, aquí está vuestro Governador Sancho Panza, que ha grangeado en solo diez dias, que ha tenido el Gobierno, el conocer que no se le ha de dár nada por ser Governador, no qué de una Infula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando à vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen, falta tú, y dameia tú, doy un salto del Gobierno, y me passo al servicio de mi señor Don Quixote, que en fin en él, aunque como el pan con sobrefalto, hartome à lo menos; y para mi, como yo esté harto, esso me hace, que sea de zanahorias, ò de perdices. Con esto diò fin à su larga platica Sancho, temiendo siempre Don Quixote, que havia de decir en ella mil lares de disparates, y quando le viò acabar con tan pocos, diò en su corazon gracias al Cielo; y el Duque abrazò à Sancho, y le dixo, que le pesaba en el alma de que huviesse dexado tan presto el Gobierno; pero que él haria de fuerte, que le diesse en su Estado otro officio de menos carga, y de mas provecho. Abrazòle la Duquesa asimismo, y mandò, que le regalassen, porque daba señales de venir mal molido, y peor parado.

CAP. LXI. De la descomunal, y nunca vista batalla, que passò entre D. Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la bija de la Duña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Panza del Gobierno que le dieron, y mas, que aquel mismo dia vino su Mayordomo, y les contò punto por punto casi todas las palabras, y acciones, que Sancho avia dicho, y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareciò el asalto de la Infula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la historia, que se llegò el dia de la batalla aplazada; y aviendo el Duque una, y muchas veces advertido à su Lacayo Tosilos como se avia de avenir con Don Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenò, que se quitassen los hierros à las lanzas, diciendo à Don Quixote, que no permitia la Christiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuesse con tanto riesgo, y peligro de las vidas, y que se contentasse con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el Decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales desafios, y no quisiesse llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que su Excelencia dispusiesse las cosas de aquel negocio como mas fuesse servido, que

él le obedecería en todo. Llegado, pues el temeroso día, y aviendo mandado el Duque, que delante de la plaza del Castillo se hiciesse un espacioso cahadalso, donde estuviesen los Jueces del campo, y las Dueñas, madre, y hija demandantes, avia acudido de todos los Lugares, y Aldéas circunvecinas infinita gente à ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal avian visto, ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que avian muerto: el primero que entrò en el campo, y estacada fue el Maestro de las ceremonias, que tantò el campo, y le passò todo, porque en él no huviesse algun engaño, ni cosa encubièta, donde se tropezasse, y cayesse. Luego entraron las Dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muefiras de nõ pequeño sentimiento, presente Don Quixote en la estacada. De allí à poco, acompañado de muchas trompetas, allomò por una parte de la plaza, sobre un poderoso cavallo, hundiendola toda, el grande Lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes, y lucientes armas; el cavallo mostraba ser frison, ancho, y de color tordillo: de cada mano, y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de como se avia de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha; advertido, que en

ninguna manera le matasse, sino que procurasse huir el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrasse. Passò la plaza, y llegando donde las Dueñas estaban, se puso algun tanto à mirar à la que por espouso le pedia; llamó el Maestre de Campo à Don Quixote, que yà se avia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló à las Dueñas, preguntando las, si consentian, que bolviessè por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron, que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciesse, lo daban por bien hecho, por firme, y por v ledero. Yà en este tiempo estaban el Duque, y la Duquesa puestos en una galería, que caia sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el rigoroso trance, nunca visto. Fue condiccion de los combatientes, que si Don Quixote vencía, su contrario se avia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y si él fuèssè vencido, quedaba libre su contendedor de la palabra, que se le pedia, sin dár otra satisfaccion alguna. Partióles el Maestro de las ceremonias el Sol, y puso à los dos, cada uno en el puesto donde avian de estàr. Sonaron los atambores, llenò el ayre el sòn de las trompetas, temblaba debaxo de los pies la tierra, estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el buen, ò mal

fuellito de aquel caso. Finalmente, Don Quixote, encomendandose de todo su corazon à Dios Nuestro Señor, y à la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando, que se le diessè señal precisa de la arremetida; empero nuestro Lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba el fino en lo que agora dire. Parece ser, que quando estuvo mirando à su enemiga, le pareció la mas hermosa muger, que avia visto en toda su vida; y el Niño pieguezuelo, à quien suelen llamar de ordinario Amor por estas calles, no quiso perder la ocasion, que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegando à él bonitamente, sin que nadie le viesse, le embasó al pobre Lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte à parte: y pudolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra, y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que quando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro Lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya avia hecho señora de su libertad; y así no atendió al són de la trompeta, como lo hizo Don Quixote, que apenas la hubo oído, quando arremetió, y à todo el correr, que permitia Rocinante, partió contra su enemigo, y viendo le partir su buen Escudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios te guie, nata, y flor de los Andantes

Cavalleros: Dios te dè la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí à Don Quixote, no se movió un passo de su puesto, antes con grandes voces llamó al Maestre de Campo, el qual venido à ver lo que queria, le dixo: Señor, esta batalla no se hace porque yo me case, ò no me case con aquella señora? Así es, le fue respondido. Pues yo, dixo el Lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondrìala en gran cargo, si passasse adelante en esta batalla; y así digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedò admirado el Maestre de Campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabidores de la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvo se Don Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion, por què no se passaba adelante en la batalla; pero el Maestre de Campo le fue à declarar lo que Tosilos decia; de lo que quedò suspenso, y colerico en extremo. En tanto que esto passaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dixo à grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz, y sin peligro de la muerte. Oyò esto el valeroso Don Quixote, y dixo: Pues esto así es, yo quedo libre, y suéito de mi pro-

promessa; casarse en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Duque avia baxado à la Plaza de el Castillo; y llegando-se à Tosilos, le dixo: Es verdad, Cavallero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dixo à esta fazon Sancho Panza, porque lo que has de dár al mur, dalo al gato, y sacarte hà de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba, que apríesela le ayudassen, porque le iban faltando los espíritus de el aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apríesela, y quedò descubierto, y patente su rostro del Lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces, dixeron: Este es engaño, engaño es este; à Tosilos, el Lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no decir bellaqueria. No vos acuiteis, señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es bellaqueria; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos Encantadores que me persiguen, los quales, embidiosos de que yo alcanzasse la gloria de este vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este, que decís que es Lacayo de el Duque; tomad mi consejo, y à pesar de la

malicia de mis enemigos, calaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyò, estuvo por romper en risa toda su colera, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quixote, que estoy por creer, que este mi Lacayo no lo es; pero usemos de este ardid, y maña, dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado à este personage, que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que bolviessse à su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los Encantadores tienen al señor Don Quixote, y mas yendoles tan poco en usar estos embelecicos, y transformaciones. O señor! dixo Sancho, que yà tienen estos malandrines por uso, y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan à mi amo: un Cavallero que venció los dias passados, llamado el de los Espejos, le bolvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro Pueblo, y grande amigo nuestro, y à mi señora Dulcinea del Toboso la han buuelto en una rustica Labradoras; y así imagina, que este Lacayo ha de morir, y vivir Lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sease quien fuere este que me pide por esposa, (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de un Lacayo, que no amiga, y burlada de un Cavallero, puesto que el que

à mi me burlò no lo es. En resolución, todos estos cuentos, y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese, hasta ver en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la victoria por Don Quixote, y los mas quedaron tristes, y melancolicos de ver, que no se avian hecho pedazos los tan esperados combatientes; bien así como los muchachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ò la parte, ò la Justicia. Fuese la gente, bolveronse el Duque, y Don Quixote al Castillo, encerraron à Tosilos, quedaron Doña Rodriguez, y su hija contentísimas de ver, que por una via, ò por otra, aquel caso avia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAP. LVII. *De como Don Quixote se despidió del Duque; y de lo que le sucedió con la discreta, y desembuelta Altifidora, doncella de la Duquesa.*

YA le pareció à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad, como la que en aquel Castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta, que su persona hacia en dexarse estar encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos, y deléytes, que como à Cavallero Andante aquellos señores le hacian; y pareciale; que avia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad, y encerramiento; y así pidió un dia licencia à

los Duques para partirse: dieronle, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexasse. Diò la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Panza, el qual llorò con ellas, y dixo: Quien pensara, que esperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Gobierno, avian de parar en bolver yo aora à las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver, que mi Teresa correspondió à ser quien es, embiando las bellotas à la Duquesa, que à no averse las embiando, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que à esta dadiya no se la puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno quando ella las embió: y està puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo de él: y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto pasaba entre si Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quixote, aviendose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza de el Castillo: mirabanle de los corredores toda la gente del Castillo; y así mismo los Duques salieron à verle. Estaba Sancho sobre su rucio,

con sus alforjas, maleta, y repuesto,
contemísimo; porque el Mayor-
mo del Duque, el que fue de la
Trifaldi, le avia dado un bolsillo
con doscientos escudos de oro, para
suplir los menesteres del camino; y
esto àun no lo sabía Don Quixote.
Estando, como queda dicho, mi-
randole todos, à deshora, entre las
otras dueñas, y doncellas de la Du-
quesa, que le miraban, alzò la voz
la desembuelta, y discreta Altifido-
ra, y en sòn lastimero dixo:

Escucha, mal Cavallero;
Derèn un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida bestia.

Mira, falko, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que està muy lexos de oveja.

Tù has burlado, monstruo hor-
rendo,
La mas hermosa doncella,
Que Diana viò en sus montes;
Que Venus mirò en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabàs te acompaÑe, allà te
avengas.

Tù llevas (llevar impio?)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.

Llevaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que al marmol puro se igualan
En lisas, blancas, y negras.

Llevaste dos mil suspiros,
Que à ser de fuego, pudieran

Abrasar à dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabàs te acompaÑe, allà te
avengas.

De esse Sancho tu Escudero
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.

De la culpa que tù tienes
Lleve la triste la pena,
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.

Tus mas frías aventuras
En desventuras se buelvan,
En tuèño tus passatiempos,
En olvido tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabàs te acompaÑe, allà te
avengas.

Seas tenido por falso
Desde Sevilla à Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres à Inglaterra.

Si jugares al reynado,
Los cientos, ò la primera,
Los Reyes huyan de ti;
Ases, ni fletes no veas.

Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raygones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabàs te acompaÑe, allà te
avengas.

En tanto que, de la fuerte que
se ha dicho, se quexaba la lastima-
da Altifidora, la estuvo mirando

Don Quixote; y sin responderla palabra, bolyendo el rostro à Sancho, le dixo: Por el siglo de tus passados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime, llevas, por ventura, los tres tocadores; y las ligas, que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondiò: Los tres tocadores si llevo, pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedò la Duquesa admirada de la desemboltura de Altifidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa, y desembuelta, no en grado, que se atreviera à semejantes desembolturas; y como no estava advertida de esta burla, creciò mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donayre, y dixo: No me parece bien, señor Cavallero, que aviendo recibido en este mi Castillo el buen acogimiento que en el se os ha hecho, os ayais atrevido à llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pesho, y muestras, que no corresponden à vuestra fama: bolvedla las ligas, sino, yo os desafio à mortal batalla, sin tener temor, que malandrines Encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi Lacayo, el que entrò con vos en batalla. No quiera Dios, respondiò Don Quixote, que yo desembayne mi espada contra vuestra ilustissima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores bolverè, porque dice San-

cho, que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni èl tampoco; y si vuestra doncella quisiera mirar sus escondrijos, à buen seguro que las halle: yo, señor Duque, jamàs he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexa de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y assi no tengo de què pedirla perdon, ni à ella, ni à vuestra Excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinion, y me de de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechuras, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y à la mia yo la castigarè de modo, que de aqui adelante no se desmante con la vista, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, (ò valeroso Don Quixote) dixo entonces Altifidora, y es, que le pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima, que las tengo puestas, y he caido en el descuido de el que yendo sobre el asno le buscaba. No lo dixe yo? dixo Sancho, bonico foy yo para encubrir hurtos; pues à quererlos hacer, de paleta me aya venido la ocasion en mi Gobierno. Abixò la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los

los circunstantes ; y bolviendo las riendas à Rocinante , siguiendole Sancho sobre el rucio , se salió del Castillo , enderezando su camino à Zaragoza.

CAP. LVIII. *De como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas à otras.*

Quando Don Quixote se vió en la campaña rasa , libre , y desembarazado de los requiebros de Altisidora , le pareció que estaba en su centro , y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el assumpto de sus Cavallerias ; y bolviendose à Sancho , le dixo : La libertad , Sancho , es uno de los mas preciosos dones , que à los hombres dieron los Cielos : con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra , ni el mar encubre ; por la libertad , así como por la honra , se puede , y debe aventurar la vida ; y por el contrario , el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto , Sancho , porque bien has visto el regalo , la abundancia que en este Castillo que dexamos hemos tenido ; pues en mitad de aquellos banquetes sazoados , y de aquellas bebidas de nieve , me parecía à mi , que estaba metido entre las estrechezas de la hambre , porque no lo gozaba con la libertad que lo gozàra si fueran míos ; que las obligaciones de las recompensas de los

beneficios , y mercedes recibidas son ataduras , que no dexan caminar al animo libre. Venturoso aquel à quien el Cielo dió un pedazo de pan , sin que le quede obligacion de agradecerlo à otro , que al mismo Cielo. Con todo esto , dixo Sancho , que vuestra merced me ha dicho , no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte , doscientos escudos de oro , que en una bolsilla me dió el Mayordomo del Duque , que como píctima , y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere , que no siempre hemos de hallar Castillos donde nos regalen , que tal vez toparemos con algunas Ventas donde nos apaleen. En estos , y otros razonamientos iban los Andantes Cavallero , y Escudero , quando vieron , aviendo andado poco mas de una légua , que encima de la yerva de un pradillo verde , encima de sus capas , estaban comiendo hasta una docena de hombres , vestidos de labradores ; junto à sí tenían unas como sabanas blancas , con que cubrian alguna cosa , que debaxo estaba ; estaban empinadas , y tendidas , y de trecho à trecho puestas. Llegó Don Quixote à los que comían , y saludándoles primero cortesmente , les preguntó , que era lo que aquellos lienzos cubrian ? Uno de ellos le respondió : Señor , debaxo de estos lienzos están unas imagenes de relieve , y entabladura , que han de servir en un retablo , que hacemos en nuestra Aldèa , llevamoslas cu-

bien.

biertas porque no se desfloren , y en ombros porque no se quiebren. Si fois servidos , respondió Don Quixote , holgaria de verlas , pues imagenes , que con tanto recato se llevan , sin duda deben de ser buenas. Y como que lo son , dixo otro , fino digalo lo que cuestan , que en verdad que no ay ninguna , que no esté en mas de cinquenta ducados ; y porque vea vuestra merced esta verdad , espere vuestra merced , y verla hà por vista de ojos ; y levantandose , dexò de comer , y fue á quitar la cubierta de la primera imagen , que mostrò ser la de San Jorge , puesto à cavallo , con una serpiente enroscada à los pies , y la lanza atravesada por la boca , con la fiereza que suele pintarse : toda la imagen parecia una asqua de oro , como suele decirse. Viendola Don Quixote , dixo : Este Cavallero fue uno de los mejores Andantes , que tuvo la Milicia Divina : llamòse Don San Jorge , y fue además defensor de doncellas. Veamos esta otra ; descubriòla el hombre , y pareció ser la de San Martin , puesto à cavallo , que partia la capa con el pobre ; y apenas la hubo visto Don Quixote , quando dixo : Este Cavallero tambien fue de los aventureros Christianos , y creo , que fue mas liberal , que valiente , como lo puedes echar de ver , Sancho , en que està partiendo la capa con el pobre , y le dà la mitad ; y sin duda debia de ser entonces Invierno , que sino , él se la diera toda , segun era de caritativo.

No debió de ser esso , dixo Sancho , sino que se debió de atener al refràn , que dice , que para dar , y tener , fesso es menester. Riòse Don Quixote , y pidió , que quitassen otro lienzo , debaxo del qual se descubrió la imagen del Patron de las Españas , à cavallo , la espada ensangrentada , atropellando Moros , y pisando cabezas ; y en viendola , dixo Don Quixote : Este sí que es Cavallero , y de las Esquadras de Christo ; este se llama Don San Diego mata Moros , uno de los mas valientes Santos , y Cavalleros , que tuvo el mundo , y tiene agora el Cielo. Luego descubrieron otro lienzo , y pareció que encubria la caída de San Pablo del cavallo abaxo , con todas las circunstancias , que en el retablo de su conversion suelen pintarse , quando le viò tan al vivo , que dixeran , que Christo le hablaba , y Pablo respondia. Este , dixo Don Quixote , fue el mayor enemigo , que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo , y el mayor defensor suyo , que tendrá jamás Cavallero Andante por la vida , y Santo à pie quedo por la muerte , trabajador incansable en la Viña del Señor , Doctor de las Gentes , à quien sirvieron de Escuelas los Cielos , y de Cathedratico , y Maestro , que le enseñasse , el mismo Jesu-Christo. No avia mas imagenes , y así mandò Don Quixote , que las bolviessen à cubrir , y dixo à los que las llevaban : Por buen agujero he tepido , hermanos , aver visto lo que he visto , porque estos

Santos, y Cavalleros professaron lo que yo professo, que es el exercicio de las armas, sino que la diferencia que ay entre mi, y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon à lo Divino, y yo soy peccador, y peleo à lo humano. Estos conquistaron el Cielo à fuerza de brazos, (porque el Cielo padece fuerza) y yo hasta aora no sè lo que conquisto à fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinèa del Toboso saliese de los que padece, mejorandose mi ventura, y adobandoseme el juicio, podria ser, que encaminasse mis passos por mejor camino del que llevo. Dios lo oyga, y el pecado sea fardo, dixo Sancho à esta sazon. Admiraronse los hombres, assi de la figura, como de las razones de Don Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, curgaron con sus Imagenes, y despidiendose de Don Quixote, siguieron su viage. Quedò Sancho de nuevo, como si jamàs huviera conocido à su señor, admirado de lo que sabia, pareciendole, que no debia de aver historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y dixole: En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido oy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves, y dulces, que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella avemos salido sin malos, ni sobresalto alguno, ni he-

Part. II.

mos echado mano à las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dexado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero has de advertir, que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agujeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuèntrase con un Frayle de la Orden del Bienaventurado San Francisco, y como si huviera encontrado con un grifo, buelve las espaldas, y buelvese à su casa. Derramasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derramasele à el la melancolia por el corazon, como si estuvièssè obligada la naturaleza à dar señales de las venideras desgracias, con cosas tanto de poco momento como las referidas. El discreto, y Christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el Cielo. Llega Cipion à Africa, tropieza en saltando en tierra, tienenlo por mal agujero sus Soldados, pero el abrazandose con el suelo, dixo: No te me podràs huir, Africa, porque te tengo asida, y entre mis brazos. Assi que, Sancho, el aver encontrado con estas Imagenes, ha sido para mi felicissimo acontecimiento. Yo assi lo creo, respondió

X

San-

Sancho, y querria, que vuestra merced me dixesse, que es la causa, porque dicen los Españoles, quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego mata Moros, Santiago, y cierra España? Està por ventura España abierta, y de modo, que es menester cerrarla? ò que ceremonia es esta? Simplicissimo eres, Sancho, respondió Don Quixote, y mira, que este gran Cavallero de la Cruz bermeja, haselo dado Dios à España por Patron, y amparo suyo, especialmente en los rigorosos transees, que con los Moros los Españoles han tenido, y assi le invocan, y llaman, como à defensor suyo, en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo, y matando los Agarenos Esquadrones, y de esta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas historias Españolas se cuentan. Mudò Sancho platica, y dixo à su amo: Maravillado estoy, señor, de la desemboltura de Altifidora la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida, y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz cieguézuelo, que con estar lagañoso, ò por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta, y traspasa de parte à parte con sus flechas. He oido decir tambien, que en la verguenza, y recato de las doncellas se despuntan, y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altifidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dixo Don Quixote, que el amor, ni mira respetos, ni guarda terminos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que assi acomete los altos Alcazarres de los Reyes, como las humildes chozas de los Pastores; y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor, y la verguenza; y assi, sin ella declaró Altifidora sus deseos, que engendriaron en mi pecho, antes confusion, que lastima. Crueldad notoria! dixo Sancho: desagradecimiento inaudito! yo de mi sè decir, que me rindiera, y avassaliara la mas minima razon amorosa suya: hi de puta, y que corazon de marmol, que entrañas de bronce, y que alma de argamasa; pero no puedò pensar, que es lo que viò esta doncella en vuestra merced, que assi la rindièssè, y avallallasse, que gala, que briò, que donayre, que rostro: que cada cosa por si de estas, ò todas juntas, le enamoraron? que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro à mirar à vuestra merced desde la punta del pie hasta el ultimo cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar; y aviendo yo tambien oido decir, que la hermosura es la primera, y principal parte, que enamora, no teniendo vuestra merced ninguna, no sè yo de que se ena-

enamorado la pobre. Advicite, Sancho, respondió Don Quixote, que ay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo; la del alma campea, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena crianza; y todas estas partes caben, y pueden estar en un hombre feo; y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la de el cuerpo, suelen hacer al amor con impetu, y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco, que no soy disforme, y bastale à un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho. En estas razones, y pláticas se iban entrando por una selva, que fuera del camino estaba; y à deshora, sin pensar en ello se hallò Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos arboles à otros estaban tendidas; y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dixo à Sancho: Pareceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras, que pueda imaginar; que me maten si los Encantadores, que me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad, que con Altifidora he tenido; pues mandoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ò mas fuertes, que aque-

lla con que el Dios de los Herreros enredò à Venus, y à Marte, así las rompiera, como si fueran de juncos marinos, ò de hilachas de algodón; y queriendo passar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos arboles, dos hermosísimas Pastoras, à lo menos vestidas como Pastoras, sino que los pellicos, y sayas eran de fino brocado: digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabi de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo Sol, los quales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel, y de roxo amaranto texidas, la edad, al parecer, ni baraba de los quinze, ni passaba de los diez y ocho: vista fue esta, que admirò à Sancho, suspendió à Don Quixote, hizo parar al Sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio à todos quatro: en fin, quien primero habló fue una de las dos Zagalas, que dixo à Don Quixote: Detened, señor Cavallero, el passo, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro passatiempo, ai están tendidas: y porque se que nos aveis de preguntar, para que se han puesto, y quien somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una Aldía, que està hasta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertò con que sus hijos, muge-

res, y hijas, vecinos, amigos, y
 pacientes, nos viniésemos à hol-
 gar à este sitio, que es uno de los
 mas agradables de todos estos con-
 tornos, formando entre todos una
 nueva, y pastoril Arcadia, vistien-
 donos las doncellas de Zagalas, y los
 mancebos de Pastores: traemos es-
 tudiadas dos Eglogas, una del fa-
 moso Poeta Garcilaso, y otra del
 Excelentísimo Camoes, en su mis-
 ma lengua Portuguesa, las quales
 hasta agora no hemos representado:
 ayer fue el primero dia que aqui
 llegamos; tenemos entre estos ra-
 mos plantadas algunas tiendas, que
 dicen se llaman de Campaña; en el
 margen de un abundoso arroyo,
 que todos estos prados fertiliza,
 tendimos la noche passada estas re-
 des de estos arboles, para enganar
 los simples paxillos, que ojeados
 con nuestro ruido vinieren à dar
 en ellas: si gustais, señor, de ser
 nuestro huestped, fereis agallajado
 liberal, y cortesmente, porque
 por aora en este sitio no ha de en-
 trar la pesadumbre, ni la melanco-
 lia; callò, y no dixo mas. A lo que
 respondió Don Quixote: Por cier-
 to, hermosísima señora, que no
 debió de quedar mas suspenso, ni
 admirado Anteon, quando viò al
 improviso bañarse en las aguas à
 Diana, como yo he quedado ato-
 nito en ver vuestra belleza; alabo
 el assumpto de vuestros entreti-
 nimientos, y el de vuestros ofreci-
 mientos agradezco, y si os puedo
 servir, con seguridad de ser obede-
 cidas, me lo podeis mandar; por-

que no es esta la profesion mia,
 sino de mostrarme agradecido, y
 bienhechor con todo genero de
 gente, en especial con la princi-
 pal, que vuestras personas repre-
 senta; y si como estas redes, que
 deben de ocupar algun pequeño
 espacio, ocupàran toda la redon-
 dez de la tierra, buscara yo nuevos
 mundos, por do passar sin romper-
 las. Y porque deis algun credito à
 esta mi exageracion, ved que os lo
 promete por lo menos Don Quixo-
 te de la Mancha, si es que ha lle-
 gado à vuestros oídos este nom-
 bre. Ay amiga de mi alma, dixo en-
 tonces la otra Zagala, y que ventu-
 ra tan grande nos ha sucedido! Vès
 este señor, que tenemos delante?
 pues hagote saber, que es el mas
 valiente, el mas enamorado, y el
 mas comedido de todo el mundo,
 fino es que nos mienta, y nos enga-
 ñe una historia, que de sus hazañas
 anda impressa, y yo he leído; yo
 apostaré, que este buen hombre
 que trae consigo, es un tal Sancho
 Panza su Escudero, à cuyas gracias
 no ay ningunas que se le igualen.
 Así es la verdad, dixo Sancho, que
 yo soy esse gracioso, y esse Escude-
 ro, que vuestra merced dice: y este
 señor es mi amo, el mismo D. Qui-
 xote de la Mancha, historiado, y
 referido. Ay! dixo la otra, supli-
 quemosle, amiga, que se quede,
 que nuestros padres, y nuestros
 hermanos gustaràn infinito de
 ello, que tambien he oído yo de-
 cir de su valor, y de sus gracias,
 lo mismo que tu me has dicho; y

sobre todo, dicen de él, que es el mas firme, y mas leal enamorado, que se sabe, que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, à quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dixo Don Quixote, si yà no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: nõ os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegò en esto adonde los quatro estaban, un hermano de una de las dos Pastoras, vestido assimismo de Pastor, con las riquezas, y galas, que à las de las Zagalas correspondia; contaronle ellas, que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quixote de la Mancha, y el otro su Escudero Sancho, de quien tenia él yà noticia, por aver leído su historia. Ofreciósele el gallardo Pastor, pidióle, que se viniese con él à sus tiendas: huvolo de conceder Don Quixote, y assi lo hizo. Llegò en esto el ojeo, llenaronse las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo: juntaronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de Pastores, y Pastoras vestidas; y en un instante quedaron enteradas de quienes eran Don Quixote, y su Escudero, de que no poco contento recibieron, porque yà tenian de él noticia por su historia. Acudieron à las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes, y lim-

Part. II.

pias; honraron à Don Quixote, dandole el primer lugar en ellas; mirabanle todos, y admirabanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzò Don Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores, que los hombres cometen, (aunque algunos dicen, que es la soberbia) yo digo, que es el desagrado, ateniendome à lo que suele decirse, que de los desagrados està lleno el infierno: este pecado, en quanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y quando estos no bastan, las publico, porque quien dice, y publica las buenas obras, que recibe, tambien las recompensara, si pudiera: porque por la mayor parte, los que reciben son inferiores à los que dan; y assi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadivas de el hombre à las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez, y cortedad, encierro modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido à la merced, que aqui se me ha hecho, nõ pudiendo corresponder à la misma medida, conteniendome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y assi digo, que sustentare dos dias naturales, en mitad de esse camino real, que

X 3

và

va à Zaragoza, que estas señoras Zagalas contrahechas, que aquí están, son las mas hermosas doncellas, y mas corteses, que ay en el mundo, exceptuada solo à la fin par Dulcinèa del Toboso, unica señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de quantos, y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le avia estado escuchando, dando una gran vez, dixo: Es posible, que aya en el mundo personas, que se atrevan à decir, y à jurar, que este mi señor es loco? digan vuestras mercedes, señores Pastores, ay Cura de Aldèa, por discreto, y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni ay Cavallero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Bolviòse Don Quixote à Sancho, y encendido el rostro, y colerico, le dixo: Es posible, ò Sancho, que aya en todo el Orbe alguna persona que diga, que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sè que ribetes de malicioso, y de bellaco? Quien te mete à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ò majadero? Calla, y no me repliques, si no, enfilla, si està defenfilado Rocinante, vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que vè de mi parte, puedes dár por vencidos à todos quantos quisieren contradecirla: y con gran furia, y muestras de enojo se levantò de la silla, dexando admi-

rados à los circunstantes, haciendoles dudar, si le podian tener por loco, ò por cuerdo; finalmente, aviendole persuadido, que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su animo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian, con todo esto saliò Don Quixote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo, y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lexos del verde prado estava: figuiòle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en què paraba su arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto, pues, Don Quixote en mitad del camino, (como os he dicho) hirió el ayre con semejantes palabras: O vosotros, pasajeros, y viandantes, Cavalleros, Escuderos, gente de à pie, y de à cavallo, que por este camino passais, ò aveis de passar en estos dias siguientes, sabed, que Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, està aqui puesto para defender, que à todas las hermosuras, y cortesias del mundo exceden las que se encierran en las Ninfas, habitadoras de estos prados, y bosques, dexando à un lado à la señora de mi alma Dulcinèa de el Toboso! por esso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitiò estas mis-

mismas razones, y dos veces no fueron oídas de ningún Aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenò, que de allí à poco se descubrièse por el camino muchedumbre de hombres de à cavallo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apañados de tropèl, y à gran priesa: no los huvieron bien visto los que con Don Quixote estaban, quando bolviendo las espaldas, se apartaron bien lexos del camino, porque conocieron, que si esperaban, les podia suceder algun peligro: solo Don Quixote, con intrèpido corazon se estubo quedo, y Sancho Panza se escudò con las ancas de Rocinante. Llegò el tropèl de los lanceros, y uno de ellos, que venia mas delante, à grandes voces comenzò à decir à Don Quixote: Apartate, hombre del diablo, de el camino, que te haràn pedazos estos toros. Ea, canalla, respondiò Don Quixote, para mì no ay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberras: confèssad, malandrines, asì à carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el Baquero, ni Don Quixote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y asì, el tropèl de los toros bravos, y el de los mansos cabestros, con la multitud de los Baqueros, y otras gentes, que à encerrar los llevaban à un Lugar, donde otro dia avian de correrse,

passaron sobre Don Quixote, y sobre Sancho, Rocinante, y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echandoles à rodar por el suelo. Quedò molido Sancho, espantado Don Quixote, aporreado el rucio, y no muy catholico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quixote à gran priesa, tropezando aqui, y cayendo alli, comenzò à correr tràs la bacada, diciendo à voces: Detenedos, y esperad, canalla malandrina, que un solo Cavallero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen, que al enemigo que hu-ye, hacerle la puente de plata; pero no por esto se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detuvole el cansancio à Don Quixote, y mas enojado, que vengado, se sentò en el camino, esperando à que Sancho, Rocinante, y el rucio llegassen. Llegaron, bolvieron à subir amo, y mozo, y sin bolver à despedirse de la Arcadía fingida, ò contrahecha, y con mas verguenza, que gusto, siguieron su camino.

CAP. LIX. *Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucediò à Don Quixote.*

AL polvo, y al cansancio que Don Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorriò una fuente clara, y limpia, que entre una fresca arbo-

lela hallaron, en el margen de la qual, dexando libres, sin jachima, y freno al rucio, y à Rocinante, los dos asfendereados amo, y mozo se Tentaron; acudió Sancho à la posteria de sus alforjas, y de ellas sacò de lo que él solia llamar condumio: enjuagòse la boca, lavòse D. Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espiritus desalentados: no comia Don Quixote de puro pesaroso; ni Sancho estaba tocar à los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba à que su señor le hiciera la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan à la boca, abrió la suya, y atropellando por todo genero de crianza, comenzó à embaular en el estomago el pan, y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que à mí te importa, y dexame morir à mí à manos de mis pensamientos, y à fuerza de mis desgracias: yo, Sancho, naçi para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considerame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, y solicitado de doncellas al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos, y coronas, grangeadas, y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, acorreado, y molido de los pies de animales inmundos, y socces: esta con-

sideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entumece las manos, y quita de todo en todo la gana de comer, de manera, que pienso dexarme morir de hambre: muerte la mas cruel de las muertes. De esta manera, dixo Sancho, (sin dexar de mascar aprieta) no aprobarà V. md. aquel refràn que dicen, muera Marta, y muera harta; yo à lo menos no pienso matarme à mí mismo, antes pienso hacer como el Zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tirarè mi vida comiendo, hasta que llegue al fin, que le tiene determinado el Cielo: y sepa, señor, que no ay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse, como vuestra merced, y creame; y despues de comido echese à dormir un poco sobre los colchones verdes de estas yervas, y verà como quando despierte se halla algo mas aliviado. Hizolo así D. Quixote, pareciendole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mentecato, y dixole: Si tú (ò Sancho!) quisieras hacer por mí lo que yo aora te dirè, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendote tus consejos, tú te desviases un poco lexos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te diesses trescientos, ò quatrocientos azotes à buena cuenta de los tres mil, y tantos, que te has de dàr por el

el desencanto de Dulcinèa , que es lastima , no pequeña , que aquella pobre señora estè encantada por tu descuido , y negligencia. Ay mucho que decir en ello , dixo Sancho : durmamos por aora entrambos , y despues Dios dixo lo que serà. Sepa vuestra merced , que esto de azotarse un hombre à sangre fria , es cosa recia , y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado , y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinèa , que quando menos se cate me verà hecho una criva de azotes , y hasta la muerte todo es vida; quiero decir , que aun yo la tengo , junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendoselo Don Quixote , comiò algo , y Sancho mucho ; y echaronse à dormir entrambos , dexando à su alvedrio , y sin orden alguna , pacer de abundosa yerva , de que aquel prado estaba lleno , à los dos continuos compañeros , y amigos , Rocinante , y el rucio. Despertaron algo tarde , bolvieron à subir , y à seguir su camino , dandose prisa para llegar à una Venta , que al parecer , una legua de alli se descubria : digo que era Venta , porque Don Quixote la llamó así , fuera del uso que tenia de llamar à todas las Ventas Castillos , Llegaron , pues , à ella : preguntaron al huesped , si avia posada ? Fueles respondido , que sí , con toda la comodidad , y regalo , que se pudieran hallar en Zaragoza. Apearonse , y recogió Sancho su reposteria en

un aposento , de quien el huesped le diò la llave. Llevò las bestias à la cavalleriza , echòles sus pienso , salió à ver lo que Don Quixote (que estaba sentado sobre un poyo) le mandaba , dando particulares gracias al Cielo de que à su amo no le huviesse parecido Castillo aquella Venta. Llegòse la hora del cenar , recogieronse à su estancia , preguntò Sancho al huesped , que què tenia para darles de cenar ? Al lo que el huesped respondió , que su bcca seria medida ; y así , que pidiesse lo que quisiesse , que de las paxaricas del ayre , de las aves de la tierra , y de los pecados del mar , estaba proveida aquella Venta. No es menester tanto , respondió Sancho , que con un par de pollos que nos allen tendrèmos lo suficiente , porque mi señor es delicado , y come poco , y yo no soy traganton en demasia. Respondiòle el huesped , que no tenia pollos , porque los milanos los tenían assolados. Pues mande el señor huesped , dixo Sancho , assar una polla , que sea tierna. Polla , mi padre , respondió el huesped , en verdad que embiè ayer à la Ciudad à vender mas de cinquenta ; pero fuera de pollas , pida vuestra merced lo que quisiere. De essa manera , dixo Sancho , no faltará ternera , ò cabrito. En casa , por aora , respondió el huesped , no lo ay , porque se ha acabado , pero la semana que viene lo avrà de sobra. Medrados estamos con esso , respondió Sancho ; yo pondrè que se vienen à

reunir todas estas faltas en las sobras, que debe de aver de tocino, y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discurre, si quisiere, por otras delicadezas, y dexese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mi, dixo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y dexese de discurremientos, señor huésped. Dixo el Ventero: Lo que real, y verdaderamente tengo, son dos uñas de bacá, que parecen manos de ternera, ò dos manos de ternera, que parecen uñas de bacá: están cocidas con sus garbanzos, cebollas, y tocino, y la hora de aora están diciendo, comeme, comeme. Por mias las marco desde aqui, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuessen manos, como fuessen uñas. Nadie las tocará, dixo el Ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero, y repostería. Si por principales vá, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas, ni botillerías: á nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ò de nisperos. Esta fue la plática que Sancho tuvo con el Ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que yá le avia pregun-

tado qué oficio, ò qué exercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quixote, traxo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de proposito: parece ser, que en otro aposento, que junto al de Don Quixote estaba, que no le dividía mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quixote: Por vida de vuestra merced, señor Don Geronymo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda Parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oído alerto escuchó lo que de él trataban, y oyó, que el tal Don Geronymo referido, respondió: Para qué quiere vuestra merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates? y el que huviere leído la primera Parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, no es posible, que pueda tener gusto en leer esta segunda. Con todo esto, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no ay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mi en este mas desplace, es, que pinta á Don Quixote yá desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y de despecho, alzó la voz, y dixo: Quien quiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que vá muy lexos de la verdad, porque la sin par Dulcinea

cinèa del Toboso , ni puede ser olvidada , ni en Don Quixote puede caber olvido ; su blason es la firmeza , y su profesion es la guardarla con suavidad , y sin hacerse fuerza alguna. Quien es el que nos responde ? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser , respondió Sancho , sino el mismo Don Quixote de la Mancha , que hará bueno quanto ha dicho , y aun quanto dixere , que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas hubo dicho esto Sancho , quando entraron por la puerta de su aposento dos Cavalleros , que tales lo parecian , y uno de ellos , echando los brazos al cuello de Don Quixote , le dixo : Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre , ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos , señor , sois el verdadero Don Quixote de la Mancha , norte , y lucero de la Andante Cavalleria , à despecho , y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre , y aniquilar vuestras hazañas , como lo ha hecho el Autor de este libro , que aqui os entrego ; y poniendole un libro en las manos , que traia su compañero , le tomó Don Quixote , y sin responder palabra comenzó à hojearle , y de alli à poco se le volvió , diciendo : En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este Autor , dignas de reprehension : La primera es , algunas palabras , que he leído en el Prologo. La otra , que el lenguaje es Aragonès , porque tal vez escribe sin articulos. Y la ter-

cera , que mas le confirma por ignorante , es , que yerra , y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia ; porque aqui dice , que la muger de Sancho Panza mi Escudero se llama Mari-Gutierrez , y no se llama tal , sino Teresa Panza ; y quien en esta parte tan principal yerra , bien se podrá temer , que yerre en todas las demás de la historia. A esto dixo Sancho : Donosa cosa de Historiador ! Por cierto bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos , pues llama à Teresa Panza mi muger Mari-Gutierrez ; torne à tomar el libro , señor , y mire si ando yo por ai , y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar , amigo , dixo Don Geronymo , sin dudà deveis de ser Sancho Panza , el Escudero del señor Don Quixote ? Si soy , respondió Sancho , y me precio de ello. Pues à fee , dixo el Cavallero , que no os trata este Autor con la limpieza , que en vuestra persona se muestra : os pinta comedor , y simple , y no nada gracioso , y muy otro del Sancho , que en la primera Parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone , dixo Sancho , dexarame en mi rincon , sin acordarse de mi , porque quien las sabe las tañe , y bien se està San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron à Don Quixote se passasse à su estancia à cenar con ellos , que bien sabian , que en aquella Venta no avia cosas pertencientes para su persona. Don Quixote , que siempre fue comedido , condescendió-

con su demanda, y cenò con ellos; quedòse Sancho con la olla con mero mixto imperio; sentòse en cabecera de mesa, y con èl el Ventero, que no menos que Sancho, estaba de sus manos, y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntò Don Juan à Don Quixote, què nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se avia casado, si estaba parida, ò preñada, ò si estando en su entereza se acordaba (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos del señor Don Quixote? A lo que respondió: Dulcinea se està entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua; su hermosura en la de una soez Labradora transformada; y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le avia sucedido en la Cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le avia dado para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento, que los dos Cavalleros recibieron de oír contar à Don Quixote los estranos sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba; aqui le tenían por discreto, y alli se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse, què grado le darian entre la discrecion, y la locura. Acabò de cenar Sancho, y dexando hecha equis al Ventero, se pasó à la estancia de su amo; y entrando, dixo:

Que me maten, señores, si el Autor de este libro, que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querria, que yà que me llama comilon, como vuestras mercedes dicen, no me llamasse tambien borracho. Si llama, dixo Don Geronimo, pero no me acuerdo en què manera, aunque sè, que son malsonantes las razones, y ademàs mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomia del buen Sancho, que està presente. Creanme vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote de esta historia deben de ser otros, que los que andan en aquella, que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros, mi amo valiente, discreto, y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan; y si fuera posible, se avia de mandar, que ninguno fuera oído à tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuese Cide Hamete su primer Autor: bien así como mandò Alexandro, que ninguno fuese oído à retratarle sino Apelles. Retrateme el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quixote, de quien èl no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte, y grande. En estas, y otras platicas se pasó gran parte de la noche; y aunque Don Juan

Juan quisiera, que Don Quixote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo, que él lo daba por leído, y lo confirmaba todo por necio; y que no queria, si acaso llegasse à la noticia de su Autor, que le avia tenido en sus manos, se alegrasse con pensar que le avia leído, pues de las cosas obscenas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, que donde llevaba determinado su viage? Respondió, que à Zaragoza, à hallarse en las Justas del Arnès, que en aquella Ciudad suelen hacerse todos los años. Dixole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se avia hallado en ella en una Sortija: falta de invencion, pobre de letras, pobrissima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza; y así facaré à la plaza del mundo la mentira de esse Historiador moderno, y echaràn de ver las gentes, como yo no soy el Don

Quixote que él dice. Harà muy bien, dixo Don Geronymo, y otras Justas ay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dixo Don Quixote; y vuestras mercedes me den licencia (pues yà es hora) para ir al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, quizá serè bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposento, dexando à Don Juan, y à Don Geronymo admirados de ver la mezcla que avia hecho de su discrecion, y de su locura; y verdaderamente creyeron, que estos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que descriuia su Autor Aragenès. Madrugò Don Quixote, y dando golpes al tabique del otio aposento, se despidió de sus huéspedes: pagò Sancho al Ventero magnificamente, y aconsejóle, que alabasse menos la provision de su Venta, ò la tuvièsse mas proveída.



CAP. LX. De lo que sucedió à Don Quixote yendo à Barcelona.



ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el día en que Don Quixote salió de la Venta, informándose primero qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso à aquel nuevo-Historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en mas de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura; al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas, ò alcornocues. (que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras

cosas suele) Aparearonse de sus bestias amo, y mozo, y acomodándose à los troncos de los arboles, Sancho, que avia merendado aquel día, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quixote, à quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba, y venia con el pensamiento por mil generos de lugares; yà le parecia hallarse en la Cueva de Montesinos; yà ver brincar, y subir sobre su pollina à la convertida en Labradora Dulcinea; yà, que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin: que le referian las

las condiciones , y diligencias , que se avian de hacer , y tener en el desencanto de Dulcinea : desesperabáse de ver la floxedad , y caridad poca de Sancho su Escudero ; pues à lo que creia , solo cinco azotes se avia dado : numero desigual , y pequeño para los infinitos que le faltaban ; y de esto recibì tanta pesadumbre , y enojo , que hizo este discurso : Si nudo Gordiano cortò el Magno Alexandro , diciendo : Tanto monta cortar , como desatar , y no por esto dexò de ser universal Señor de toda la Asia ; ni mas , ni menos podria suceder aora en el desencanto de Dulcinea , si yo azotallè à Sancho à pesar suyo : que si la condicion de este remedio està en que Sancho reciba los tres mil , y tantos azotes , que se me dà à mi que se los dà el , ò que se los dà otro , pues la substancia està en que el los reciba , lleguen por dō llegaren : con esta imaginacion se llegò à Sancho , aviendo primero tomado las riendas de Rocinante , y acomodandolas en modo , que pudiesse azotarle con ellas , comenzòle à quitar las cintas ; (que es opinion , que no tenia mas que la delantera , en que se sustentaban los greguescos) pero apenas huvò llegado , quando Sancho despertò en todo su acuerdo , y dixo : Què es esto ? quien me toca , y desencanta ? Yo soy , respondiò Don Quixote , que vengo à suplir tus faltas , y à remediar mis trabajos ; vengote à azotar , Sancho , y à descargar en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinea perece ,

tù vives en descuido , yo muero deseando , y asì desatacate por tu voluntad , que la mia es de darte en esta soledad , por lo menos dos mil azotes. Eello no , dixo Sancho , vuestra merced se estè quedo ; sino , por Dios verdadero , que nos han de oir los sordos ; los azotes à que yo me obliguè , han de ser voluntarios , y no por fuerza , y aora no tengo gana de azotarme , basta que doy à vuestra merced mi palabra de vapularme , y mosquearme quando en voluntad me viniere. No ay dexarlo à tu cortesia , Sancho , dixo Don Quixote , porque eres duro de corazon , y aunque villano , blando de carnes ; y asì procuraba , y pugnaba por desenlazarfe. Viendo lo qual Sancho Panza , se puso en pie , y arremetiendo à su amo ; se abrazò con el à brazo partido , y echandole una zancadilla , diò con el en el suelo boca arriba : pufole la rodilla derecha sobre el pecho , y con las manos le tenia las suyas de modo , que ni le dexaba rodear , ni alentar. Don Quixote le decia : Còmo , traydor , con tu amo , y señor natural te desmandas ? con quien te dà su pan te atreves ? Ni quito Rey , ni pongo Rey , respondiò Sancho , sino ayudome à mi , que soy mi señor : vuestra merced me prometa , que se esterà quedo , y no tratarà de azotarme por aora , que yo le dexarè libre , y desembarazado ; donde no , aquí morirás , traydor enemigo de Doña Sancha. Prometiòselo Don Quixote , y jurò por vida de sus pensamientos , no tocarle en

el pelo de la ropa, y que dexaria à su voluntad, y alvedrio el azotarse quando quisiese. Levantòse Sancho, y desviòse de aquel lugar un buen espacio, y yendo à arrimarse à otro arbol, sintiò que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topò con dos pies de personas con zapatos, y calzas: temblò de miedo; acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mismo: diò voces, llamando à Don Quixote, que le favoreciesse. Hizolo así Don Quixote, y preguntandole, què le avia sucedido, y de què tenia miedo? Le respondió Sancho, que todos aquellos arboles estaban llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia ser; y dixole à Sancho: No tienes de què tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientas, y no ves, sin duda son de algunos foragidos, y vandeleros, que en estos arboles están ahorcados, que por aqui los suele ahorcar la Justicia, quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy à entender, que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo avia imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos arboles, que eran de cuerpos de vandeleros. Yà en esto amanecia; y si los muertos los avian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta vandeleros vivos, que de improvísolo rodearon, diciendoles en lengua Catalana, que estuyessen que-

dos, y se deruviesen hasta que llegasse su Capitan. Hallòse Don Quixote à pie, su cavallo sin freno, su lanza arrimada à un arbol, y finalmente sin defensa alguna; y así tuvo por bien de cruzar las manos, è inclinar la cabeza, guardandose para mejor fazon, y coyuntura. Acudieron los vandeleros à espulgar al rucio, y à no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y maleta traia; y avinole bien à Sancho, que en una ventiera, que tenia ceñida, venian los escudos del Duque, y los que avian sacado de su tierra; y con todo esto, aquella buena gente le escardàra, y le miràra hasta lo que entre el cuero, y la carne tuviera escondido, si no llegàra en aquella fazon su Capitan, el qual mostrò ser hasta de edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena: venia en un poderoso cavallo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman pedreñales) à los dos lados; viò que sus Escuderos, que así llaman à los que andan en aquel exercicio, iban à despojar à Sancho Panza: mandòles que no lo hiciesen, y fue luego obedecido; y así se escapò la ventiera: admiròle ver lanza arrimada al arbol, escudo en el suelo, y à Don Quixote armado, y pensativo, con la mas triste, y melancolica figura, que pudiera formar la misma tristeza. Llegòse à él, diciendole: No esteis tan triste, buen hombre, porque
no

no aveis caído en las manos de algun cruel Ofiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas, que de rigorosas. No es mi tristeza, respondió Don Quixote, aver caído en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no ay límites en la tierra, que la encierren, sino por aver sido tal mi descuido, que me ayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la Orden de la Andante Cavalleria, que profesó, à vivir continuo alerta, siendo à todas horas sentinela de mi mismo; porque te hago saber (ó gran Roque) que si me halláran sobre mi cavallo con mi lanza, y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo soy D. Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el Orbe. Luego Roque Guinart conoció, que la enfermedad de D. Quixote tocaba mas en locura, que en valentia; y aunque algunas veces le avia oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir à que semejante humor reynasse en corazon de hombre, y holgòse en extremo de averle encontrado, para tocar de cerca lo que de lexos de él avia oído; y así le dixo: Valeroso Cavallero, no os despecheis, ni tengais à siniestra fortuna esta en que os hallais, que podia ser, que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezasse, que el Cielo por estraños, y nunca vistos rodéos (de los hombres no imaginados) suele levantar los caídos, y enriquecer los pobres.

Part. II.

Yà le iba à dar las gracias D. Quixote, quando sintieron à sus espaldas un ruido como de tropèl de cavallos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia à toda furia un mancebo, al parecer hasta de veinte años, vestido de damasco verde, con passamanos de oro, gresguescos, y saltambara, con sombrero terciado à la balona, botas enceradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados; al ruido bolviò Roque la cabeza, y viò esta hermosa figura, la qual en llegando à él, dixo: En tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, à lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé, que no me has conocido, quiero decirte quien soy, y soy Claudia Geronyma, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando, y yà sabes, que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ó à lo menos se llamaba no hà dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te dirè en breves palabras la que me ha causado. Viòme, requèbròme, escuchèle, enamoròme à hurto de mi padre, porque no ay muger, por retirada que estè, y pecatada que sea, à quien no le sobre tiempo para poner en execucion, y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, el me prometió de ser

Y

mi

mi esposo, y yo le di la palabra de ser fuya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba à desposarse: nueva, que me turbò el sentido, y acabò la paciencia; y por no estàr mi padre en el Lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que ves; y apresurando el passo à este cavallo, alcançè à Don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme à dár quejas, ni à oír disculpas, le disparè esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y à lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriendole puertas por donde, embuelta en su sangre, salièssè mi honra; allí lo dexò entre sus criados, que no osaron, ni pudieron poner en su defensa; vengo à buscarte para que me pases à Francia, donde tengo parientes con quien viva; y así mismo à rogarte defensas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan à tomar en el desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardia, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: Ven, señora, y vamos à ver si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. Don Quixote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guinart, respondió, dixo: No tiene nadie para que tomar trabajo en defender à esta señora; que lo tomo

yo à mi cargo, denme mi cavallo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo irè à buscar à esse Cavallero, y muerto, ò vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nadie dude esto, dixo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no hà muchos días, que hizo casar à otro, que tambien negaba à otra doncella su palabra; y si no fuera porque los Encantadores, que le perfiguen, le mudaron su verdadera figura en la de un Lacayo, esta fuera la hora, que yà la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas à pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y mozo, no las entendió, y mandando à sus Escuderos, que bolviessen à Sancho todo quanto le avian quitado del rucio, mandandoles así mismo, que se retirassen à la parte donde aquella noche avian estado alojados, luego se partiò con Claudia à toda priesa à buscar à el herido, ò muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontrò Claudia, y no hallaron en el fino recién derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y dieronse à entender, como era la verdad, que debia de ser Don Vicente, à quien sus criados, ò muerto, ò vivo llevaban; ò para curarle, ò para enterrarle; dieronse priesa à alcanzarlos; que como iban despacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron à Don

Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada, y debilitada voz rogaba, que le dexassen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia, que mas adelante passasse. Arrojaronse de los cavallos Claudia, y Roque, llegaronse à el, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbò en ver la de Don Vicente; y assi, entre enternecida, y rigurosa se llegó à el, y asiendole de las manos, le dixo: Si tù me dieras estas conforme à nuestro concierto, nunca tù te vieras en este passò. Abrió los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo à Claudia, la dixo: Bien veo, hermosa, y engañada señora, que tù has sido la que me has muerto: pena no merecida, ni debida à mis deseos, con los quales, ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana à desposarte con Leonora, la hija del rico Balbastro? No por cierto, respondió Don Vicente, mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que zelosa me quitasses la vida, la qual, pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para allegarte de esta verdad, aprieta la mano, y recibeme por esposo, si quieres, que no tengo otra mayor satisfaccion, que darte del agravio, que pienso que de mi has recibido. Aprietòle la mano Claudia, y aprietòsela à ella el corazon, de manera, que sobre la sangre, y pe-

cho de Don Vicente se quedó desmayada, y à el le tomó un mortal parálismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerle; acudieron los criados à buscar agua, que echarles en los rostros, y traxeronla, con que se los bañaron. Bolvió de su desmayo Claudia, pero no de su parálismo Don Vicente, porque se le acabò la vida. Visto lo qual de Claudia, aviendose enterado, que ya su dulce esposo no vivia, rompiò los ayres con suspiros, hirió los Cielos con quejas, maltratò sus cabellos, entregandolos al viento: afèò su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor, y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel, è inconsiderada muger, (decia) con qué facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiento! O fuerza rabiosa de los zelos, à qué desesperado fin conducis à quien os dà acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado de el tálamo à la sepultura! Tales, y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados à verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayabase à cada passò Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guisarte ordenò à los criados de Don Vicente, que llevassen su cuerpo al

Lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dixo à Roque, que queria irse à un Monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensaba acabar la vida, de otro mejor Esposo, y mas eterno acompañada. Alabola Roque su buen proposito, ofreciéndole de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender à su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió de él llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió à los suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronyma; pero que mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles, y rigorosas de los zelos! Halló Roque Guiñart à sus Escuderos en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre Recinante, haciéndoles una platica, en que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rustica, y desvaratada, no les entraba bien la platica de D. Quixote. Llegado que fue Roque, preguntó à Sancho Panza, si le avian buuelto, y restituído las alhajas, y prefeas, que los suyos del rucio le avian quitado. Sancho respondió, que sí, sino que le faltaban tres to-

cadores, que valian tres Ciudades. Qué es lo que dices, hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Así es, dixo D. Quixote; pero estimalos mi Escudero en lo que ha dicho, por avermelos dado quien me los dió. Mandóselos bolver al punto Roque Guiñart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante de todos los vestidos, joyas, dineros, y todo aquello, que desde la ultima reparticion avian robado; y haciendo brevemente el tanteo, bolviendo lo no repartible, y reduciendolo à dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad, y prudencia, que no pasó un punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque à Don Quixote: Si no se guardasse esta puntualidad con estos, no se podría vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necessaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un Escudero, y arbolando el moche de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza à Sancho, si Roque Guiñart no le diera voces, que se detuyese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descofer los labios en tanto que entre aquella gente estuviere. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos Escuderos, que estaban puestos por centinelas por los caminos, para ver la gente que

que por ellos venia , y dàr aviso à su Mayor de lo que passaba ; y este dixo : Señor , no lexos de aqui , por el camino que vâ à Barcelona , viene un gran tropèl de gente. A lo que respondiò Roque : Has echado de vèr si son de los que nos buscan , ù de los que nosotros buscamos ? No sino de los que nosotros buscamos , respondiò el Escudero. Pues salid todos , replicò Roque , y traedmelos aqui luego , sin que se os escape ninguno. Hicieronlo así ; y quedando solos Don Quixote , Sancho , y Roque , aguardaron à vèr lo que los Escuderos traian ; y en este entretanto dixo Roque à Don Quixote : Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quixote la nuestra , nuevas aventuras , nuevos sucesos , y todos peligrosos : y no me maravillo que así le parezca , porque realmente le confiesò , que no ay modo de vivir mas inquieto , ni mas sobrefaltado , que el nuestro ; à mi me han puesto en èl no sè què deseos de venganza , que tienen fuerza de turbar los mas sollègados corazones : yo de mi natural foy compasivo , y bien intencionado ; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio , que se me hizo , así dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra , que persevero en este estado , à despecho , y pesar de lo que entiendo : y como un abysmo llama à otro , y un pecado à otro pecado , hanse eslabonado las venganzas , de manera , que no solo las mias ,

pero las ajenas tomo à mi cargo ; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones , no pierdo la esperanza de salir de èl à puerto seguro. Admirado quedò Don Quixote de oir hablar à Roque tan buenas , y concertadas razones ; porque èl se pensaba , que entre los de oficios semejantes de robar , matar , y saltar , no podia aver alguno , que tuviesse buen discurso. Y respondiòle : Señor Roque , el principio de la salud està en conocer la enfermedad , y en querer tomar el enfermo las medicinas , que el Medico le ordena ; vuestra merced està enfermo , conoce su dolencia , y el Cielo , ò Dios , (por mejor decir) que es nuestro Medico , le aplicará medicinas , que le sanen , las quales suelen sanar poco à poco , y no de repente , y por milagro : y mas , que los pecadores discretos estàn mas cerca de enmendarse , que los simples ; y pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia , no ay sino tener buen animo , y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia : y si vuestra merced quiere ahorrar camino , y ponerse con facilidad en el de su salvacion , vengase conmigo , que yo le enseñaré à ser Cavallero Andante , donde se passan tantos trabajos , y desventuras , que tomandolas por penitencia , en dos paletas le pondrán en el Cielo. Riòse Roque del consejo de Don Quixote , à quien (mudando plática) contó el traxi-

co suceso de Claudia Geronyma, de que le pesò en extremo à Sancho, que no le avia parecido mal la belleza, defemboltura, y brio de la moza. Llegaron en esto los Escuderos de la presa, trayendo consigo dos Cavalleros à cavallo, y dos peregrinos à pie, y un coche de mugeres, con hasta seis criados, que à pie, y à cavallo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas, que los Cavalleros traían. Cogieronlos los Escuderos en medio, guardando, vencidos, y vencedores, gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablasse; el qual preguntò à los Cavalleros, que quien eran, y adonde iban, y què dinero llevaban? Uno de ellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española, tenemos nuestras Compañias en Napoles, y vamos à embarcarnos en quatro galeras, que dicen estàn en Barcelona, con orden de passar à Sicilia: llevamos hasta doscientos, ò trescientos escudos, con que à nuestro parecer vamos rícos, y contentos, pues la estrechez ordinaria de los Soldados no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los Peregrinos lo mismo que à los Capitanes. Fuele respondido, que iban à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban. Y uno de los de à cavallo dixo: Mi señora Doña Guiomar de Quiño-

nes, muger del Regente de la Vicaria de Napoles, con una hija pequeña, una doncella, y una dueña, son las que vèn en el coche; acompañamosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dixo Roque Guinart, que yà tenemos aquí novecientos escudos, y sesenta reales: mis Soldados deben de ser hasta sesenta, mirese à como le cabe à cada uno; porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: Viva Roque Guinart muchos años, à pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostraron affigirse los Capitanes, entristeciòse la señora Regenta, y no se holgaron nada los Peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Tuvo los asì un rato suspenso, Roque; pero no quiso que passasse adelante su tristeza, que yà se podia conocer à tiro de arcabuz; y bolviendose à los Capitanes, dixo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, por cortesia sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta Esquadra que me acompaña; porque el Abad de lo que canta yanta, y luego pueden ser ir su camino libre, y desembarazadamente, con un salvo conducto, que yo les darè, para que si toparen otras de algunas Esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar à Soldado, ni à muger alguna, es-

pecialmente à las que son principales. Infinitas , y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecieron à Roque su cortesía , y liberalidad , que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar de el coche para besar los pies , y las manos de el gran Roque ; pero el no lo consintió en ninguna manera , antes la pidió perdon del agravio , que le avia forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Regenta à un criado suyo diessè luego los ochenta escudos , que le avian repartido ; y yà los Capitanes avian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos à dár toda su miseria ; pero Roque dixo , que se estuviesen quedos ; y bolviendose à los suyos , les dixo : De estos escudos dos tocan à cada uno , y sobran veinte , los diez se den à estos peregrinos , y los otros diez à este buen Escudero , porque pueda decir bien de esta aventura , y trayendole aderezo de escribir , de que siempre andaba proveído , Roque les diò por escrito un salvo conducto para los mayores de sus Escudras ; y despidiendose de ellos los dexò ir libres , y admirados de su nobleza , de su gallarda disposicion , y estraño proceder , teniendo mas por un Alexandro Magno , que por ladrón conocido. Uno de los Escuderos dixo en su lengua Gascona , y Catalana : Este nuestro Capitan , mas es para Frade,

que para Vandolero. Si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal , sealo con su hacienda , y no con la nuestra. No lo dixo tan paíso el desventurado , que dexasse de oírlo Roque , el qual , echando mano à la espada , le abrió la cabeza casi en dos partes , diciendole : De esta manera castigo yo à los deslenguados , y atrevidos. Pasmaronse todos , y ninguno le osò decir palabra : tanta era la obediencia que le tenian. Apartòse Roque à una parte , y escribió una carta à un su amigo à Barcelona , dandole aviso como estaba con el el famoso Don Quixote de la Mancha , aquel Cavallero Andante , de quien tantas cosas se decian ; y que le hacia saber , que era el mas gracioso , y el mas entendido hombre de el mundo ; y que de allí à quatro dias , que era el de San Juan Bautista , se le pondria en mitad de la playa de la Ciudad , armado de todas sus armas , sobre Rocinante su cavallo , y à su Escudero Sancho sobre un asno ; y que diessè noticia de esto à sus amigos los Niarros , para que con el se solazassen , que el quisiera , que carecieran de este gusto los Cadellos sus contrarios ; pero que esto era imposible , à causa que las locuras , y discreciones de Don Quixote , y los donayres de su Escudero Sancho Panza , no podian dexar de dár gusto general à todo el mundo. Despachò estas cartas con uno de sus Escuderos , que mudando el traje de Vandolero en el de un Labrador,

entrò en Barcelona, y la diò à quien iba.

CAP. LXI. *De lo que sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas, que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.*

TRES días, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque; y si estuviera trecientos años no les faltara que mirar, y admirar en el modo de su vida; aqui amanecian, acullà comian; unas veces huían sin saber de quien, y otras esperaban sin saber à quien. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar à otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes, y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba; porque los muchos vandos, que el Visorrey de Barcelona avia echado sobre su vida, le traían inquieto, y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo, que los mismos suyos, ò le avian de matar, ò entregar à la Justicia: vida, por cierto, miserable, y enfadada. En fin, por caminos desusados, por atajos, y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quixote, y Sancho, con otros seis Escuderos, à Barcelona. Llegaron à su playa vispera de San Juan en la noche, y abrazando Roque à D. Qui-

xote, y à Sancho, à quien diò los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los avia dado, los dexò con mil ofrecimientos, que de la una à la otra parte se hicieron. Bolvióse Roque, quedòse Don Quixote esperando el dia asfi à cavallo como estaba, y no tardò mucho quando comenzò à descubrirse por los balcones de el Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las yervas, y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegraron tambien el oído el són de muchas chirrimias, y atabalillos, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la Ciudad salian, diò lugar la Aurora al Sol, que un rostro mayor, que el de una rodela por el mas baxo Horizonte, poco à poco se iba levantando. Tendieron Don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosissimo, y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha avian visto. Vieron las Galeras, que estaban en la playa, las quales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flamulas, y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban, y barrian el agua; dentro sonaban clarines, trompetas, y chirrimias, que cerca, y lexos llenaban el ayre de suaves, y belicosos acentos; comenzaron à moverse, y à hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiendoles

casi

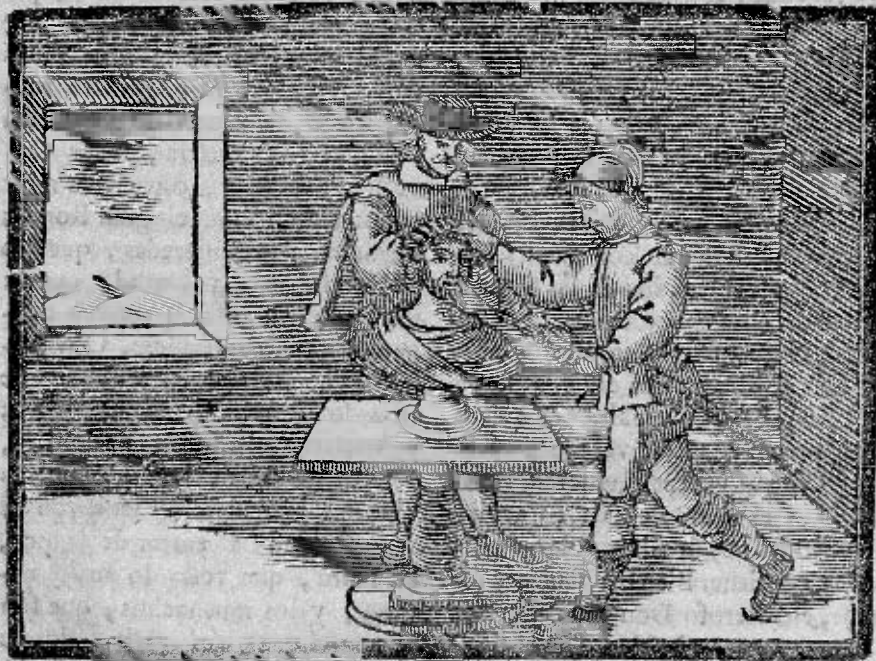
casi al mismo modo infinitos Cavalleros, que de la Ciudad, sobre hermosos cavallos, y con vistosas libreas salian. Los Soldados de las Galeras disparaban infinita artilleria, à quien respondian los que estaban en las murallas, y fuertes de la Ciudad. La artilleria gruella, con espantoso estruendo rompía los vientos, à quien respondian los cañones de crugia de las Galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbó del humo de la artilleria, parece que iba infundiendo, y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho Panza, como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos, que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lili-lies, y algazara, los de las libreas, adonde Don Quixote de la Mancha, suspenso, y atonito estaba; y uno de ellos, que era el avisado de Roque, dixo en alta voz à Don Quixote: Bien sea venido à nuestra Ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte de toda la Cavalleria Andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quixote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apocrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado; sino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los Historiadores. No respondió Don Quixote palabra, ni los Cavalleros esperaron à que la respondiese,

sino bolviendose, y rebolviendose con los demás, que los seguian, comenzaron à hacer un rebuelto caracol al rededor de Don Quixote, el qual bolviendose à Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido; yo apostarè, que han leído nuestra historia, y aun la de el Aragonès, recién impressa. Bolvió otra vez el Cavallero, que habló à Don Quixote, y dixole: Vuestra merced, señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote respondió: Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, señor Cavallero, es hija, ò parienta muy cercana de las de el gran Roque; llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad, que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Cavallero; y encerrandole todos en medio, al són de las chirimias, y de los atabales, se encaminaron con él à la Ciudad; al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos de ellos traviesos, y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron, y encaxaron sendos manojos de aliagas; sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumen-

taron su disgusto, de manera, que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quixote, corrido, y afrentado, acudió à quitar el plumage de la cola de su matelote, y Sancho el de su rucio. Quisieron, los que guiaban à Don Quixote, castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue possi-

ble, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguian: bolvieron à subir Don Quixote, y Sancho con el mismo aplauso, y musica: llegaron à la casa de su guía, que era grande, y principal, en fin, como de Cavallero rico, donde le dexarèmos por aora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAP. LXII. *De la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse.*



DON Antonio Moreno se llamaba el huesped de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgarle à lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa à Don Quixote, andaba buscando modos como, sin su per-

juicio, sacasse à plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni ay passariempos que valgan, si son con dño de tercero. Lo primero que hizo fue, hacer desarmar à Don Quixote, y sacarle à vistas con aquel su estrecho, y acamuzado

zado vestido (como ya otras veces le hemos descrito , y pintado) à un balcon , que salia à una calle de las mas principales de la Ciudad , à vista de las gentes , y de los muchachos , que como à mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de èl los de las libreas , como si para èl solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las huvieran puestos ; y Sancho estava contentissimo , por parecerle , que se avia hallado , sin saber como , ni como no , otras bodas de Camacho , otra casa como la de Don Diego de Miranda , y otro Castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos , honrando todos , y tratando à D. Quixote como à Cavallero Andante ; de lo qual , hueco , y pomposo , no cabia en si de contento. Los donayres de Sancho fueron tantos , que de su boca andaban como colgados todos los criados de la casa , y todos quantos le oian. Estando à la mesa , dixo Don Antonio à Sancho : Acà tenemos noticia , buen Sancho , que sois tan amigo de manjar blanco , y de albondiguillas , que si os sobran , las guardais en el seno para el otro dia. No señor , no es así , respondió Sancho , engañado le han à vuestra merced , porque tengo mas de limpio , que de goloso , y mi señor Don Quixote , que està delante , sabe bien , que con un puño de bellotas , ù de nueces nos solemos passar entrambos ocho dias ; verdad es , que si tal vez me sucede , que me den la baquilla , corro

con la soguilla ; quiero decir , que como lo que me dan , y uso de los tiempos como los hallo : y quien quiera que huviere dicho , que yo soy comedor aventajado , y no limpio , tengase por dicho , que no acierta : y de otra manera dixera esto , si no mirara à las barbas honradas , que estàn à la mesa. Por cierto , dixo Don Quixote , que la parsimonia , y limpieza con que Sancho come , se puede escribir , y gravar en laminas de bronce , para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es , que quando èl tiene hambre , parece algo tragon , porque come apriesa , y masca à dos carrillos ; pero la limpieza siempre la tiene en su punto : y en el tiempo que fue Governador aprendiò à comer à lo melindroso , tanto , que comia con tencedor las ubas , y aun los granos de la granada. Còmo , dixo Don Antonio , Governador ha sido Sancho ? Sì , respondió Sancho , y de una Infula llamada la Barataria : diez dias la governè à pedir de boca ; en ellos perdi el sosiego , y aprendi à despreciar todos los Gobiernos de el mundo : sali huyendo de ella , caì en una cueba , donde me tuve por muerto , de la qual sali vivo por milagro. Contò Don Quixote por menudo todo el suceso de el Gobierno de Sancho , con que diò gran gusto à los oyentes. Levantados los manteles , y tomando Don Antonio por la mano à Don Quixote , se entrò con èl en un apartado aposento

sento, en el qual no avia otra cosa de adorno, que una mesa, al parecer, de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre la qual estaba puesta, al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una, que semejava ser de bronce. Pafseòse Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa; despues de lo qual, dixo: Aora, señor Don Quixote, que estoy enterado, que no nos oye, ni escucha alguno, y està cerrada la puerta, quiero contar à vuestra merced una de las mas raras aventuras, ò por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion, que lo que à vuestra merced dixere, lo ha de depositar en los ultimos retretes del secreto. Así lo juro, respondiò Don Quixote, y aun le echarè una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuestra merced, señor Don Antonio, (que yà sabia su nombre) que està hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así, que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta, que lo ha arrojado en los abyfmos del silencio. En fee de està promessa, respondiò Don Antonio, quiero poner à vuestra merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darne à mi algun alivio de la pena, que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de

todos. Suspenfo estaba Don Quixote, esperando en què avian de parar tantas prevenciones; en esto, tomandole la mano Don Antonio, se la passè por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia; y luego dixo: Esta cabeza, señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechiceros, que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labrò esta cabeza, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oído le preguntaren: guardò rumbos, pintò caractères, observò astros, mirò puntos, y finalmente, la sacò con la perfeccion que verèmos mañana, porque los Viernes està muda, y oy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrà preguntar, que por experiencia se que dice verdad en quanto responde. Admirado quedò Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer à Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo avia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, fino que le agradecia el averle descubierta tan gran secreto. Sallieron del aposento, cerrò la puerta Don Antonio con llave, y fuegonse à la sala, donde los demás

Cavalleros estaban: en este tiempo les avia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucesos, que à su amo avian acontecido. Aquella tarde sacaron à passear à Don Quixote, no armado, sino de rua, vestido un valandràn de paño leonado, que pudiera hacer fudar en aquel tiempo al mismo yelo: ordenaron con sus criados, que entretuviesen à Sancho, de modo, que no le dexassen salir de casa: iba Don Quixote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de passo llano, y muy bien aderezado; pusieronle el valandràn, y en las espaldas, sin que lo viesse, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha*. En comenzando el passeio, llevaba el rotulo los ojos de quantos venian à verle; y como leian *este es Don Quixote de la Mancha*, admirabase Don Quixote de ver, que quantos le miraban, le nombraban, y conocian; y bolviendose à Don Antonio, que iba à su lado, le dixo: Grande es la prerrogativa, que encierra en sí la Andante Cavalleria, pues hace conocido, y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra; sino, mire vuestra merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos de esta Ciudad, sin nunca averne visto, me conocen. Así es, señor Don Quixote, respondió Don Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido, y encerrado, la virtud no

puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profefsion de las armas, resplandece, y campea sobre todas las otras. Acaeciò, pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyò el rotulo de las espaldas, alzò la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha: como, que hasta aqui has llegado, sin averte muerto los infinitos palos, que tienes à cuestras? Tú eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican; sino, mireno por estos señores, que te acompañan. Buelvete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate de estas vaciedades, que te garcomen el seso, y te desnatam el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos à quien no os los pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez, vuestra merced tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar à este buen hombre, es dàr coces contra el aguijòn; pero con todo esto me dà gran lastima, que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este

mentecato, se le desague por la canal de su Andante Cavalleria: y la en hora mala, que vuestra merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de oy mas, aunque viviessse mas años que Matufalén, diere consejo à nadie, aunque me lo pida. Apartòse el consejero, siguiò adelante el palleo; pero fue tanta la priesa, que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rotulo, que se le huvo de quitar Don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegò la noche, bolvieronse à casa, huvo sarao de Damas, porque la muger de Don Antonio, que era una señora principal, alegre, hermosa, y discreta, combidò à otras sus amigas à que viniessen à honrar à su huésped, y à gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenòse, esplendidamente, y comenzòse el sarao casi à las diez de la noche: entre las Damas avia dos de gusto picaro, y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dár lugar, que las burlas alegrassen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar à danzar à Don Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de ver la figura de Don Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desayrado, y sobre todo, no nada ligero: requebranbale como à hurto las damifelas; y èl tambien como à hurto las desdeñaba; pero viendo se apretar de requeiebros, alzò la voz, y dixo: Fu-

gie partes adversa. Dexadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos; allà os avend, señoras, con vuestros deseos, que la que es Reyna de los mios, la sin par Dulcinea de el Toboso, no consiente, que ningunos otros, que los suyos, me avallallen, y rindan; y diciendo esto, se sentò en mitad de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio que le llevassen en peso à su lecho; y el primero que asió de èl fue Sancho, diciendo: Nora en tal, señor nuestro amo, lo aveis baylado; pensais, que todos los valientes son danzadores, y todos los Andantes Cavalleros baylarines. Digo, que si lo pensais, que estais engañado: hombre ay, que se atreverà à matar à un Gigante, antes que hacer una cabriola: si huvierades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapatèo como un Girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas, y otras razones diò que reir Sancho à los del sarao, y diò con su amo en la cama, arrojandole para que sudasse la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció à Don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señoras que avian molido à Don Quixote en el bayle, que aquella noche se avian quedado con la muger de Don Antonio, se encerrò en la estancia donde estava la cabeza: contòles la propiedad que

tenia, encargòles el secreto, y dixoles, que aquel era el primero dia, adonde se avia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el bufiles del encanto; y aùn si Don Antonio no se lo huviera descubierto primero à sus amigos, tambien ellos creyeran en la admiracion en que los demàs creyeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza, y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oïdo de la cabeza fue el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumissa, pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, què pensamientos tengo yo aora? Y la cabeza le respondiò, sin mover los labios, con voz clara, y distinta, de modo, que fue de todos entendida, esta razon: Yo no juzgò de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al rededor de la mesa no avia persona humana, que responder pudiesse. Quantos estamos aqui? tornò à preguntar Don Antonio; y fuele respondiido por el proprio tenor passò: Estais tù, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un Cavallero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su Escudero, que Sancho Panza tiene por nombre: aqui si que fue el admirarse de nuevo; aqui si que fue el herizarse los cabellos à todos de puro espanto; y apartan-

dose Don Antonio de la cabeza, dixò: Esto me basta para darme à entender, que no fui engañado del que te me vendiò, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntela lo que quisieres y como las mugeres de ordinario son presurosas, y amigas de saber, la primera que se llegó fue una de las dos amigas de la muger de Don Antonio; y lo que la preguntò fue: Dime, cabeza, què harè yo para ser muy hermosa? Y fuele respondiido: Sè muy honesta. No te pregunto mas, dixò la preguntante. Llegò luego la compañera, y dixò: Queria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien, ò no? Y respondiieronla: Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartòse la casada, diciendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta: porque en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntòle: Quien soy yo? Y fuele respondiido: Tù lo sabes. No te pregunto esto, respondiò el Cavallero, sino que me digas, si me conoces tù? Si conozco, respondiò, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender (ò cabeza!) que lo sabes todo. Y apartandose, llegó el otro amigo, y preguntòle: Dime, cabeza, què deseos tiene mi hijo el Mayorazgo? Y à yo he dicho, le respondiieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo

todo esto te sè decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Esto es, dixo el Cavallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo; y no pregunto mas. Llegòse la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no sè cabeza, què preguntarte, solo querria saber de ti, si gozarè muchos años de buen marido? Y respondieronla: Si gozaràs, porque su salud, y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegòse luego Don Quixote, y dixo: Dime tù el que respondes: Fue verdad, ò fue sueño lo que yo cuento que me passò en la Cueva de Montelinos? seràn ciertos los azotes de Sancho mi Escudero? tendrà efecto el desencanto de Dulcinèa? A lo de la Cueva, respondieron, ay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho iràn despacio: el desencanto de Dulcinèa llegarà à debida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea à Dulcinèa desencantada, harè cuenta que vienen de golpe todas las venturas, que acertarè à desear. El ultimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntò fue: Por ventura, cabeza, tendrè otro Gobierno? faldrà de la estrechez de Escudero? bolverè à ver mi muger, y mis hijos? A lo que le respondieron: Governaràs en tu casa, y si buelves à ella, veràs à tu muger, y à tus hijos; y dexando de servir, dexaràs de ser Escudero. Bueno par

Dios, dixo Sancho, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote, què quieres que te respondan? No basta, que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan à lo que se la pregunta? Si basta, respondiò Sancho; pero quisiera yo, que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y respuestas; pero no se acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo, que algun hechicero, y extraordinario mysterio en la tal cabeza se encerraba; y assi dice, que Don Antonio Moreno, à imitacion de otra cabeza que viò en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretener, y suspender à los ignorantes; y la fabrica era de esta suerte: La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada como jafpe; y el piè sobre que se sostenia era de lo mismo, con quatro garras de Aguila, que de el salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas, ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el piè de la tabla era alsimismo hueco, que respondia à la garganta, y pechos de

de la cabeza; y todo esto venia à responder à otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponía el que avia de responder, pegada la boca con el mismo cañon; de modo, que à modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba, en palabras articuladas, y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo, y discreto, fue el respondiente: el qual estando avisado de su señortio, de los que avian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta; à las demás respondió por congeturas, y como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez, ò doce dias durò esta maravillosa maquina; pero que divulgandose por la Ciudad, que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que à quantos la preguntaban respondía, temiendo no llegassè à los oidos de las despiertas Centinelas de nuestra Fè, aviendo declarado el caso à los señores Inquisidores, le mandaron, que la deshiciessè, y no passassè mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizasse; pero en la pinion de Don

Part. II.

Quixote, y de Sancho Panza, la cabeza quedò por encantada, y por respondona, mas à satisfaccion de Don Quixote, que de Sancho. Los Cavalleros de la Ciudad, por complacer à Don Antonio, y por agasfajar à Don Quixote, y dár lugar à que descubriessè sus sandeces, ordenaron de correr Sortija de allí à seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirà adelante. Diòle gana à Don Quixote de pasear la Ciudad à la llana, y à pie, temiendo, que si iba à cavallo le avian de perseguir los muchachos; y así él, y Sancho, con otros dos criados, que Don Antonio le diò, salieron à pasearse. Succediò, pues, que yendo por una calle alzò los ojos Don Quixote, y viò escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*, de lo que se contentò mucho, porque hasta entonces no avia visto Imprenta alguna, y deseaba saber como fuessè. Entrò dentro con todo su acompañamiento, y viò tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente, toda aquella maquina, que en las Imprentas grandes se muestra. Llegabase Don Quixote à un caxon; y preguntaba, que era aquello que allí se hacia? Dabanle cuenta los Oficiales, admirabase, y passaba adelante. Llegò en otras à uno, y preguntòle, que era lo que hacia? El oficial le respondió: Señor, este Cavallero que aqui està, y enseñole à un hombre de muy buen talle, y pa-

Z

re-

recer, y de alguna gravedad, ha traducido un libro Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoy-le yo componiendo para darle à la estampa. Què titulo tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo que el Autor respondió: Señor, el libro en Toscano se llama, *Lebagatele*. Y què responde *Lebagatele* en nuestro Castellano? preguntò Don Quixote. *Lebagatele*, dixo el Autor, es como si en Castellano dixesemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en sí cosas muy buenas, y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sè algun tanto del Toscano, y me precie de cantar algunas estancias del *Ariosto*; pero digame vuestra merced, señor mio, (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura alguna vez nombrar piñata? Sí, muchas veces, respondió el Autor. Y cómo la traduce vuestra merced en Castellano? preguntò Don Quixote. Cómo la avia de traducir, replicò el Autor, sino diciendo olla. Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y què adelante està vuestra merced en el Toscano Idioma: yo apostarè una buena apuesta, que adonde diga en el Toscano *piache*, dice vuestra merced en el Castellano *place*; y adonde diga *piu*, dice mas, y èl su declara con arriba, y el *giu* con abaxo. Si declaro, por cierto, dixo el Autor, porque estas son sus proprias correspondencias.

Ollarè yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vuestra merced conocido en el mundo; enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos; què de habilidades ay perdidas por aì, què de ingenios arrinconados, què de virtudes menospreciadas; pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el rebès, que aunque se ven las figuras son llenas de hilos, que las obscurecen, y no se ven con la lisura, y tèz de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le aguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir, que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le traxessen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores; el uno, el Doctor *Christoval de Figueroa*, en su *Pastor Fide*; y el otro, D. Juan de Xaurigue, en su *Aminia*, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, ò qual el original. Pero digame vuestra merced, este libro imprimese por su cuenta, ò tiene yà vendido el privilegio à algun Librero? Por mi cuenta lo imprimi, respondió el Autor, y pienso ganar mil ducados, por lo menos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han

han de despachar à seis reales cada uno en daca las pajas. Bien està vuestra merced en la cuenta, respondiò Don Quixote: bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los Impressores, y las correspondencias, que ay de unos à otros; yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieslo, y no nada picante. Pues què, dixo el Autor, quiere vuestra merced, que se lo dè à un Librero, que me dè por el privilegio tres maravedis, y aun piensa, que me hace merced en darmelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que yà en èl soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin èl no vale un quattrin la buena fama. Dios le dè à vuestra merced buena manderecha, respondiò Don Quixote, y passò adelante à otro caxon, donde viò, que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba: *Luz del Alma*; y en viendole dixo: Estos tales libros, aunque ay muchos de este genero, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Passò adelante, y viò, que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron, que se llamaba la *Segunda Parte del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal ve-

cino de Tordeyllas. Yà yo tengo noticia de este libro, dixo D. Quixote, y en verdad, y en mi conciencia, que pensè que yà estava quemado, y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegarà como à cada puerco, que las historias fingidas tanto tienen de buenas, y deleytables, quanto se llegan à la verdad, ò la semejanza de ella; y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algun despecho se saliò de la Imprenta, y aquel mismo dia ordenò Don Antonio de llevarle à vèr las Galeras, que en la playa estaban, de que Sancho se regocijò mucho, à causa, que en su vida las avia visto. Avisò Don Antonio al Quatralvo de las Galeras, como aquella tarde avia de llevar à verlas à su huesped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien yà el Quatralvo, y todos los vecinos de la Ciudad tenian noticia; y lo que le sucediò en ella se dirà en el siguiente Capitulo.

CAP. LXIII. De lo mal que le avino à Sancho Panza con la visita de las Galeras; y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

Grandes eran los discursos, que Don Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diesse en el embuste, y todos paraban con la promesa, que èl tuvo por cierto, de el desencanto de Dulcinea;

neas; allí iba, y venia, y se alegraba entre si mismo, creyendo, que avia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavia, deseaba bolver à mandar, y à ser obedecido: que esta mala aventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D. Antonio Moreno, su huesped, y sus dos amigos, con D. Quixote, y Sancho, fueron à las Galeras. El Quatralvo, que estava avisado de su buena venida, por ver à los dos famosos Don Quixote, y Sancho, apenas llegaron à la Marina, quando todas las Galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesí; y en poniendo, que puso los pies en el Don Quixote, disparò la Capitana el cañon de crugia, y tambien las otras Galeras hicieron lo mismo; y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chufma le saludò, como es usanza quando una persona principal entra en la Galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres veces; diòle la mano el General, que con este nombre le llamaremos, que era un principal Cavallero Valenciano, abrazò à Don Quixote, diciendole: Este dia señalarè yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores, que pienso llevar en mi vida, aviendo visto al señor Don Quixote de la Mancha, tiempo, y señal que nos muestra, que en él se encierra, y

cifra todo el valor de la Andante Cavalleria. Con otras no menos corteses razones le respondiò D. Quixote, alegre sobre manera de verse tratar tan à lo señor. Entraron todos en la popa, que estava muy bien aderezada, y sentaronse por los bandines; passòse el Comitre en crugia, y diò señal con el pito, que la chufma hiciesse fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho que viò tanta gente encueros, quedò pasmado, y mas quando viò hacer tienda con tanta priesa, que à él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas, y pan pintado para lo que aora dirè. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el qual yà avisado de lo que avia de hacer, asió de Sancho, y levantandole en los brazos, toda la chufma puesta en pie, y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fue dando, y bolteando sobre los brazos de la chufma, de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensò, que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta bolverle por la siniestra vanda à ponerle en la popa. Quedò el pobre molido, jadeando, y trasudando, sin poder imaginar, que fuesse lo que sucedido le avia. Don Quixote, que viò el suceso sin alas de Sancho, preguntò al General, que si eran ceremonias aquellas, que se usaban con los primeros, que entraban

en las Galeras, porque si acaso lo fueren, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios; y que rogaba à Dios, que si alguno llegaba à ofenderle para boltearle, que le matara de facar el alma à puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie, y empuñó la espada. A este instante abrieron tienda, y con grandísimo ruido dexaron caer la entena de alto à baxo. Pensó Sancho, que el Cielo se desencaxaba de sus quicios, y venia à dár sobre su cabeza, y agoviandola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quixote, que tambien se estremeció, y encogió de ombros, y perdió la color de el rostro. La chusma hizo la entena con la misma priesa, y ruido, que le avian amaynado; y todo esto callando, como si no tuvieran voz, ni aliento: hizo señal el Comitre, que zarparien el ferri; y saltando en mitad de la crugia, con el corvacho, ò crebenque comenzó à mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco à poco à la mar. Quando Sancho vió à una mozerse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dixo entre sí: Estas sí que son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? y cómo este hombre solo, que anda por aquí silvando, tiene atrevimiento para azotar à tanta gente? Agora yo digo, este es el Infierno, ò por lo menos el Purgatorio. Don Quixote

Part. II.

te que vió la atención con que Sancho miraba lo que passaba, le dixo: Hà, Sancho amigo, y con qué brevedad, y quantà poca costargos podiades vos, si quisierdes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos dos señores, y acabar el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria, y penas de tantos, no fiarierades vos mucho la vuestra; y más, que podríades, que el sabio Merlin tomasse en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os aviades de dár. Preguntar querría el General, qué azotes eran aquellos, ò qué desencanto de Dulcinea? quando dixo el Marinero: Señal hace Monjui de que ay Baxel de remos en la Costa, por la vanda del Poniente. Esto oído, saltó el General en la crugia, y dixo: Ea, hijos, no se nos vaya, algun Bergantín de Cofarios de Argel debe de ser este, que la atalaya nos señala. Llegaronse luego las otras tres Galeras à la Capitana à saber lo que se les ordenaba. Mandó el General, que las dos saliesen à la mar, y él con la otra iba tierra à tierra, porque así el Baxel no se les escaparía. Apertó la chusma los remos, impeliendo las Galeras con tanta furia, que parecia, que bolaban. Las que salieron à la mar, à obra de dos millas descubrieron un Baxel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce, ò quince bancos, y así era la verdad; el qual Baxel, quando descubrió las

Galeras, se puso en caza, con intencion, y esperanza de escaparfe por su ligereza; pero avinole mal, porque la Galera Capitana era de los mas ligeros Baxeles, que en la mar navegaban, y afsi le fue entrando, que claramente los del Bergantin conocieron, que no podian escaparfe; y afsi el Arraez quisiera que dexaran los remos, y se entregaran, por no irritar à enojo al Capitan, que nuestras Galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenò, que yà que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del Baxel oir las voces, que desde ella les decian, que se rindiessen dos Toraquis, que es como decir dos Turcos borrachos, que en el Bergantin venian con estos doce; dispararon dos escopetas, con que dieron muerte à dos Soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual jurò el General de no dexar con vida à todos quantos en el Baxel tomasse; y llegando à embestir con todo furia, se le escapò por debaxo de la palamenta, passò la Galera adelante un buen trecho, los del Baxel se vieron perdidos, hicieron vela, en tanto que la Galera bolvia, y de nuevo à vela, y remo se pusieron en caza; pero no les aprovechò su diligencia, tanto como les dañò su atrevimiento: porque alcanzandoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogiò vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos Galeras, y todas quatro con la presa bolvie-

ron à la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Diò fondo el General cerca de tierra, y conociò que estaba en la marina el Virrey de la Ciudad: mandò echar el esquife para traerle, y mandò amaynar la entena para ahorcar luego al Arraez, y à los demàs Turcos, que en el Baxel avia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntò el General, quien era el Arraez del Bergantin? y fuele respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana: (que despues pareciò ser renegado Español) Este mancebo, señor, que aqui ves, es nuestro Arraez, y mostròle uno de los mas bellos, y gallardos mozos, que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba à veinte años. Preguntòle el General: Dime, mal aconsejado perro, quien te moviò à matarme mis Soldados, pues veias ser imposible el escaparfe? este respeto se guarda à las Capitanas? No sabes tù, que no es valentia la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer à los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oir la respuesta, por acudir à recibir al Virrey, que yà entraba en la Galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas de el Pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondiò el General, qual

qual la verà V. Excelencia agora colgada de esta entena. Còmo anfi? replicò el Virrey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, contra toda razon, y usanza de guerra, dos Soldados de los mejores, que en estas Galeras venian, y yo he jurado de ahorcar à quantos he cautivado, principalmente à este mozo, que es el Arraez del Bergantin, y enseñòle al que yà tenia atadas las manos, y echado el cordel à la garganta, esperando la muerte. Miròle el Virrey, y viendole tan hermoso, tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino desco de escufar su muerte; y así le preguntò: Dime, Arraez, eres Turco de nacion, ò Moro, ò Renegado? A lo que el mozo respondió en lengua asimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni Renegado. Pues què eres? replicò el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, y en tal traje, y en tales palls, mas es cosa para admirarla, que para creerla. Suspended, dixo el mozo, ò señores, la execucion de mi muerte, que no se perderà mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ò à lo menos hasta oir las que el triste, y lastimado mancebo decir queria? El General le dixo, que dixesse lo que quisièsse, pero que no esperasse al-

canzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó à decir de esta manera: De aquella Nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, naci yo, de Moriscos padres engendrada en la corriente de su desventura: fui yo por dos tios míos llevada à Berberia, sin que me aprovechasse decir, que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catholicas: no me valiò con los que tenian à cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la turieron por mentira, y por invencion para quejarme en la tierra donde avia nacido; y así por fuerza, mas que por grado, me traxeron consigo: tuve una madre Christiana, y un padre discreto, y Christiano, ni mas, ni menos, màme la Fè Catholica en la leche, crieme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ellas jamàs, à mi parecer, di señales de ser Morisca: al par, y al passo de estas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no debiò de ser tanto, que no tuzièsse lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Cavallero, que junto à nuestro Lugar otro suyo tiene: como me viò, como nos hablamos, como se viò perdido por mi, y como

yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y mas en tiempo, que estoy temiendo, que entre la lengua, y la garganta se ha de atravesar el rigoroso cordel, que me amenaza, y así solo diré, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio: mezclóse con los Moriscos, que de otros Lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tíos míos, que consigo me traían, porque mi padre, prudente, y prevenido, así como oyó el primer vando de nuestro destierro, se salió del Lugar, y se fue à buscar alguno en los Reynos estranhos, que nos acogiese; dexò encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro: mandòme, que no tocasse al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso antes que él bolviessè nos deterraban. Hicelo así, y con mis tíos, (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados passamos à Berberia, y el Lugar donde hicimos asiento: fue en Argel, como si le hicieramos en el mismo Infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamòme ante sí, preguntòme de qué parte de España era, y qué dinero, y qué joyas traía: Dixele el Lugar, y que las joyas, y dineros quedaban en el enterrados, pero que con facilidad se po-

drian cobrar, si yo misma bolviessè por ellos. Todo esto le dixè temerosa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron à decir, como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos, que se podía imaginar: luego entendí, que lo decían por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atrás las mayores, que encarecer se pueden. Turbème, considerando el peligro, que Don Gregorio corria; porque entrè aquellos Barbaros Turcos en mas se tiene, y estima un muchacho, ò mancebo hermoso, que una muger, por bellíssima que sea. Mandò luego el Rey, que se le traxessen allí delante para verle, y preguntòme, si era verdad lo que de aquel mozo le decían: entonces yo, casi como prevenida del Cielo, le dixè, que sí era; pero que le hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexasse ir à vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrasse su belleza, y con menos empacho pareciessè ante su presencia. Dixome, que fuessè en buen hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo bolviessè à España à sacar el escondido tesoro. Hablè con Don Gaspar, contèle el peligro, que corria el mostrar ser hombre, vestile de Mora, y aquella misma tarde le traxe à la presencia del Rey, el qual en viendole, quedò admirado, y hizo designio

nio de guardarla, para hacer presente de ella al Gran Señor; y por huir del peligro, que en el Serrallo de sus mugeres podia tener, y temer de si mismo, la mandò poner en casa de unas principales Moras, que la guardassen, y la sirviessen, adonde le llevaron luego: lo que los dos sentimos, (que no puedo negar el que le quiero) se dexè à la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Diò luego traza el Rey de que yo volviesse à España en este Bergantin, y que me acompañassen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros Soldados: vino conmigo tambien este Renegado Español, (señalando al que avia hablado primero) del qual sè yo bien, que es Christiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de bolverse à Berberia; la demàs chusma del Bergantin son Moros, y Turcos, que no sirven de mas, que vogar al reino: los dos Turcos ceciciosos, è insolentes, sin guardar el orden que traíamos, de que à mi, y à este Renegado, en la primer parte de España, en habito de Christianos (de que venimos proveidos) nos echassen en tierra, primero quisieron barrer esta Costa, y hacer alguna presa, si pudiesen; temiendo, que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente, que à los dos nos sucediesse, podríamos descubrir, que quedaba el Bergantin en la Mar; y si acaso huviesse Galeras por esta Costa, los tomossenn anoche descubri-

mos esta playa, y sin tener noticia de estas quatro Galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que aveis visto. En resolucio, Don Gregorio queda en habito de muger entre mugeres, con manifesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos, esperando, ò por mejor decir, temiendo perder la vida, que yà me cansa. Este, señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera, como desdichada; lo que os ruego es, que me dexeis morir como Christiana, pues (como yà he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido; y luego callò, preñados los ojos de tier- nas lagrimas, à quien acompañaron muchos de los, que presentes estaban. El Virrey, tierno, y compasivo, sin hablarla palabra se llegó à ella, y la quitò con sus manos el cordel, que las hermosas de la Mora ligaban. En tanto, pues, que la Morisca Christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano Peregrino, que entrò en la Galera quando entrò el Virrey, y apenas diò fin à su platica la Morisca, quando el se arrojò à sus pies, y abrazado de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos, y suspiros, la dixo: O Ana Felix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que bolveria à buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma! A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo), y

mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topò el día que salió de su Gobierno, y confirmóse, que aquella era su hija, la qual ya desatada abrazò à su padre, mezclando sus lagrimas con las suyas, el qual dixo al General, y Virrey: Esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre. Ana Felix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa; tanto por su hermosura, como por mi riqueza; yo salí de mi patria à buscar en Reynos estraños quien nos alvergasse, y recogiesse; y aviéndole hallado en Alemania, bolví en este habito de peregrino, en compañía de otros Alemanes, à buscar mi hija, y à desenterrar muchas riquezas, que dexè escondidas; no hallè à mi hija; hallè el tesoro que conmigo traygo; y agora por el estraño rodèo que aveis visto, he hallado el tesoro, que mas me enriquece, que es à mi querida hija; si nuestra poca culpa, y sus lagrimas, y las mias, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas à la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dixo Sancho: Bien conozco à Ricote, y sè que es verdad lo que dice, en quanto à ser Ana Felix su hija, que en essotras zarandajas de ir, y venir, tener buena, ò mala intencion, no me entrometo. Admirados del estraño caso todos los pre-

sentos, el General dixo: Una por una; vuestras lagrimas no me dexarán cumplir mi juramento, vivid hermosa Ana Felix los años de la vida, que os tiene determinado el Cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes, y atrevidos, que la cometieron; y mandò luego ahorcar de la entena à los Turcos, que à sus dos Soldados avian muertos; pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura, que valentia avia sido la fuya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se executan bien las venganzas à sangre elada. Procuraron luego dár traza de sacar à Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenia: dixeronse muchos medios; pero ninguno fue tal, como el que diò el Renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofreció de bolver à Argel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros Christianos, porque èl sabia donde, como, y quando podia, y debia desembarcar, y assimismo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba. Dudaron el General, y el Virrey el fiarse de el Renegado, ni confiar de los Christianos, que avian de vogar el remo. Fióle Ana Felix; y Ricote su padre dixo, que salia à dár el rescate de los Christianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcò el Virrey, y Don Antonio Moreno se lle-

llevò consigo à la Morisca, y à su casa huviesse para su regalo: su padre, encargandole el Virrey, tanta fue la benevolencia, y caridad, que la hermosura de Ana, que los regalasse, y acariciasle todo quanto le fuesse posible, que de su parte le ofrecia todo lo que en su pecho.

CAP. LXIV. De la aventura, que mas pesadumbre diò á Don Quixote, de quantas hasta entonces le havian sucedido.



LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandissimo contento en ver à Ana Felix en su casa; recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza; como de su discrecion; porque en lo uno; y en lo otro era extremada la Morisca; y toda la gente de la Ciudad, como à campana tañida, venian à verla. Dixo Don Quixote à Don

Antonio, que el parecer que avian tomado en la libertad de Don Gregorio, no era bueno, porque tenia más de peligroso, que de conveniente; y que seria mejor que le pusiessen à él en Berberia con sus armas, y cavallo, que él le sacaria à pesar de toda la Morisma, como avia hecho Don Gayferos à su esposa Melisendra. Advierta vuestra merced, dixo Sanchó,

cho, oyendo esto, que el señor Don Gayferos sacò à su esposa de tierra firme, y la llevò à Francia por tierra firme; pero aqui, si acaso facamos à Don Gregorio, no tenemos por donde traerle à España, pues està la mar en medio. Para todo ay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quixote, pues llegando el barco à la Marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y facilita vuestra merced, dixo Sancho; pero del dicho al hecho ay gran techo: y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que si el Renegado no saliessse bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quixote passasse à Berberia. De alli à dos dias partiò el Renegado en un ligero barco de seis remos por vanda, armado de valentissima chusina; y de alli à otros dos se partieron las Galeras à Levante, aviendo pedido el General al Visorrey fuesse servido de avisarle de lo que succediessse en la libertad de D. Gregorio, y en el caso de Ana Felix: quedò el Visorrey de hacerlo assi, como se lo pedia. Y una mañana, saliendo Don Quixote à pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir àzia él un Cavallero, armado assimismo de punta en blanco, que en el escu-

do traia pintada una Luna resplandeciente; el qual, llegando à trefcho, que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones à Don Quixote, dixo: Insigne Cavallero, y jamàs, como se debe, alabado Don Quixote de la Mancha, yo soy el Cavallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te te avrán traído à la memoria: vengo à contender contigo, y à probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer, y confesar que mi Dama, sea quien fuere, es, sin comparacion, mas hermosa, que tu Duquesa del Toboso; la qual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, escusaràs tu muerte, y el trabajo que yo he de tomar en darte la; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion, sino que dexando las armas, y absteniendote de buscar aventuras, te recojas, y retires à tu Lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano à la espada, en paz tranquila; y en provechoso sosiego, porque assi conviene al aumento de tu hacienda, y à la salvacion de tu alma; y si tú me vencieres, quedará à tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas, y cavallo, y passará à la tuya la fama de mis hazañas: mira lo que te està mejor, y respondeme luego, porque oy todo el dia tengo de termino para despachar este negocio. D. Quixote quedò suspenso, y atonito, assi de la arrogancia del Cavallero de la blanca Luna, como de la causa por que le

le desafiaba , y con reposo , y ademàn severo le respondiò : Cavallero de la blanca Luna , cuyas hazañas hasta aora no han llegado à mi noticia , yo osfarè jurar , que jamàs aveis visto à la illustre Dulcinea , que si visto la huvierades , yo sè que procurarades no poner os en esta demanda , porque su vista os defenganàra de que no ha auido , ni puede aver belleza , que con la fuya comparar se pueda ; y asì , no diciendos , que mentis , fino que no acertais en lo propuesto , con las condiciones , que aveis referido , accepto vuestro desafio , y luego , porque no se passè el dia , que traeis determinado ; y solo excepto de las condiciones , la de que se passè à mi la fama de vuestras hazañas , porque no sè quales , ni què tales sean , con las mias me contento , tales quales ellas son ; tomad , pues , la parte del campo que quisiereis , que yo harè lo mismo , y à quien Dios se la diere , San Pedro se la bendiga . Avian descubierta de la Ciudad al Cavallero de la blanca Luna , y dichefelo al Visorrey , que estabà hablando con Don Quixote de la Mancha . El Visorrey , creyendo seria alguna nueva aventura , fabricada por Don Antonio Moreno , ò por otro algun Cavallero de la Ciudad , saliò luego à la playa con Don Antonio , y con otros muchos Cavalleros , que le acompañaban , à tiempo quando Don Quixote bolvia las riendas à Rociaante para tomar del campo lo necessario . Viendo , pues , el Vi-

sorrey , que daban los dos señales de bolverse à encontrar , se puso en medio , preguntandoles , què era la causa que les movia à hacer tan de improvisò batalla ? El Cavallero de la blanca Luna respondiò , que era precedencia de hermosura ; y en breves razones le dixo las mismas , que avia dicho à Don Quixote , con la aceptacion de las condiciones del desafio , hechas por entrambas partes . Llegòse el Visorrey à Don Antonio , y preguntòle passò : Si sabia quien era el tal Cavallero de la blanca Luna , ò si era alguna burla , que querian hacer à Don Quixote ? Don Antonio le respondiò , que ni sabia quien era , ni si era de burlas , ni de veras el tal desafio . Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey , en si les dexaria , ò no passar adelante en la batalla ; pero no pudiendose persuadir à que fuesse fino burla , se apartò diciendo : Señores Cavalleros , si aqui no ay otro remedio fino confessar , ò morir , y el señor Don Quixote està en sus trece , y vuestra merced el de la blanca Luna en sus catorce , à la mano de Dios , y dense . Agradeciò el de la blanca Luna , con corteses , y discretas razones al Visorrey la licencia que se le daba , y Don Quixote hizo lo mismo ; el qual , encomendandose al Cielo de todo corazon , y à su Dulcinea , (como tenia de costumbre al comenzar de las batallas , que se le ofrecian) tornò à tomar otro poco mas del campo , porque viò que su contrario hacia

lo mismo; y sin tocar trompeta, ni otro instrumento belico, que les diessè señal de arremeter, bolvieron entrambos, à un mismo punto, las riendas à sus cavallos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrera, y alli le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarlo con la lanza, que le levantò, al parecer, de proposito, que diò con Rocinante, y con Don Quixote por el suelo una peligrosa caída; fue luego sobre él, y poniendole la lanza sobre la visera, le dixo: Venido sois, Cavallero, y aun muerto, si no confessais las condiciones de nuestro desafio. Don Quixote, molido, y aturdido, sin alzarle la visera, como si hablàra dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinèa del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta Cavallero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Esto no harè yo por cierto, dixo el de la blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinèa del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su Lugar un año, ò hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio, con otros muchos que alli estaban; y oyeron asimismo, que D.

Quixote respondiò, que como no le pidiessè cosa, que fuessè en perjuicio de Dulcinèa, todo lo demàs cumpliria, como Cavallero, puntual, y verdadero. Hecha esta confesion, bolviò las riendas el de la blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorrey, à medio galope se entrò en la Ciudad. Mandò el Visorrey à Don Antonio, que fuessè tràs él, y que en todas maneras supiessè quien era. Levantaron à Don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, y trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia què decirse, ni què hacerse, parecia, que todo aquel suceso passaba en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamento; veia à su señor rendido, y obligado à no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazanas obscurecida, las esperanzas de sus nuevas promessas deshechas, como se deshace el humo con el vientro; temia si quedaria, ò no contrahecho Rocinante, ò deslocado su amo: que no fuera poca ventura, si deslocado quedara. Finalmente, con una filla de manos, que mandò traer el Visorrey, le llevaron à la Ciudad; y el Visorrey se bolviò tambien à ella, con deseo de saber quien fuessè el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado à Don Quixote.

CAP. LXV. *Donde se dá noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio; y de otros sucesos.*

Siguio Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna, y siguieronle tambien, y aun persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un Meson dentro de la Ciudad. Entrò en el Don Antonio con deseo de conocerle; fallò un Escudero à recibirle, y à desarmarle: se encerrò en una sala baxa, y con el Don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quien fuessè. Viendo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexaba, le dixo: Bien sè, señor, à lo que venis, que es à faber quien soy, y porque no ay para què negaroslo, en tanto, que este mi criado me desarma, os lo dirè, sin saltar un punto à la verdad del caso: Sabed, señor, que à mi me llaman el Bachillèr Sanson Carrasco, soy del mismo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandèz mueve à que le tengamos lastima quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que està su salud en su reposo, y en que se està en su tierra, y en su casa, di traza para hacerle estàr en ella; y asì, avrà tres meses, que le sali al camino como Cavallero Andante, llamandome el Cavallero de los Espejos, con intencion de pelear con el, y vencerle, sin

hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelèa, que el vencido quedassè à discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle (porque yà le juzgaba por vencido) era, que se bolviessè à su Lugar, y que no saliesse de el en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenò de otra manera, porque el me vencio à mi, y me derribò del cavallo, y asì no tuvo efecto mi pensamiento: el prosiguiò su camino, y yo me bolvi vencido, corrido, y molido de la caída, que fue ademàs peligrosa; pero no por esto se me quitò el deseo de volver à buscarle, y à vencerle, como oy se ha visto. Y como el es tan puntual en guardar las ordenes de la Andante Cavalleria, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor lo que passa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplicoos no me descubrais, ni le digais à Don Quixote quien soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva à cobrar su juicio un hombre, que se tiene bonissimo, como le dexas las sandeces de la Cavalleria. O señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio, que aveis hecho à todo el mundo en querer volver à cuerdo al mas gracioso loco, que ay en el! No veis, señor, que no podrá llegar el provecho, que cause la cordura de Don Quixote, à lo que llega el gusto, que dà con sus desvarios? Pero yo imagino, que toda
la

La industria del señor Bachillér no ha de ser parte para bolver cuerdo à un hombre tan rematadamente loco ; y si no fuesse contra caridad , diria , que nunca fane Don Quixote , porque con salud , no solamente perdemos sus gracias , sino las de Sancho Panza su Escudero , que qualquiera de ellas puede bolver à alegrar à la misma melancolia: con todo esto callarè , y no le dirè nada , por ver si salgo verdadero en sospechar , que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco ; el qual respondiò , que yà una por una estaba en buen punto aquel negocio , de quien esperaba feliz suceso ; y aviendose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandasse , se despidiò de él : y hecho liar sus armas sobre un macho , luego al mismo punto , sobre el cavallo en que entrò en la batalla , se saliò de la Ciudad aquel mismo dia , y se bolviò à su patria , sin sucederle cosa , que obligue à contarse en esta verdadera historia. Contò D. Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le avia contado , de lo que el Visorrey no recibì mucho gusto , porque en el recogimiento de Don Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos , que de sus locuras tuviessen noticia. Seis dias estuvo D. Quixote en el lecho , marrido , triste , pensativo , y mal acondicionado , yendo , y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolabale Sancho , y entre otras razones le dixo :

Señor mio , alce vuestra merced la cabeza , y alegrese , si puede , y dè gracias al Cielo , que yà que le derribò en la tierra , no saliò con alguna costilla quebrada ; y pues sabe , que donde las dan las toman , y que no siempre ay tocinos donde ay estacas , dè una higa al Medico , pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad ; bolvamonos à nuestra casa , y dexemonos de andar buscando aventuras por tierras , y Lugares , que no sabemos ; y si bien se considera , yo soy aqui el mas perdidoso , aunque es vuestra merced el mas mal parado. Yo , que dexè con el Governador , no dexè la gana de ser Conde , que jamàs tendrà efecto , si vuestra merced dexa de ser Rey , dexando el exercicio de su Cavalleria ; y assi vienen à bolverse en humo mis esperanzas. Calla , Sancho , pues ves , que mi reclusion , y retirada no ha de passar de un año , que luego bolverè à mis honrados exercicios , y no me ha de faltar Reyno que gane , y algun Condado que darte. Dios lo oyga , dixo Sancho , y el pecado sea fardo , que siempre he oido decir , que mas vale buena esperanza , que ruin posesion. En esto estaban quando entrò Don Antonio , diciendo , con muestras de grandissimo contento : Albricias , señor Don Quixote , que Don Gregorio , y el Renegado , que fue por él , està en la playa: que digo en la playa? yà està en casa del Visorrey , y serà aqui

al momento. Alegròse algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad, que estoy por decir, que me holgàra, que huviera sucedido todo al rebès, porque me obligàra à passàr en Berberia, donde, con la fuerça de mi brazo diera libertad, no solo à Don Gregorio, sino à quantos Christianos cautivos ay en Berberia; pero què digo, miserable, no soy yo el vencido? no soy yo el derribado? no soy yo el que no puedo tomar armas en un año? Pues què prometo? de què me alabo, si antes me conviene usar de la rueca, que de la espada? Dexese de esto, señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque sea con su pepita, que oy por ti, y mañana por mi; y en estas cosas de encuentros, y porrazos, no ay tomarlas tiento alguno; pues el que oy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estàr en la cama; quieso decir, que se dexé desfayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levante vuestra merced aora para recibir à D. Gregorio, que me parece, que anda la gente alborotada, y yà debe de estàr en casa; y así era la verdad, porque aviendo yà dado cuenta à D. Gregorio, y el Renegado al Visorrey, y de su ida, y buelta, deseoso D. Gregorio de ver à Ana Felix, vino con el Renegado à casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, quando le sacaron de Argel, fue con habitos de muger, en el barco los trocò por los de un Cautivo, que salió con él; pero en qualquie-

ra que viniera, mostràra ser persona para ser codiciada, servida, y estimada, porque era hermoso sobre manera, y la edad, al parecer, de diez y siete, ò diez y ocho años. Ricote, y su hija salieron à recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos à otros, porque donde ay mucho amor, no suele aver demasiada desemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular à todos juntos los que presentes estaban. El silencio fue allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas, que descubrieron sus alegres, y honestos pensamientos. Contò el Renegado la industria, y medio que tuvo para sacar à Don Gregorio; contò Don Gregorio los peligras, y aprietos en que se avia visto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostrò, que su discrecion se adelantaba à sus años. Finalmente, Ricote pagò, y satisfizo liberalmente, así al Renegado, como à los que avian bebido al remo. Reincorporòse, y reduxose el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento. De allí à dos dias tratò el Visorrey con Don Antonio, què modo tendrian para que Ana Felix, y su padre quedassen en España, pareciendoles no ser de inconveniente alguno, que quedassen en ella hija tan Christiana, y

padre , al parecer , tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir à la Corte à negociarlo , donde avia de venir forzosamente à otros negocios, dando à entender, que en ella, por medio del favor , y las dadas , muchas cosas dificultosas se acaban. No , dixo Ricote , que se hallò presente à esta plática , ay que esperar en favores , ni en dadas ; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò su Magestad cargo de nuestra expulsion , no valen ruegos , ni promessas , no dadas , no lastimas ; porque aunque es verdad, que el mezcla la misericordia con la justicia , como el vè , que todo el cuerpo de nuestra Nacion està contaminado, y podrido, usa con el antes de cauterio , que abraza, que de unguento , que molifica ; y así, con prudencia, con sagacidad , con diligencia, y con medios que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros , à debida execucion , el peso de esta gran maquina, sin que nuestras industrias , estratagemas , solitudes, y fraudes ayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta , porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga despues à brotar , y à echar frutos venenosos en España, y à limpiar, y à desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia : heroyca resolucion del gran Philipo Tercero ; è inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino

de Velasco. Una por una , yo harè, puesto allà , las diligencias posibles , y haga el Cielo lo que mas fuere servido , dixo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo , à consolar la pena , que sus padres deben tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ò en un Monasterio ; y yo sè , que el señor Visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorrey consintió en todo lo propuesto ; pero Don Gregorio , sabiendo lo que passaba , dixo : Que en ninguna manera podia , ni quería dexar à Doña Ana Felix ; pero teniendo intencion de ver à sus padres, y de dar traza de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedose Ana Felix con la muger de Don Antonio , y Ricote en casa de el Visorrey. Llegose el dia de la partida de Don Antonio , y el de Don Quixote , y Sancho , que fue de allí à otros dos , que la caída no le concedió , que mas presto se pudiese en camino. Huvo lagrimas, huvo suspiros , desmayos, y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Felix : ofrecióle Ricote à Don Gregorio mil escudos , si los quería ; pero el no tomó ninguno, sino solos cinco , que le prestò Don Antonio, prometiendo la paga de ellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quixote , y Sancho despues , como se ha dicho : Don Quixote desarmado , y de camino ; Sancho à pie , por ir el rucio cargado con las armas.

CAP. LXVI. De lo que verá el que lo leyere, ò lo oyrá el que lo escuchare leer.

AL salir de Barcelona bolvió Don Quixote à mirar el sitio donde avia caído, y dixo: Aquí fue Troya: aquí mi desdicha, y no mi cobardia se llevó mis alcanzadas glorias: aquí usó la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas: aquí se obscurecieron mis hazañas: aquí, finalmente, cayó mi ventura, para jamás levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes razones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mi mismo, que si quando era Governador estaba alegre, aora que soy Escudero de à pie, no estoy triste; porque he oído decir, que esta que llaman por à fortuna, es una muger borracha, antojadiza, y sobre todo ciega, y así no vé lo que hace, ni sabe à quien derriba, ni à quien ensalza. Muy Philosopho estás, Sancho, respondió Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña; lo que sé decir es, que no ay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas, ò malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los Cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artifice de su ventura: yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria; y así me han salido al

gallarin mis presumpciones, pues debiera pensar, que al poderoso grandor del cavallo del de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rocinante; atrevime, en fin, hice lo que pude, derribaronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra: quando era Cavallero Andante, atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditaba mis hechos: agora, quando soy Escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que di de mis promessas. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos à tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobrarémos virtud nueva para bolver al nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar à pie, que me mueva, è incite à hacer grandes jornadas. Dexémos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas de el rucio, levantados los pies del suelo, harémos las jornadas como vuestra merced las pidiere, y midiere: que pensar que tengo de caminar à pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo escusado. Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quixote, cuelguense mis armas por trofeos, y al pie de ellas, ò al rededor de ellas gravarémos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva,

Que estår no pueda

Con Roldàn à prueba.

Todo esso me parece de perlas, respondió Sancho ; y si no fuera por la falta que para el camino nos avia da hacer Rocinante , tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni el , ni las armas , replicò Don Quixote , quiero que se ahorquen ; porque no se diga , que à buen servicio , mal galardón. Muy bien dice vuestra merced , respondió Sancho ; porque segun opinion de discretos , la culpa del asno no se ha de echar à la albarda ; y pues de este suceso vuestra merced tiene la culpa , castiguese à si mismo , y no rebienten sus iras por las ya rotas , y sangrientas armas , ni por las mansedumbres de Rocinante , ni por la blandura de mis pies , queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones , y platicas se les pasó todo aquel dia , y aun otros quatro , sin sucederles cosa que estorvase su camino : y al quinto dia , à la entrada de un Lugar , hailaron à la puerta de un Metón mucha gente , que por ser fiesta se estaba allí solazando. Quando llegaba à ellos Don Quixote , un Labrador alzò la voz , diciendo : Alguno de estos dos señores , que aqui vienen , que no conocen las partes , dirà lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Si dirè , por cierto , respondió Don Quixote , con toda rectitud , si es que alcanzo à entenderla. Es , pues , el caso , dixo el Labrador , señor bue-

no , que un vecino de este Lugar , tan gordo , que pesa once arrobas , desafiò à correr à otro su vecino , que no pesa mas que cinco ; fue la condicion , que avian de correr una carrera de cien passos con pesos iguales ; y aviendole preguntado al desafiador , còmo se avia de igualar el peso ; dixo , que el desafiado , que pesa cinco arrobas , se pusiese seis de hierro à cuestas , y assi se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Esso no , dixo à esta fazon Sancho , antes que Don Quixote respondiesse , y à mi , que ha pocos dias , que sali de ser Governador , y Juez , como todo el mundo sabe , toca averiguar estas dudas , y dár parecer en todo pleyto. Respondiendo en buen hora , dixo Don Quixote , Sancho amigo , que yo no estoy para dár migas à un gato , segun traygo alborotado , y trastornado el juicio. Con esta licencia , dixo Sancho à los Labradores , que estaban muchos al rededor de el , la boca abierta , esperando la sentencia de la suya : Hermanos , lo que el gordo pide no lleva camino , ni tiene sombra de justicia alguna : porque si es verdad lo que se dice , que el desafiado puede escoger las armas , no es bien que este las escoja tales , que le impidan , ni estorven el salir vencedor ; y assi es mi parecer , que el gordo desafiador se escamonde , entresaque , pula , y atilde , y saque seis arrobas de sus carnes , de aqui , ù de alli de su cuerpo , como mejor le pareciere , y estuviere ; y de esta manera , qued-

dando en cinco arrobas de peso, se igualará, y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto à tal, dixo un Labrador, que escuchò la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un Canonigo; pero à buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondiò otro, porque el flaco no se mueva con el peso, ni el gordo se descarne, y echese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores à la Taberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, señores, respondiò D. Quixote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos, y sucesos tristes me hacen parecer descortès, y caminar mas que de passò; y así, dando de espuelas à Rocinante, passò adelante, dexandoles admirados de aver visto, y notado, así su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron à Sancho: y otro de los Labradores dixo: Si el criado es tan discreto, qual debe de ser el amo? Yo apostarè, que si van à estudiar à Salamanca, que à un tris han de venir à ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura, y quando menos se piensa el hombre se halla con una Vara en la mano, ò con una Mitra en la cabeza. Aquella noche la passaron amo, y mozo en mitad del campo, al Cielo raso, y

Part. II.

descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron, que àzia ellos venia un hombre de à pie, con unas alforjas al cuello, y una azcona, ò chuzo en la mano: proprio talle de correo de à pie; el qual como llegó junto à Don Quixote, adelantò el passo, y medio corriendo llegó à él, y abrazandole por el muslo derecho, que no alcanzaba à mas, le dixo, con muestras de mucha alegría: O mi señor Don Quixote de la Mancha, y què gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, quando sepa, que vuestra merced buelva à su Castillo, que todavia se està en él con mi señora la Duquesa. No os conozco, amigo, respondiò Don Quixote, ni sè quien fois, si vos no me lo decis. Yo, señor Don Quixote, respondiò el Correo, soy Tosilos, el Lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuestra merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios, dixo Don Quixote, es possible, que fois vos el que los Encantadores, mis enemigos, transformaron en esse Lacayo, que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicò el Cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna; tan Lacayo Tosilos entrè en la estacada, como Tosilos Lacayo sali de ella: yo pensè casarme sin pelear, por averme parecido bien la moza; pero sucediòme al rebès mi pensamiento, pues así como vuestra merced se partiò de nuestro

Castillo , el Duque mi señor me hizo dár cien palos , por aver contravenido à las ordenanzas , que me tenia dadas antes de entrar en la batalla , y todo ha parado en que la muchacha es yà Monja , y Doña Rodriguez se ha buuelto à Castilla , y yo voy aora à Barcelona à llevar un pliego de cartas al Virrey , que le embia mi amo. Si vuestra merced quiere un traguito , aunque caliente , puro , aqui llevo una calabaza llena de lo caro , con no sè quantas rajitas de queso de tronchon , que serviràn de llamativo , y despertador de la sed ; si acaso està durmiendo. Quiero el combite , dixo Sancho , y eche el resto de la cortesía , y escancie el buen Tosilos à despecho , y pesar de quantos Encantadores ay en las Indias. En fin , dixo Don Quixote , tũ eres , Sancho , el mayor gloton del mundo , y el mayor ignorante de la tierra , pues no te persuades , que este Correo es encantado , y este Tosilos contrahecho ; quedate con èl , y hartate , que yo me irè adelante poco à poco , esperandote à que vengas. Riòse el Lacayo , desembaynò su calabaza , desalforjò sus rajas , y sacando un panecillo , èl , y Sancho se sentaron sobre la yerva verde ; y en buena paz , y compañía despavilaron , y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas , con tan buenos alientos , que lamieron el pliego de las cartas , solo porque olia à queso. Dixo Tosilos à Sancho : Sin duda este tu amo , Sancho amigo , debe de ser un loco. Como debe , ref-

pondiò Sancho , no debe nada à nadie , que todo lo paga , y mas quando la moneda es locura ; bien lo veo yo , y bien se lo digo à èl , pero què aprovecha , y mas agora , que và rematado , porque và vencido del Cavallero de la blanca Luna. Rogòle Tosilos le contasse lo que le avia sucedido ; pero Sancho le respondiò , que era descortesía dexar , que su amo le esperasse , que otro dia , si se encontrassen , avria lugar para ellos ; y levantandose despues de aver sacudido el sayo , y las migajas de las barbas , antecogiò al rucio , y diciendo , à Dios , dexò à Tosilos , y alcanzò à su amo , que à la sombra de un arbol le estava esperando.

CAP. LXVII. *De la resolucion que tomó Don Quixote de hacerse pastor , y seguir la vida del campo , en tanto que se passaba el año de su promessa , con otros sucessos , en verdad gustosos , y buenos.*

SI muchos pensamientos fatigaban à D. Quixote antes de ser derribado , muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del arbol estava , (como se ha dicho) y alli como moscas à la miel le acudian , y picaban pensamientos , unos iban al desencanto de Dulcinèa , y otros à la vida , que avia de hacer en su forzosa retirada. Llegò Sancho , y alabòle la liberal condicion del Lacayo Tosilos. Es possible , le dixo D. Quixote , que todavia pienses , ò Sancho , que aquel sea verdadero Lacayo ? parece que se te ha ido

ido de la mente aver visto à Dulcinea convertida , y transformada en Labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachiller Carrasco: obras todas de los Encantadores que me persiguen ; pero dime aora, preguntaste à esse Tostilos, què dicen que ha hecho Dios de Altifidora, si ha llorado mi ausencia, ò si ha dexado yà en manos del oïvido los enamorados pensamientos, que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondiò Sancho, los que yo tenia tales, que me diessen lugar à preguntar boberrias. Cuerpo de mi, señor, està vuestra merced aora en terminos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia ay de las obras que se hacen por amor, à las que se hacen por agradecimiento ; bien puede ser, que un Cavallero sea desamorado ; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido : quisome bien, al parecer, Altifidora, diòme los tres tocadores, que sabes, llorò en mi partida, maldixome, vituperòme, quexòse à despecho en la verguenza publicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones; yo no tuve esperanzas que darla, ni tesoros que ofrecerla, porque las mias las tengo entregadas à Dulcinea ; y los tesoros de los Cavalleros Andantes son como los de los duendes, aparentes, y falsos, y solo puedo darla estos acuerdos, que de ella tengo, sin perjuicio; pero de los que tengo de Dulcinea, à quien

tù agravia con la remission que tienes en azotarte, y en castigar estas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondiò Sancho, si vâ à decir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los defencantos de los encantados, que es como si dixessemos : si os duele la cabeza, untaos las rodillas ; à lo menos yo ollarè jurar, que en quantas historias vuestra merced ha leído, que tratan de la Andante Cavalleria, no ha visto algun defencantado por azotes ; pero por sí, ò por no, yo me los darè quando tenga gana, y el tiempo me dè comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondiò Don Quixote, y los Cielos te den gracia para que caygas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar à mi señora, que lo es tuya, pues tù eres mio. En estas platicas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueron atropellados de los toros ; reconocienlole Don Quixote, dixo à Sancho: Este es el prado donde topamos à las bizarras Pastoras, y gallardos Pastores, que en èl querian renovar, è imitar à la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo, como discreto, à cuya imitacion, si es que à ti te parece bien, querria, ò Sancho, que nos convirtiessemos en Pastores, siquiera el tiempo que tengo de estàr recogido ; yo comprarè al-

gunas ovejas, y todas las demás cosas, que al pastoral exercicio son necesarias, y llamandome yo el Pastor Quixotiz, y tû el Pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos crystales de las fuentes, ò yà de los limpios arroyuelos, ò de los caudalosos rios: darannos, con abundantissima mano, de su dulcissima fruto las encinas, asiento los troncos de los durissimos alcornoques, sombra los fauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre claro, y puro, luz la Luna, y las Estrellas, à pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el Amor conceptos, con que podremos hacernos eternos, y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado; y aun esquinado tal genero de vida; y mas, que no la ha de aver aun bien visto el Bachillèr Sanfon Carrasco, y Maestè Nicolàs el Barbero, quando la han de querer seguir, y hacerse Pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre, y amigo de holgarse. Tû has dicho bien, dixo D. Quixote, y podrá llamarse el Bachillèr Sanfon Carrasco, si entra en el pastoral gremio, (como entrará sin duda) el Pastor Sanfonino, ò yà el Pastor Carrasco: el Barbero Nicolàs se podrá llamar

Niculoso, como yà el antiguo Bohecàn se llamó Nemoroso: al Cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamandole el Pastor Curiambro: las Pastoras, de quienes hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora quadra, así al de Pastora, como al de Princesa, no ay para qué cansarme en buscar otro, que mejor le venga: tû, Sancho, pondrás à la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerla otro, sino el de Terefona, que la vendrà bien con su gordura, y con el proprio que tiene, pues se llama Terefa; y mas, que celebrandola yo en mis versos, vengo à descubrir mis castos defectos, pues no ando à buscar pan de trastrigo por las casas ajenas: el Cura no será bien que tenga Pastora, por dár buen exemplo; y si quisiere el Bachillèr tenerla, su alma en su palma. Valame Dios, dixo Don Quixote, y qué vida nos hemos de dár, Sancho amigo, que de churumbelas han de llegar à nuestros oidos, que de gaitas Zamoranas, que de tamborines, y que de sonajas, y que de rabeles; pues que, si de estas diferencias de musica resuena la de los albogues; alli se verán casi todos los instrumentos pastorales. Qué son albogues, preguntò Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida? Albogues son, respondió Don Quixote, unas chapas à modo de candeleros de azofar, que dando una con otra, por

lo vacío, y hueco, hace un són, si no muy agradable, ni harmonico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta, y del tamborin; y este nombre albogues es Morisco, como lo son todos aquellos, que en nuestra lengua Castellana comienzan en Al: conviene à saber, Almohaza, Almorzar, Alhombra, Alguacil, Alucema, Almacèn, Alcancia, y otros semejantes, que deben ser pocos mas; y solos tres tiene nuestra lengua, que son Moriscos, y acaban en i, y son Borcegui, Zaquizami, y Maravedi: Alheli, y Alfaqui, tanto por el Al primero, como por el i, en que acaban, son conocidos por Arabigos. Esto te he dicho de passo, por avermelo reducido à la memoria la ocasion de aver nombrado Albogues; y hanos de ayudar mucho à poner en perfeccion este exercicio el ser yo algun tanto Poeta, como tù sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sancho Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostarè, que debe de tener sus puntas, y collares de Poeta: y que las tenga tambien Maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos, ò los mas son guitarristas, y cople-ros; yo me quejarè de ausencia, tù te alabaràs de firme enamorado; el Pastor Carrascon, desdenado; y el Pastor Curiambro, de lo que el mas puede servirse; y así andarà la cosa, que no ay mas que desear. A lo que respondiò Sancho: Yo soy, Señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea; ò que polidas

cucharas tengo de hacer quando Pastor me vea, que de migas, que de natas, que de guirnaldas, y que de zarandajas pastoriles, que puestas que no me grangeen fama de discreto, no dexaràn de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hatò; pero guarda, que es de buen parecer, y ay Pastores mas maliciosos, que simples, y no querria, que fuesse por lana, y bolviessse traquilada; y tambien suelen andar los amores; y los no buenos deseos por el campo, como por las Ciudades, y por las pastorales Chozas, como por los Reales Palacios; y quitada la causa, se quita el pecado; y ojos que no ven, corazon que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dàr à entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan prodigo de refranes, y que te vayas à la mano en decirlos; pero pareceme, que es predicar en desierto, y castigabame mi madre, y yo trompogelas. Pareceme, respondiò Sancho, que vuestra merced es como lo que dicen dixo la sartèn à la caldera, quitate allà ojinegra: estàme reprehendiendo, que no diga yo refranes, y enartalos vuestra merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondiò Don Quixote, yo traygo los refranes à proposito, y vienen quando los digo, como anillo en el dedo; pero traeslos tù tan por los

cabellos, que los arrastras, y no los guias: y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia, y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refràn, que no viene à proposito, antes es disparate, que sentencia; pero dexemonos de esto, y pues yà viene la noche, retiremonos del camino real algun trecho, donde passàremos esta noche, y Dios sabe lo que serà mañana. Retiraronse, cenaron

tarde, y mal, bien contra la voluntad de Sancho, à quien se le representaban las estrechezas de la Andante Cavalleria, usadas en las selvas, y en los montes; si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos, y casas, asì de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y asì passò aquella durmiendo, y su amovelandò.

CAP. LXVIII. *De la cerdosa aventura, que le acontecio à Don Quixote.*



ERA la noche algo obscura, puesto que la Luna estaba en el Cielo; pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la se-

ñora Diana se và à paísear à los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles oscuros. Cumplió D. Quixote con la naturaleza, durmién-

miendo el primer sueño, sin dár lugar al segundo: bien al rebès de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche, hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion, y pocos cuidados; los de Don Quixote le desvelaron de manera, que despertò à Sancho, y le dixo: *Marravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion; yo imagino, que eres hecho de marmol, ù de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno: yo velo quando tù duermes, yo lloro quando tù cantas, yo me desfayo de ayuno quando tù estás perezoso, y desalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquieras; mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos combida à entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño; levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aqui, y con buen animo, y denuedo agradecido date trescientos, ò quatrocientos azotes à buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo à los brazos, como la otra vez, porque sè que los tienes pesados: despues que te ayas dado, passàrèmos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tù tu firmeza, dando desde aora principio al exercicio pastoral, que hemos de tener en nuestra Aldèa.* Señor, respondió, Sancho, no soy yo Religio-

so, para que desde la mitad de mi sueño me levante, y me discipline, ni menos me parece, que del extremo del dolor de los azotes se pueda passar al de la musica; vuestra merced me dexè dormir, y no me apriete en lo de azotarme, que me harà hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida! O Escudero sin piedad! O pan mal empleado, mercedes mal consideradas las que te hecho, y pienso hacer! Por mi te has visto Governador, y por mi te vès con esperanzas propinquas de ser Conde, ò tener otro título equivalente, y no tardarà el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en passar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo esto, replicò Sancho, solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien aya el que inventò el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que rempla el ardor; y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran; balanza, y peso que iguala al Pastor con el Rey, y al simple con el discreto: solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es, que se parece à la muerte, pues de un dormido à un muerto ay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dixo D. Quixote, tan elegantemente como agora, por donde vengo à conocer ser verdad

el refràn, que tù algunas veces su-
 les decir: No con quien naces, sino
 con quien paces. Hà, pesia tal, replicò
 Sancho, señor nuestro amo, no soy
 yo aora el que enfasta refranes, que
 tambien à vuestra merced se le caen
 de la boca de dos en dos, mejor que
 à mì, sino que debe de aver entre
 los mios, y los suyos esta diferen-
 cia, que los de vuestra merced ven-
 dràn à tiempo, y los mios à desho-
 ra; pero en efecto todos son refra-
 nes. En esto estaban, quando sintie-
 ron un fardo estruendo, y un aspe-
 ro ruido, que por todos aquellos
 valles se estendia: levantòse en pie
 Don Quixote, y puso mano à la es-
 pada, y Sancho se agazapò debaxo
 del rucio, poniendose à los lados el
 lio de las armas, y la albarda de su
 jumento, tan temblando de miedo,
 como alborotado Don Quixote: de
 punto en punto iba creciendo el rui-
 do, y llegandose cerca à los dos te-
 merosos, (à lo menos el uno) que
 al otro yà se sabe su valentia. Es,
 pues, el caso, que llevaban unos
 hombres à vender à una Feria mas
 de seiscientos puercos, con los qua-
 les caminaban à aquellas horas, y
 era tanto el ruido que llevaban, el
 gruñir, y el bufar, que enfordecie-
 ron los oídos de Don Quixote, y de
 Sancho, que no advirtieron lo que
 ser podia: llegó de tropèl la esten-
 dida, y gruñidora pyara, y sin tener
 respeto à la autoridad de Don Qui-
 xote, ni à la de Sancho, passaron
 por encima de los dos, deshacien-
 do las trincheras de Sancho, y der-
 ribando, no solo à Don Quixote,

sino llevando por añadidura à Ro-
 cinante; el tropèl, el gruñir, la pres-
 teza con que llegaron los animales
 inmundos, puso en confusion, y por
 el suelo à la albarda, à las armas, al
 rucio, à Rocinante, à Sancho, y à
 Don Quixote: levantòse Sancho
 como mejor pudo, y pidió à su amo
 la espada, diciendole, que queria
 matar media docena de aquellos fe-
 ñores, y descomedidos puercos, que
 yà avia conocido, que lo eran. D.
 Quixote le dixo: Dexalos estàr,
 amigo, que esta afrenta es pena
 de mi pecado; y justo castigo del
 Cielo es, que un Cavallero Andan-
 te vencido le coman adivas, y le
 piquen avispas, y le hollen puer-
 cos. Tambien debe de ser castigo
 del Cielo, respondió Sancho, que
 à los Escuderos de los Cavalleros
 vencidos los puncean moscas, los
 coman piojos, y les embista la ham-
 bre; si los Escuderos fueros hi-
 jos de los Cavalleros à quien servi-
 mos, ò parientes suyos muy cer-
 canos, no fuera mucho que nos al-
 canzàra la pena de sus culpas, hasta
 la quarta generacion; pero què tie-
 nen que ver los Panzas con los Qui-
 xotes? Aora bien, tornemonos à
 acomodar, y durmamos lo poco
 que queda de la noche, y amanecerà
 Dios, y medrarèmos. Duerme
 tù, Sancho, respondió Don Qui-
 xote, que naciste para dormir, que
 yo, que nacì para velar, en el tiem-
 po que falta de aqui al dia darè
 rienda à mis pensamientos, y los
 desfogarè en un Madrigalète, que,
 sin que tù lo sepas, anoche compuse

en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos, que dan lugar à hacer copias, no deben de ser muchos; V.m. ooplee quando quisiere, que yo dormirè quando pudiere; y luego tomando en el suelo todo quanto quiso, se acurrucò, y durmiò à sue-

ño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorvase. Don Quixote, arrimado à un tronco de un haya, ù de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el arbol que era) al sòn de sus mismos suspiros cantò de esta suerte:

Amor, quando yo pienso
 En el mal, que me dàs terrible, y fuerte,
 Voy corriendo à la muerte,
 Pensando asì acabar mi mal inmenso;
 Mas en llegando al passo,
 Que es puerto en este mar de mi tormento;
 Tanta alegria siento,
 Que la vida se esfuerza, y no le passo:
 Asì el vivir me mata,
 Que la muerte me torna à dàr la vida:
 O condicion no oida,
 La que conaigo muerte, y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con muchos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel cuyo corazon tenian traspasado, con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dukeinèa. Llegòse en esto el dia, diò el Sol con sus rayos en los ojos, à Sancho, despenò, y esperezòse, sacudiendose, y estirandose los perezosos miembros: mirò el destrozo que avian hecho los puercos en su reposteria, y maldixò la pyara, y aun mas adelante. Finalmente, bolvieron los dos à su comenzado camino, y al declinar de la tarde, vieron que àzia ellos venian hasta diez hombres de à cavallo, y quatro, ò cinco de à pie: sobrefaltòse el corazon de Don

Quixote, y azoròse el de Sancho, porque la gente, que se les llegaba, traia lanzas, y adargas, y venia muy à punto de guerra. Bolviòse Don Quixote à Sancho, y dixole: Si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promessa no me huviera atado los brazos; esta maquina, que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas, y pan pintado, pero podria ser fuesse otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de à cavallo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon à Don Quixote, y se las pusieron à las espaldas, y pechos, amenazandole de muerte: uno de los de à pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que calla-

llasè, asidò del freno de Rocinante, y le sacò del camino; y los demás de à pie, antecogiendo à Sancho, y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los passos del que llevaba à Don Quixote, el qual dos, ò tres veces quiso preguntar adonde le llevaban, ò què querian? Pero apenas comenzaba à mover los labios, quando se los iban à cerrar con los hierros de las lanzas; y à Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de à pie con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas, ni menos, como si hablar quisiera. Cerrò la noche, apresuraron el passo, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron, que de quando en quando les decian: Caminad, Trogloditas, callad, Barbaros, pagad, Antropofagos, no os quexeis, Scytas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, Leones carniceros, y otros semejantes à estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo, y mozo. Sancho iba diciendo entre si: Nosotros Tortolitas? nosotros Barbaros, ni estropajos? nosotros perritas, à quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres; à mal viento vè esta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y ojalà paràsè en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quixote embelesado, sin poder atinar con quantos discursos hacia, què serian aquellos nombres

lentos de vituperios, que les ponian, de los quales sacaba en limpio, no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche à un Castillo, que bien conociò D. Quixote, que era el del Duque, donde avia poco que avian estado. Valame Dios! dixo asì como conociò la estancia, y què serà esto? si, que en esta casa todo es cortesia, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del Castillo, y vieronle aderezado, y puesto de manera, que les acrecentò la admiracion, y les doblò el miedo, como se verà en el siguiente Capitulo.

CAP. LXIX. *Del mas raro, y mas nuevo suceso, que en todo el discurso de esta grande historia avino à Don Quixote.*

Apearonse los de à cavallo, y junto con los de à pie, tomando en peso, y arrebatadamente à Sancho, y à Don Quixote, los entraron en el Palacio, al rededor del qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones; y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo, que à pesar de la noche (que se mostraba algo obscura) no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un tumulto como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual, por sus gradas, ardian

dian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata; encima del qual tumulto se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa à la misma muerte: tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla, y vencedora palma: à un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personages, que por tener coronas en las cabezas, y cetros en las manos, daban señales de ser algunos Reyes, yà verdaderos, ò yà fingidos: al lado de este teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las quales, los que traxeron los presos, sentaron à Don Quixote, y à Sancho, todo esto callando, y dandoles à entender con señales à los dos, que asimismo callassen; pero sin que se lo señalàran callaron ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando los tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de Don Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huespedes, los quales se sentaron en dos riquísimas sillas junto à los dos, que parecian Reyes. Quien no se avia de admirar con esto, añadiendose à ello aver conocido Don Quixote, que el cuer-

po muerto, que estaba sobre el tumulto, era de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas: saliò en esto de través un ministro, y llegandose à Sancho, le echò una ropa de bocaci negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitandole la caperuza, le puso en la cabeza una coraza, al modo de las que facan los penitencidos por el Santo Oficio, y dixole al oïdo, que no descosiesse los labios, porque le echarian una mordaza, ò le quitarian la vida. Mirabase Sancho de arriba abaxo, veiate ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites: quitòse la corona, viòla pintada de diablos, bolviòsela à poner, diciendo entre si: Aun bien, que ni ellas me abrafan, ni ellos me llevan. Mirabale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexò de reirse de ver la figura de Sancho: comenzó en esto à salir, al parecer, debaxo de el tumulto un sòn sumido, y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando, y amoroso. Luego hizo de si improvisa muestra, junto à la almohada del, al parecer cadaver, un hermoso man-

mancebo vestido à lo Romano, que al sòn de una harpa, que el mis- mo tocaba, cantò con suavissima, y clara voz estas dos Estancias:

En tanto que en ti buelve Altifidora,
 Muerta por la crueldad de Don Quixote,
 Y en tanto que en la Corte encantadora
 Se vistieren las damas de picore,
 Y en tanto que à sus dueñas mi señora
 Vistiere de vayeta, y de anascote,
 Cantarè su belleza, y su desgracia
 Con mejor plectro, que el cantor de Tracia.
 Yaun no sè la figura, que me toca
 Aqueste oficio solamente en vida,
 Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
 Pienso mover la voz à ti debida,
 Libre mi alma de su estrecha roca,
 Por el estigio lago conducida,
 Celebrandote ira, y qual sonido
 Harà parar las aguas del olvido.

No mas, dixo à esta sazón uno de los dos que parecían Reyes, no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos aora la muerte, y las gracias de la fin par Altifidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena, que para bolverla à la perdida luz ha de passar Sancho Panza, que està presente; y así, ò tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cabernas lobregas de Leto, pues sabes todo aquello, que en los inescrutables hados està determinado, acerca de bolver en si esta doncella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien, que en su nueva buelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez, y compañero de Ra-

dámanto, quando en levantándose en pie Radamanto, dixo: Ea, Ministros de esta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos, brazos, y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altifidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompiò el silencio, y dixo: Voto à tal, así me dexé yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro. Cuerpo de mi, que tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion de esta doncella? Regostòse la vieja à los bledos: encantan à Dulcinea, y azotanme para que se desencante. Muerefe Altifidora de males, que Dios quiso darla, y hanla de resu-
 citar

citar hacerme à mi veinte y quatro mamonas, y acribarme el cuerpo à alfilerazos, y acardelanarme los brazos con pellizcos? Ellas burlas à un cuñado, que yo soy perro viejo, y no ay conmigo tus tus. Morirás, dixo en alta voz Radamanto; ablandate, Tygre, humillate, Nembrot sobervio, y sufre, y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio; mamonado has de ser, acribillado te has de ver, pellizcado has de gemir: Ea, digo, Ministros, cumplid mi mandamiento, si no, por la fee de hombre de bien, que aveis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, unas tràs otras, las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas. (como aora se usa) No las huvo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: Bien podrè yo dexarme manosear de todo el mundo, pero consentir, que me toquen dueñas, ello no: gateenme el rostro, como hicieron à mi amo en este mismo Castillo: traspassenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenacenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, ò servirè à estos señores; pero que me toquen dueñas no lo consentirè, si me llevasse el diablo. Rompiò tambien el silencio Don Quixote, diciendo à San-

cho: Tèn paciencia, hijo, y dà gusto à estos señores, y muchas gracias al Cielo, por aver puesto tal virtud en tu persona, que con el martyrio de ella desencantes los encantados, y resucites los muertos. Yà estaban las dueñas cerca de Sancho, quando èl, mas blando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla, diò rostro, y barba à la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesia, menos muda, señora dueña (dixo Sancho) que por Dios, que traeis las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaren; pero lo que èl no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y asì se levantò de la silla, al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto à èl estava, diò tràs las dueñas, y tràs todos sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios meritos. En esto Altisidora, que debia de estàr cansada, por aver estado tanto tiempo supina, se bolviò de un lado; visto lo qual por los circunstantes, casi todos à una voz dixeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandò Radamanto à Sancho, que depusiese la ira, pues yà se avia alcanzado el intento, que se procuraba. Asì como Don Quixote viò rebullir à Altisidora, se fue à poner de rodillas delante de

Sancho , diciendole : Aora es tiempo , hijo de mis entrañas , no que Escudero mio , que te des algunos de los azotes , que estás obligado à dar por el desencanto de Dulcinea. Aora digo , que es el tiempo donde tienes razonada la virtud , y con eficacia de obrar el bien , que de ti se espera. A lo que respondió Sancho : Esto me parece Argado sobre Argado , y no miel sobre ojuelas ; bueno sería , que tràs pelizcos , mamonas , y alfilerazos , viniessen aora los azotes ; no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra , y atarmela al cuello , y dàr conmigo en un pozo , de lo que à mi no pesaria mucho , si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la baca de la boda. Dexenme , sino por Dios que lo arroje , y lo eche todo à trece , aunque no se venda. Yà en esto se avia sentado en el tumulto Altifidora , y al mismo instante sonaron las chirimias , à quien acompañaron las flautas , y las voces de todos , que aclamaban : Viva Altifidora , Altifidora viva. Levantaronse los Duques , y los Reyes Minos , y Radamanto , y todos juntos con Don Quixote , y Sancho fueron à recibir à Altifidora , y à baxarla de el tumulto ; la qual haciendo de la desmayada , se inclinò à los Duques , y à los Reyes ; y mirando de tràs à Don Quixote , le dixo : Dios te lo perdone , desamorado Cavallero , pues por tu crueldad he estado en el otro mundo , à mi parecer , mas de mil años ; y à ti , ò el

mas compàsivo Escudero , que contiene el Orbe , te agradezco la vida , que poseo ; dispon desde oy mas , amigo Sancho , de seis camisas mias , que te mando , para que hagas otras seis para ti ; y si no son todas sanas , à lo menos son todas limpias. Besòle por ello las manos Sancho , con la corozca en la mano , y las rodillas en el suelo. Mandò el Duque , que se la quitassen , y le bolviessen su caperuza , y le pusiessen el sayo , y le quitassen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho al Duque , que le dexasse la ropa , y mitra , que las queria llevar à su tierra por señal , y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió , que si dexarian , que yà sabia èl quan grande amiga suya era. Mandò el Duque despejar el patio , y que todos se recogiessen à sus estancias , y que à Don Quixote , y à Sancho los llevassen à las que ellos yà sabian.

CAP. LXX. *Que sigue al de sesenta y nueve , y trata de cosas no escusadas para la claridad de esta historia.*

Durmiò Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de Don Quixote : cosa , que èl quisiere escusarla , si pudiera , porque bien sabia , que su amo no le avia de dexar dormir à preguntas , y à respuestas , y no se hallaba en disposición de hablar mucho , porque los dolores de los martirios passados los tenia presentes , y

no le dexaban libre la lengua ; y viniérale mas à cuento dormir en una choza solo , que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero , y su sospecha tan cierta , que apenas hubo entrado su señor en el lecho , quando dixo : Qué te parece , Sancho , del suceso de esta noche ? Grande , y poderosa es la fuerza del desdén desamorado , como por tus mismos ojos has visto muerta à Altifidora , no con otras saetas , ni con otra espada , ni con otro instrumento belico , ni con venenos mortiferos , sino con la consideracion del rigor , y el desdén , con que yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena quando quisiera , y como quisiera , respondió Sancho , y dexarame à mi en mi casa , pues ni yo la enamore , ni la desdène en mi vida ; yo no sé , ni puedo pensar como sea , que la salud de Altifidora , doncella mas antojadiza , que discreta , tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martyrios de Sancho Panza. Aora sí , que vengo à conocer clara , y distintamente , que ay Encantadores , y encantos en el mundo , de quien Dios me libre , pues yo no me sé librar ; con todo esto , suplico à vuestra merced me dexé dormir , y no me pregunte mas , si no quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duerme , Sancho amigo , respondió Don Quixote , si es que te dan lugar los alfilerazos , y pellizcos recibidos , y las mamonas hechas. Ningun dolor , respondió Sancho ,

llegò à la afrenta de las mamonas , no por otra cosa , que por avermelas hecho dueñas , que confundidas sean ; y torno à suplicar à vuestra merced , me dexé dormir , porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea assi , dixo Don Quixote , Dios te acompañe : durmieronse los dos , y en este tiempo quiso escribir , y dar cuenta Cide Hamete , Autor de esta grande historia , que les movió à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida ; y dice , que no aviendosela olvidado al Bachiller Sanson Carrasco , quando el Cavallero de los Espejos fue vencido , y derribado por Don Quixote , cuyo vencimiento , y caída borrò , y deshizo todos sus designios , quiso bolver à pobrar la mano , esperando mejor suceso , que el pasado : y assi , informandose del page , que llevó la carta , y presente à Teresa Panza , muger de Sancho , adonde Don Quixote quedaba , buscò nuevas armas , y cavallo , y puso en el escudo la blanca Luna , llevandolo todo sobre un macho , à quien guiaba un Labrador , y no Tomé Cecial , su antiguo Escudero , porque no fuesse conocido de Sancho , ni de Don Quixote. Llegò , pues , al Castillo del Duque , que le informó el camino , y derrota , que Don Quixote llevaba , con intento de hallarse en las Justas de Zaragoza ; dixole assimismo las burlas que le avia hecho , con la traza del defencanto de Dulcinea , que avia de ser à costa de las posaderas de Sancho ;

en fin, dióle cuenta de la burla que Sancho avia hecho à su amo, dandole à entender, que Dulcinèa estaba encantada, y transformada en Labradora, y como la Duquesa su muger avia dado à entender à Sancho, que èl era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinèa; de que no poco se rió, y admiró el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de Don Quixote. Pidióle el Duque, que si le hallase, y le venciese, ó no, se volviese por allí à darle cuenta del suceso. Hizolo así el Bachiller, partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el Castillo del Duque, y contósele todo con las condiciones de la batalla, y que yà Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero Ardante, la palabra de retirarse un año en su Aldèa; en el qual tiempo podia ser, dixo el Bachiller, que sanasse de su locura, que esta era la intencion que le avia movido à hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que un hidalgo tan bien entendido como Don Quixote, fuesse loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió à su lugar, esperando en él à Don Quixote, que tras èl venia. De aqui tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y haciendo tomar los caminos, cerca, y

lexos del Castillo, por todas las partes que imaginó, que podria bolver Don Quixote, con muchos criados suyos de à pie, y de à cavallo, para que por fuerza, ù de grado le traxessen al Castillo, si le hallassen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual yà prevenido de todo lo que avia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner à Altifidora sobre el tumulto, con todos los aparatos, que se han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdad à ellos avia poca diferencia. Y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí, ser tan locos los burladores, como los burlados; y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los quales el uno durmiendo à sueño suelto, y el otro velando à pensamientos defatados, les tomó el dia, y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencedor, ni vencedor jamás dieron gusto à Don Quixote. Altifidora, (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda, que en el tumulto tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada à un baculo de negro, y finisimo evano, entró en el aposento de Don Quixote, con cuya presen-
cia

cia turbado , y confuso se encogió , y cubrió casi todo con las sabanas , y colchas de la cama , muda la lengua , sin que acertase à hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla , junto à su cabecera , y despues de aver dado un gran suspiro , con voz tierna , y debilitada , le dixo : Quando las mugeres principales , y las recatadas doncellas atropellan por la honra , y dan licencia à la lengua , que rompa por todo inconveniente , dando noticia en publico de los secretos , que su corazon encierra , en estrecho termino se hallan : yo , señor Don Quixote de la Mancha , soy una de estas , apretada , vencida , y enamorada ; pero con todo esto sufrida , y honesta , tanto , que por serio tanto rebentó mi alma por mi silencio , y perdí la vida ; dos dias hà que la consideracion del rigor con que me has tratado (ò mas duro que marmol à mis queixas , empedernido Cavallero !) he estado muerta , ò à lo menos juzgada por tal de los que me han visto : y si no fuera porque el amor , condoliendose de mi , depositó mi remedio en los martyrios de este buen Escudero , allà me quedàra en el otro mundo. Bien pudiera el amor , dixo Sancho , depositarlos en los de mi asno , que yo se lo agradeciera ; pero digame , señora , así el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo , que es lo que vió en el otro mundo ? que ay en el Infierno : porque quien muere desesperado , por fue-

za ha de tener aquel paradero. La verdad , que os diga , respondió Altisidora , yo no debí de morir del todo , pues no entré en el Infierno , que si allà entràra , una por una no pudiera salir de él aunque quisiera ; la verdad es , que llegué à la puèrta , adonde estaban jugando hasta una docena de diablos à la pelota , todos en calzas , y en jubon , con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas , y con unas bueltas de lo mismo , que les servian de puños , con quatro dedos de brazo de fuera , porque parecien las manos mas largas , en las quales tenian unas palas de fuego ; y lo que mas me admiró fue , que les servian en lugar de pelotas , libros , al parecer llenos de viento , y de borra : cosa maravillosa , y nueva ; pero esto no me admiró tanto como el ver , que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos , y entristecerse los que pierden , allí en aquel juego todos gruñian , todos regañaban , y todos se maldecian. Esto no es maravilla , respondió Sancho , porque los diablos , jueguen , ò no jueguen , nunca pueden estar contentos , ganen , ò no ganen. Así debe de ser , respondió Altisidora ; mas ay otra cosa , que tambien me admira (quiero decir , me admiró entonces) y fue , que al primer boleo no quedaba pelota en pie , ni de provecho para servir otra vez , y así menudeaban libros nuevos , y viejos , que era una maravilla ; à uno de ellos , nuevo , flamante , y bien enquader-

nado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y esparcieron las hojas con gran furor por el ayre. Dixo un diablo à otro: Mirad què libro es esse. Y el diablo le respondió: Esta es la Segunda Parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por un Aragonès, que él dice ser natural de Tordefillas. Quitadmele de ài, respondió el otro diablo, y metedle en los abyssos del Infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicò el primero, que si de proposito yo mismo me puliera à hacerle peor, no acertàra. Profiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo por aver oido nombrar à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quiero, procurè, que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin dudar, dixo Don Quixote, porque no ay otro yo en el mundo, y yà essa Historia anda por acá de mano en mano; pero no para en ninguna, porque todos la dan de el pie: yo no me he alterado en oír, que anda como cuerpo fantastico por las tinieblas del abyssimo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien essa Historia trata: si ella fuere buena, fiel, y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto à la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora à proseguir en quejarse de Don Quixote, quando la dixo Don Quixote:

Muchas veces os he dicho, seño-
ra, que à mi me pesa de que ayais
colocado en mi vuestros pensa-
mientos, pues de los mios antes
pueden ser agradecidos, que reme-
diados; yo naci para ser de Dulci-
nèa del Toboso, y los hados (si los
huviera) me dedicaron para ella; y
pensar que otra alguna hermosura
ha de ocupar el lugar, que en mi
alma tiene, es pensar lo impossi-
ble: suficiente desengaño es este
para que os retireis en los limites
de vuestra honestidad, pues nadie
se puede obligar à lo imposible.
Oyendo lo qual Altisidora, mos-
trando enojarse, y alterarse, le di-
xo: Vive el señor Don Vacallao,
alma de almirèz, cuefco de datil,
mas terco, y duro, que villano ro-
gado, quando tiene la fuya sobre
el hito, que si arremeto à vos, que
os tengo de sacar los ojos; pensais
por ventura, don vencido, y don
molido à palos, que yo me he
muerto por vos? Todo lo que aveis
visto en esta noche ha sido fingido,
que no foy yo muger, que por se-
mejantes camellos avia de dexar, que
me doliesse un negro de la uña,
quanto mas morirme. Esto creo yo
muy bien, dixo Sancho, que esto del
morirse los enamorados, es cosa
de risa; bien lo pueden ellos decir,
pero hacer, crealo Judas. Estando
en estas pláticas entrò el Mulico,
Cantor, y Poeta, que avia cantado
las dos yà referidas estancias, el
qual haciendo una gran reverencia
à D. Quixote, dixo: Vuestra merced,
señor Cavallero, me cuente, y tenga

en el numero de sus mayores servidores , porque ha muchos dias , que le soy muy aficionado , assi por su fama , como por sus hazañas. Don Quixote le respondió : Vuestra merced me diga quien es , porque mi cortesía responda à sus merecimientos. El mozo respondió , que el Musico , y Panegyrico de la noche antes. Por cierto , replicò Don Quixote , vuestra merced tiene estremada voz ; pero lo que cantò no me parece que fue muy à proposito ; porque que tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de esta señora ? No se maraville vuestra merced de esso , respondió el Musico , que yà entre los intonfos Poetas de n'estra edad se usa , que cada uno escriba como quisiere , y hurte de quien quisiere , venga , ò no venga à pelo de su intento ; y yà no ay necesidad que canten , ò escriban , que no se atribuya à licencia poetica. Responder quisiera D. Quixote , pero estorvaronlo el Duque , y la Duquesa , que entraron à verle , entre los quales passaron una larga , y dulce plática , en la qual dixo Sancho tantos donayres , y tantas malicias , que dexaron de nuevo admirados à los Duques , assi con su simplicidad , como con su agudeza. Don Quixote les suplicò le diessen licencia para partirse aquel mismo dia , pues à los vencidos Cavalleros como èl , mas les convenia habitar una zahurda , que no Reales Palacios. Dieronfela de muy buena gana , y la Duquesa le preguntò , si quedaba en su gracia

Alfísidora. El respondió : Señoría , sepa V. Señoría , que todo el mal de esta doncella nace de ociosidad , cuyo remedio es la ocupacion honesta , y continua : ella me ha dicho aqui , que se usan rancias en el Infierno ; y pues ella las debe de saber hacer , no las dexé de la mano , que ocupada en menear los palillos , no se menearàn en su imaginacion la imagen , ò imagenes de lo que bien quiere ; y esta es la verdad , este mi parecer , y este es mi consejo. Y el mio , añadió Sancho , pues no he visto en toda mi vida ramera , que por amor se aya muerto , que las doncellas ocupadas , mas ponen sus pensamientos en acabar sus tarèas , que en pensar en sus amores ; por mi lo digo , pues mientras estoy cabando no me acuerdo de mi ; oislo , digo de mi Teresa Panza , à quien quiero mas , que à las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien , Sancho , dixo la Duquesa , y yo harè , que mi Alfísidora se ocupe de aqui adelante en hacer alguna labor blanca , que la sabe hacer por extremo. No ay para que , señora respondió Alfísidora , usar de esse remedio , pues la consideracion de las crueldades , que conmigo ha usado este malandrín mostrenco , me le borraràn de la memoria , sin otro artificio alguno ; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aqui , por no ver delante de mis ojos , yà no su triste figura , sino su fea , y abominable catadura. Eflo me parece , dixo el Duque , à lo que suele decirse : porque aquel que di-

de injurias, cerca està de perdonar. Hizo Altifidora muestra de limpiarse las lagrimas con un pañuelo; y haciendo reverencia à sus señores, se salió del aposento. Mandote y o dixo Sancho, pobre doncella, mandote, digo, mala ventura, pues las

has avido con un alma de esparto, y con un corazon de encina; à fee, que si las huvieras conmigo, que otro gallo te cantàra. Acabòse la platica, vistióse Don Quixote, comió con los Duques, y partiòse aquella tarde.

CAP. LXXI. De lo que le sucedió à Don Quixote con su Escudero Sancho yendo à su Aldea.



IBA el vencido, y a sendereado D. Quixote pensativo ademàs por una parte, y muy alegre por otra: causaba su tristeza el vencimiento; y la alegría, el considerar en la virtud de Sancho, como lo avia mostrado en la resurreccion de Altifidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia à que la enamo-

rada doncella fuesse muerta de veras. No iba Sancho nada alegre, porque le entristecia ver, que Altifidora no le avia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo, y viniendo en esto, dixo à su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado Medico, que se debe de hallar en el mundo, en el qual ay

Phyficos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el Boticario, y catalo cantufado; y à mi, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y azotes, no me dãn un ardite; pues yo les voto à tal, que si me traen à las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias: que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer, que me aya dado el Cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bobilis bobilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondiò D. Quixote, y halò hecho muy mal Alcisidora en no haberle dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es gratis dada, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martyrios en tu persona; de mi te sè decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, yà te la huviera dado tal como buena; pero no sè si vendria bien con la cura la paga, y no querria, que impidiese el premio à la medicina: con todo esto me parece, que no se perderà nada en probarlo; mira, Sancho, el que quieres, y azotate luego, y pagate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros míos: à cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos, y las orejas de un palmo, y diò consentimiento en su corazon à azotarse de buena gana; y dixo à su amo: Aora bien, señor,

yo quiero disponerme à dár gusto à vuestra merced en lo que desea, con provecho mio, que el amor de mis hijos, y de mi muger me hace, que me muestre interesado: digame vuestra merced, quanto me dara por cada azote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, respondiò D. Quixote, conforme lo que merecè la grandeza, y caridad de este remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosì fueran poco para pagarte. toma tú el tieno à lo que llevas mio, y pon el precio à cada azote. Ellos, respondiò Sancho, son tres mil, trescientos, y tantos, de estos me he dado hasta cinco, que dan los demàs; entren entre los tantos estos cinco, y vengamos à los tres mil y trescientos, que à quartillo cada uno, (que no llevarè menos si todo todo el mundo me lo mandasse) montan tres mil y trescientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cinquenta reales; y los trescientos hacen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hacer setenta y cinco reales, que juntandose à los setecientos y cinquenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcare yo de los que tengo de V. md. y entrare en mi casa rico, y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas; y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable! respondiò D. Quixote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinea, y yo à servirte todos los dias que el Cielo nos diere de

de vida, si ella buelve al ser perdido, (que no es posible sino que buelva) su desdicha avrá sido dicha, y mi vengimiento felicissimo triunfo! Y mira, Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que por que la abrevies te añado cien reales. Quando? replicò Sancho, esta noche sin falta procure vuestra merced; que la tengamos en el campo al Cielo abierto, que yo me abrirè mis carnes. Llegò la noche esperada de Don Quixote con la mayor ansia de el mundo, pareciendole, que las ruedas del carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado; bien así como acontece à los enamorados, que jamàs ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos arboles, que poco desviados de el camino estaban, donde dexando vacias la silla, y albarda de Rocinante, y el rucio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron del repuesto de Sancho, el qual haciendo del cabestro, y de la jaquima del rucio un poderoso, y flexible azote, se retirò hasta veinte passos de su amo entre unas hayas. D. Quixote, que le viò ir con denuedo, y con brio, le dixo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, dà lugar, que unos azotes aguarden à otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te dès tan recio, que te falte la vida antes de llegar al numero deseado; y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estarè

desde aqui contando por este mi rofario los azotes que te dieres: favorezcate el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondiò Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela, que en esto debe de consistir la substancia de este milagro. Desnudòse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzò à darse, y comenzò D. Quixote à contar los azotes. Hasta seis, u ocho se avria dado Sancho, quando le pareciò ser pesada la burla, y muy varato el precio de ella; y deteniendose un poco, dixo à su amo, que se llamaba engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado à medio real, no à quartillo. Prosigue, Sancho amigo; y no desmayes, le dixo D. Quixote, que yo doblo la parada del precio. De este modo, dixo Sancho, à la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dexò de darfe los en las espaldas, y daba en los arboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna la de D. Quixote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguièse su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy aspera esta medicina; y serà bien dàr tiempo al tiempo, que no se ganò Zamora en una hora: mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado, basten por aora, que el asno (hablando à

lo gressero) fufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí, à dineros pagados, brazos quebrados; apartese vuestra merced otro poco, y dexeme dár otros mil azotes siquiera, que à dos levadas de estas avrèmos cumplido con esta partida, y aun nos sobrarà ropa. Pues tù te hallas con tan buena disposicion, dixo D. Quixote, el Cielo te ayude, y pegate, que yo me aparto. Bolvió Sancho à su tarea, contando de nuevo, y que yà avia quitado las cortezas à muchos arboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desafortado azote en una haya, dixo: Aquí morirà Sanfón, y quantos con él son. Acudiò D. Quixote luego al són de la lastimada voz, y del golpe del rigoroso azote, y siendo del torcido cabestro, que le servia de corvacho à Sancho, le dixo: No permità la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tù la vida, que ha de servir para sustentar à tu muger, y à tus hijos; espere Dulcinda mejor coyuntura, que yo me contendrè en los limites de la esperanza propinqua, y esperarè que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio à gusto de todos. Pues vuestra merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buen hora, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no quèria refriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo así Don Quixote, y quedandose en

pelota, abrigò à Sancho, el qual se durmiò hasta que le despertò el Sol, y luego bolvièron à proseguir su camino, à quien dieron fin por entonces en un Lugar, que tres leguas de allí estava: apearonse en un Meson, que por tal le reconociò D. Quixote, y no por Castillo de cabahonda, torres, rastrillos, puente levadiza, que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirà: alojaronle en una sala baxa, à quien servian de guadamaciles unas sargas viejas pintadas, como se usan en las Aldèas: en una de ellas estava pintado de malissima mano el robo de Elena, quando el huesped atrevido se la llevò à Menelao, y en otra estava la historia de Dido, y Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sabana al fugitivo huesped, que por el mar sobre una Fragata, ò Bergantin se iba huyendo. Notò en las dos historias, que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia à focapa, y à lo focarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lagrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Estas dos señoras fueron desdichadas por no aver nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no aver nacido en la fuya: encontràra à aquellos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara à Paris, se escusàran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de aver Bodegòn,

gòn, Venta, ni Meson, ò Tienda de Barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo, que la pintassen manos de otro mejor Pintor, que el que ha pintado à estas. Tienes razon, Sancho, dixo D. Quixote, porque este Pintor es como Orbaneja, un Pintor que estava en Ubeda, que quando le preguntaban, que pintaba? Respondia, lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo, escrivia debaxo: Este es gallo, porque no pensassen, que era zorra. De esta manera me parece à mi, Sancho, que debe de ser el Pintor, ò Escritor, que todo es uno, que sacò à luz la historia de este nuevo Don Quixote, que ha salido, que pintò, ò escribió lo que saliere, ò ayrà fido como un Poeta, que andaba los años passados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente à quanto le preguntaban, y preguntandole uno, que queria decir *Deum de Deo*? Respondiò, dè donde diere. Pero dexando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debaxo de techado, ò al Cielo abierto. Par diez, señor, respondiò Sancho, que para lo que yo pienso darme, lo mismo se me dà en casa, que en el campo; pero con todo esto querria, que fuessè entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayudan à llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, fino que para que tomes

fuerzas: lo temos de guardar para nuestra Aldèa, que à lo mas tarde llegaremos allà despues de mañana. Sancho respondiò, que hiciessè su gusto; pero que èl quisiera concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente, y quando estava picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas valia un toma, que dos te darè; y el paxaro en la mano, que buytre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo Don Quixote, que parece que te buelves al *sicm erat*; habla à lo llano, à lo liso, y à lo intrincado, como muchas veces te he dicho, y veràs como te vale un pan por ciento. No sè que mala ventura es esta mia, respondiò Sancho, que no sè decir razon sin refràn, ni refràn, que no parezca razon, pero yo me enmendare, si pudiere; y con esto cesò por entonces su platica.

CAP. LXXII. De como D. Quixote, y Sancho llegaron à su Aldea.

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel Lugar, y Meson D. Quixote, y Sancho; el uno, para acabar en la campaña rafa la tanda de su disciplina; y el otro, para ver el fin de ella, en el qual consistia el de su deseo. Llegò en esto al Meson un caminante à cavallo, con tres, ò quatro criados; uno de los quales dixo al que señor de ellos parecia: Aqui puede vues-

tra merced, señor Don Alvaro Tarfe, pasar oy la fiesta: la posada parece limpia, y fresca. Oyendo este D. Quixote, le dixo à Sancho: Mira, Sancho, quando yo ojeè aquel libro de la Segunda Parte de mi historia, me parece, que de passo topè alli este nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho; dexemosle apear, que despues se lo preguntaremos. El Cavallero se apeò, y frontero del aposento de Don Quixote, la huespeda le diò una sala baxa, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia la estancia de Don Quixote. Pusose el recién venido Cavallero à lo de Verano; y saliendo al portal del Meson, que era espacioso, y fresco, por el qual se pasaba Don Quixote, le preguntò: Adonde bueno camina vuestra merced, señor gentil-hombre? Y Don Quixote le respondió: A una Aldea, que està aqui cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced donde camina? Yo, señor, respondió el Cavallero, voy à Granada, que es mi Patria. Y buena Patria, replicò Don Quixote; pero digame vuestra merced por cortesia su nombre, porque me parece, que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente podrè decir. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, respondió el huesped. A lo que replicò Don Quixote: Sin duda alguna pienso, que vuestra merced debe de ser aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impresso en la Segunda Parte de Don Quixote de la Man-

cha, recién impresso, y dado à la luz del mundo por un Autor moderno. El mismo soy, replicò el Cavallero; y el tal Don Quixote, fugeto principal de la tal historia; fue grandísimo amigo mio, y yo fui el que le sacò de su tierra, ò à lo menos le movi à que vinieste à unas Justas à Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quitè de que le palmeasse el verdugo las espaldas, por ser demasiadamente atrevido. Y digame vuestra merced, señor Don Alvaro, parezco yo en algo à esse tal Don Quixote, que vuestra merced dice? No por cierto, respondió el huesped, en ninguna manera. Y esse Don Quixote, dixo el nuestro, traia consigo algun Escudero llamado Sancho Panza? Sì traia, respondió Don Alvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oï decir gracia que la tuviesse. Esto creo yo muy bien, dixo à esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y esse Sancho, que vuestra merced dice, señor gentil-hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion, y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas; y fino, haga vuestra merced la experiencia, y andese tràs de mi por lo menos un año, y verà, que se me caen à cada passo, y tales, y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir à quantos me escuchan: y el verda-

dero

clero Don Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente, el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos, y huerfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por unica señora à la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor, que està presente, que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es burleria, y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondiò Don Alvaro; porque mas gracias aveis dicho vos, amigo, en quatro razones que aveis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le he oido hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilon, que de bien hablado, y mas de tonto, que de gracioso; y tengo por sin duda, que los Encantadores, que persiguen à Don Quixote el bueno, han querido perseguirme à mi con D. Quixote el malo; pero no sè que me diga, que oslarè yo jurar, que le dexo metido en la casa del Nuncio de Toledo, para que le curen, y aora remanence aqui otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sè si soy bueno; pero sè decir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por averme dicho, que este Don Quixote fantastico se avia hallado en las Justas de esta Ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar

à las barbas del mundo su mentira; y asi me pasè de claro à Barcelona, archivero de la cortesia, alvergue de los estrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio, y en belleza unica; y aunque los sucesos, que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por averla visto. Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no esie desventurado, que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: à vuestra merced suplico, por lo que debe à ser Cavallero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde de este Lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta aora, y de que no soy yo el Don Quixote impresso en la Segunda Parte, ni este Sancho Panza mi Escudero es aquel, que vuestra merced conociò. Esto harè yo de muy buena gana, respondiò Don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quixotes, y dos Sanchos à un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y buelvo à decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. Sin duda, dixo Sancho, que vuestra merced debe de estàr encantado, como mi

seño-

Señora Dulcinea del Toboso; y plugiera al Cielo, que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil, y tantos azotes, como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno. No entiendo ello de azotes, dixo Don Alvaro; y Sancho le respondió, que era largo de contar, pero que él se lo contaría, si acaso iban un mismo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro; entró acaso el Alcalde del Pueblo en el Meson con el Escrivano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por una petición, de que à su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero, que alli estaba presente, declarasse ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que asimismo estaba alli presente, y que no era aquel que andaba impresso en una Historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordeillas. Finalmente, el Alcalde proveyó juridicamente, la declaración se hizo con todas las fuerzas, que en tales casos debjan hacerse; con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importàra mucho semejente declaración, y no mostràra claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras: mu-

chas cortesías, y ofrecimientos passaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañó à Don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el qual se dió à entender, que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegó la tarde, partieron-se de aquel Lugar, y à obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno, que guiaba à la Aldèa de Don Quixote, y el otro, el que avia de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quixote la desgracia de su vencimiento, el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion à Don Alvaro, el qual abrazando à Don Quixote, y à Sancho, siguió su camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros arboles, por dár lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la passada noche, à costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quixote un solo golpe de la cuenta, y halló, que con los de la noche passada eran tres mil y veinte y nueve: parece, que havia madrugado el Sol à ver el sacri-

ficio, con cuya luz bolvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan autenticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue, que en aquella acabò Sancho su tarèa, de que quedò Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba yà desencantada à Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promessas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldèa,

la qual vista de Sancho, se hincò de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deseada Patria, y mira, que buelve à ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado; abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de si mismo, que, segun el me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede: dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien Cavallero me iba. Dexate de estas sandeces, (dixo Don Quixote) y vamos con pie derecho à entrar en nuestro Lugar, donde daremos vado à nuestras imaginations, y la traza, que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron à su Pueblo.



CAP. LXXIII. De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar en su Aldea, con otros successos que adornan, y acreditan esta grande Historia.



A La entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quixote, que en las heras del Lugar estaban riendo dos muchachos, y el uno dixo al otro: No te cantes, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quixote, y dixo à Sancho: No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho? no la has de ver en todos los dias de tu vida. Pues bien, que importa, respondió Sancho, que aya dicho esso el muchacho? Qué? respondió Don Quixote, no ves tú, que aplican-

Part. II.

do aquella palabra à mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas à Dulcinea? Queriale responder Sancho, quando se lo estorvò ver, que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos, y cazadores: la qual temerosa se vino à acoger, y à agazapar debaxo de los pies del rucio: cogiòla Sancho à mano salva, y presentòsela à Don Quixote, el qual estava diciendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Estraño, es vuestra

merced, dixo Sancho: Presupon-
gamos, que esta liebre es Dulcinea
del Toboso, y estos galgos que la
perliguen son los malandrines En-
cantadores, que la transformaron
en la Labradora; ella huye, y yo la
cojo, y la pongo en poder de vues-
tra merced, que la tiene en sus
brazos, y la regata, que mala señal
es esta, ni que mal agüero se puede
tomar de aquí: Los dos muchachos
de la pendiencia se llegaron á ver
la liebre; y al uno de ellos pregun-
tó Sancho, que por que reñían? Y
fue respondido por el que le avia
dicho, no la veras mas en toda tu
vida, que él avia tomado al otro
muchacho una jaula de grillos, la
qual no pensaba bolvertela en to-
da su vida. Sacó Sancho quatro
quarros de la faltriquera, y dióte-
los al muchacho por la jaula, y pu-
sófela en las manos á Don Quixo-
te, diciendo: E aquí, señor, rom-
pidos, y desvaratados estos agüe-
ros, que no tienen que ver mas
con nuestros sucesos, segun que yo
imagino, aunque tonto, que con
las nubes de antaño: y si no me
acuerdo mal, he oido decir al Cura
de nuestro Pueblo, que no es de
personas christianas, ni discretas,
mirar en estas niñerías; y aun vues-
tra merced me lo dixo los dias pas-
sados, dandome á entender, que
eran tontos todos aquellos Chris-
tianos, que miraban en agüeros; y
no es menester hacer hincapié en
esto, sino passémos adelante, y en-
trémos en nuestra Aldéa. Llegaron
los Cazadores, pidieron su liebre,

y dióse la Don Quixote: passaron
adelante, y á la entrada del Pue-
blo toparon en un pradillo rezan-
do al Cura, y al Bachiller Carras-
co; y es de saber, que Sancho avia
echado sobre el rucio, y sobre el
lio de las armas, para que sirvié-
se de repuesto, la tunica de bocaci,
pintada de llamas de fuego, que lo
vistieron en el Castillo del Duque
la noche que bolvió en sí Artífido-
ra; acomodóle tambien la corona
en la cabeza, que fue la mas nueva
transformacion, y adonco con que
se vio ja mas jumento en el mundo:
fue luego conocidos los dos del
Cura, y del Bachiller, que se vinie-
ron á ellos con los brazos abier-
tos. Apróse Don Quixote, y abra-
zólos estrechamente; y los mucha-
chos, que son linceos no escusados,
divisaron la coraza del jumento, y
acudieron á verle, y decian unos á
otros: Venid, muchachos, y vereis
al año de Sancho mar galán que
Mingo, y la bestia de Don Quixo-
te mas flaca oy, que el primer dia.
Finalmente, rodeados de mucha-
chos, y acompañados del Cura, y
del Bachiller, entraron en el Pue-
blo, y se fueron á casa de Don Qui-
xote, y hallaron á la puerta de ella
al ama, y á la sobrina, á quien ya
avian llegado las nuevas de su ve-
nida; ni mas ni menos se las avian
dado á Teresa Panza, muger de
Sancho, la qual desgñada, y me-
dio desnuda, trayendo de la mano
á Sanchica su hija, acudió á ver á
su marido; y viendole no tan bien
delijnado, como ella se pensaba
que

que avia de estar un Governador, le dixo: Como venis assi, marido mio, que me parece que venis à pie, y despeado, y mas traeis semejanza de desgovernado, que de Governador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces, donde ay estacas, no ay tocinos, y vamos à nuestra casa, que allà oyràs maravillas; dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dixo Teresa, y sean ganados por aqui, ò por allà, que como quiera que los ayais ganado, no avreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazò Sanchica à su padre, y preguntòle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiendole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tiràndo su hija al rucio, se fueron à su casa, dexando à Don Quixote en la fuya en poder de su sobrina, y de su ama, y en compañía del Cura, y del Bachillèr. Don Quixote, sin guardar terminos, ni horas, en aquel mismo punto se apartò à solas con el Bachillèr, y el Cura, y en breves razones les contò su vencimiento, y la obligacion en que avia quedado de no salir de su Aldèa en un año, la qual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un atomo, bien assi como Cavallero Andante, obligado por la puntualidad, y orden de la Andante Cavalleria; y que tenia pensado de hacerse aquel año Pastor, y entretenerse en la soledad

de los campos, donde à nienda suelta podia dar vado à sus amorosos pensamientos, y exercitandose en el pastoral, y virtuoso exercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiessen ser sus compañeros, que el compraria ovejas, y ganado suficiente, que les diese nombre de Pastores: y que les hacia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Dixole el Cura, que los dixesse. Respondiò Don Quixote, que el se avia de llamar el Pastor Quixotiz; y el Bachillèr, el Pastor Carrascon; y el Cura, el Pastor Curambro; y Sancho Panza, el Pastor Pancino. Pasmaronse todos de ver la nueva locura de Don Quixote; pero porque no se le fuesse otra vez del Pueblo à sus Cavallerias, esperando, que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciendosele por compañeros en su exercicio; y mas, dixo Sanson Carrasco, que como yà todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poeta, y à cada passo compondrè versos pastoriles, ò cortesanos, ò como mas me viniere à cuento, para que nos entretengamos por ellos andurriales, donde avemos de andar: y lo que mas es menester, señores mios, es, que cada uno escoja el nombre de la Pastora, que

plenia celebrar en sus verfos, y que no dexemos arbol, por duro que sea, donde no la rotule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados Pastores. Esto està de molde, respondiò Don Quixote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida. pues està à la fin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donayres, y finalmente, sugeto sobre quien puede asentir bien toda alabanza, por hyperbole que sea. Afsi es verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscaremos por à pastoras mañeruelas, que si no nos quadran, nos esquinen. A lo que añadió Sanfon Carrasco: Y quando faltàre, daremosles los nombres de las estampadas, ò impressas, de quien està lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, (ò por mejor decir mi pastora) por ventura se llamàre Ana, la celebrare debaxo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamare yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allà; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrà celebrar à su muger Teresa Panza con nombre de Terefayna. Riòse Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabò infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreciò de nuevo à hacerle compa-

nia todo el tiempo que le vacasse de atender à sus forzofas obligaciones. Con esto se despidieron de el, y le rogaron, y aconsejaron tuviesse cuenta con su salud, con regalarle lo que fuellè bueno. Quiso la suerte, que su sobrina, y el ama oyeron la platica de los tres; y afsi que se fueron, se entraron entrambas con Don Quixote, y la sobrina le dixo: Què es esto, señor tio? aora que pensabamos nosotras, que vuestra merced bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella una vida quieta, y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciendose pastorcillo, tù que vienes pastorcico, tù que vàs? pues en verdad, que està yà duro el alcacèr para zamponas. A lo que añadió el ama: Y podrà vuestra merced passar en el campo las fiestas del Verano, los serenos de el Invierno, el ahullido de los lobos? No por cierto, que este es exercicio, y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio, casi desde las fajas, y mantillas; aun mal por mal, mejor es ser Cavallero Andante, que Pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estàr harta de pan, y vino, sino en ayunas, y sobre cinquenta años que tengo de edad: estèse en su casa, atienda à su hacienda, consiellè à menudo, favorezca à los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad, hijas, las respondiò Don Quixote, que yo sè bien lo que me cumple; llevadme al lecho, que me

me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que aora sea Cavallero Andante, o Pastor por andar, no dexare siempre de acudir à lo que huvieredes menest-

ter, como lo vereis por la obra; y las buenas hijas, que lo eran sin duda de ana, y sobrina, le llevaron à la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo posible. q

CAP. LXXIV. De como Don Quixote cayó malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.



COMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quixote no tuviessè privilegio de el Cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin, y acabamiento, quando él menos lo pensaba: porque, ò yà fuellè de la melancolia, que le causaba el verse vencido, ò yà por

Part. II.

la disposicion del Cielo, que así lo ordenaba, se le arraygó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fue visitado muchas veces del Cura, Bachiller, y Barbero sus amigos, sin quitar-sele de la cabecera Sancho su buen Escudero. Estos, (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella fuerte) por

Cc 3

to-

todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciendole el Bachillèr, que se animasse, y devantasse, para començar su pastoral exercicio, para el qual tenia ya compuesta una egloga, que mal año para quantas Sanazaro avia compuesto, y que ya tenia comprados de su proprio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Bruton, que se los avia vendido un ganadero del Quintanar; pero no por esto dexaba Don Quixote sus tristezas: llamaron sus amigos al Medico, tomòle el pulso, y no le contentò mucho, y dixo, que por si, ò por no, atendièsse à la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyòlo Don Quixote con animo sossegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina, y su Escudero, los quales començaron à llorar tan tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del Medico, que melancolias, y defabrimientos le acababan: Rogò Don Quixote, que le dexassen solo, porque queria dormir un poco. Hicieronlo así, y durmiò de un tiròn (como dicen) mas de seis horas, tanto, que pensaron el ama, y la sobrina, que se avia de quedar en el sueño. Despertò al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin, sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la

sobrina à las razones del tio, y parecieron mas concertadas, que el folla decirlas, à lo menos en aquella enfermedad; y preguntòle, que es lo que vuestra merced dice, señor? tenemos algo de nuevo? que misericordias son estas? ò que pecados de los hombres? Las misericordias, respondiò Don Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, à quien, como dixe, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio ya libre, y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre èl me pusieron, mi amarga, y continua leyenda de los detestables libros de las Cavallerias: ya conozco sus disparates, y embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros, que sean luz del alma: yo me siento, sobrina, à punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que dièsse à entender, que no avia sido mi vida tan mala, que dexasse renombre de loco, que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte: llamame, amiga, à mis buenos amigos, al Cura, al Bachillèr Sanson Carrasco, y à Maèlle Nicclàs el Barbero, que quiero confesarme, y hacer mi Testamento; pero de este trabajo se escusò la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los viò Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy Don Quixote de la Mancha,

cha, fino Alonso Quixano, à quien mis collambres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita catarva de su linage; y à me non odiosas todas las historias provanas de la Andante Cavalleria; y à conozco mi necedad, y el peligro en que me pufieron averlas leído; Ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propria, las abomino. Quando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda, que alguna nueva locura le avia tomado. Y Sancho le dixo: Aora, señor Don Quixote, que tenemos nueva, que esta desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con ello? y aora que estamos tan apique de ser Pastores, para passar cantando la vida como unos Principes, quiere vuestra merced hacerse Hermitaño? Calle por su vida, buelva en sí, y dexefe de cuentos. Los de hasta aqui, replicó Don Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte, con ayuda del Cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo à toda priesa, dexenme burlas à parte, y trayganme un Confesor, que me confiese, y un Escrivano que haga mi Testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y así suplico, que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el Escrivano. Miraronse unos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en du-

da, le quisieron creer, y una de las señales por donde congeturaron se moria, fue el aver buuelto con tanta fazienda de loco: Duerdo; porque à las yà dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda, y à creer, que estaba cuerdo: hizo salir à la gente el Cura, y quedose solo con él, y confesóle. El Bachiller fue por el Escrivano, y de alli à poco bolvió con él, y con Sancho Panza; el qual Sancho (que yà sabia por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor, hallando à la ama, y à la sobrina florosa) comenzó à hacer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabose la confesion, y salió el Cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quixano el Bueno, bien podemos entrar para que haga su Testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon à los ojos, preñados de ama, sobrina, y de Sancho Panza su buen Escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fue Alonso Quixano el Bueno à secas, y en tanto que fue Don Quixote de la Mancha, fue siempre de apacible condiccion, y de agradable trato; y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entró

el Escrivano con los demás, y despues de aver hecho la cabeza del Testamento, y ordenado su alma Don Quixote, con todas aquellas circuntancias christianas que se requieren, llegando à las mandas, dixo: Item, es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (à quien en mi locura hice mi Escudero) tiene; que porque ha avido entre el, y mi ciertas cuentas, y dares, y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de averse pagado de lo que le debo, el restante sea sayo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la Isla, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un Reyno, se le diera, porque la sencillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece; y bolviendose à Sancho, le dixo: Perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciendote caer en el error en que yo he caido, de que hubo, y ay Cavalleros Andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuestra merced, señor mio, sino tomé mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en esta vida es dexarse morir sin mas, ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolia: mire no sea pezofo, sino levantese de esta cama, y vamonos al campo, vestidos de

paltos (como tenemos concertado) quizás tràs de alguna mata hallaremos à la señora Dulcinea encantada, que no aya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echeme à mi la culpa, diciendo, que por aver yo cinchado mal à Rocinante, le derribaron: quanto mas, que V. md. avrà visto en sus libros de Cavallerias ser cosa ordinaria derribarse unos Cavalleros à otros, y el que es vencido oy, ser vencedor mañana. Asíes, dixo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos. Señores, dixo D. Quixote, vamonos poco à poco, pues ya en los nidos de antaño, no ay pararos ogaño; yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui Don Quixote de la Mancha, y soy aora (como he dicho) Alfonso Quixano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolverme à la estimacion que de mi se tenía, y profiga adelante el señor Escrivano. Item, mando toda mi hacienda, à puerta cerrada, à Antonia Quixana, mi sobrina, que está presente, aviendo sacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dexo hechas, y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo, del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dexo por mis Albaceas al señor Cura, y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Item, es mi voluntad, que

si Antonia Quixana, mi sobrina, quisiese casarse, se case con hombre de quien primero se aya hecho informacion, que no sabe que cosa sean libros de Cavallerias: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo esto mi sobrina quisiese casarse con él, y se casare, pierda todo lo que la he mandado, lo qual puedan mis Albaceas distribuir en obras pias à su voluntad. Item, suplico à los dichos mis Albaceas, que si la buena suerte les traxere à conocer al Autor, que dicen que compuso una historia, que anda por ai, con el titulo de la Segunda Parte de las Hazañas de Don Quixote de la Mancha, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion, que sin yo pensarlo, le di, de aver escrito tantos, y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrupulo de averle dado motivo para escribirlos. Cerrò con esto el Testamento, y tomandole un desmayo, se tendió de largo à largo en la cama. Alvorotaronse todos, y acudieron à su remedio, y en tres dias, que vivió despues de este donde hizo el Testamento, se desmayaba muy à menudo, andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho; que esto del heredar algo, borra, ò templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexee el muerto. En fin llegó el ultimo de Don Quixote, despues de recibidos todos

los Sacramentos, y despues de aver abominado con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerias, hallòse el Escrivano presente, y dixo: Que nunca avia leído en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero Andante huviesse muerto en su lecho tan sossegadamente, y tan Christiano como Don Quixote, el qual entre compasiones, y lagrimas de los que alli se hallaron, diò su espíritu. (quiere decir, que se murió) Viendo lo qual el Cura, pidió al Escrivano le diesse por Testimonio, como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, avia pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal Testimonio pedia, para quitar la ocasion à algun otro Autor, que Cide Hamete Benengeli, le resucitasse falsamente, hiciesse inacabables historias de sus hazañas: Este fin tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo Lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar, que todas las Villas, y Lugares de la Mancha contendiesen entre si, por ahijarse, y tenerse por fuyo, como contendieron las siete Ciudades de Grecia por Homero. Dexanse de poner aqui los llantos de Sancho, sobrina, y ama de Don Quixote, los nuevos Epitafios de su sepultura, aunque Sancho Carrasco le puso este:

Yace aqui el Hidalgo fuerte,
Que à tanto extremo llegó

De

De valiente, que se advierte,
 Que la muerte no triunfò
 De su vida con su muerte.
 Tuvo à todo el mundo en poco,
 Fue el espantajo, y el coco,
 Del mundo, en tal coyuntura,
 Que acreditò su ventura
 Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dixo à su pluma: Aquí quedaràs colgada de esta espetera, y de este hilo de alhambre, ni sè si bien cortada, ò mal tajada, penola mia, adonde viviràs luengos siglos, si presumptuosos, y malandrines Historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que à ti lleguen, les puedes advertir, y decirlos, en el mejor modo que pudieres: Tate, tate, folloncicos, de ninguno sea tocada, porque esta empresa, buen Rey, para mi estaba guardada.

Para mi sola nació D. Quixote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solo los dos somos para en uno, à despecho, y pesar del Escritor fingido, y Tordesillesco, que se atrevió, ò se ha de atrever à escribir con pluma de abestruz, grossera, y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Cavallero, porque no es

carga de sus ombros, ni assumpto de su resfriado ingenio, à quien advertiràs, (si llegas à conocerle) que dexè reposar en la sepultura à los cansados, y yà podridos huesos de Don Quixote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, à Castilla la Vieja, haciendole salir de la huessa, donde real, y verdaderamente yace tendido de largo à largo, impossibilitado de hacer tercera jornada, y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos Andantes Cavalleros, bastan las dos, que él hizo, tan à gusto, y beneplacito de las gentes, à cuya noticia llegaron, así en estos, como en los estraños Reynos; y con esto cumpliràs con tu christiana profersion, aconsejando bien à quien mal te quiere, y yo quedarè satisfecho, y ufano de aver sido el primero, que gozò el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas, y disparatadas Historias, de los libros de Cavallerias, que por las de mi verdadero Don Quixote van yà tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.

VALE.

LAUS DEO.

TABLA

TABLA DE LOS CAPITULOS

de esta Segunda Parte de Don Quixote

de la Mancha.

LIBRO QUINTO.

CAP. 1. De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote cerca de su enfermedad, pag. 1.

Cap. 2. De la notable pendencia, que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sucesos graciosos, pag. 10.

Cap. 3. Del ridiculo razonamiento que passò entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanson Carrasco, pag. 14.

Cap. 4. Donde Sancho Panza satisfice al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucesos, dignos de saberse, pag. 19.

Cap. 5. De la discreta, y graciosa platica, que passò entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion, pag. 23.

Cap. 6. De lo que passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama, y es uno de los importantes capitulos de toda la historia, pag. 28.

Cap. 7. De lo que passò à Don Quixote con su Escudero, con otros sucesos famosissimos, pag. 32.

Cap. 8. Donde se cuenta lo que sucediò à D. Quixote yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso, pag. 38.

Cap. 9. Donde se cuenta lo que en el se verà, pag. 43.

Cap. 10. Donde se cuenta la industria, que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea; y de otros sucesos, tan ridiculos, como verdaderos, pag. 46.

Cap. 11. De la estraña aventura, que le sucediò al valeroso Don Quixote con el carro, ò carreta de las Cortes de la muerte, pag. 53.

Cap. 12. De la estraña aventura, que le sucediò al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos, pag. 59.

Cap. 13. Donde se profigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio, que passò entre los dos Escuderos, pag. 64.

Cap. 14. Donde se profigue la aventura del Cavallero del Bosque, pag. 69.

Cap. 15. Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su Escudero, pag. 77.

Cap. 16. De lo que le sucediò à D. Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha, pag. 78.

Cap. 17. Donde se declara el ultimo punto, y extremo adonde llegò, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemen-

mente acabada aventura de los
Leones , pag. 86.

LIBRO SEXTO.

CAP. 18. De lo que sucedió à
Don Quixote en el castillo,
ò casa del Cavallero del verde
gavàn , con otras cosas extrava-
gantes , pag. 94.

Cap. 19. Donde se cuenta la aven-
tura de el Pastor enamorado , con
otros en verdad graciosos suce-
sos , pag. 101.

Cap. 20. Donde se cuentan las Bo-
das de Camacho el Rico , con
el suceso de Basilio el Pobre,
pag. 106.

Cap. 21. Donde se prosiguen las
Bodas de Camacho , con otros
graciosos sucesos , pag. 113.

Cap. 22. Donde se cuenta la gran-
de aventura de la Cueva de Mon-
tesinos , que està en el corazon
de la Mancha , à quien diò feli-
cè cima el valeroso Don Quixo-
te , pag. 119.

Cap. 23. De las admirables cosas,
que el extremado Don Quixote
contò , que avia visto en la pro-
funda Cueva de Montesinos, cu-
ya imposibilidad , y grandeza
hace , que se tenga esta aventura
por apocriifa , pag. 125.

Cap. 24. Donde se cuentan mil za-
randajas , tan importantes , co-
mo necessarias al verdadero en-
tendimiento de esta grande his-
toria , pag. 132.

Cap. 25. Donde se apunta la aven-
tura del rebuzno , y la graciosa

del Titerero , con las memora-
bles adivinanzas del Mono adri-
vino , pag. 138.

Cap. 26. Donde se prosigue la gra-
ciosa aventura del Titerero , con
otras cosas, en verdad harto bue-
nas , pag. 145.

Cap. 27. Donde se dà cuenta quie-
nes eran Maesse Pedro, y su Mo-
no , con el mal suceso, que Don
Quixote tuvo en la aventura del
rebuzno , que no la acabò como
èl quisiera , y como lo tenia
pensado , pag. 142.

Cap. 28. De cosas que dice Benen-
geli, que las sabrà quien las leyc-
re, si las lee con atencion, p. 157.

Cap. 29. De la famosa aventura de
el Barco encantado , pag. 161.

Cap. 30. De lo que le avino à Don
Quixote con una bella Cazadora,
pag. 166.

Cap. 31. De muchas , y grandes
cosas , pag. 169.

Cap. 32. De la respuesta que diò
Don Quixote à su reprehensor,
con otros graves, y graciosos su-
cesos , pag. 176.

LIBRO SEPTIMO.

CAP. 33. De la sabrosa platica;
que la Duquesa , y sus Don-
cellas passaron con Sancho Pan-
za, digna de que se lea, y de que
se note , pag. 187.

Cap. 34. De la noticia, que se tubo
de como se avia de desencantar
la sin par Dulcinèa del Toboso,
que es una de las aventuras mas
famosas de este Libro, pag. 192.

Cap.

Cap. 35. Donde se prosigue la noticia, que tuvo Don Quixote del defencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos, pag. 198.

Cap. 36. Donde se cuenta la estraña, y jamàs imaginada aventura de la Dueña Dolorida, aliàs de la Condesa Trifaldi, con una carta, que Sancho Panza escribió à su muger Teresa Panza, pag. 204.

Cap. 37. Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida, pag. 209.

Cap. 38. Donde se cuenta la que diò de su mala andanza la Dueña Dolorida, pag. 210.

Cap. 39. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable historia, pag. 215.

Cap. 40. De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable historia, pag. 217.

Cap. 41. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura, pag. 222.

Cap. 42. De los consejos que diò Don Quixote à Sancho Panza antes que fuese à gobernar la Insula, con otras cosas considerables, pag. 230.

Cap. 43. De los consejos segundos, que diò Don Quixote à Sancho Panza, pag. 234.

Cap. 44. Como Sancho Panza fue llevado al Gobierno; y de la estraña aventura, que en el Castillo sucediò à Don Quixote, p. 238.

Cap. 45. De como el gran Sancho Panza tomò possession de su Insula, y del modo que comenzò à gobernar, pag. 246.

Cap. 46. Del temeroso espanto cenceril, y gatuno, que recibì Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Alcifidora, pag. 252.

Cap. 47. Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en el Gobierno, pag. 255.

Cap. 48. De lo que sucediò à Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna, pag. 262.

Cap. 49. De lo que le sucediò à Sancho Panza rondando su Insula, pag. 269.

Cap. 50. Donde se declara quien fueron los Encantadores, y verdugos, que azotaron à la Dueña, pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tuvo el Page, que llevò la carta à Teresa Panza, muger de Sancho Panza, pag. 277.

Cap. 51. Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos, pagin. 284.

Cap. 52. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ò Angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez, pag. 296.

LIBRO OCTAVO.

CAP. 53. Del fatigado fin, y remate, que tuvo el Gobierno de Sancho Panza, pag. 301.

Cap. 54. De cosas tocantes à esta historia, y no à otra alguna, pag.

- Cap. 55. De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que ver, pag. 307.
- Cap. 56. De la descomunal, y nunca vista batalla, que passò entre D. Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Doña Rodriguez, pag. 312.
- Cap. 57. De como Don Quixote se despidió del Duque; y de lo que sucedió con la discreta, y desembuelta Altifidora, doncella de la Duquesa, pag. 316.
- Cap. 58. De como menudearon sobre Don Quixote aventuras, tantas, que no se daban vagar unas à otras, pag. 319.
- Cap. 59. Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió à Don Quixote, pag. 327.
- Cap. 60. De lo que le sucedió à D. Quixote yendo à Barcelona, pagin. 334.
- Cap. 61. De lo que le sucedió à D. Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas, que no tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto, pag. 344.
- Cap. 62. De la aventura de la Cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarle, pag. 346.
- Cap. 63. De lo mal que le avino à Sancho Pancho con la visita de las Galeras; y la nueva aventura de la hermosa Morisca, pag. 355.
- Cap. 64. De la aventura, que mas pesadumbre dió à Don Quixote de quantas hasta entonces le havian sucedido, pag. 363.
- Cap. 65. Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos, pag. 367.
- Cap. 66. De lo que verá el que lo leyere, ó lo oyrà el que lo escuchare leer, pag. 371.
- Cap. 67. De la resolucion que tomó D. Quixote de hacerse Pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se passaba el año de su promessa, con otros sucesos en verdad gustosos, y buenos, pag. 374.
- Cap. 68. De la cerdosa aventura, que le aconteció à Don Quixote, pag. 378.
- Cap. 69. Del mas raro, y mas nuevo suceso, que en todo el discurso de esta grande historia avino à Don Quixote, pag. 382.
- Cap. 70. Que figue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escuchadas, para claridad de esta historia, pag. 386.
- Cap. 71. De lo que à Don Quixote le sucedió con su Escudero Sancho yendo à su Aldia, pag. 392.
- Cap. 72. De como D. Quixote, y Sancho llegaron à su Aldia, p. 396.
- Cap. 73. De los agueros que tuvo Don Quixote al entrar en su Aldia, con otros sucesos, que adornan, y acreditan esta grande historia, pag. 401.
- Cap. 74. De como Don Quixote cayò malo, del Testamento que hizo, y su muerte, pag. 405.

quarum meminit, quæstio de beneficijs effect ad-